



## Índice

Presentación

Introducción

Prólogo

1. El Señor despertó mi alma en la niñez a la virtud. ¡Cuánto ayudan los padres virtuosos!
2. Refiere cómo fue perdiendo estas virtudes y la importancia que tiene tratar con personas virtuosas en la niñez.
3. La buena compañía volvió a despertar sus deseos y el Señor comenzó a darle alguna luz sobre el engaño en que había vivido.
4. El Señor la ayudó contra sus sentimientos para tomar el hábito. Y comenzó a enviarle muchas enfermedades Presentación.
5. Grandes enfermedades que padeció y la paciencia que el Señor le dio para sufrirlas. Dios saca de los males bienes, y esto se prueba por lo que le ocurrió en Becedas donde fue a curarse.
6. Dice que tiene mucho que agradecer a Dios porque le dio conformidad en tan grandes trabajos. Tomó por intercesor y abogado al glorioso san José, lo que le aprovechó mucho.
7. Causas por las que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho y refiere cuán perdida vida comenzó a vivir. Daños que se originan de no ser muy encerrados los monasterios de monjas.
8. Definición de la oración. No haberse apartado del todo de la oración fue un gran bien para no perder el alma. La oración es un excelente remedio para ganar lo perdido. Quiere persuadir a todos a que hagan oración. La oración es un gran negocio, y aunque la vuelvan a dejar es un gran bien gozar algún tiempo de ella.
9. Cómo comenzó el Señor a despertar su alma y a darle luz en tan Presentación grandes tribulaciones y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle.
10. Comienza a declarar las mercedes que el Señor le hacía en la oración. Cómo nos podemos preparar nosotros para recibirlas. Interesa mucho que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Ruega al

destinatario de este libro que, de ahora en adelante, lo que escriba sea secreto, ya que le mandan que escriba detalladamente las mercedes que le hace el Señor.

11. Primer nivel de oración: Sacar agua de un pozo. La oración de recogimiento.
12. Sigue el primer nivel de oración: La Meditación.
13. Sigue el primer nivel de oración: Algunos avisos necesarios.
14. Segundo nivel de oración: Regar con noria. La oración de quietud.
15. Seguimos en el segundo nivel de oración. Las señales del buen espíritu.
16. Tercer nivel de oración: Agua de río o de fuente. Contemplación infusa.
17. Sigue el tercer nivel de oración. Unión del alma con Dios.
18. Cuarto nivel de oración: Agua de lluvia. Oración de unión. Es sobrenatural.
19. Continuación del cuarto nivel de oración. Perseverar orando.
20. Continúa el cuarto nivel de oración. El arrobamiento.
21. Fin del cuarto nivel de oración. Grandes deseos del alma.
22. La Humanidad de Cristo, camino de orantes.
23. Reanuda el relato de su vida y dice cómo comenzar a buscar más perfección y por qué medios. Este capítulo es muy útil para personas que tienen que dirigir almas de oración.
24. Continuación de lo anteriormente expuesto. Su alma comenzó a crecer cuando comenzó a obedecer. La resistencia a las mercedes de Dios era inútil, pues el Señor se las iba dando más cumplidas.
25. Explica cómo se entienden estas locuciones de Dios al alma sin que se oigan, y las ilusiones que pueden darse; muy útil para quienes han llegado a este nivel de oración.
26. Continuación del mismo tema. Relata sucesos que le han acaecido que le quitaban el miedo y le hacían afirmar que el espíritu que le hablaba era bueno.
27. El Señor puede enseñar al alma de una forma nueva en la que le manifieste su voluntad de manera admirable. Intenta relatar la gran merced que le regaló el Señor en una visión no imaginaria. Este capítulo es muy notable.
28. Narra las grandes mercedes que le hizo el Señor y cómo se le apareció la primera vez en visión imaginaria. Declara qué es la visión imaginaria y los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Este capítulo es muy provechoso e importante.
29. Prosigue el relato anterior y cuenta algunas mercedes grandes que le hizo el Señor y las razones que Su Majestad le decía para darle seguridad de la autenticidad de sus carismas y para que respondiese a los que la contradecían.
30. Reanuda el relato de su vida y dice cómo remedió el Señor muchos de sus sufrimientos con la visita a Ávila de fray Pedro de Alcántara. Cuenta las grandes tentaciones y tribulaciones interiores que tuvo que pasar algunas veces...
31. Algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio y tormentos que le causaba. Avisos para personas que llevan camino de perfección.
32. El Señor quiso ponerla en espíritu en el infierno que sus pecados habían merecido. Relata un resumen de lo que se le representó. Fundación del monasterio de San José.
33. Continúa la fundación de San José. Le mandan que deje la Obra. Sufrimientos durante el tiempo que la dejó. Consuelos del Señor.
34. Es conveniente que se ausente de Ávila. La envía su prelado a consolar a doña Luisa de la Cerda. Es instrumento de Dios por el que Su Majestad llama a mayor entrega al padre García de Toledo. En él encontrará después favor y amparo.
35. Sigue el relato de la fundación del monasterio de San José. Trata de la pobreza. Por qué sale del palacio de doña Luisa de la Cerda.
36. Prosigue contando la fundación del monasterio de San José. Grandes contradicciones y persecuciones exteriores que hubo. Y sufrimientos interiores y tentaciones que ella pasó. El Señor la libró de todo.
37. Efectos que le dejaban las mercedes del Señor. Hay que procurar y estimar mucho conseguir un grado más de gloria, y no perder bienes que son eternos, aunque cuesten mucho sacrificio.
38. Grandes mercedes que el Señor le ha hecho revelándole algunos misterios del cielo y otras visiones y revelaciones. Efectos de santificación.
39. Sigue relatando las grandes mercedes que le ha hecho el Señor, que le promete concederle lo que pida en favor de otras personas. Relata algunos favores extraordinarios que le ha concedido Su Majestad.
40. Prosigue el relato de las grandes mercedes del Señor. Algunas llevan su mensaje doctrinal, que, después de obedecer, es la intención principal que la ha movido a escribir. Con este capítulo finaliza su vida. Sea para gloria del Señor, amén.

## Carta epílogo remitiendo la *Vida*.

### Presentación

La *Vida de Teresa de Jesús leída hoy*, que tienes, lector, en tus manos, es fruto de una larga dedicación de su autor a la doctrina teresiana, de la que es un autorizado especialista y apóstol. El Rvdo. Don Jesús Martí Ballester siempre me recuerda aquellos beneméritos sacerdotes que hemos tenido en nuestra tierra y que supieron aprovechar el testimonio y la profunda doctrina espiritual de santa Teresa de Jesús para evangelizar en profundidad. Por poner un ejemplo, citaré la figura del beato Enrique de Ossó y Cervelló, fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús e infatigable apóstol teresiano.

El autor, además, ha vivido y vive esta vocación compaginándola con actividades pastorales diversas, como el ministerio parroquial, la predicación, la dirección de almas y el fomento de nuevas formas de espiritualidad, fieles a las exigencias perennes de la palabra de Dios y abiertas a las necesidades de nuestro tiempo.

El amor a santa Teresa y una prolongada asimilación le capacitan para esta tarea. Y en esta perspectiva general hay que inscribir esta obra. Por fortuna, las obras de santa Teresa se han ido sucediendo de forma incesante a través de los siglos. Pero su lenguaje, que tanto interés tiene para los estudiosos del castellano, por su indudable aportación a la creación de su lengua, puede representar un obstáculo para el lector actual, que acuda a santa Teresa como maestra de fe y de vida cristiana.

El acierto de esta *Vida de Teresa de Jesús leída hoy* está en ofrecer este obstáculo superado para que el lector o lectora pueda entregarse en seguida a su maduración espiritual en contacto con la gran maestra del espíritu, hoy reconocida como doctora de la Iglesia Universal, para gozo de cuantos nos sentimos discípulos suyos.

Leyendo los libros del Rvdo. Don Jesús Martí y la bella introducción con que se abre este volumen he tenido siempre una impresión, que espero muchos lectores compartirán. Y es que al autor, por fortuna, se le ha contagiado no poco, no sólo del espíritu teresiano sino también de su estilo. Gracias a ello, rompe la barrera del tiempo y deja un texto austero, claro, asequible a la mentalidad actual; dentro de un gran respeto a la prosa de santa Teresa «no se trata de convertirla en una autora actual más», nos ofrece una prosa tersa e inteligible, que hace más agradable y deliciosa la lectura. Esta armonía de la fidelidad a santa Teresa y de la sensibilidad literaria moderna es un trabajo de orfebrería, cuyo resultado se inspira sin duda en una profunda comunión espiritual con la obra original en su fondo y —repito— incluso en lo perenne de su forma.

Y aquí es donde el Rvdo. Martí Ballester nos quiere llevar: a la misma experiencia cristiana, a la fe, a la esperanza, a la caridad de la santa de Ávila. A la experiencia misma de santa Teresa, que vivió la relación filial con Dios en su vida de mujer fuerte, que alcanzó las cotas más altas de la unión con Dios.

Ante un mundo en el que «enteros países sostienen urna existencia vivida como si no hubiera Dios» (*Christifideles laici* 34) se presenta santa Teresa, testigo de Dios vivo, con un mensaje de amor, de oración, que es «tratar de amistad con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8,5).

Hay un aspecto en el que deseo insistir, a pesar de la brevedad de este prólogo. Es el de santa Teresa como maestra de oración. También en este punto podemos aplicar la célebre sentencia «*Lex Orandi, Lex Credendi*», que con razón se aplica tradicionalmente a la liturgia. La manera de orar implica una manera de creer; una teología de la fe. Por eso, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha hecho pública una carta sobre «Algunos aspectos de la oración cristiana» (15 de octubre de 1989), en una fecha que habla por sí misma, pues elegirla indica que la Iglesia Católica acoge a la santa abulense como verdadera *doctora* de la oración cristiana.

También de santa Teresa es la célebre frase: «Entre pucheros anda el Señor». Traigo a colación este popular pensamiento teresiano porque nos conduce de forma directa a la oración cristiana y, por lo mismo, encamada. En efecto, como puntualiza la carta mencionada, «es preciso recordar que la unión habitual con Dios... no se interrumpe necesariamente ni siquiera cuando hay que dedicarse, según la voluntad de Dios, al trabajo y al cuidado del prójimo... Efectivamente, la oración auténtica, como sostienen los grandes maestros espirituales, suscita en los que la practican una ardiente caridad que los empuja a colaborar en la misión de la Iglesia y al servicio de sus hermanos para mayor gloria de Dios. «Que para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (*Moradas* VII, 4,6).

En efecto, la oración es el centro que anima toda la vida cristiana, que capacita para vivir con sencillez y valentía y para dar razón de la esperanza cristiana en todas las circunstancias de la vida y en todas las situaciones de nuestra vida social.

Deseo terminar con un recuerdo de Juan Pablo II, que tanto admira a santa Teresa y a san Juan de la Cruz, como nos dejó dicho durante su primer viaje a España, sobre todo en sus alocuciones de los lugares teresianos que visitó, en especial Ávila. «Teresa de Jesús —dijo en Alba de Tormes— ha sido mi maestra, inspiración y guía por los caminos del Espíritu. En ella encontré siempre estímulo para alimentar mi libertad interior para Dios y para la causa de la libertad del hombre».

«El mensaje de la santa —añadió— conserva hoy toda su verdad y su fuerza. Teresa habla desde las páginas de sus libros, es palabra universal de experiencia de Dios, su vivo lenguaje castellano ha sido traducido en muchos idiomas, ha entrado en la cultura religiosa de la humanidad, está presente, honrando a la Iglesia, en la literatura universal».

Este libro quiere ser un instrumento más para extender esta palabra de la santa. Sean dadas gracias, por ello, a su autor. Y que Dios conceda fecundidad a su trabajo, por intercesión de santa Teresa de Jesús.

Ricardo María Carles  
Arzobispo de Barcelona

## Introducción

### 1. De Teresa de Cepeda y Ahumada a Teresa de Jesús

*Singular trayectoria.* Dios buscó a Teresa, Teresa buscó a Dios y los dos se encontraron; pero la aventura, que terminó con su muerte en el seno de la Iglesia « ¡Al fin, muero hija de la Iglesia!», duró casi sesenta años.

¡Cuánto amó a la Iglesia! ¡Cuánto trabajó por ella! ¡Cómo le dolió su rompimiento en dos mitades por los «luteranos de Francia»! ¡Hasta dónde la laceró conocer por fray Alonso Maldonado, «las muchas almas que por las Indias se pierden»!

Tenía que hacer algo, tenía que aportar su colaboración, su esfuerzo, su imaginación creativa, pero «como se vio mujer y ruin», sólo podrá aportar su oración, su organización, su dolor, su carisma, en fin.

Su oración, y recorrerá el camino a solas y sin maestro hasta que el Maestro le dé «libro vivo». Su organización, y levantará dieciocho monasterios «sin una blanca». Su dolor, y se verá plagada de enfermedades, de «noches oscuras» y de «contradicciones de buenos» y de silencios abisales de Dios.

Vida fecunda la suya. Desde que siendo niña se reúna con su hermano Rodrigo para leer vidas de santos y repetir muchas veces ¡para siempre, siempre, siempre! y se escape con él a tierra de moros a que los «descabezasen por Cristo», y decidan ser ermitaños, y construya con piedrecitas pequeños monasterios jugando con sus amiguitas como «que éramos monjas», y a los trece años acuda a la Virgen de la Caridad a decirle que se le ha muerto su madre y que lo sea ella ahora, lo «que le ha valido», y con la lectura de los libros de caballerías haya perdido el fervor de cuando niña, y los flirteos con sus primos que estuvieron a punto de tronchar su vocación..., hasta que la alcanzó la muerte: «Ven, muerte, tan escondida», en Alba de Tormes, ¡qué peripecia tan singular e insólita, qué andadura tan rica y polifacética, qué maternidad tan prolífica y qué acción tan estimulante!

Doña M. de Briceño, en Nuestra Señora de Gracia, restaurará las heridas de la avidez de sus lecturas, y la afectividad lastimada por sus primos, criadas y parientas, y curará su tibieza que la hacía «enemiguísima del monjío».

Una enfermedad la saca del monasterio de las Agustinas, donde se había hecho querer, como en todas partes siempre.

Tuvo tino la *Briceña* para desadormecer a Teresa que ya desde entonces comienza a reflexionar en serio en qué estado servirá a Dios.

La visita en Hortigosa de su tío don Pedro de Cepeda, virtuoso y amigo de buenos libros, enriquece el afán de la lectora y cambia el rumbo de sus temas. El tío quiere que le lea a él, y ella, por darle gusto, le lee, y la fuerza de la lectura y la conversación ablandan el barbecho, hacen que se vaya encontrando a sí misma y empiece a recordar la «verdad de cuando niña, de que todo era nada y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve».

Las Epístolas de san Jerónimo la enardecen y decide irse al monasterio. A las Agustinas no, que eran excesivamente austeras; a la Encamación, donde tiene una amiga: Juana Suárez.

*Monja carmelita en la Encamación de Ávila.* Entró en la Encamación. El empeño que puso en la lucha la enfermó, y la llevaron a curarse a Becedas, donde casi la mataron, cuando andaba ya por las quintas moradas, introducida por Francisco de Osuna a través de su *Tercer abecedario*, regalo de su tío el de Hortigosa.

Curada, deviene el *milagro de san José* y se convierte en la monja fina, pálida y delicada, de palabra fácil, porte gentil y personalidad seductora, que atrae las simpatías, las visitas y las limosnas al monasterio

pobre.

*Retroceso y recuperación.* Mal aconsejada, cede a su natural y, «de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión», pierde el fervor y casi su vocación de orante. Deja la oración porque tiene vergüenza de «tener amistad con quien sabemos nos ama», dada la disipación en que vive. «Ayúdome a esto que, como crecieron los pecados, comenzó a faltar el gusto y regalo en la virtud». Y tiene que intervenir Dios de nuevo con la enfermedad de su padre, a quien fue a cuidar «estando más enferma en el alma, que él en el cuerpo», que ofrece la ocasión del buen consejo del padre Vicente Barrón, de retomar a la oración, que resultó más eficaz que la representación de Cristo «con mucho rigor» manifestándole el desagrado que le producen aquellas amistades y sus charlas en el locutorio que la desangraban. La desinteriorizaban.

Siguen diez años de mediocridad, de chalaneo entre Dios y el mundo. «Pasaba una vida trabajosísima». Sufre en la oración, porque no es fiel: «me llamaba Dios pero yo seguía el mundo». Intentaba «concertar estos dos contrarios tan enemigos uno de otro». Y no es que fuera mala ¡qué va!, es que imposibilitaba la realización de su llamada.

*Dios la cerca «con regalos».* Reconoce que «con regalos grandes castigabais, Señor, mis delitos». A pesar de la tibieza sigue acudiendo al oratorio, haciendo esfuerzos sobrehumanos, más pendiente del reloj que de la oración, «cualquier penitencia acometiera de mejor gana que la oración». El Señor sostiene su perseverancia, y su fidelidad de permanecer apoyada «en la columna de la oración» pone a prueba su «determinada determinación» de orar. Ya no estaba en su mano dejar la oración, «porque me tenía en las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes».

No es lo mismo profesar como monja en un monasterio que penetrar en el misterio de Dios, dejarse quemar en su fuego y permanecer con docilidad en su nube asomada al abismo. *Lo primero se puede hacer desde una vida ramplona y vulgar.* Lo segundo exige una inmensa y dolorosa purificación, devoradora de la mujer vieja. Doña Teresa vivió como monja mediocre casi veinte años. A punto de cumplir los cuarenta la va a tomar Dios por su cuenta, porque la tiene elegida para maestra de la Iglesia de su tiempo, sacudida por el vendaval de la polémica en tomo a la oración, cuando además no se aprovechaba la fuerza de la mujer. Corriente antioracionista y antifeminista que Teresa está llamada a corregir y a orientar, como maestra segura de oración y de vida cristiana, de su tiempo y de todos los tiempos.

Y, como el mejor médico suele ser el que padeció la enfermedad que ha de curar, la Providencia dispuso que Teresa aprendiera a orar sola, por no haber tenido maestros: «yo no hallé maestro, aunque lo busqué, en veinte años». Tropezando, abandonando, recomenzando, perseverando, saldrá maestra de oración. Veinte años de oración a secas, dura, ascética, «cuando sacaba una gota de agua se sentía feliz», para poder después, desde su experiencia, enseñar a sacar agua del pozo para regar la huerta.

Dios seguía acosando, pero ¡alerta!, que Su Majestad le está preparando la emboscada.

*El ultimátum.* En esta guerra interior de fluctuaciones y titubeos, en este caer y levantarse, a Dios ya le corre prisa, y dirige un ultimátum a Teresa: la vista de la imagen de un pequeño «Cristo muy llagado» la sobresaltó de forma tal que decide, «con grandísimo derramamiento de lágrimas, no levantarse de cabe sus plantas hasta que no hiciese lo que le suplicaba: la fortaleciese ya de una vez para no ofenderle». La lectura de las Confesiones de san Agustín hincarán más el arpón: «Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, parece que me la dio el Señor a mí. Estuve un gran rato que toda me deshacía en lágrimas, con aflicción y fatiga».

*La conversión.* El capítulo nueve de la *Vida*, en que narra su conversión definitiva, es considerado como el punto clave en la vida de Teresa. Ha pasado ya el ecuador de su vida. Tiene 39 años. Le quedan 27 de vida y muchas cosas por hacer. Los planes de Dios sobre ella son de gran vuelo. Ya es hora de intervenir. Y va a intervenir.

*Vida mística habitual.* Los atisbos de quinta morada en Castellanos de la Cañada de hace quince años, cuando sólo tenía veinticuatro, al rescoldo de la lectura del *Tercer abecedario*, que nos ofrece el embrión de su carisma al convertir al sacerdote de Becedas, se van a hacer habituales y la van a instalar en creciente vida mística. Veamos por qué.

Ante el alud de las mercedes, Teresa acude a sus consejeros: Francisco de Salcedo y Gaspar Daza. Escuchan sin entender; escapaba a sus esquemas aquella monja tan desenvuelta y tan enriquecida de Dios, y diagnostican que su espíritu es diabólico. Terrible tortura para Teresa que no hace más que llorar. «Fue grande mi aflicción y lágrimas». La incompetencia y tozudez de aquellos cortos e intransigentes directores obligó a Teresa a someter su conciencia a unos y a otros y su caso pasó de mano en mano discutido; lo que le ocasionó un martirio atroz.

*Desposorio místico.* Un poco y llegarán Diego de Cetina que, aunque joven, la apacigua, y Francisco de Borja y el padre Juan de Prádanos, gloria a Dios, que aciertan. A este último le cabe el mérito de que,

bajo su dirección, alcance Teresa el desposorio místico, que ella encuadra en su Sexta Morada. Teresa oye la voz: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles».

*La gracia que sana.* En este momento ha comenzado una nueva vida para Teresa. El Señor ha estado grande con ella. No olvidemos que la grandeza es del Señor, que socorre la debilidad de Teresa.

Se puede mirar el privilegio como mérito del privilegiado, y es todo lo contrario; se privilegia la flaqueza que necesita ser ayudada, restañada, curada, para poder cumplir los designios del autor de los regalos. Dios la quería más interior. Si su psicología y sus contradicciones interiores son un obstáculo, Él la sanará y las armonizará.

*Es creada la mujer nueva.* Paladinamente lo confiesa Teresa en el capítulo veintitrés: «De aquí en adelante es otro libro nuevo, quiero decir otra vida nueva. La de hasta aquí era mía, ésta es de Dios que vive en mí».

Teresa estrena vida nueva. Tras los forcejeos de ella, sus vacilaciones y mediocridad, Dios se enseñorea de su timón, porque la necesita transfigurada, transformada, recreada. Ha muerto ya el gusano de mal olor y ha nacido la mariposa, «la mariposita blanca». Lo que Teresa no pudo conseguir en tantos años, lo logra Dios con su gracia en un instante.

*Catarata de carismas.* Siguen las gracias místicas esplendorosamente, dolorosamente, eficazmente: visiones intelectuales de Cristo, «vi cabe mí o sentí a Cristo que me hablaba», e imaginarias como la transverberación: «veía un ángel cabe mí en forma corporal... veíale en las manos un dardo de oro con fuego que metía en el corazón y me llegaba a las entrañas...»; y los arrobamientos en público, que la llenaban de rubor y bochorno. Estaba realmente humillada, acobardada, «era tan excesivo el tormento, que hubiera preferido que la enterraran viva». Quería irse a otro monasterio, quizá a Valencia, donde no la conocieran.

*San Pedro de Alcántara.* Sólo alguien que conociera por experiencia los fenómenos tan extraños en que venían envueltas las inmensas torrenceras de amor, podía intervenir con eficacia para serenarla, garantizarla, llenarla de paz. Este santo varón fue san Pedro de Alcántara. «Enseguida vi que me entendía por experiencia, que era lo que yo necesitaba».

*El infierno.* Y después, el infierno. Teresa ha estado en el infierno, nos lo cuenta en el capítulo treinta y dos. «Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado...». Es el golpe definitivo de Dios. ¿Qué puede hacer Teresa por Dios, por los hombres, sus hermanos? «De aquí gané la grandísima pena que me da de las muchas almas que se condenan y los ímpetus grandes de ayudar a las almas, que por librar una sola de gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana». Como mujer de su tiempo antifeminista, está limitadísima. Por lo menos podrá reformarse ella, «guardar su Regla con la mayor perfección», «hacer lo poquito que puede» para que, pues «el Señor tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos sean buenos». Y tras la conversación en su celda con sus amigas, cuando salta al desgaire la idea de «si no podrían ser monjas como las Descalzas y hacer un monasterio», con el permiso del provincial y el del papa, será fundadora. Se reformará ella y reformará el Carmelo, que tendrá desde ahora un apellido: Teresiano. Tiene cuarenta y cinco años. Toda su alma va a poner en el empeño, pues «Su Majestad le ha mandado que lo procure con todas sus fuerzas», aunque le esperan «grandes desasosiegos y trabajos».

*Teresa de Jesús, fundadora.* Se van a cruzar en su camino monjas y frailes, alguaciles y arrieros, señoras principales y albañiles, mercaderes y caballeros, curas y obispos, corregidores y mesoneros, teólogos, duquesas y príncipes, nuncios papales y hasta el mismo rey.

Teresa está bien preparada; fogueada por Dios, puede ya «repartir la fruta»; dará la talla, cruzará Castilla cabalgando a lomos de muía o en carreta, atravesará la nevada sierra de Guadarrama en crueles invernadas, llegará hasta Andalucía y estará a punto de perecer ahogada en el difícil paso de una torrencera burgalesa. Camina ya dentro de la morada del Rey y su presencia y su actividad es la de Dios.

*Se eclipsó su luz en Alba.* «Ya es tiempo de caminar. ¡Vayamos muy enhorabuena!»

Maltrecha y agotada, rezumando Dios por todos sus poros, humanísima y celestial, soñadora y realista —equilibrada—, inteligentísima y práctica, decidida y trabajadora infatigable, haciéndose presente en toda Castilla y Andalucía con sus cartas, tan humanas y afectuosas, preocupada, tanto por las necesidades más ordinarias de la vida, como por el vuelo de sus corresponsales, y obediente a sus superiores, que eran sus hijos, hasta la muerte. Así tenía que ser. En Alba de Tormes a donde la conduce, medio muerta, la obediencia al padre Antonio de Jesús, provincial de Castilla, se paró aquel corazón singular cansado de tanto amar, agotado y consumido de amor teologal: «Al fin, muero hija de la Iglesia». Fueron sus últimas palabras, y en ellas ve encerrado todo el secreto de su vida: el deseo de servir a la Iglesia, «ayudar lo que pudiera a este Señor mío, que tan apretado le traen», y el temor de que la Iglesia no permitiera que ella la ayudara e impidiera el desarrollo de su carisma; que no la mantuviera en sus entrañas maternas, que pudo haber ocurrido, y no fue fácil que no ocurriera, pues los «tiempos eran recios».

*Guirnalda de flores.* Al tiempo de morir Teresa, en la huerta, al pie de la ventana de su celda, las ramas secas de un arbolito, que nunca llevó fruto, ha reventado en una prodigiosa floración, cubriéndolo todo de armiño; ha repicado sencillamente a gloria con las campanillas blancas y sonrosadas de sus fragantes florecillas, que llenaron el aire de perfume ¡en octubre, y en la meseta castellana!

Era un prodigio, realmente un prodigio, entre los muchos que acaecieron, remolinos de luces, olores deliciosos, misteriosas presencias, blancas palomas, claridades... Pero el arbolito cubierto de flores con sus corolas rientes y encendidas, tiene una connotación de doble signo: de la voz del Esposo de los Cantares: «Levántate, amada mía, ven a mí, porque ha pasado el invierno, y brotan las flores en la vega y la viña en flor difunde perfume», y de la primavera de gracia que, a su muerte, dejaba la madre en la Iglesia, con sus hijas e hijos y sus libros: «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; mas ahora que vive en el Cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros» (Fray Luis de León).

## 2. Teresa de Jesús escritora

*Gestación del libro de la Vida.* Pero nos interesa saber cuándo empieza a escribir. Concretamente este libro de su *Vida*.

Cuando comenzó a pedir consejo y a abrir su alma a sus consejeros —algunos ya citados—, se encontró trabada al querer manifestar lo que ocurría en su alma, el misterio. ¿Cómo podrá explicar su vida, su alma henchida de Dios? Una cosa es vivir, experimentar; otra decir lo inefable. Y aún no se le ha dado este carisma. Forcejea. Ha leído la *Subida del Monte Sión* de Bernardino de Laredo y se ha visto reflejada allí, al pie de la letra. Subrayó los pasajes con que él describe lo que a ella le ocurre y entregó el libro a sus consejeros.

*El embrión de «Vida».* Esta narración tan original de su vida, la relación escrita dirigida al padre Pedro Ibáñez y las diversas *Cuentas de conciencia*, constituyen el embrión del libro de la *Vida*, que, por mandato del padre García de Toledo, terminó de escribir en junio de 1562, cuando ya gozaba del carisma de poder decir lo inefable.

*Le dictan.* Escribe ella, pero «como quien tiene un dechado delante, del que está sacando aquella labor». Le dictan. «Es así que, cuando comencé esta última agua a escribir, me parecía más imposible saber tratar estas cosas que hablar en griego, así de difícil es. Así pues, lo dejé y me fui a comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Iluminó Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras inspirándome cómo lo había de decir, que parece que Su Majestad quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo bueno que diga es doctrina suya, lo malo, del piélagos de los males que soy yo». Por eso fray Luis de León no duda que «hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano».

*Instrumento cabal.* Le inspiraban a veces, pero ordinariamente ella ponía el instrumento afinado por el ejercicio que incluye también sus lecturas del libro de Job y de las Confesiones de san Agustín cuyo estilo de diálogo con Dios muchas veces adopta. Había leído mucho y lo había asimilado; de todo, pero fundamentalmente buenos libros. «Diome la vida haber quedado amiga de buenos libros». Cuando termina de escribir el libro de su *Vida* tiene cuarenta años. Su personalidad está granada, en plenitud de madurez vital, biológica, humana con la riqueza de sus variadísimas vivencias, y siempre en búsqueda de que le garanticen sus experiencias, todavía vuelve a reescribir su libro, que ella

llamaba *su alma*, por orden del que después será obispo de Salamanca, Francisco de Soto y Salazar, para enviarlo al padre Juan de Avila, el más prestigioso criterio de Andalucía, quien «si aceptó leerlo fue, no por pensar que él fuera suficiente para juzgarlo, sino por aprovecharse de su doctrina con la que se ha consolado y podría edificarse con ella». Teresa, a su vez, descansó y se consoló con el dictamen de Avila, seis años después de la primera redacción, y en vísperas de inaugurar la Reforma de los frailes en Duruelo con san Juan de la Cruz y el padre Antonio de Jesús, el de Requena.

*Teresa es un clásico.* Puede mirarse la obra de santa Teresa como obra literaria, que lo es. Escribió otro clásico, fray Luis de León: «En la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con sus libros se iguale» (Carta prólogo en la edición príncipe, 1588).

*Genial comunicadora.* Teresa sabía hablar, era una gran comunicadora. También sabía escribir. Aunque apenas conocía la gramática ni las reglas de sintaxis, ha sido capaz de conseguir un estilo lleno de fuerza que, con imágenes vigorosas, narración vivaz en los relatos y pinceladas coloristas, pone en pie al lector. Ahí brilla su genio mejor. Esto en la forma, y en el fondo, la interior introspección, resultado de su rica y poderosa personalidad y del conocimiento de las reacciones psicológicas que asimiló en sus lecturas de «libros de caballerías».

*Pero Teresa no busca el arte por el arte.* Jamás lo hubiera pensado ella, ni hubiera escrito una sola página por hacer literatura. Ella escribió para dar a conocer su espíritu a sus maestros y, más adelante, para participar a sus monjas las misericordias del Señor, el misterio que vivió. Fue más tarde cuando, sin pretenderlo, se abrió el círculo de sus lectores. Los estudiosos aún tardarán en llegar. Entre sus lectores, por recordar los más egregios del siglo XX, están Carlos de Foucauld y Edith Stein, judía, filósofa y después deliberadamente atea, quien, tras haber devorado en una noche este libro de la *Vida*, exclamó convencida: «Aquí está la verdad».

### 3. Razón de este ensayo

En busca de lectores. Ha escrito Julián Marías refiriéndose a san Juan de la Cruz, que el autor, por muy santo que sea, prefiere tener lectores más que estudiosos. Este ensayo está en la misma longitud de onda: pretende conquistarle lectores a santa Teresa.

Con el mismo pensamiento de Teresa y de acuerdo totalmente con ella, trato yo sus escritos como medio de aprovechar y de servir a los hombres. Quiero hacerles fácil lo difícil. Convencido por experiencia del crecimiento que engendran y de la luminosidad, amplitud de horizonte y fortaleza que aportan al vivir el hecho cristiano, me propongo ayudar a leerlos hoy.

Dilatar la audiencia selecta de Teresa en estos «tiempos recios» de secularismo, materialismo y consumismo instigado por la formidable publicidad, cuando el cristianismo sociológico se está quedando a la intemperie y se hace imperiosamente necesaria la formación de cristianos interiores profundos y sólidos, «amigos fuertes de Dios», es el fin de este ensayo; intención, pues pastoral y dilatadora, afán de repartir el pan robustecedor teresiano, que ahonde y vivifique las raíces, tras haberlo vitalmente comulgado.

La santidad. La iglesia de los Hechos y la de las persecuciones y aún la de la patrística, tuvo muy clara la vocación a la santidad; pero nunca, desde entonces, había sido sacada a la calle, como en estos últimos años en que el Vaticano II, con el evangelio, la ha propuesto como meta a todos los fieles, de cualquier clase, estado, edad y condición. Puestos a renovar estructuras y legislaciones, hay que adecuar también al pueblo de la base la teología espiritual. Un urgente impulso de proporcionar alimentos sustanciales e integrales al pueblo de Dios, llano y sencillo, está en la raíz de este intento de democratizar la doctrina teresiana, como antes hice con la sanjuanista. Ante los resultados sumamente satisfactorios, pues son muchas las personas consagradas, y no sólo los laicos, los que saborean y profundizan manjares tan luminosos y puros, evangélicos, nutritivos y maduradores, y muchos los lectores que me han estimulado con sus comunicaciones, continuo, confiado, mi trabajo literario y pastoral.

Es indudable que santa Teresa quiere tener más lectores, pues para eso Dios le concedió el carisma de decir lo inefable y su experiencia de Dios la capacita para anunciarnos el Reino. ¿Acaso el Espíritu no ha suscitado las nuevas versiones de su Palabra para que crezca el número de lectores porque la entienden?



Las versiones de la Biblia y de la liturgia a las lenguas vivas. Esta renovación necesaria tiene la misma intencionalidad y fin que la traducción de la Biblia y la de los textos litúrgicos a las lenguas vivas, para que el pueblo pueda entender y descubra el meollo con el máximo provecho, comiendo pura sustancia.

El pueblo, no sólo la aristocracia de los fieles, ya que en lenguaje cristiano no existen fieles de primera y de segunda.

Urge la restauración. Qué más quisiéramos que todos pudieran digerir y gozar de la bella prosa de santa Teresa, tan poblada de símbolos y de imágenes incrustadas en su vibrante narrativa. Pero hoy se lee poco eso. La literatura actual es más superficial, y el lector de la cultura de la imagen y de la informática carece de resortes para mantener la atención, a veces en medio de párrafos larguísimos que hoy ya no tienen gancho. Sus elipsis e hipérbaton frecuentes, los anacolutos atribuidos por Mancini a la impericia de la escritora, aunque ella los emplea para imprimir más vigor a su estilo, restan al concepto claridad.

Lo que se ha hecho en esta versión. En la renovación de los edificios arcaicos, nobles y traspasados de historia, verdaderos monumentos nacionales, puede seguirse un procedimiento sabio, ecléctico, mezcla de estilo conservador y renovador a la vez, que deje al monumento esplendoroso con luces cruzadas de clásico y moderno.

Teresa es joven porque Dios lo es; pero la lengua envejece, de donde el origen de la Academia de la lengua que «limpia y da esplendor». Los académicos, como orfebres, renuevan el lenguaje que crea el pueblo y los grandes escritores esculpen, y van aparcando las voces arcaicas que tocan menos las zonas de interés, sensibilidad y psicología actuales, y, necesariamente, por temporales y cambiantes, las de mañana.

No hay en esta versión ni esquemas ni modernismo a ultranza los esquemas nos la harían más ininteligible aun. El modernismo radical la despojaría de su gracejo, sonoridad y elegancia. Ni someterse servilmente a la letra, ni aceptar sin discernir la expresión actual, con peligro de desvanecer el texto original.

Pero sí una mimosa y delicada poda que expurgue las anomalías fonéticas, las metátesis y alteraciones de vocales, y revise los arcaísmos y coloquialismos, las frases proverbiales y las construcciones de verbo en singular con sujeto plural, especialmente el relativo que, y algunas otras, para paliar la poca variedad de vocabulario.

En algunos pasajes he tenido que hacer equilibrios para desenmarañar la madeja, cogiendo como con pinzas uno a uno los vocablos para engarzarlos, aclararlos, ordenarlos hasta dejar los párrafos diáfanos e inteligibles.

Algo semejante ha ocurrido con la supresión de paréntesis para integrarlos en el texto con el fin de evitar la disgregación, y la explicitación de la elisión frecuente. Y, en todo, una fatigosa búsqueda de claridad, especialmente cuando describe situaciones psicológicas místicas, como mistagoga, que es cuando más se enrolla. A pesar de ello, algunos característicos incisivos se han resistido al tratamiento.

Mi secreto estriba en conservar lo genial de Teresa y ayudarle en sus carencias y anomalías, poniendo a su disposición los recursos de un lenguaje más desarrollado, y aportarle claridad, teniendo siempre muy en cuenta a los lectores. Tipográficamente también viene aligerada la pesadez de los párrafos largos, al fragmentarlos en otros más breves.

Los comentarios. En los comentarios y notas trato de esbozar algo la historia, situación y geografía de algún pasaje, y la visión en perspectiva de su vida y formación literaria, humana, espiritual. Unos acentúan su personalidad y psicología, otros los planes de Dios y su acoso, las crisis y oscilaciones de Teresa, la acción de la gracia con la jugosa infusión de amor, su afectividad y entorno, sus lecturas, sus modos de oración y el porqué de su larga etapa de oración ascética; influencias de otros autores, causas de sus enfermedades, relación y concordancia de su teología con la de san Juan de la Cruz, y la influencia del mismo en su teología; mientras unos destacan costumbres y errores de su época y pergeñan apuntes de teología y el genuino concepto de la mística, señalan otros el desatino o el acierto de sus maestros. Se deducen también aplicaciones prácticas a nuestro momento y se indagan los lugares paralelos de sus obras; descubro su base bíblica y los nombres de personas con quienes se relaciona y que protagonizan con Teresa hechos que ella nunca menciona; detallo algunas fechas y matizo el fin específico de la Reforma y las diferentes edades de la Santa.

En fin, vienen a ser los comentarios un seguimiento de la trayectoria de Madre Teresa que amplifica, completa y enriquece su interesante narración.

#### **4. Origen de esta iniciativa**

Pero la iniciativa de este «arreglo» no ha venido sola. Ni ha nacido por generación espontánea. Antes hubo una raíz viva, y de la raíz brotó la versión. La raíz fue Amor y Cruz, que germinó y nació en la Iglesia, entre otros fines, para vivir y difundir el mensaje de Teresa y de Juan de la Cruz en y a través de pequeñas comunidades contemplativas en el mundo. Este año 1992 se cumplen los veinte de su erección canónica en la Iglesia para su servicio. Un sacerdote testigo de la segunda etapa de su crecimiento, nos ofrece su testimonio como saldo de la deuda que afirma tiene pendiente con la Institución. El que escribe es hoy un prestigioso catedrático Facultad de Teología de Valencia, y se expresa así: "Eran los tiempos del final de la década de los 60, recién estrenado el concilio Vaticano II. Por entonces cursaba mis estudios filosóficos y teológicos, previos a mi ordenación sacerdotal. Amor y Cruz me puso sobre la pista de un cristianismo y de una santidad que en el siglo XX se alimentara de la herencia espiritual de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz.

Me pareció entonces que también aquí se asumía «el valor divino de lo humano», a saber, el valor cristiano del trabajo, de lo secular, de la civilización urbana en que se vivía, un poco al estilo como eran asumidos positiva y críticamente por la *Gaudium et Spes* del Vaticano II. Pero la aportación específica de Amor y Cruz era la reivindicación de la experiencia de Dios, de su absolutez y señorío, de sus derechos sobre la obra de sus manos, precisamente en un mundo secularizado. No se andaba lejos de la experiencia de otros cristianos que en otras latitudes, llamarían «un camino monástico en la ciudad» (cf. *Fraternidades Monásticas de Jerusalén*).

La obra Amor y Cruz trataba de encontrar y ofrecer su identidad como carisma al servicio de la Iglesia en el momento presente. Quizá sea poco, y también demasiado, decir que era una exigencia de espíritu, una sed de Dios en este nuestro mundo con preocupantes rasgos y riesgos de autosuficiencias de olvido de Dios y olvido del hermano. Amor y Cruz buscaba una radicalidad en la experiencia de Dios en el mundo, para la que no encontraba mejor escuela que la de Teresa y Juan de la Cruz. Era un plato fuerte. Era una oferta y un reto que cuestionaba la teología excesivamente racionalizada y la pastoral humanista y mediocre, por antropocéntrica y reduccionista.

La amplitud del horizonte eclesial en que me estaba formando y la ambivalencia de sentimientos de fascinación y de distanciamiento que me despertaba la fuerte presencia de la personalidad carismática del Fundador, me hicieron permanecer a la expectativa. Pero incluso así me enriqueció la relación con "AMOR Y CRUZ".

Y creo que el Espíritu de Cristo resucitado no ha dejado de reconducirme una y otra vez, e incluso después de algún gran rodeo, a «la fonte que mana y corre», escondida en el «vivo pan por darnos vida».

De hecho fue Amor y Cruz quien me puso en la pista de despegue para el cultivo de una de las dimensiones más fundamentales de mi vida. Es deuda que he tratado aquí de reconocer, aunque luego los caminos que seguimos fueran ya muy diversos. José Vidal Taléns. Sacerdote»

## **5. Actualidad del mensaje de Teresa**

Dios quiso hacer de Teresa un testigo de Jesús resucitado, como hizo a Juan y a Pedro y a los apóstoles. Esta elección la convirtió en mujer nueva, capacitada para testificar con su vida lo que había visto y oído.

Y el mensaje que aportó Teresa a la Iglesia de su tiempo fue principalmente el de la imperiosa necesidad de orar, como camino para amar, cuando la oración mental, fruto de la devotio moderna, que había degenerado en puro juego de silogismos, era desconocida y peligrosa. Los teólogos escolásticos oficiales de entonces, carecían del conocimiento de este don. Decía fray Domingo de Soto que «si no era con el evangelio delante no sabía pensar en Dios, que, como era invisible, no sabía qué pensaban algunos hincados de rodillas dos horas delante del altar, que él no podía hacerlo". Otros, tanto o más calificados, tuvieron expresiones todavía más inauditas y lamentables. Melchor Cano ataca los «Comentarios sobre el catecismo cristiano» de Bartolomé Carranza porque divulgan la oración mental entre todos los cristianos. Por la misma razón acusaba a fray Luis de Granada, y hasta veía en la oración mental peligro para el desarrollo normal de la sociedad.

Se comprende, sólo con asomarnos a aquel ambiente, que Teresa tuviera dificultades, y no sólo las sociales. En una atmósfera, no sólo poco propicia, sino hostil, cuando sólo el pensamiento de buscar la interioridad era peligroso (se temía el erasmismo y el alumbradismo), Teresa se abre camino y ofrece con contundencia el mensaje de aquel momento, para aquel momento. Y en medio de la tormenta se abrió camino, ¡y qué camino!

Creo que no hay en toda la historia de la Iglesia un panegirista de la oración más caracterizado, elocuente y persuasivo que Teresa en obras y en palabras. Fue su gran divina intuición.

Hemos vivido unos años de verdadera algarabía en torno a la oración. Y no sólo en la Iglesia Católica sino también en las separadas. Sobre la oración primero fue el silencio. Después la calumnia. Luego la

omisión. Y ahora que se habla más de ella, creo que se habla más que se ejerce. Mientras avanza el desierto.

Con la teología radical de la muerte de Dios, no había posibilidad de diálogo con un Dios muerto. Con la crisis y falta de fe, Dios no interesaba al hombre. La autonomía del hombre descartaba el trato con el Ser trascendente. Más, se le consideraba rival y amenazante. Estorbo para el desarrollo humano. Con la secularización y la desacralización, el trato con Dios era una forma alienante de la personalidad. Le escasa coherencia de los orantes profesionales, daba origen a acusar a la oración de evasión y desencarnación de la vida.

En esta situación, como en la suya, no más fácil, ni menos difícil, Teresa alza la voz y nos dice: «que nadie tomó a Dios por amigo que no se lo pagase». Y se pregunta: ¿Por qué no hacen oración? <Por cierto, si no es para pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y para cerrar a Dios la puerta para que no les dé alegría en la oración. Cierto, les tengo lástima, porque a su costa sirven a Dios; porque a los que hacen oración el mismo Señor corre con el gasto, pues por un poco de trabajo les da gusto para que con él se pasen los trabajos».

La oración es importantísima, pero no lo es todo. El primado es del amor, pero sin oración el huerto no produce flores, es decir, ni amor ni valores humanos, ni virtudes evangélicas, y las bienaventuranzas sin ella yacen marchitas, heladas: «Que para esto es la oración, para que nazcan siempre obras, obras, obras», que en el pensamiento de la maestra equivalen a virtudes. <No pongáis vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes y no hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas».

Es decir, sin oración no hay cristianos. Y sin cristianos no puede haber "nueva evangelización", al menos en profundidad. Por eso Juan Pablo II, promotor de la misma, ha dicho que «el mensaje de santa Teresa conserva hoy toda su verdad y fuerza» y pide «que el pueblo cristiano se ponga a la escucha del mensaje teresiano».

## **6. Recapitulación**

Casi telegráficamente he pasado la cinta de la densa, extensa e intensa vida de Teresa de Jesús, buscada por Dios y, afortunadamente, encontrada, transformada y henchida por Él y de El, para convertirla en poderoso instrumento de renovación eclesial. Hemos seguido el camino que ambos anduvieron juntos, como esposos enamorados e identificados. He dado razón de cómo Teresa se hizo escritora y de por qué y cómo yo he puesto mis manos junto a las suyas para «arreglar» la obra genial de su Vida, «su alma», «el libro grande de las misericordias del Señor», que todos estos son los títulos con que esta mujer predestinada lo designaba.

Si ella desnudó su alma con delicado pudor porque se lo mandaron, y se alegró de haberlo hecho para revelar el paso de Dios en su vida y su ingratitud y para «engolosinar» a los hombres y determinarlos a emprender «el camino del amor», yo me he atrevido, de rodillas, a «arreglar» esta epopeya, como se están adaptando, con éxito, tragedias clásicas y partituras musicales colosales del pasado. En el origen de esta iniciativa resumo el testimonio del sacerdote José Vidal, que nos confirma la madurez de los frutos, cuando se abre la esperanza de nuevas primaveras.

He esbozado por último la actualidad del mensaje de Teresa, testigo de Jesús resucitado, avalado por argumentos históricos y el magisterio de Juan Pablo II.

Si ahora volvemos la página y entramos a leer lo que nos dice Teresa y a escucharla, y perseveramos con ella, os aseguro que terminaremos proclamando como los samaritanos:

"No creemos ya por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido, que éste es de verdad el Salvador del mundo» (Jn 4,42).

### **JESÚS MARTÍ BALLESTER**

Valencia, 19 de marzo de 1992

Solemnidad de San José,

de cuyo "culto Santa Teresa se hizo promotora

en la cristiandad occidental"

(Juan Pablo II en Redemptoris Custos)

## Prólogo

Quisiera yo que, así como me han dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la hubieran dado para que muy por menudo y con claridad pudiera decir mis grandes pecados y ruin vida; esto me hubiera dado gran consuelo; mas no han querido, sino que me han limitado mucho para esto.

Y por esto pido, por amor del Señor, que tenga delante de los ojos quien leyera esta narración de mi vida, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo de los que se convirtieron a Dios, con quien me haya podido consolar; porque considero que, después que el Señor los llamó, no volvieron a ofenderlo.

Yo, no sólo volvía a ser peor, sino que parece que estudiaba cómo resistir las mercedes que Su Majestad me hacía. Cuando me veía obligada a servirle más, me daba cuenta de que correspondía por mi parte lo menos que podía.

Sea bendito por siempre que tanto me esperó, a quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que, con toda claridad y verdad, yo haga esta relación que mis confesores me mandan.

E incluso sé, hace mucho tiempo, que el Señor lo quiere, lo que ocurre es que yo no me he atrevido a hacerlo.

Y que sea para gloria y alabanza suya y para que de ahora en adelante, conociéndome mejor los confesores, ayuden mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor a quien siempre alaben todas las cosas, amén.

---

## Capítulo 1

### El Señor despertó mi alma en la niñez a la virtud, ¡Cuánto ayudan los padres virtuosos!

El tener padres, Don Alonso Sánchez de Cepeda, padre de santa Teresa, casó en segundas nupcias con doña Beatriz de Ahumada, de catorce años. Su primera esposa fue doña Catalina del Peso y Henao, con quien tuvo dos hijos: María y Juan.

1. virtuosos, y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena.

Era mi padre aficionado a leer buenos libros, En la biblioteca de su padre se encontraban: *Retablo de la vida de Cristo*; *De Officiis*, de Tulio; un Boecio; *Tratado de la Misa*; *Los siete pecados*; *Proverbios de Séneca*; *Las trescientas*, con influencias de Dante, Virgilio y Lucano, y *La coronación*, de Juan de Mena, dedicada a ensalzar al marqués de Santillana, y así los tenía de romance para que los leyesen sus hijos.

Los buenos libros, junto con el cuidado que mi madre tenía de hacemos rezar y hacemos devotos de Nuestra Señora y de algunos santos, comenzaron a despertarme a la virtud —cuando tenía seis o siete años de edad— a mi parecer.

2. El ver que mis padres favorecían la virtud, me ayudaba. Ellos tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo conseguir que tuviese esclavos, Estos eran moros que servían a los hidalgos y les tenía gran piedad.

Era muy sincero, jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

3. Mi madre, Doña Beatriz de Ahumada también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con muchas enfermedades. Era mujer de grandísima honestidad; con ser de tanta hermosura, jamás se supo que fuese coqueta; porque, aunque murió de treinta y tres años, ya su vestido era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que tuvo que soportar el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

Éramos tres hermanas y nueve hermanos, Juan de Cepeda, Hernando de Ahumada, Rodrigo, Jerónimo, Lorenzo, Antonio, Pedro, Juan de Ahumada, Agustín, doña María de Cepeda y doña Juana de Ahumada.

4. Todos se parecieron a sus padres —por la bondad de Dios— en ser virtuosos, menos yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes de que comenzase a ofender a Dios parece que tenía motivo su predilección. Porque yo tengo pena cuando me acuerdo de las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y lo mal que me supe aprovechar de ellas.

5. Pues mis hermanos en nada me impedían servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad, Rodrigo, con él congenió más que con nadie. Era su confidente. Él la quiso mucho, y cuando se fue de España le cedió su herencia.

. Nos juntábamos los dos para leer vidas de santos, pues era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí.

Como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame que compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no porque amase mucho a Dios, sino para gozar tan pronto de los grandes bienes que leía que había en el cielo.

Y juntábame con este mismo hermano a buscar el medio para conseguirlo. Nos poníamos de acuerdo para irnos a tierra de moros, Tierra de moros imaginada por Teresa y su hermano, no como la describe la Geografía sino como la ilusiona su imaginación infantil, que dista mucho del cálculo adulto, pidiendo por amor de Dios que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad para realizarlo, si hubiéramos encontrado el modo. Pero el tener padres nos parecía el mayor impedimento.

Nos aterrorizaba mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria eran para siempre. Nos acaecía estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir

muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! Pronunciando esto mucho rato era el Señor servido que me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad.

6. Cuando vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, determinábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían.

Y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan pronto lo que yo perdí por mi culpa.

Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo.

Me gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como si fuéramos monjas Juegos premonitorios de su vocación de fundadora de tantos monasterios ; y a mí me parece que deseaba serlo Después cambiaría tanto que será «enemiguísima del monjío» . , aunque no tanto como las cosas que he dicho.

7. Me acuerdo de que cuando murió mi madre, tenía yo doce años de edad, poco menos Calcula mal, pues tenía ya catorce años. . Cuando yo comencé a entender lo que había perdido, afligida, me fui a una imagen de Nuestra Señora y le supliqué, con muchas lágrimas, que fuese mi madre. Me parece que, aunque se hizo con simpleza, me ha valido; porque he hallado a esta Virgen soberana muy claramente en cuanto le he encomendado, y al fin, me ha reconquistado.

Me entristece ahora ver y pensar cuál fue la causa de no haber yo estado firme en los buenos deseos con que comencé a despertar a la vida.

8. Oh, Señor mío, pues parece que tenéis determinado que me salve, quiera Vuestra Majestad que sea así; y, puesto que me habíais de hacer tantas mercedes, ¿no hubiera sido mejor, no ya por mi interés, sino por gloria vuestra, que no se hubiera ensuciado tanto la posada donde habíais de morar tan asiduamente?

Fatígame, Señor, aun decir esto; y sé que fue mía toda la culpa, porque no me parece que os quedó a Vos nada por hacer para que, desde mi niñez, fuera toda vuestra.

Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos más que buenos ejemplos y cuidado de mi bien.

9. Pues cuando me fui haciendo mayor, y comencé a darme cuenta de las gracias naturales que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, en vez de darle gracias por ellas, las aproveché para ofenderle, como ahora diré.

## Capítulo 2

**Refiere cómo fue perdiendo estas virtudes y la importancia que tiene tratar con personas virtuosas en la niñez.**

1. Me parece que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que sus hijos vean siempre ejemplos de toda clase de virtudes; porque, con ser tan virtuosa mi madre como he dicho, lo bueno no lo imité tanto al llegar al uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho.

Ella era aficionada a leer libros de caballerías Se llaman así aquellos que contienen hechos históricos fingidos por héroes fabulosos... Los hombres que hablaban en ellas eran «Caballeros armados». *Diccionario de*

*Autoridades*, Credos, Madrid 1984. «El Quijote» fue un alegato contra dichos libros y no tomaba tan mal este pasatiempo como yo, porque no dejaba su labor, pero nos los ingeniábamos para leerlos. Ella quizá lo hacía para no pensar en los grandes trabajos que tenía, y para tener ocupados a sus hijos, a fin de que no anduvieran perdidos en otras cosas.

Esto disgustaba tanto a mi padre que se había de tener precaución de que no lo viese.

Yo comencé a acostumbrarme a leerlos; y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los buenos deseos y me hizo comenzar a faltar en los demás; y me parecía que no era malo, aunque gastaba muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, a escondidas de mi padre. Me apasionaba y me embecía tanto en esto que, si no tenía libro nuevo, no estaba contenta. ¿Cómo hubiera nacido la gran escritora, conocedora de los múltiples resortes del corazón humano y llena de psicología? En sus lecturas consiguió dominar el arte de escribir, que tan genialmente ha explotado, sin demasiadas reglas gramaticales, es cierto, pero repleto de narraciones con gancho y de profunda introspección. Del estilo novelesco ha asimilado los relatos y el psicologismo por los diversos caracteres y reacciones, sobre todo en tomo al amor. Pues dichoso pecado que nos ha merecido tal escritora. Dios deja al hombre en sus fallos y limitaciones en orden a un bien superior.

2. Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello, perfumes y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, porque era muy coqueta. Sabe utilizar todos los resortes femeninos para acicalarse, aunque con un cuerpo en capullo en plena primavera, poco necesitaba para estar espléndida. Pero ella anota que los usa: perfumes, joyas y, sobre todo, el buen gusto para elegir vestidos y combinar colores.

No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Esta gran vanidad de excesiva limpieza y de cuidados que a mí me parecía que no eran pecado, me duró muchos años. Ahora veo cuán malo debía de ser.

Tenía primos hermanos, Vasco, Francisco y Diego; hijos de doña Elvira de Cepeda, hermana de su padre, don Alonso, y hermanos de Inés Mejía, la «parienta» que tanto va a desazonar a Teresa.

pues en casa de mi padre no entraban otros, porque era muy recatado, y ojalá lo fuera de éstos también; porque ahora veo el peligro que hay en tratar con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que más bien despiertan para meterse en él, en la edad que se han de comenzar a criar virtudes.

Eran casi de mi edad, un poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos. Teníanme gran amor y, en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática y oía las aventuras de sus aficiones y niñerías nada buenas. Y lo peor fue acostumbrarse el alma a lo que fue causa de todo su mal. La que iba a ser madre de tantas mujeres, no podía quedar en una inmadurez estéril, cuya causa, en gran parte, es el desconocimiento de la vida y el amor humano. Lo que ella considera extravía está muy dentro del plan providencial sobre su misión eclesial.

3. Si yo hubiera de aconsejar, diría a los padres que en esta edad vigilasen mucho las amistades de sus hijos; porque ahí está nuestro mal, en que nuestra naturaleza se inclina antes a lo peor que a lo mejor.

Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, Diez años más que Teresa tenía su hermanastra, María de Cepeda. Era la primogénita de don Alonso, su padre, y de su primera esposa Catalina del Peso y Henao, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta. Con delicada prudencia oculta el nombre de esta parienta, que no hacía más que atizar el fuego de la afectividad hacia sus primos que tenía mucha entrada en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre había procurado por todos los medios conseguir que no viniese a casa; parece que adivinaba el mal que por ella me había de venir, y tenía tanta oportunidad para entrar que no había podido evitarlo. Parentesco aparte, don Alonso y doña Beatriz debían favores a su cuñada doña Elvira, madre de Inés.

A ésta que digo me aficioné a tratar. Con ella sostenía mi conversación y pláticas, porque me ayudaba en el tejemaneje de los requiebros que yo quería, y aun me lo fomentaba y me comunicaba sus conversaciones y vanidades.

Hasta que traté con ella, que fue a mis catorce años, o quizá más, que fue

cuando empezó la amistad conmigo y a comunicarme sus cosas, no creo que hubiera dejado a Dios por culpa mortal ni había perdido el temor de Dios, aunque lo tenía mayor de perder la honra. Este temor fue la causa de que no la perdiera del todo, y me parece que nada del mundo podía cambiar en mí esta decisión, y que no habría amor de persona que me hiciese rendir a esto. ¡Ojalá hubiera tenido fortaleza para no ir contra la honra de Dios, como la tenía, por mi natural pundonoroso, para no perder la honra del mundo, en lo que a mí me parecía que estaba! ¡Y no miraba la que perdía por otros muchos caminos!

4. Era muy extremada en guardar las apariencias en cuanto a la honra se refería. Mas no ponía los medios necesarios para guardarla; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento.

Mi padre y mi hermana sentían mucho esta amistad. Me reprendían por ella muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de que aquella amiga entrara en casa, no les valían sus empeños, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha.

Algunas veces me asusta el daño que hace una mala compañía. Si no hubiera pasado por ello, no lo podría creer; especialmente debe de ser mayor el mal que hace en tiempo de mocedad.

Querría que escarmentasen en mí los padres para vigilar esto. Y es así, que de tal manera me cambió esta conversación, que, aun teniendo un alma naturalmente virtuosa, no me dejó casi ninguna virtud, y me parece que era esta parienta amiga la que me contagiaba sus defectos, junto con otra que tenía las mismas costumbres livianas.

5. De esto deduzco el gran provecho que hace la buena compañía, y estoy segura de que, si tratara en aquella edad con personas virtuosas, hubiera permanecido firme en la virtud; porque, si entonces hubiera tenido quien me enseñara a temer a Dios, hubiera ido fortaleciéndose mi alma para no caer.

Después, totalmente desprovista del temor de Dios, sólo me quedó el miedo de perder la honra, que en todo lo que hacía me tenía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas muy contra la honra y contra Dios.

6. Al principio me hicieron daño las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya. De la parienta cuya amistad la estaba extraviando la culpa, sino mía; porque después, mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, en las que para todo mal encontraba buena colaboración. Si alguna de ellas hubiera servido para aconsejarme bien, quizá me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición.

Y aunque nunca fui inclinada a hacer mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a fomentar requiebros y a mantener excesiva conversación, mas, puesta en la ocasión, jugaba con el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos. De los cuales peligros me libró Dios de manera que se ve claro que intentaba contra mi voluntad que no me perdiese del todo, aunque no pudo ser tan secreta la situación que no ocasionase harta quiebra de mi honra y engendrarse la sospecha en mi padre; y me parece que aún no hacía tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio. Era un monasterio recién fundado, bajo la regla de san Agustín, por doña Mencía López, en su propia casa, al quedar viuda. Doña Mencía, con sus dos hijas y una amiga, inician esta andadura que dará, como uno de sus más granados frutos, la vocación de Teresa que había en esta ciudad, donde se educaban muchachas de mis condiciones, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulo, que sólo yo y algún pariente lo supimos; porque aguardaron a que se presentara la ocasión para evitar extrañeza; pues haberse casado mi hermana



María, hermanastra de la Santa, se casó con Martín Guzmán y Barrientes y vivían en Castellanos de la Cañada y quedar yo sola sin madre no estaba bien.

**7. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y tanta mi sagacidad**

Hace falta inteligencia, memoria, astucia, cálculo, disimulo, presencia de ánimo, capacidad de razonar para llegar a encubrir la situación a su padre para encubrir la causa, que no podía creer tanto mal de mí, y así no se enemistó conmigo.

Como todo había durado poco tiempo, aunque algo se sospechase, no se afirmaría con certeza; y como yo temía tanto perder la honra, todas mis diligencias iban dirigidas a que todo quedase en secreto, y no miraba que no podía quedar secreto a quien todo lo ve. ¡Oh Dios mío! ¡Qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que puede haber alguna cosa contra Vos que os sea secreta!

Tengo por cierto que se evitarían grandes males si entendiésemos que no está la ganancia en guardamos de los hombres, sino en guardamos de desagradaros a Vos.

**8. Los ocho primeros días de estar en el monasterio sufrí mucho, y más por la sospecha que tuve de que se había descubierto mi vanidad, que por estar allí. Porque yo ya andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme enseguida.**

Como traía tanto desasosiego, a los ocho días, y creo que menos, estaba mucho más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en ser la alegría dondequiera que estuviese, y así era muy querida. Y puesto que yo estaba entonces ya «Entonces ya enemiguísima», porque cuando jugaba a ermitaños con sus amigas y hermano parece que esa era su llamada. El «ya» expresa su decaimiento enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas Si no lo quería para ella, gustaba que hubiese almas nobles. No ha perdido los principios objetivos, sino su elección, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recato.

Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo desasosegarme con recados. Como no había lugar, Como no accedía a las invitaciones y persuasiones pronto se acabó todo, y comenzó mi alma a volverse a acostumar a la virtud de mis primeros años y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos.

Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía volver a Él Cuando escribe ya tiene conciencia del acoso de Dios. ¡Y qué hermosamente lo dice! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido! Amén.

**9. Una cosa tenía que podía disculparme, si no tuviera tantas culpas, y es que el trato era con quien casándome, podía terminar bien** Un dato interesante para conocer la normalidad de esta mujer. Y así me informaron el confesor y otras personas que no era pecado.

**10. Dormía una monja con las seglares que vivíamos allí. Por su medio parece que quiso Dios comenzar a darme luz, como ahora diré.**

### Capítulo 3

**La buena compañía volvió a despertar sus deseos y el Señor comenzó a**

## **darle alguna luz sobre el engaño en que había vivido.**

1. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, El vacío de compañías frívolas conseguido por la separación de su casa, providencialmente es llenado con la compañía de personas buenas, y en especial de la monja santa, María de Briceño; esto va a dar un viraje a su vida, trascendental en su vocación, pues de aquí arranca su vida de oración y, en fin, su determinación de ser monja, que tanto había detestado

holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Según yo creo, nunca dejé de holgarme de oír hablar bien de Dios.

Comenzóme a contar que ella se había hecho monja sólo por leer lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mt 20,16). Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por Él (Mt 19,28) El testimonio y las confidencias íntimas de esta monja están siendo instrumento de Dios para reconquistar aquella fuerza que se le había desparado .

Esta amistad comenzó a desterrar de mí las costumbres que me había inculcado la mala. Y empezó a sembrar deseos de las cosas eternas y fue socavando lentamente la gran enemistad que tenía de ser monja, que se me había vuelto grandísima.

Y cuando veía que alguna derramaba lágrimas cuando rezaba, o practicaba otras virtudes, le tenía mucha envidia; porque mi corazón era tan recio que, aunque leyera toda la pasión, no era capaz de llorar una lágrima Analizando la situación de nuestras comunidades cristianas pronto descubrimos que el cumplimiento de los deberes o devociones religiosos carecen de jugo y de vida.

**Podríamos decir que todo funciona pero nada vive, o vive mortecina y lánguidamente, de manera que es fácil predecir, a no muy largo plazo, la muerte.**

**El hombre —la persona humana— es una entidad muy compleja, y debe ser considerada en su conjunto, pero también en cada una de sus partes. El espíritu, el alma, la vida en su simplicidad tiene unos espacios inseparables que se interaccionan. De tal manera que si alguno de ellos falla, se resiente todo el conjunto.**

**Basada en este principio, la liturgia trata de poner en juego todos los resortes que puedan servir de móviles, motivaciones y como galvanizadores de todo el ser humano. Utiliza la luz, el color, la armonía, la música, el silencio, los gestos, la belleza, la elegancia, las miradas, la palabra, las flores, la pintura, el canto, los distintos tonos de voz, los símbolos como medios de llegar a tocar todas las fibras del ser. Cuando algún elemento falta, se reduce la vibración.**

**En la vida del espíritu también hay que estar atentos a los diversos elementos constituyentes del mismo.**

**El hombre es cuerpo y espíritu. La liturgia lo tiene en cuenta. Dinamizando todos los elementos se enriquece la respuesta.**

**Pero, atendamos ahora más específicamente al alma que no puede separarse del compuesto humano. Atendamos a las diversas partes del alma: voluntad e inteligencia. En la inteligencia podemos considerar: razón, intuición, pensamiento e imaginación. La facultad más espiritual es la voluntad.**

**Tanto la voluntad como la inteligencia tienen una concomitancia estrecha: la afectividad y la pasión.**

**Aunque la voluntad es la roca del hombre y la que sintetiza todo su poder, sin embargo, difícilmente se la puede hacer funcionar a secas y como a golpe. Es como querer madurar los higos a fuerza de apretones. Se ablandan, pero no maduran.**

**Miremos los árboles de Navidad. Tienen hojas, pero carecen de vida. Les falta la raíz y la savia. Como los ídolos: «tienen ojos y no ven, orejas y no oyen, lengua y no hablan; no tiene voz su garganta» (Sal 113,5).**

**¿Cómo se puede hacer funcionar la voluntad? Este es el tema. Valen los discursos, las razones, los silogismos, los argumentos. A todo esto responderá la voluntad: Sí. Me convence. Pero es poco convencer. El convencimiento es válido, pero insuficiente. Uno puede estar convencido, pero no da un paso.**

**Cuando hemos convencido a una persona, hemos hecho algo. Descartes fue el iniciador de esta actitud filosófica: *Cogito, ergo sum*. Con el pensamiento yo sé que debo rezar, orar, estudiar, guardar dieta. Ya, repito, hemos hecho algo. Hemos dado un paso. Me doy cuenta de que sé una cantidad de cosas que no hago. Quizá lo hago un día o dos, pero llega la dificultad y lo dejo. ¿Qué ocurre? Que el pensamiento, la razón, no bastan. La inteligencia debe estar unida a la voluntad.**

**Bien, ya tenemos ideas claras y la voluntad dispuesta. Pero los pasos que dan las dos son lentos, como perezosos...**

**Pongo un ejemplo: Yo estoy convencido de que debo dar determinada cantidad de dinero. Mi voluntad lo quiere también. Pero aún no se han puesto ambas en marcha. En esa situación veo a una familia vecina, sencilla, honrada, en una desgracia, la que sea... que impresiona mi sensibilidad. La afectividad ha quedado herida y ella ha galvanizado la voluntad.**

**Demos un paso más. La afectividad es pasión. Por tanto, combustible. Languidece y se va acabando, y se apaga como una hoguera. El secreto para que la voluntad permanezca firme y activa estará en mantener viva la llama.**

Dice santa Teresa que aunque leyera toda la pasión no derramaría una lágrima. Hasta que la acción de la gracia infusa tocó el corazón de Teresa y se hizo vivo en ella el amor y la compasión, ella no podía llorar. Estaba bloqueada.

El resultado de la inteligencia es la frialdad. Hay que mover la voluntad con el afecto, el amor. Si yo tiro una bala con la mano, poco herirá al que le toque. Pero si la dispara la explosión de la pólvora accionada por el fulminante del fusil, el efecto es incomparablemente mayor.

«¿Qué pensáis que es predicar? —decía san Juan de Ávila—, ¿Estar una hora razonando de Dios? No: que llegue a vos un demonio y salga hecho un ángel».

El fuego que activa la voluntad lo enciende el Espíritu Santo cuando oramos. Esta confesión de Teresa me lleva a pensar en la atonía y frialdad reinante en nuestras comunidades cristianas, que sólo con la gracia solicitada con la oración se pueden remediar. Sola ella puede infundirle el jugo y la vida de que carecen. Entretanto, aunque todo funcione, nada vivirá. **Esto me causaba pena.**

**2. Estuve año y medio en este monasterio hartamente mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar que todas me encomendasen a Dios, para que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba que no fuese el de monja; aunque también temía casarme. Es una crisis dolorosísima la que pasa en esta encrucijada. Una lucha descomunal en su alma, donde, como en un campo de batalla, se produce el choque vital de dos fuerzas antagónicas: Dios y el mundo. ¡Cómo no había de caer enferma!**

**Al final de mi estancia en este monasterio ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por la austeridad con que vivían, que me parecía demasiado extremada; pues había algunas monjas jóvenes que apoyaban esta idea mía; de haber tenido todas el mismo parecer, mucho me hubiera ayudado.**

**También tenía yo una gran amiga Juana Suárez, monja en la Encarnación, de la misma ciudad de Ávila en otro monasterio, lo cual era decisivo para que, si hubiera de ser monja, me fuese donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sentimiento y vanidad**

que el provecho de mi alma De no ser por estas razones se hubiera quedado en santa María de Gracia y allí, sin el horizonte mediocre de la Encarnación, difícilmente habría sido Reformadora. Las trazas de la providencia son admirables. Estos buenos deseos de ser monja me venían algunas veces y luego se me quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

3. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me convenía. Diome una gran enfermedad, por lo que hube de volver a casa de mi padre.

Cuando me curó, me llevaron a casa de mi hermana, que residía en una aldea En Castellanos de la Cañada, provincia de Ávila, para verla, pues era extremado el amor que me tenía y hubiera querido que no me separase nunca de ella; y su marido también me amaba mucho, al menos me demostraba todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre me han amado y yo se lo pagaba a Dios como la que soy.

4. Camino de casa de mi hermana vivía un hermano de mi padre, muy prudente y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor preparando para que se le entregara, que, ya mayor, dejó todo lo que tenía y se fue fraile y acabó de tal manera que creo que goza de Dios Don Pedro Sánchez de Cepeda, hermano de don Alonso, su padre, vivía en Hortigosa y profesó monje jerónimo en Guisando. A él le debe la santa su iniciación en los caminos de la oración de recogimiento, a través de lecturas en que la introdujo obsequiándola con libros.

Quiso que me quedase con él unos días. Se ejercitaba en la lectura de buenos libros en castellano, y casi siempre hablaba de Dios y de la vanidad del mundo. Me mandaba que leyese en voz alta y, aunque yo no era amiga de aquellos libros, manifestaba que sí; porque, en esto de dar gusto a otros, he sido extremada, aunque a mí me fastidiase; tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque muchas veces lo hacía muy sin discreción.

¡Oh, válgame Dios! ¡Por qué caminos me andaba Su Majestad preparando para el estado en que quiso que le sirviera, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza! «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste» (Jer 20,7). Sea bendito por siempre, amén.

5. Aunque fueron los días que estuve pocos Los días que estuvo con su tío, se entiende. , con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, tanto leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niño Lo que tan claro tenía en su corazón cuando era niña que hasta el martirio buscaba, pues pena y gloria eran para siempre, siempre, de que todo era nada y la vanidad del mundo y que se acababa tan pronto. Y comencé también a temer cómo hubiera ido al infierno, si me hubiera muerto.

Y aunque mi voluntad no acababa de decidirse a ser monja, vi que era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a hacerme fuerza para serlo Ella, que venía ya tocada por el ejemplo de las monjas de Gracia y la amistad y confianzas de doña María de Briceño, necesitaba la serenidad de la conversación de su tío y las lecturas que con él comentaría, para decidirse con la cabeza contra su natural inclinación a lo que veía que era lo mejor y más seguro para su salvación.

6. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y la pena de ser monja, no podían ser mayores que las penas del purgatorio, y ya que yo tenía tan merecido el infierno, que no era mucho vivir lo que me quedara de vida como si estuviera en el purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que es lo que yo deseaba Se da en ella una vuelta a los orígenes. Siendo niña, le parecía que los mártires compraban barato el cielo, y decidió ir a tierra de moros buscando que la «descabezasen». Es su actual decisión de irse al convento. Es un nuevo modo de martirio el que encuentra, tan original ella, el de la vida religiosa, pero con sentido positivo, mirando al cielo, al que deseaba llegar. Así consideraba Teresa la vida religiosa de entonces, que para ella, tan inteligente y capaz, había de quedar muy plana y achatada por falta de horizontes positivos y casi nula formación. Encerrarse así de por vida es considerado por ella como pasar un purgatorio. Y en esta decisión de tomar estado más me parece me movía el temor servil No le mueve el temor de hija, sino el de esclava. Es una motivación poco aquilatada, pero fue eficaz. Como este móvil no puede ser duradero, habrá de intervenir la gracia con su jugosa infusión de amor divino, que suavice y enterezca la

aridez y dureza de una decisión tan seca y cerebral que amor.

Me sugería el demonio que no podría sufrir los trabajos de la vida religiosa, por ser tan regalada Poco sacrificada e inclinada a vida cómoda, y muy pendiente de su salud.

De estos ataques me defendía con los sufrimientos de Cristo, y no sería mucho, pensaba, que yo pasase algunos por Él; que Él me ayudaría a llevarlos, debía de pensar, que de esto último no me acuerdo. Pasé hartas tentaciones estos días Era mucho lo que tenía que dejar su afectividad tan correspondida por la familia, por su padre, sobre todo; a par de muerte sufre, con la sola arma de la razón.

7. Me sobrevinieron, con unas calenturas, unos grandes desmayos, pues siempre tenía bien poca salud. Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía las cartas de san Jerónimo, que me animaban tanto, que me determiné a decirlo a mi padre, que era casi como tomar el hábito; pues era tan pundonorosa, que creo no volvería atrás por nada mundo, después de habérselo dicho.

Era tanto lo que me quería, que no pude conseguir su autorización. Ni los ruegos de las personas, que procuré que le hablasen, bastaron. Todo lo que se pudo conseguir de él que después de sus días ya haría lo que quisiera.

Yo no me fiaba de mí y tenía miedo de volver atrás, por mi debilidad, y creí que esto no me convenía, y así, lo intenté por otro camino, como ahora diré.

## Capítulo 4

### **El Señor la ayudó a luchar contra sus sentimientos para tomar el hábito. Y comenzó a enviarle muchas enfermedades.**

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, Se trata de Antonio Ahumada que fue a los Dominicos y no lo aceptaron, pues no tenía el consentimiento de su padre. Después fue monje Jerónimo, pero enfermó y tuvo que salir. Murió en Ecuador diciéndole la vanidad del mundo, y nos comprometimos a irnos un día muy de mañana al monasterio donde estaba mi amiga, En Ávila, el monasterio de la Encarnación. Allí estaba Juana Suárez, su amiga que era a la que yo tenía mucha afición, aunque yo estaba ya dispuesta a irme a cualquier otro, donde pudiera servir más a Dios, o al que mi padre quisiera; pues miraba ya más el provecho de mi alma, que del descanso ningún caso hacía.

Me acuerdo con plena conciencia y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre lo sentí tanto que no creo será mayor el sentimiento cuando me muera; porque me parece que se me descoyuntaban los huesos, pues como no tenía amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, todo era haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no hubieran bastado mis reflexiones para seguir adelante. En estos momentos me dio fuerza contra mis sentimientos para que pudiera irme. El relato nos confiesa su actitud cerebral como motor de su decisión de entrar en el monasterio. No se da en ella ningún sentimiento de amor sensible. Temperamentalmente es pues fría y calculadora. Su corazón será ensanchado después por la gracia.

2. Apenas tomé el hábito, me dio el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle Esta experiencia de la ayuda de Dios para cualquier acto de virtud, para cualquier gesto, aun heroico, le servirá siempre para ella y para gobernar a sus hijas; de mí nadie sospechaba que me costaba tanto, al contrario, creían que aquella determinación mía era natural y espontánea.

Al cabo de una hora sentí una gran alegría de haber ingresado en el monasterio,

que nunca se acabó hasta hoy, y cambió Dios la sequedad de mi alma por grandísima ternura.

Me hacían feliz todos los ejercicios de la vida religiosa. Verdad es que las horas que gastaba antes en engalanarme y embellecerme, las empleaba ahora en barrer, y cuando me venía a la memoria la libertad conseguida, sentía un nuevo gozo que yo no podía discernir de dónde procedía.

Cuando me acuerdo de esto, pienso que por ninguna dificultad, aunque fuera muy grave, dejaría de acometer cualquier empresa que se me presentara delante; pues ya tengo experiencia de que, si me decido a hacerlo, sólo quiere Dios que la persona sienta terror y que nos cueste, para que más merezcamos, El terror viene porque la imaginación nos representa todo el problema a la vez. Divide y vencerás. Porque la ayuda de Dios es para el presente hasta que comenzamos a ponerlo por obra. Y cuanto más lo siente y le cuesta, mayor premio recibe y más sabroso se le hace después. Aun en esta vida lo paga Dios por irnos caminos que sólo quien lo goza lo entiende.

Esto sé por experiencia y lo he vivido en asuntos importantes. Por eso siempre aconsejaría, si yo fuera persona que tuviera que dar mi parecer, que, cuando se tiene una buena inspiración repetidas veces, que no se deje de cumplir por miedo. Pues si se hace limpiamente por Dios, no hay que temer que suceda mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre, amén.

3. Bastaran, ¡oh sumo Bien y descanso mío!, las mercedes que me habíais hecho hasta aquí, para traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a consagrar mi vida a Vos en esta casa, donde había muchas almas fieles a Dios de las que yo pudiera aprender, para ir creciendo en vuestro servicio

No sé cómo podré seguir escribiendo, cuando recuerdo mi profesión y la gran determinación y contento con que la hice y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrármeme el corazón, y aún no pagaría lo que después os ofendí.

Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de aprovecharla. Más Vos, Señor mío, quisisteis ser el agraviado durante casi veinte años, para que yo mejorara de vida.

Parece, Dios mío, que prometí no cumplir nada de lo que os había prometido, aunque entonces no era esa mi intención. Pero cuando veo cómo actué después, no sé qué intención tenía al profesar. Para que se vea mejor quien sois Vos, Esposo mío, y quien soy yo.

Que es mucha verdad, y muchas veces alivia el sentimiento de mis grandes culpas, el gozo que me da que se conozca la grandeza de vuestras mercedes

Escribe esto cuando la lluvia de gracias místicas ilumina su vida y realidad. A esta luz hay que leer esta grave acusación de su vida.

4. ¿En quién, Señor, pueden resplandecer tanto como en mí, que tanto las he oscurecido con mis malas obras, las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo! ¡Ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis a manifestar, no hubiera podido yo amar a nadie más que a Vos La santa comprueba y confiesa que Dios fue más grande que ella en amar y en entregarse. Ella no jugó limpio con Dios amando a las criaturas, y vuestro amor me hubiera librado de todos mis pecados.

Mas, ya que yo no lo merecí ni tuve esta dicha, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.

5. La mudanza de la vida y de la comida perjudicó mi salud, pues, aunque el gozo de ser religiosa era mucho, no me bastó.

Comenzaron a crecer los desmayos y me dio un mal de corazón tan grandísimo

que aterrizzaba al que lo veía Al que veía sus convulsiones, se entiende. En una persona tan superdotada de instinto de lo divino, su doble vida inocula ópticamente su toxicidad en el soma, síndrome quizá de su enfermedad psicosomática. Me aquejaron muchas enfermedades a la vez, y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque creo que en este tiempo no ofendí mucho a Dios.

Y como la enfermedad era tan grave que siempre casi perdía el sentido, y algunas veces del todo, mi padre se preocupó mucho en buscar remedio; y como no me curaron los médicos de aquí, me llevó a un pueblo Becedas, provincia de Ávila que tenía mucha fama de que allí curaban otras enfermedades y algunos dijeron que curarían también la mía. Vino conmigo una vieja amiga Juana Suárez que vivía en aquella casa, en la que no se prometía clausura.

6. Estuve casi un año allí, y durante tres meses padecí tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo aguantar mi cuerpo, como diré.

Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui al principio del invierno. Todo este tiempo estuve en casa de mi hermana María de Cepeda que vivía en la aldea Castellanos de la Cañada que estaba cerca de Becedas, esperando que llegara el mes de abril, para ahorrar viajes.

7. En el viaje me dio, aquel tío mío ya citado Su tío Pedro Sánchez de Cepeda, que vivía en Hortigosa un libro titulado *Tercer abecedario* *Tercer abecedario* de Francisco de Osuna. Este franciscano de la observancia regular promovida por Cisneros con el apoyo de los Reyes Católicos, contribuyó a renovar y elevar el nivel de la vida interior entre los religiosos, clero secular y laicos, incluidos los casados, dejándose influir también provechosamente por el renacimiento humanista cristiano. Fue maestro, como místico, en cuanto este calificativo connota la intimidad con el misterio en la vida ordinaria, de maestros de la mística, como santa Teresa, san Juan de la Cruz, san Juan de Ávila, san Pedro de Alcántara y fray Luis de Granada. Fue también escritor y predicador eficaz que enseñaba cómo tener oración de recogimiento.

Como este año había leído libros buenos, ya que no quise leer otros, pues ya tenía experiencia del daño que me habían hecho, mas no sabía cómo proceder en la oración, ni cómo recogerme, gocé mucho con este libro y me determiné a seguir aquel camino con todas mis fuerzas Si la primera determinación de entrar en el convento es trascendente en su vida, le sigue esta decisión en su marca y sus consecuencias gloriosas. Es claro y comprobable que el *Tercer abecedario* deja una huella profunda en el alma de Teresa y en su obra escrita, en doctrina, y en imágenes y símbolos.

Y como el Señor ya me había dado don de lágrimas y me gustaba leer, comencé a tener ratos de soledad y a confesarme a menudo, y emprendí aquel camino, teniendo a aquel libro por maestro.

Pero yo no hallé maestro, quiero decir confesor que me entendiese, aunque lo busqué, en veinte años después de comenzar la oración, como he dicho.

Esto me hizo mucho daño, pues volví muchas veces atrás e incluso pude perderme del todo. Porque si hubiera tenido maestro me hubiera ayudado a salir de las ocasiones que tuve de ofender a Dios.

Aunque no me preocupaba de dejar de ofender a Dios como el libro me decía, no me inquietaba por ello, ya que me parecía imposible llevar tanto cuidado; evitaba el pecado mortal y ojalá lo hubiera conseguido siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó. A pesar de todo, comenzó el Señor a concederme tantos regalos desde los principios de este camino, que ya al término de mi estancia en esta soledad de casi nueve meses, me concedía oración de quietud, y alguna vez hasta de unión De cuarta y quinta morada. Esta comienza en la voluntad y sigue en el entendimiento, y es como una toma de conciencia de la inmersión en el Ser de Dios que vive en la misma raíz de la persona humana dejando en ella una marca experimentable, consecuencia de haber conectado con su principio y origen vital, donde bebe sabiduría y amor, aunque yo ignoraba lo que era una y otra y lo muy preciosas que eran, lo que creo que me hubiera hecho gran bien haberlo entendido.

En realidad duraba tan poco la oración de unión, que no sé si llegaba al tiempo

de un Avemaria; mas quedaba con irnos efectos tan grandes que, aunque no tenía veinte años, me parece traía el mundo bajo los pies, y recuerdo que tenía lástima a los que vivían para el mundo, aunque fuese en cosas lícitas.

Procuraba todo lo que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, presente dentro de mí, y ésta era mi manera de oración.

Si pensaba en algún misterio de la Pasión, lo representaba en mi interior; aunque la mayor parte del tiempo lo empleaba en leer *Lectio divina*, lo cual era mi mayor recreo; porque no me dio Dios talento para discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme de la imaginación, que la tengo tan torpe, que nunca conseguía representar en mí la humanidad del Señor. Ella no puede someterse al método común que proporcionaba meditaciones para cada día, porque no puede centrar la atención en lo que no le interesa. Es propio del temperamento intuitivo adherir la atención y la persona al objeto o situación actual. Si Teresa, intuitiva, lleva a la oración su problema, la meditación correspondiente será un «rollo» para ella y no la podrá *discurrir, imaginar*, porque sólo su vivencia predomina, que es la que está presente a su atención, como diagnostica en el párrafo siguiente.

Y aunque no ejercitando la inteligencia se llega más pronto a contemplación a la acción infusa si perseveran, es muy duro y penoso; porque si la voluntad no se ejercita en amar algo presente, se queda el alma sin arrimo y vacía y le dan grandísima guerra los pensamientos.

8. Las personas de esta psicología necesitan mayor limpieza de conciencia que las que pueden discurrir con el entendimiento. Porque quien reflexiona sobre lo que es el mundo y lo que debe a Dios y lo mucho que sufrió y lo poco que le sirve y lo poco que da el mundo a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros.

Quien no se puede aprovechar de esto, tiene mayor peligro de distraerse y conviene que lea mucho, ya que él por sí solo no puede reflexionar.

Es tan penosísima esta forma de orar, que si el maestro que le enseña le exige que no lea y le hace estar mucho rato en oración sin la ayuda del libro, será imposible que persevere mucho tiempo en la oración y le dañará la salud si porfía, pues es cosa muy penosa.

La lectura ayuda mucho a recogerse y es necesaria, aunque sea poco lo que lea, para suplir la oración mental de que no se es capaz.

9. Ahora me parece que fue providencial que yo no encontrase quien me enseñase, porque si me hubieran exigido hacer oración sin libro, no hubiera podido perseverar dieciocho años que sufrí este tormento, con grandes sequedades, por no poder discurrir.

En todo este tiempo, sólo después de comulgar me atrevía a ir a la oración sin libro. Tanto temía mi alma estar sin libro en la oración, como si con mucha gente fuese a pelear. Con este remedio, que era como una compañía o escudo donde había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada.

La sequedad no era constante, mas siempre me sobrevenía cuando no tenía libro, pues mi alma se inquietaba, y me asaltaban los pensamientos desbocados; con el libro los comenzaba a recoger y, como por halago, conducía el alma.

Y muchas veces, apenas abría el libro ya no necesitaba más; otras veces leía un poco, otras mucho, según la gracia que el Señor me concedía.

Cuando comencé este camino me parecía que, teniendo libros y pudiendo estar sola, no tenía peligro de dejar tanto bien como es la oración. Y creo que hubiera sido así con el favor de Dios, si hubiera tenido maestro, o una persona que me avisara que debía huir de las ocasiones de pecado al principio y me hiciera salir de ellas pronto, cuando hubiera caído.

Si el demonio me hubiera acometido entonces a cara descubierta, creo que jamás hubiera vuelto a pecar gravemente; mas fue tan sutil y yo tan ruin, que todas



mis determinaciones me valieron poco, aunque muy mucho me valieron los días que serví a Dios para poder sufrir las terribles enfermedades que pasé con tan gran paciencia como Su Majestad me dio.

10. Muchas veces he pensado espantada en la gran bondad de Dios y se ha regalado mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno.

Por ruines e imperfectas que fueran mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Incluso hace Su Majestad que los ojos de los que los han visto se cieguen y los olviden. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga.

11. Quiero volver a lo que me han mandado: Digo que si hubiera de decir por menudo la manera como el Señor actuó en mí al comienzo, necesitaría un entendimiento mejor que el mío para saber encarecer lo que debo y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito que tanto me ha sufrido. Amén.

## Capítulo 5

### **Grandes enfermedades que padeció y la paciencia que el Señor le dio para sufrirlas. Dios saca de los males bienes y esto se prueba por lo que le ocurrió en Becedas donde fue a curarse.**

1. Olvidé decir que en el año de noviciado pasé grandes desasosiegos en cosas de poca importancia, pues me echaban a mí las culpas, muchas veces sin razón. Yo lo soportaba mal, aunque, con la alegría que tenía de ser monja, todo lo superaba.

Como me veían que buscaba soledad y que lloraba por mis pecados algunas veces, creían que no era feliz y así lo decían.

Me gustaba la vida de piedad, mas no estaba dispuesta a sufrir una sola humillación. Verdad que más adelante dirá cómo no se debe compaginar el rezo con la falta de virtudes. Y san Juan de la Cruz en 2 Subida 7,5 notará la inconsecuencia de los que se creen espirituales, pero en la oración buscan sus gustos y consuelos y no digamos cómo huyen de la cruz. Me gustaba ser estimada. Era detallista en todo lo que hacía. En todo me parecía que obraba bien, pero esto no me disculpará porque sabía buscar mi gusto en todo, y la ignorancia no quita la culpa. Alguna disculpa existe en que en el monasterio no se vivía con mucha perfección; y, como yo era ruin, imitaba las faltas y no copiaba las virtudes que veía.

2. Había una monja enferma de grandísima enfermedad y muy dolorosa. Tenía obturación en el vientre, que había producido unas bocas u heridas, por donde salía lo que comía. Yo veía que todas temían aquella enfermedad; a mí me daba gran envidia su paciencia. Pedía a Dios que, si me daba tanta paciencia, que me enviase las enfermedades que quisiera. Ella pidió a Dios la enfermedad y su oración fue escuchada. Según su testimonio «no tuvo hora de salud». Escribe al arzobispo de Braganza: «Certifico a vuestra señoría que es uno de los grandes trabajos que me pueden venir en la tierra verme allí (en el monasterio de la Encamación), y así el tiempo que estuve, no tuve hora de salud» (Procesos, t.II, 151). Y a doña Juana de Ahumada: «Desde que vine a la Encamación tengo poca salud...» (Ib). Y a doña María de Mendoza: «Harta poca salud he traído desde que estoy aquí» (Ib, 76). Ella misma dijo a su

confesor: «Dudo, padre, si hay cuerpo humano hoy vivo que tanto mal haya padecido como el mío» (Diego de Yanguas, Proceso de Piedrahita, 1596, 6<sup>o</sup>).

Ningún miedo me daba ninguna enfermedad, porque estaba tan decidida a ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos.

Y ahora me espanto, pues entonces creo que aún no tenía amor de Dios, como lo tuve después que comencé a hacer oración. Pero veía con clara luz que todo lo que se acaba es de poca estima, y los bienes eternos que se pueden ganar con las tribulaciones «No son comparables...» (Rom 8,18) de mucho precio, pues son eternos. Tan bien me oyó en esto Su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no fue el mal como el de aquella monja, creo que no fue menos duro y pesado el que yo pasé tres años, como ahora diré.

3. Cuando llegó el tiempo oportuno que estábamos esperando en Castellanos de la Cañada, donde estaba con mi hermana para curarme La curandera de Becedas no la atenderá hasta que en primavera brotasen y floreciesen las yerbas curativas, que eran apropiadas para enfermedades de vientre e intestinos y de ninguna manera para la enfermedad psicológica de santa Teresa, probablemente originada por su vida de contemplación; esta vida siempre conlleva enfermedades, y no siempre diagnosticables, me llevaron, con harta cuidado de mi regalo, mi padre y mi hermana, y aquella monja que había salido del convento conmigo, que me quería muchísimo.

Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harta bien. Había un sacerdote en aquel lugar, con muy buenas cualidades e inteligencia; tenía estudios, aunque no muchos. Yo comencé a confesarme con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los encontré de tanta formación intelectual como quisiera.

He visto por experiencia que es mejor que, si son virtuosos y de santas costumbres, no tengan estudios; pues entonces, ni ellos se fían de sí mismos y consultan a los letrados, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó.

Los incultos tampoco me debían querer engañar, sino que no sabían más. Yo pensaba que estaban preparados y que estaba obligada a obedecerles, como que lo que me decían era camino más ancho y de mayor libertad; que si hubiera sido de mayor rigor, yo soy tan ruin que hubiera buscado otros más liberales.

Me decían que no era pecado lo que era pecado venial; y lo que era pecado gravísimo que era venial. Esto me hizo tanto daño que debo decirlo aquí para que otras estén precavidas contra tan gran mal; aunque ya veo que no tengo disculpa ante Dios, pues bastaba que las cosas no fueran por su natural buenas para que yo me guardara de ellas. Creo que permitió Dios por mis pecados que ellos Los confesores se engañaran y me engañasen a mí En los tiempos que vivimos es de tener en cuenta con seriedad esta experiencia que debe alentarnos en medio de tanta permisividad que mata totalmente la vida interior con Cristo, por falta de recogimiento y por infravalorar el camino de la ascética y la práctica de las virtudes.

Yo engañé también a otras muchas diciéndoles lo mismo que me habían enseñado a mí Parece que todo se concreta en la conversación, visitas y comentarios, vanidad, coqueteo, y falta de recogimiento que disipa el espíritu.

Creo que permanecí en esta ceguera más de diecisiete años, hasta que un padre dominico, P. Vicente Barrón. gran letrado, me sacó del error, y los de la Compañía de Jesús me infundieron gran temor, condenando tan malos principios, como después diré.

4. Pues bien, comenzándome a confesar con el cura de Becedas, él se enamoró extremadamente de mí, pues entonces no tenía muchos pecados que confesar, ni los había tenido desde que era monja, comparados con los que después tuve. No era malo el amor que me tenía este sacerdote; mas de tan intenso, venía a no ser bueno.

Él sabía que yo no sería capaz de cometer nada grave contra Dios por nada del mundo, y él también me aseguraba lo mismo de él, y así era mucha la conversación. Mi conversación entonces, fruto de lo embebida que estaba en Dios, era de Dios; y como era tan niña, le confundía oírme, y con el gran amor que me tenía, me confesó su perdición. Y no era poca, porque hacía siete años que vivía con una mujer y, en esta situación, decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama y nadie se atrevía a hablarle contra esto.

A mí me dio mucha lástima, pues le quería mucho, que éste era otro de mis fallos y ceguerras, que me parecía que era virtud ser agradecida y dar amor a quien me quería. ¡Maldita sea esta gratitud que llega a ir contra la ley de Dios!

Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina. Pues todo el bien que nos hacen lo debemos a Dios, y creemos que es virtud no romper esa amistad, aunque atente contra el amor de Dios. ¡Oh ceguedad del mundo! ¡Ojalá hubierais permitido, Señor, que yo fuera ingratisima con todo el mundo, a cambio de no serlo ni un instante contra Vos! Mas, por mis pecados, ha sido siempre al revés.

5. Conseguí saber e informarme mejor por medio de personas de la casa del sacerdote. Conocí mejor su perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; pues la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que ella le había pedido que llevase colgado al cuello por su amor; y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar.

De ninguna manera creo que sea verdad esto de hechizos; pero digo lo que he visto, para aviso de los hombres, para que se libren de las mujeres que quieren vivir tal vida, y estén seguros de que, ya que ellas no temen a Dios, siendo las más obligadas a vivir decentemente, no se pueden fiar de ellas en absoluto; pues no reparan en nada con tal de conseguir lo que pretenden, que es la satisfacción de su pasión que les fomenta el demonio.

Aunque yo he sido tan ruin, no he caído en nada de esto, ni pretendí jamás hacer daño, ni, aunque pudiera, hubiera querido forzar la voluntad de nadie para conseguir su amor, porque me guardó el Señor de esto. Pues si El me hubiera dejado, hubiera hecho el mal, como en otras cosas, ya que de mí nada hay que fiar.

6. Cuando supe esto, comencé a demostrarle más amor. Mi intención buena era, la obra mala, pues no había de hacer el mal para conseguir un bien, por grande que fuera. Obró a impulsos de un amor caridad.

Siempre le hablaba de Dios. Esto le debía de hacer bien, aunque creo que lo que más le movió fue que me quería mucho. Y así, por darme gusto, me dio el idolillo, que yo hice tirar al río.

Una vez se hubo desprendido de él, como quien despierta de un gran sueño, comenzó a recordar todo lo que había hecho aquellos años; espantándose de sí mismo, arrepintiéndose de su perdición, comenzó a aborrecer a la mujer. Nuestra Señora le debía de ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción y en aquél día hacía gran fiesta. Al fin, dejó de verla del todo y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. Estamos en la situación del carisma específico de la vocación de Teresa: la oración por «estos que nos dan luz», los capitanes, los sacerdotes. Es su primer convertido. Teresa lo consigue desde la oración de quinta morada «oración de unión». Un paralelismo admirable se encuentra en la vocación de Teresita de Lisieux, convertir a los pecadores, en la de Pranzini, su primer convertido (BARRIOS MONEO, *La espiritualidad de Santa Teresita de Lisieux*, Madrid 1958, tomo I, 229ss). Esta gracia es regalo de la sexta Morada o Desposorio.

.Justo un año después que lo conocí, murió. Y llevaba ya una vida santa, porque el amor tan grande que me tenía no era malo, aunque pudo haber sido más puro. En algunas ocasiones, si no se hubiera tenido muy presente a Dios, habría

habido ofensas tuyas más graves.

Como ya dije En el número 4.

yo no hubiera cometido pecado mortal conscientemente; que ver en mí esta disposición es quizá lo que le movía a él a amarme más; pues creo que a todos los hombres les agradan más las mujeres virtuosas, y ellas, para conseguir lo que pretenden, ganan más con ellos por la virtud, como después diré.

Tengo por cierto que está en camino de salvación. Murió muy bien, muy apartado de aquella ocasión. Parece que el Señor quiso que por estos medios se salvase.

7. Tres meses estuve en aquel pueblo con grandísimos dolores, pues la cura fue más recia que la resistencia de mi naturaleza.

A los dos meses, la fuerza de las medicinas me tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazón de que fui a curar era mucho más recio, pues algunas veces me parecía que con dientes agudos me asían el corazón, tanto que se temió que fuese rabia.

Me encontraba muy débil (pues no podía comer nada sino era bebido, por la gran repugnancia que me daba la comida), casi siempre con fiebre, y muy agotada, pues durante un mes me habían dado una purga cada día; estaba tan deshidratada que se me comenzaron a encoger los nervios, con dolores tan insostenibles, que ni de día ni de noche podía tener sosiego; con una tristeza muy profunda.

8. Con esta ganancia La ganancia, el resultado de la terapéutica de la célebre curandera; habla con ironía la Santa me trajo mi padre a la ciudad donde otra vez comenzaron a verme los médicos. Todos me desahuciaban, pues decían que, además de este mal, estaba tísica. Esto poco me importaba; los dolores eran los que me consumían porque me dolía todo el cuerpo, desde los pies hasta la cabeza; pues los dolores de los nervios son intolerables, según decían los médicos; y aquellos espasmos eran recio tormento, de mucho merecer si yo no lo hubiera, por mi culpa, desaprovechado.

Esta reciedumbre, que parecía imposible que se pudieran soportar tantos dolores a la vez, duraría tres meses.

Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dio, que se veía claro que venía de Él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los «Morales» de san Gregorio, que parece que me había prevenido el Señor con esto, y con haber comenzado a hacer oración, para que yo lo pudiera llevar con tanta conformidad. Toda mi conversación era con Él. Pensaba muy frecuentemente estas palabras de Job y las decía: «Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?» Job 2,10. Me parece que esto me daba fuerzas.

9. Vino la fiesta de nuestra Señora de agosto, que hasta entonces desde abril había durado el tormento, aunque los tres últimos meses había sido mayor. Quise confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaban que era miedo de morirme y, por no darme pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan prudente (pues fue prudencia que no ignorancia) Con delicadeza trata de dejar bien a su padre, me pudiera hacer gran daño!

Aquella misma noche sufrí un espasmo tan fuerte que me tuvo casi cuatro días sin conocimiento. Me dieron el Sacramento de la Unción y creían que iba a expirar de un momento a otro, y no hacían sino decirme el Credo, como si yo estuviera consciente.

Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos La costumbre popular era echar cera en los ojos del cadáver para asegurarse de que quedaban cerrados .

10. Grande era la pena de mi padre por no haberme dejado confesar; clamores y oraciones a Dios, muchas. Bendito sea Él que quiso oírlas, que, teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo, y celebrados los funerales en un monasterio de nuestros frailes, fuera de Ávila, quiso el Señor que recobrase el sentido.

Enseguida quise confesarme. Comulgué con hartas lágrimas, pero no sólo de sentimiento y pena de haber ofendido a Dios que bastaba para salvarme, si el error en que estaba acerca de algunas cosas que me habían dicho que no eran pecado mortal, aunque después he visto claro que lo eran, no me justificara, sino también porque los dolores que me quedaron eran insoportables; quedé con poca lucidez mental, aunque hice una buena confesión de todo lo que pensé que habría ofendido a Dios, que esta gracia me ha concedido Dios entre otras, de nunca dejar de confesar nada que yo creyese que era pecado, aunque fuese venial.

Mas sin duda me parece que iba harto dudosa mi salvación si entonces me hubiera muerto, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo ruin, y por otras muchas.

11. En verdad es cierto, que me parece que estoy con tan gran espanto al escribir esto y viendo cómo parece que me resucitó el Señor, que estoy casi temblando. Me parece que sería prudente, oh alma mía, que reflexionaras sobre el peligro de que el Señor te había librado y, ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor de que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo que no exagero cuando digo otras mil Se está refiriendo cuando esto escribe a que después de esta liberación siguió cayendo, y no exagera, otras mil veces, en estado más peligroso. , aunque me riña quien me mandó que moderase el contar mis pecados, y harto hermoseedos van.

Por amor de Dios le pido Al que le mandó escribir que de mis culpas no quite nada, pues se ve más en ellas la magnificencia de Dios y lo que soporta a un alma. Sea bendito por siempre. Quiera Su Majestad que antes me consuma que yo le deje otra vez de querer.

## Capítulo 6

**Dice que tiene mucho que agradecer a Dios porque le dio conformidad en tan grandes trabajos. Tomó por intercesor y abogado al glorioso san José, lo que le aprovechó mucho.**

1. Quedé tan deshecha después de estos cuatro días de espasmo que sólo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sufrí: la lengua hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber comido nada y de la gran debilidad, que me ahogaba, pues ni el agua podía tragar; me parecía que estaba toda descoyuntada; con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días; sin poder mover ni brazo ni pie, ni mano, ni cabeza, como si estuviera muerta, si no me movían; sólo un dedo me parece podía mover de la mano derecha. No se podían acercar a mí, porque toda estaba tan lastimada que no lo podía sufrir: me movían en una sábana, una de un cabo y otra de otro.

Esto fue hasta Pascua Florida. Sólo tenía un consuelo que, si no me venían a ver, se me amortiguaban muchas veces los dolores, y, si podía descansar un poco,

me consideraba ya buena, pues tenía temor de que me faltase paciencia; y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque, con los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables; el hastío muy grande.

2. Di luego tan gran prisa para irme al monasterio que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto; hasta pena daba verlo. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía ya.

Estuve así más de ocho meses; y tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios.

Menos al principio, pasé todos los dolores con gran conformidad, con gran alegría; pues todo me parecía nonada comparado con los dolores y tormentos del principio. Estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre.

Paréceme que toda mi ansia de curarme era para poder estar a solas en oración, como me había acostumbrado, porque en la enfermería no había recogimiento. Me confesaba muy a menudo. Hablaba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, que se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de Su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

3. Gran cosa fue haberme hecho el Señor la merced en la oración que me había hecho, que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque desde aquel poco tiempo vi nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron para sustentarme en justicia. No hablaba mal de nadie, por poco que fuese, sino evitaba siempre toda murmuración, pues tenía muy presente que no había de querer ni decir de otra persona lo que no quería que dijese de mí.

Tomaba esto con mucho empeño para las ocasiones que había, aunque no con tanta perfección, que si algunas veces se presentaban mayores, no faltase en algo; mas lo más frecuente era esto; y así, a las que vivían conmigo y me trataban, persuadía tanto a esto, que se quedaron con esta costumbre.

Se llegó a divulgar que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y así procedían mis amigas y parientes, y esto les enseñaba; aunque en otras cosas tengo mucho que dar cuenta a Dios del mal ejemplo que les daba.

Quiera Su Majestad perdonarme, que de muchos males fui causa, aunque no con tan mala intención como después sucedía la obra.

4. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar con Dios y hablar de Él, que si hallara con quien, más contento y recreación me daba que toda la cortesía, o grosería, por mejor decir, de la conversación del mundo.

Deseaba comulgar y confesar mucho más a menudo. Quedé amiguísima de leer buenos libros; sentía un grandísimo arrepentimiento cuando había ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo que no osaba hacer oración, porque temía, como un gran castigo, la grandísima pena que había de sentir. Tal era su capacidad de respuesta a la gracia. Es ésta señal inequívoca de las almas de oración, sentir intenso dolor de las faltas, aunque sean nimias, más si son notables.

Esto me fue creciendo después en tanto extremo que no sé yo a qué comparar este tormento. A medida que crece la amistad se siente más la indelicadeza con el Amigo. Y no era poco ni mucho por temor jamás, sino que, como me acordaba de los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame mucho de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba cuando veía mi poca enmienda, pues ni bastaban determinaciones ni la fatiga en que me veía, para no volver a caer en cuanto se presentaba la ocasión.

Parecíanme lágrimas engañosas y que era mayor la culpa, pues veía la gran merced que me hacía el Señor en darme lágrimas y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme enseguida y, según me parece, hacía de mi parte lo que podía para recobrar la gracia.

Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones y en los confesores que me ayudaban poco; pues, si me hubieran dicho en qué peligro andaba y que tenía obligación de cortar aquellos tratos, sin duda creo que me hubiera corregido; pues de ninguna manera hubiera soportado vivir en pecado mortal sólo un día, si yo lo hubiera entendido.

Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor Señal era que venía envuelto en amor, pues no pensaba en el castigo.

Todo el tiempo que estuve tan enferma guardé mi conciencia de pecados mortales. ¡Oh, válgame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fue causa de todo mi daño!

5. Pues como me vi tan tullida y tan joven y cuál me habían dejado los médicos de la tierra, me determiné a acudir a los del cielo para que me curasen; que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría soportaba la enfermedad, y pensaba algunas veces que, si estando buena me había de condenar, que mejor estaba enferma; mas quedaba convencida de que serviría mucho más a Dios con la salud.

Este es nuestro engaño, no abandonamos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

6. Comencé a oír misas y a rezar oraciones muy aprobadas, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias, que yo no podía sufrir y a ellas les daba devoción: después se ha visto que eran supersticiosas; y tomé por abogado y señor al glorioso san José y encomendéme mucho a él.

Vi claro que, tanto de esta necesidad como de otras mayores, de perder la fama y el alma, este padre y señor mío me libró mejor de lo que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta hoy de haberle suplicado nada que no me lo haya concedido.

Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, y de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; pero este glorioso santo tengo experiencia de que socorre en todas, y que quiere el Señor damos a entender, que así como le estuvo sometido en la tierra, pues como tenía nombre de padre, siendo custodio, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide.

Y esto lo han comprobado algunas personas, a quienes yo decía que se encomendasen a él, también por experiencia; y aun hay muchas que han comenzado a tenerle devoción, habiendo experimentado esta verdad.

7. Procuraba yo celebrar su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo que se hiciese bien y con muchos detalles, aunque con buena intención. Lo solemnizaba con colgaduras en la iglesia y con perfumes en los altares, con ornato de flores y ornamentos, según la costumbre del culto externo desprovisto de contenido interior, justificado por los erasmistas y protestantes, y por el mismo san Juan de la Cruz después.

Pues esto tenía de malo, que si algo de bueno hacía con la gracia de Dios, iba lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia. El Señor me perdone.

Querría yo persuadir a todos que fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido a nadie que le tenga verdadera devoción y le haga particulares servicios, que no lo

vea más aprovechado en la virtud; pues ayuda mucho a las almas que a él se encomiendan.

Creo que ya hace algunos años que el día de su fiesta le pido una cosa y siempre la veo cumplida; si la petición va algo torcida, él la endereza para más bien mío.

8. Si yo fuera persona que tuviera autoridad para escribir, de buena gana me alargaría en decir muy por menudo las mercedes que me ha hecho este santo a mí y a otras personas; mas por no escribir más de lo que me mandaron, seré corta en muchas cosas más de lo que quisiera, y en otras más extensa de lo que fuera menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción.

Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, cuando tanto pasó con el Niño Jesús, sin dar gracias a san José por lo bien que les ayudó en los dolores.

Quien no hallare maestro que le enseñe a orar, tome a este glorioso santo por maestro y no errará el camino. No quiera el Señor que haya yo errado atreviéndome a hablar de él; porque aunque publico que soy devota suya, en servirle y en imitarle siempre he fallado. Pues él hizo, como quien es, que yo pudiese levantarme y andar y no estar tullida; y yo como quien soy, usando mal de esta merced.

9. ¡Quién dijera que había de caer tan pronto después de tantos regalos de Dios, después de haber empezado Su Majestad a darme virtudes, que ellas mismas me despertaban a servirle, después de haberme visto casi muerta y en tan gran peligro de condenarme, después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¡Qué es esto, Señor mío! ¿En tan peligrosa vida hemos de vivir?

Que escribiendo esto estoy y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podría decir lo que san Pablo, aunque no con esa perfección, que «no vivo yo, sino que Vos, (Viador mío, vivís en mí» (Gál 2,20), pues creo que ya hace algunos años que me tenéis de vuestra mano y me veo con deseos y determinaciones, y he experimentado en estos años en muchas cosas, que no hago ni una pequeña cosa contra vuestra voluntad, aunque debo de hacer hartas ofensas a Vuestra Majestad sin advertencia.

Y también me parece que no se me presentará cosa por vuestro amor que con gran determinación no la haga, y en algunas cosas me habéis ayudado para que las realice, y no quiero mundo ni cosa de él, ni me parece que me da contento nada que no seáis Vos, y lo demás me parece pesada cruz.

Bien me puedo engañar, y quizás no tengo lo que he dicho; mas bien veis, mi Señor, que, a lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razón, si me habéis de volver a dejar; porque ya sé a lo que llega mi fortaleza y poca virtud si no me la estáis dando Vos siempre y ayudando para que no os deje.

Y quiera Su Majestad que aun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto en mí.

No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan inseguro. Parecíame a mí, Señor mío, que era ya imposible dejaros tan del todo a Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque, en apartándoos un poco de mí, daría con todo en el suelo.

Bendito seáis por siempre, que, aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis



Vos a mí tan del todo que no me tomase a levantar, dándome Vos siempre la mano; y muchas veces, Señor, no la quería, ni quería darme cuenta de cómo muchas veces me llamabais de nuevo, como ahora diré.

## Capítulo 7

### **Causas por las que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho y refiere cuán perdida vida comenzó a vivir. Daños que se originan de no ser muy encerrados los monasterios de monjas.**

1. Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en tan grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya tenía yo vergüenza de acercarme a Dios con tan particular amistad como es la oración; y ayudóme a esto que, como crecieron los pecados, comenzó a faltarme el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí por faltaros yo a Vos.

Este fue el más terrible engaño que el demonio me podía hacer bajo capa de humildad: comenzar a temer hacer oración, por verme tan perdida.

Parecíame era mejor hacer lo que hace la mayoría, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que tenía obligación El Breviario en el coro como las otras monjas, que lo tenían de regla y vocalmente, y no hacer oración mental No la hacían en su monasterio. Teresa vive en un tiempo antioracionista, alertados los maestros por el peligro de erasmismo y alumbradismo. Ella tenía que luchar contra corriente, buscando libros y tiempo para hacerla, hasta ahora, en que la deja ni tener tanto trato con Dios la que merecía estar con los demonios, y no andar engañando a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias.

Y así no hay que echar las culpas a la casa en que vivía, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no procurando fingir cristiana piedad; porque con hipocresía y vanagloria, gloria a Dios, jamás recuerdo haberle ofendido que yo entienda; que apenas me venía la tentación me daba tanta pena, que el demonio salía perdiendo y yo ganando, y así en esto muy poco me ha tentado jamás.

Quizá si Dios hubiera permitido que me tentara en esto tan reciamente como en otras cosas, también cayera; mas Su Majestad hasta ahora me ha guardado de esto, sea por siempre bendito; más bien me pesaba mucho que tuviesen buena opinión de mí, pues yo conocía mi interior.

2. El no tenerme por tan ruin se debía a que como me veían tan moza y en tantas ocasiones, y yo buscaba muchas veces la soledad para rezar y leer; a que hablaba mucho de Dios y era amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes y de tener oratorio y procurar tener en él cosas que fomentasen la devoción En la Encarnación cada monja tenía su celda espaciosa, y por eso había posibilidad incluso de tener en ella un oratorio, NO hablar mal de nadie, y otras cosas como éstas que tenían apariencia de virtud; y yo, que era tan vanidosa, que me sabía hacer valer en las cosas que el mundo estima, con lo que conseguía que me diesen tanta y más libertad que a las muy antiguas, y tenían gran confianza en mí. Porque tomarme yo libertad, ni hacer nada sin permiso, digo por agujeros o paredes o de noche, nunca lo habría hecho en un monasterio, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano.

Parecíame, pues con advertencia y de propósito examinaba muchas cosas, que jugar con la honra de tantas, por ser yo tan ruin, siendo ellas buenas, era muy mal

hecho; como si otras cosas que hacía estuvieran bien.

A la verdad no hacía el mal con tanta premeditación, aunque era mucho.

3. Por esto me parece que me hizo mucho daño no vivir en monasterio de clausura; porque la libertad que podían tener lícitamente las que eran buenas, pues no tenían obligación porque no se prometía clausura, a mí que soy ruin, seguro que me hubiera llevado al infierno, si el Señor, con tantos remedios y medios, y con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro. Las gracias místicas vinieron a suplir en ella la limitación de su naturaleza para poder seguir su vocación en un ambiente que no era el que necesitaba. Actuará a su tiempo la Providencia que conocía su carácter y sus contradicciones interiores.

Y así me parece que es grandísimo peligro monasterio de mujeres con libertad, y más me parece paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Va asomando su llamada de reformadora. Los reformadores tienen una sensibilidad especial para captar la necesidad de algo cuya carencia ellos han experimentado. Esto no se tome como alusión a mi monasterio, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede Su Majestad según es de bueno, dejar de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto. Por delicadeza corre discretamente un velo sobre la Encamación.

4. Digo que me da gran lástima; que necesita el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están permitidos los honores y recreaciones del mundo, y con tan escasa formación sobre los deberes de su consagración, que Dios quiera que no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo hacía. Y es tan difícil hacérselo entender, que es menester que el Señor ponga muy de veras su mano. Había mucha gente desvocacionada y, aunque había almas de valía, el ambiente era mediocre. Había mujeres que no habían podido encontrar un buen partido para casarse y otras que no tenían otra salida en aquellos tiempos, más que el convento. Hoy esto no se comprende, porque la salida es muy fácil para cualquiera.

Si los padres tomasen mi consejo, sepan que aquí hay más peligro que en el mundo, y si no lo tienen en cuenta por su salvación, al menos que lo miren por su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy buenas (y aun así quiera Dios que les valga), o tenerlas en casa. Aquel no era su sitio, y Dios la ha metido allí por algo. Su providencia ha de actuar. Entre tanto, aquella mujer tan fuerte, va a sufrir los descalabros originados en ella por su circunstancia.

Porque allí, si quiere ser ruin, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, aunque al fin lo descubre el Señor; y no sólo daña a sí sino a todas; y a veces las pobrecitas no tienen culpa, porque hacen lo que ven.

Y es lástima, porque muchas que se quieren apartar del mundo, pensando que se van a servir al Señor y a apartarse de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que no saben cómo defenderse y remediarse; que la mocedad y sensualidad y el demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo, y ve que allí lo tienen por bueno.

Como lo tienen los desventurados de los herejes, que en parte se quieren cegar y hacer creer que lo que siguen es bueno, y lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. Afirmación profunda lanzada al desgaire, de cómo la conciencia, voz de Dios, es insobornable, aunque se cauterice.

5. ¡Oh grandísimo mal!, ¡grandísimo mal de religiosos! —no digo ahora más de mujeres que de hombres— donde no hay recogimiento, y donde hay dos caminos en un mismo monasterio: uno de virtud, otro de relajación y falta de espíritu, y todos casi se transitan por igual; mal he dicho, no por igual, que por nuestros

pecados se sigue más el más imperfecto, y como es mayor el número de los imperfectos, es más favorecido.

Se sigue tan poco el camino del verdadero espíritu, que el fraile y la monja que quieren seguir de veras su vocación han de temer más a los mismos de su casa que a todos los demonios; y han de tener más cautela y disimulo para hablar de la amistad que desean tener con Dios, que de otras amistades y aficiones que el demonio organiza en los monasterios.

Y no sé por qué nos espantamos de que haya tantos males en la Iglesia si, los que habían de ser dechados de virtudes para que todos los imitasen, tienen tan olvidada la labor que el espíritu de los santos pasados dejaron en las órdenes religiosas. Quiera Su Majestad poner remedio en ello, como ve que es menester, amén.

6. Viendo que era práctica corriente, comencé a frecuentar estas conversaciones sin calcular el daño y distracción que habían de producir en mi alma semejantes amistades.

Parecíame que algo tan general como es recibir visitas en muchos monasterios, no me perjudicaría a mí más que a las otras, que yo veía que eran buenas. Y no miraba que las otras eran mucho mejores. La razón que da su humildad no es la que hace a Dios acosarla con tanto empeño, sino que es su predestinación a su excelsa y trascendente maternidad, que podría ser abortada si no intervenía el Creador de aquella mujer y el Espíritu que la había elegido. Y va a intervenir y, que lo que para mí era peligro para otras no lo era tanto, que alguno dudo que lo deje de haber, aunque no sea más que malgastar el tiempo.

Estando con una persona recién conocida, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con *mucho rigor*, dándome a entender lo que aquello le disgustaba. Anunciábamos en la nota anterior la intervención divina. Hela aquí en esta visión de la humanidad de Cristo. En ella se da la sustitución que necesita el corazón de Teresa, hambriento de compañía amistosa.

Vile con los ojos del alma más claramente que lo pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido que hace ya más de veintiséis años y me parece que lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada y no quería ver más a aquella persona que estaba conmigo. Entre lo divino y lo humano es segura la elección. No quiere ver más a aquella persona que la tiene subyugada.

7. Hízome mucho daño creer que sólo se podía ver algo con los ojos del cuerpo, y el demonio me ayudó a que lo creyese así, y me hizo creer que era imposible *tal rigor*, y que se me había antojado, y otras cosas así; aunque siempre me quedaba en la conciencia un parecerme que era visión de Dios y que no era antojo.

Mas, como no era de mi gusto, yo misma me desmentía; y como yo no lo osé tratar con nadie, y como hubo gran insistencia asegurándome que no era malo tratar con esa persona, y que no perdía honra, sino que la ganaba, volví a la misma conversación, y aun en otros tiempos a otras, pues fueron muchos años los que tuve esta recreación pestilencial.

A mí no me parecía aquello tan malo como era, porque me cegaba la pasión, aunque a veces veía claro que no era bueno.

Ninguna amistad me dispó tanto como la de esta persona que digo, porque le tuve mucha afición.

8. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. Al desmentir ella con sus interesadas razones la visión intelectual, que no acaba de creer real, intervendrá la visión del sapo, más inteligible por darse a nivel de sentidos, donde Teresa vive aún.

De la parte que él vino no puedo yo entender que pudiera haber semejante sabandija en mitad del día ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí no era sin misterio; y tampoco éste se me olvidó jamás.

¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me listabais avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí!

9. Tenía allí una monja que era parienta mía, antigua y gran sierva de Dios y muy religiosa. Esta también me avisaba algunas veces, y no sólo no la creía, mas disgustábame con ella y parecíame se escandalizaba sin tener por qué.

He dicho esto para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan grande ingratitud; y también para que, si alguna vez Dios dispone que lea esto alguna monja, escarmienten en mí; y les pido yo por amor de Dios huyan de semejantes recreaciones.

Quiera Su Majestad que se desengañe alguna por mí de cuantas he engañado diciéndoles que no era malo tener tales amistades y justificando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, aunque de propósito no las quería engañar; y por el mal ejemplo que les di, como he dicho, que fue causa de hartos males, no pensando que hacía tanto mal.

10. Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiera valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros: tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque a mí me sucedió bien.

Como quería tanto a mi padre, deseábale el bien que yo tenía con hacer oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que hacer oración. Con rodeos y como pude, comencé a procurar con él que hiciese. Le di libros para que la hiciera.

Como era virtuoso, como he dicho, se cimentó tan bien en él este ejercicio, que en cinco o seis años adelantó tanto, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo.

Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras: todos los pasaba con grandísima conformidad. Venía muchas veces a verme, se consolaba tratando cosas de Dios.

11. Ya después que yo andaba tan destruida y sin tener oración, como veía que él pensaba que yo era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año y más sin hacer oración, pareciéndome más humildad. Y ésta, como después diré, fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder; que, con la oración, un día ofendía a Dios y tomaba después a recogerme y a apartarme más de la ocasión.

Como el bendito hombre venía con esta ilusión, se me hacía muy recio verle tan engañado pensando que yo seguía tratando con Dios como solía; púsele mis enfermedades por excusa; pues aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes, aunque desde hace poco no con tanta reciedumbre, mas no se quitan, y son de muchas maneras.

En especial tuve durante veinte años vómitos por las mañanas, que hasta pasado mediodía me acaecía no poder desayunar; algunas veces incluso más tarde.

Desde que comulgo más frecuentemente los tengo de noche antes de acostarme, con mucha más pena, pues tengo yo que provocarlos con plumas u otras cosas, porque es mucho el mal que siento; y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón, aunque el mal que me daba muy frecuentemente, ahora es muy de tarde en tarde. De parálisis recia y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas

veces, hace ocho años que me encuentro bien. De estos males se me da ya tan poco, que muchas veces me alegro de tenerlos, pareciéndome que en algo se sirve al Señor.

12. Y mi padre se creyó que era ésta la causa, como él no decía mentira y, conforme a lo que yo trataba con él, no podía pensar que yo la había de decir. Díjele, para que mejor lo creyese (que bien veía yo que para esto no había disculpa), que harto hacía con poder rezar el oficio en el coro; aunque tampoco era causa bastante para dejar la oración, para la que no son necesarias fuerzas corporales, sino sólo amar y costumbre; pues el Señor da siempre oportunidad, si queremos.

Digo «siempre», pues, aunque en ciertas ocasiones y en la enfermedad no se puedan tener muchos ratos de soledad, no deja de haber otros en los que hay salud para hacerla; y en la misma enfermedad y ocasiones se hace la verdadera oración, cuando es alma que ama, ofreciendo aquello y acordándose del Señor por quien lo sufre, y conformándose con ello y mil cosas que se ofrecen. Aquí ejercita el amor, que no es indispensable tener tiempo de soledad para que se haga oración, hasta el punto de que sin soledad no pueda hacerse oración.

Con un poquito de cuidado, grandes bienes se hallan en el tiempo en que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración, y así los había yo hallado cuando tenía buena conciencia

Bien comprensiva y realista es santa Teresa, como quien lo ha practicado por amor. Porque el amor, que no puede estar inactivo y que necesita comunicarse con el Amado, encuentra en cualquier ocasión oportunidad para amar: en viajes, en la cama, en los tiempos de espera, bajo la ducha, en la piscina, en el mar o en el trabajo. «El verdadero amante en todas partes ama y siempre se acuerda del Amado» (*Fundaciones* 5,10) ¡Qué bella oración y cómo ayudan a veces las criaturas a sumergirse en Dios y a colmarle de alabanzas y requiebros!

13. Mas mi padre, con la opinión que tenía de mí y el amor que me tenía, todo me lo creyó, y más bien me tuvo lástima.

Y como él estaba ya tan adelantado, ya desde entonces no estaba tanto conmigo, sino que, una vez que me había visto, se iba, que decía que era tiempo perdido. Como yo lo gastaba (¡n otras vanidades, no me importaba.

No sólo procuré que hiciese oración mi padre, sino también algunas otras personas. Aun metida yo en estas vanidades, como las veía amigas de rezar, les decía el modo de hacer meditación y les ayudaba y les daba libros; porque este deseo de que otros sirviesen a Dios, desde que comencé a hacer oración, como he dicho, lo tenía.

Parecíame a mí que, ya que yo no servía al Señor como lo entendía, por lo menos que no se perdiese lo que me había dado Su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí y procuraba ganar a otros.

14. En este tiempo dio a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fui yo a cuidarlo, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, metida en muchas vanidades, aunque no de manera que, a cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, de ninguna manera lo estuviera.

Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le pagué algo de lo que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala, me esforzaba, y como faltándome él me faltaba todo el bien y regalo, porque siempre y en todo él me lo daba, tuve gran ánimo para no demostrarle pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome que se me arrancaba el alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.

15. Fue cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción,

el encargamos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acaba todo. Y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle él servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más observantes que hubiera.

Tengo por muy cierto que, quince días antes, le dio el Señor a entender que no se había de curar; porque antes de éstos, aunque estaba malo, no pensaba que se iba a morir; después, a pesar de haber mejorado y decirlo los médicos, ningún caso hacía de ello, sino sólo pensaba en ordenar su alma.

16. Fue su principal mal un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto que le acongojaba mucho. Díjele yo que, pues era tan devoto del Señor con la cruz a cuestas, que pensase que Su Majestad le quería dar a sentir algo de su dolor. Consolóse tanto, que me parece que nunca más le oí quejar.

Estuvo tres días casi sin sentido. El día que murió se lo tomó el Señor tan entero que nos espantábamos, y lo tuvo hasta que, a la mitad del credo, diciéndolo él mismo, expiró. Quedó como un ángel. Así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición que la tenía muy buena.

No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mi ruin vida después de haber visto tal muerte y conocer tal vida, que por parecerme en algo a tal padre, la había yo de mejorar.

Decía su confesor, que era dominico, muy gran letrado P. Vicente Barrón que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque hacía algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.

17. Este padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, con quien me confesé, me hizo harto provecho y se empeñó en hacer bien a mi alma, con mucho tacto y haciéndome entender la perdición que traía.

Hacíame comulgar de quince en quince días; y poco a poco, comenzándole a tratar, le hablé de mi oración. Díjome que no la dejase, que de ninguna manera me podía hacer más que provecho. Comencé a tomar a ella, aunque no a apartarme de las ocasiones, y nunca más la dejé.

Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo.

Parece que quería concertar estos dos contrarios —tan enemigo uno del otro— como es vida espiritual, y contentos y gustos y pasatiempos sensuales.

En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades. Teresa, temperamento intuitivo, no puede prescindir de su talante al ir a la oración; no puede hacer dicotomía en su ser y, por tanto, no puede meditar sobre meditaciones prefabricadas, porque lleva consigo sus circunstancias y las personas que han entrado por sus ojos. Esto la distrae y arguye. Es una situación penosa, trabajosísima.

Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué persona fue capaz de sufrir no dejar lo uno o lo otro. Bien sé que dejar la oración no estaba ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

18. ¡Oh, válgame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba y cómo me tomaba yo a meter en ellas, y del peligro de perder el crédito del todo de que me libró! Si trabajosísima fue la vida de Teresa, tampoco se lo hizo ella fácil a la gracia. Dios tuvo que trabajar lo suyo. ¡Yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor a encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande ante los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho! Porque aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que

les parecían buenas no lo creían.

Y era que había visto ya el Sabedor de todas las cosas que era menester así para que dieran algún crédito a lo que después he hablado en su servicio, y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle y la pena que sentía por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

19. ¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicisteis! ¡Y cómo, en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíais con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes!

A la verdad, usabais, Rey mío, como medio para castigarme, el más delicado y penoso castigo para mí, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigabais mis delitos.

Y no creo que digo desatino, aunque sería bueno que estuviese desatinada recordando ahora de nuevo mi ingratitud y maldad.

Era tanto más penoso para mi carácter recibir mercedes cuando había caído en grandes culpas, que recibir castigos; que una merced sola, me parece, cierto, me deshacía y confundía más y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos hartos, juntas; porque esto veía que lo merecía y parecíame que con ello pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo que para todos los que tuvieren algún conocimiento o amor de Dios, y esto lo podemos deducir de lo que siente una persona sensible, virtuosa y delicada.

Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome tan débil que estaba en víspera de tomar a caer, aunque mis determinaciones y deseos entonces —en aquel momento digo— estaban firmes.

20. Gran mal es estar un alma sola entre tantos peligros. Paréceme a mí que, si yo tuviera con quien tratar todo esto, me hubiera ayudado a no volver a caer, aunque sólo fuera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Hubiera sido un resorte humano natural tener que comunicar sus faltas que la habrían frenado, ya que no lo conseguía el temor de Dios.

Por eso, aconsejaría yo a los que hacen oración, sobre todo al principio, que procuren tener amistad y trato con otras personas que también la hagan. Si uno está solo y cae ¿quién lo levantará? «Mira que más pueden dos juntos que uno solo» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, 9).

Es cosa importantísima, aunque no sea más que ayudarse unos a otros con sus oraciones, ¡cuánto más porque hay muchas ganancias! Y si los que tienen alguna afición humana buscan amigos con quienes descansar hablando de ella y para gozar más contando los placeres vanos, ¿por qué no se ha de permitir que, quien comience de veras a amar a Dios y a servirle, busque también algunas personas para contarles sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que hacen oración? «El alma sola sin maestro es como el carbón encendido que está solo; antes se irá enfriando que encendiendo» (Ib, 7).

Porque si la amistad que quiere tener con Su Majestad es verdadera, no tenga miedo de vanagloria; y cuando le acometa el primer movimiento de ella, salga de él con mérito. Y creo que el que comparta sus experiencias con esta buena intención, aprovechará a sí mismo y a los que le oigan y saldrá más enseñado; aun sin entender cómo, enseñará a sus amigos. Compartir y abrir el alma madura a la persona.

21. El que tuviere vanagloria de hablar de su oración también la tendrá de si le ven oír la misa con devoción, o de practicar otras obras buenas que, si es cristiano,

las ha de hacer, y no por miedo de vanagloria se deben dejar.

Es tan importantísimo esto para almas que no están fuertes en la virtud —pues tienen tantos contrarios y amigos que les incitan al mal— que no sé cómo encarecerlo.

Paréceme que el demonio ha inventado este ardid como cosa que mucho le importa: que se escondan tanto de que se sepa que quieren amar a Dios y agradarle, como ha incitado que se descubran otras aficiones deshonestas, estando tan de moda, que parece que se tiene a gala publicar las ofensas que se hacen a Dios.

22. No sé si digo desatinos. Si lo son, rómpalos usted; y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza añadiendo aquí más doctrina. Porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas Defenderse unos a otros. unos a otros los que viven el evangelio, para seguir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo.

Para los que caminan según el mundo hay pocos ojos; pero si uno comienza a darse a Dios hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no dolerles padecer; y si no, se verán en mucho aprieto. Creo que por esto algunos santos debían irse a los desiertos.

Es virtud de humildad no fiarse de sí, sino creer que Dios le ayudará para animar y consolar y enseñar a aquellos con quienes conversa, y que crece la caridad al comunicarla Hoy se habla mucho de «compartir» y de «revisión de vida». Santa Teresa fue pionera profética de estas formas modernas; para eso eran fundamentalmente sus Carmelos, células vivas y escuelas —talleres dicen hoy— de oración, en que las carmelitas debían dar cuenta a la priora del desarrollo de su oración, y es humildad, que Dios bendice, practicarlo y mil bienes más, que no los osaría decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto De lo importante que es esto.

Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo que no perderá quien, humillándose, aunque sea fuerte, no crea que lo es, y creyere en esto a quien tiene experiencia.

De mí sé decir que, si el Señor no me hubiera descubierto esta verdad y me hubiera dado medios para que pudiera tratar frecuentemente con personas que hacen oración, cayendo y levantando iba a dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto de cómo no estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano.

Sea bendito por siempre jamás, amén.

## Capítulo 8

**DEFINICIÓN DE LA ORACIÓN. No haberse apartado del todo de la oración fue un gran bien para no perder el alma La oración es un excelente remedio para ganar lo perdido. Quiere persuadir a todos a que hagan oración. La oración es un gran negocio, y aunque la vuelvan a dejar es un gran bien gozar algún tiempo de ella.**

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, aunque comprendo que a nadie dará gusto conocer cosa tan ruin, y yo quisiera que



cuantos lean esto me aborreciesen, siendo un alma tan pertinaz e ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté a Dios.

2. Para estar arrimada a esta fuerte columna de la oración pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas. Y con levantarme y mal —pues tomaba a caer—, y en vida tan baja de perfección, que casi no hacía ningún caso de los pecados veniales y, aunque temía los mortales, no como debía, pues no me apartaba de los peligros, sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se pueden imaginar; pues ni yo gozaba de Dios ni me llenaba el mundo. Cuando («taba en los contentos del mundo y me acordaba de Dios, tenía pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años.

Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de vivir en el mundo, que tuviese ánimo para hacer oración.

Digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa se necesita mayor que para hacer traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca apartarse de su lado. Porque aunque siempre estamos delante de Dios, los que hacen oración están de otra manera, porque están viendo que los mira; que los que no hacen, podrá ser que estén algunos días que ni siquiera se acuerden de que Dios los ve.

3. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez un año entero, que me guardaba de ofender al Señor y me daba mucho a la oración y hacía algunos y aun hartos esfuerzos para no ofenderle. Y digo esto para decir la verdad de todo.

Mas recuerdo pocos días buenos, y es porque habrán sido pocos los buenos, y muchos los ruines. Ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, de no ser por estar muy enferma o muy ocupada. Cuando estaba enferma estaba mejor con Dios; procuraba que las personas que trataban conmigo estuviesen con Dios y suplicábalo al Señor; hablaba muchas veces de El.

En los veintiocho años que hace que comencé a hacer oración pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo más de dieciocho, exceptuando el año que he dicho.

Los años restantes que quedan por decir, se cambió la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas estando, a lo que creo, en servicio de Dios y con conocimiento de la vanidad del mundo todo ha sido suave, como diré después.

4. He contado todo esto para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; y para que se conozca el gran bien que hace Dios a un alma cuando la dispone para que haga oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester.

Y para que se sepa que, si persevera en la oración, por muchos pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, al fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, según parece, me ha sacado a mí. Quiera Su Majestad que no me vuelva yo a perder.

5. El bien que tiene quien se ejercita en oración hay muchos santos y personas que lo han escrito; me refiero a la oración mental, ¡gloria sea a Dios por ello! Y aunque así no fuera, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que osara hablar de esto. De no tener una experiencia tan clara, ella no se atrevería a dar voces a favor de la oración. Pero su caso le parece, y lo es, modélico para la Iglesia entera y ¡cómo se queja manifestándolo! Pocos panegiristas de la oración tan elocuentes y persuasivos como Teresa.

De lo que yo tengo experiencia puedo hablar, y es que por muchos pecados que haga quien ha comenzado a hacer oración no la deje, pues la oración es el remedio para tomarse a remediar, y sin oración será mucho más difícil. Y no se

deje tentar por el demonio como a mí me tentó, para dejarla por humildad.

Crea que no pueden fallar las palabras de Dios, que en cuanto nos arrepentimos de veras y nos determinamos a no ofenderle, se reanuda la amistad con Él y hace las mercedes que antes hacía, y a veces muchas más, si el arrepentimiento lo merece.

Y quien no ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo que no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque aunque no progresase y se esforzara por ser perfecto tanto que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar, irá entendiendo el camino del cielo; y si se persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase; que *no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.*

Para que el amor sea verdadero y dure la amistad, se han de encontrar las condiciones: las del Señor ya se sabe que no pueden tener falta, la nuestra es viciosa, sensual, ingrata.

Si tú aún no le amas, no puedes conseguir amarle porque no es de tu manera de ser. Mas viendo lo mucho que te va en tener su amistad y lo mucho que te ama, pasarás por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de ti.

6. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece que os veo y me veo así! ¡Oh regalo de los ángeles que, cuando esto veo, toda me querría deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien soporta que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío! ¡Cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga de vuestro estilo, y mientras tanto le sufrís el suyo! ¡Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido!

He visto esto claro en mí misma, y no entiendo, Creador mío, por qué todo el mundo no se decide a acercarse a Vos mediante esta particular amistad: los malos, que no son como Vos, para que los hagáis buenos, con tal de que sufran que estéis con ellos al menos dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos de mundo, como yo hacía.

Por esta fuerza que se hacen de querer estar con tan buena compañía, miráis que al principio no pueden más y algunas veces, ni después; forzáis Vos, Señor, los demonios para que no los acometan y para que cada día tengan menos fuerza contra ellos y se las dais A los que se esfuerzan por hacer dos horas de oración, les dais fuerza para vencer a los demonios a ellos para vencer.

Sí, que no matáis a nadie, ¡vida de todas las vidas!, de los que se fían de Vos, y de los que os quieren por amigo; sino que sustentáis la vida del cuerpo con más salud y le dais vida al alma.

7. No entiendo lo que temen los que temen comenzar a hacer oración mental, ni sé de qué tienen miedo. Bien hace el demonio metiendo miedo para poder él hacemos mal de verdad, si consigue que por miedo no piense yo en lo que he ofendido a Dios y en lo mucho que le debo y en que hay infierno y hay gloria y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí.

Esta fue toda mi oración y ha sido cuando anduve en estos peligros, y aquí era mi pensar cuando podía; y muy muchas veces, algunos años, tenía más cuenta y deseaba que se acabase la hora y escuchar cuando sonaba el reloj, que pensar en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave hubiera hecho de mejor gana que recogerme a hacer oración.

Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, para que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba cuando

entraba en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no lo tengo pequeño y se ha visto que me lo dio Dios harto más que de mujer Dijo el provincial de los dominicos al padre Báñez: «¡Oh! Habíadesme engañado, que decíades que era mujer; a la que no es sino hombre varón, y de los muy barbados» (Citado por ÉFRÉN, *Tiempo y vida*, 428) , aunque lo he empleado mal) para forzarme, y al fin me ayudaba el Señor.

Y después que me había hecho esta fuerza me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenía deseo de rezar.

8. Pues, si a cosa tan ruin como yo tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro que por aquí se remedian todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque, por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor.

Ni ¿quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin ganas, a fuerza de vencerme o de forzarme el mismo Señor?

Si, pues, a los que no le sirven, sino que le ofenden, les va tan bien la oración y les es tan necesaria, y nadie puede de ella esperar daño Para entender este daño de que habla repetidas veces hay que situarse en las herejías de su tiempo y en los miedos que metían algunos predicadores , que no sea mayor el no hacerla, los que sirven a Dios y le quieren servir ¿por qué la han de dejar?

Por cierto, si no es para pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y para cerrar a Dios la puerta para que no les dé alegría en la oración.

Cierto, les tengo lástima, porque a su costa sirven a Dios; porque a los que hacen oración el mismo Señor corre con el gasto de los trabajos, pues por un poco de trabajo les da gusto para que con él se pasen los trabajos.

9. Porque de estos gustos que el Señor da a los que perseveran en la oración trataré mucho, no digo aquí nada. Sólo digo que para las mercedes tan grandes que me ha hecho a mí es la puerta la oración La misma frase en *I Moradas*, 1, título ; cerrada ésta, no se cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibir los regalos.

Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada para quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros? ¡Y queremos que nos haga Dios grandes mercedes!

10. Para que vean su misericordia y el gran bien que fue para mí no haber dejado la oración y la lectura, diré aquí—pues es tan importante entenderlo— la guerra que hace el demonio a un alma para ganarla, y la estrategia y misericordia con que el Señor procura que vuelva a El; a fin de que se guarden de los peligros de que yo no me guardé.

Y sobre todo, por amor de nuestro Señor y por el grande amor con que anda granjeando para que volvamos a Él, pido yo se aparten de las ocasiones de pecar; porque, estando metidos en ellas, no pueden fiarse cuando tantos enemigos nos combaten y tantas flaquezas hay en nosotros para ser vencidos.

11. Quisiera yo saber poner de relieve la esclavitud en que en este tiempo vivía mi alma, porque bien entendía yo que era esclava y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo que, lo que los confesores me decían que no era ofensa grave, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma.

Uno llegó a decirme, cuando yo fui a manifestarle mi escrúpulo, que, aunque tuviese subida contemplación, no me perjudicaban semejantes ocasiones y amistades.

Esto fue ya a la postre, cuando yo iba ya, con el favor de Dios, apartándome

más de los peligros grandes; mas no me apartaba del todo de la ocasión.

Como me veían con buenos deseos y dedicada a la oración, les parecía que hacía mucho; mas entendía mi alma que no hacía lo que debía por aquel a quien debía tanto.

Lástima le tengo ahora <sup>A mi alma</sup> de lo mucho que pasó y del poco socorro que de ninguna parte tenía, sólo de Dios, y de la mucha permisividad que tenían para con mis pasatiempos y diversiones, diciéndome que eran lícitos.

12. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima a ellos, de tal manera que si veía a alguien predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba, sin procurarlo yo, que no sé quién me lo ponía. Casi nunca me parecía el sermón tan malo como para que no lo escuchase de buena gana; aunque los oyentes juzgasen que no era bueno, era para mí recreo muy particular. De hablar de Dios u oír hablar de Él nunca me cansaba, y esto después que comencé a hacer oración.

Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba, porque en ellos entendía yo que estaba muy lejos de ser la que debía ser.

Suplicaba al Señor que me ayudase; mas, según me parece ahora, me debía faltar confianza en Su Majestad y perderla del todo en mí. Buscaba remedio; hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitando del todo la confianza en nosotros, no la ponemos en Dios.

Deseaba vivir, pues bien entendía yo que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón para no socorrerme, pues tantas veces me había Él acogido y yo le había dejado.

## Capítulo 9

Entramos en el momento decisivo de la vida de Teresa: el de su conversión definitiva a Dios y comienzo de lo que Dios va a obrar en ella. Los santos lo son no porque han hecho cosas grandes por Dios, sino porque Dios ha hecho en ellos cosas grandes.

### **Cómo comenzó el Señor a despertar su alma y a darle luz en tan grandes tribulaciones y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle.**

1. Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Me sucedió que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que se había buscado para una fiesta que se hacía en la casa, y la habían traído para guardarla allí. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que cuando la miré toda me turbé de verle tal, porque representaba muy bien lo que sufrió por nosotros.

Fue tanto lo que sentí lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía que estaba cierto allí el Señor dentro de mí, poníame a sus pies pareciéndome que no desearía mis lágrimas; y no sabía lo que decía (que harto hacía quien por él me las consentía derramar, ya que tan pronto se me olvidaba aquel sentimiento) y me encomendaba a esta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta última vez que vi esta imagen me parece que me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios.

Paréceme que le dije entonces que no me había de levantar < lo allí hasta que me concediese lo que le suplicaba. Estoy segura de que me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.

4. Hacía la oración de este modo: como no podía discurrir con el entendimiento, intentaba representarme a Cristo dentro de mí, y me encontraba mejor, creo, en los lugares donde le veía más solo. Me parecía que, estando solo y afligido, como persona necesitada de compañía me admitiría a mí. De estas simplicidades tenía muchas.

En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto; allí era mi acompañarle; si podía pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido; deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor, mas recuerdo que jamás osaba determinarme a hacerlo, porque se me representaban mis pecados tan graves; estaba allí con Él todo el tiempo que me dejaban los pensamientos, porque eran muchos los que me atormentaban Es oración afectiva.

Durante muchos años, desde antes de ser monja, la mayor parte de las noches, antes de dormirme y cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este misterio de la oración del Huerto Práctica aprendida en el monasterio de Gracia con las monjas Agustinas y que constituye el embrión de su oración mental, porque me dijeron que se ganaban muchas indulgencias; y tengo para mí que con isto ganó mucho mi alma, porque comencé a hacer oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan arraigada me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

5. Pues volviendo al tormento de los pensamientos La imaginación, es muy característico de este modo de orar sin discurrir; el alma ha de estar muy recogida y sin reflexionar. Si está así, aprovecha mucho, porque el alma está amando «No está el negocio en pensar mucho, sino en amar mucho» (J.M.B., *Las Moradas de Santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid).

Mas llegar a esto supone mucha lucha, salvo para las personas que el Señor quiere que lleguen muy pronto a oración de quietud Consiste en un sentimiento íntimo de la presencia de Dios que cautiva la voluntad; yo conozco a alguna. Para las que van por este camino es bueno un libro para recogerse en seguida.

Aprovechábame a mí ver campo, agua, o flores; en estas cosas encontraba yo memoria del Creador, quiero decir que me despertaban y recogían y servían de libro; y también me servía de provecho pensar en mi ingratitud y pecados.

Cosas del cielo y muy elevadas, como mi entendimiento era rudo, jamás las pude imaginar, hasta que el Señor las presentó de otro modo Porque su intuición necesitaba personas o situaciones, o acontecimientos vivos y palpables para prestarles atención. En cambio discurrir siguiendo meditaciones amañadas para cada día, le era difícil, porque le resultaban abstractas y sin mordiente. El Señor se las presentó vivas y necesariamente la engancharon.

6. Tenía tan poca habilidad para representarme cosas con el entendimiento, que no podía aprovecharme para nada de mi imaginación, contrariamente a lo que les ocurre a otras personas que pueden representarse cosas y en ellas se recogen.

Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; pero jamás lo pude representar en mí, por mucho que leyera sobre su hermosura y por muchas imágenes que viera No puede seguir el sistema ignaciano de ver las personas vistiéndolas de trajes, imaginando sus gestos, oyendo lo que dicen. Ella está como un ciego junto a Cristo.

Me acaecía a mí cuando pensaba en nuestro Señor, como a quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella porque sabe cierto que está allí, es decir, que entiende y cree que está allí, mas no la ve. Por esto era tan amiga de imágenes. ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran se alegrarían de ver su retrato, como nos ocurre con el de las personas queridas Se refiere a los protestantes que atacaron el culto a las imágenes. Ya habían negado su legitimidad los cátaros en el siglo

XII y los *iconoclastas* en el siglo VIII, condenados en el concilio de Nicea. El concilio de Trento declaró: «Es necesario defender y conservar las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos, porque el honor que se rinde a las imágenes, se dirige a las personas que representan».

7. En este tiempo me dieron las Confesiones de san Agustín, que parece lo ordenó el Señor porque yo no las busqué ni nunca las había visto. Parece que nos cuesta creer en esas providencias de Dios como menudencias, porque le antropofizamos demasiado, y a nosotros nos costaría llevar una dedicación tan nimia.

Yo soy muy aficionada a san Agustín, porque el monasterio donde estuve de seglar era de su Orden y también por haber sido pecador, pues yo encuentro mucho consuelo en los santos a quienes el Señor convirtió después de haber sido pecadores. Me parecía que en ellos había de encontrar ayuda y que, así como el Señor les había perdonado, me podía perdonar a mí.

Una cosa me desconsolaba: que a ellos sólo una vez los había llamado el Señor y no volvieron a caer y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba.

Mas considerando el amor que me tenía, volvía a animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí muchas veces.

8. ¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la dureza de mi alma a pesar de tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo misma y cuán atada me veía para determinarme a darme del todo a Dios. Dios le quiere hacer experimentar que todos los resortes humanos juntos son incapaces de causar la gracia.

Cuando comencé a leer las Confesiones, me parece que me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve un rato deshaciéndome toda en lágrimas y con gran aflicción y fatiga en mi interior.

¡Oh, cuánto sufre un alma, válgame Dios, por haber perdido la libertad que había de tener, pues era señora, y cuántos tormentos padece! Yo me admiro ahora de cómo podía vivir en tanto tormento. Sea Dios alabado porque me dio vida para salir de muerte tan mortal.

9. Parece que mi alma ganó grandes fuerzas de la Divina Majestad y que debía de oír mis clamores y tener lástima de tantas lágrimas. Comenzó a crecer en mí la afición de estar más tiempo con Él, y a quitarme el Señor de los ojos las ocasiones, porque, quitadas, enseguida me volvía yo a amar a Su Majestad; que bien entendía yo que le amaba, mas no entendía como lo había de entender, en qué consiste el amor verdadero a Dios.

No me parece que acababa yo de disponerme a querer entregarme a Él cuando Su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. Parece que lo que otros con gran trabajo procuran adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era darme ya, en estos últimos años, gustos y regalos.

Jamás me atreví yo a suplicarle me los diese, ni ternura de devoción; sólo le pedía que me diese gracia para que no le ofendiese y me perdonase mis grandes pecados.

Como los veía tan grandes, nunca osaba desear, dándome cuenta, ni gustos ni regalos. Harto me parece hacía su piedad, y en verdad hacía mucha misericordia conmigo, consintiendo que estuviera ante Él y atrayéndome a su presencia, que yo veía que, si tanto Él no lo procurara, yo no viniera.

Sólo una vez en mi vida recuerdo haberle pedido gustos estando en gran sequedad; y cuando me di cuenta de lo que hacía quedé tan confundida, que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dio lo que me había atrevido a pedir.

Bien sabía yo que era lícito pedirlos, mas a mí me parecía que lo es a los que están preparados, por haber procurado la verdadera devoción con todas sus fuerzas no ofendiendo a Dios, y están dispuestos y determinados a cumplir todo

bien.

Me parecía que aquellas lágrimas mías eran femeninas y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo que me valieron, porque después de estas dos veces Dos veces: cuando vio el Cristo muy llagado, y leyendo la conversión de san Agustín en las *Confesiones* de tan gran compunción de lágrimas y fatiga de mi corazón, comencé a darme más a la oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino que, como digo, me fue ayudando Dios a desviarme de aquel mal camino.

Como no estaba Su Majestad esperando más que una pequeña disposición en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré; lo que no suele dar el Señor sino a los que tienen mayor limpieza de conciencia.

## Capítulo 10

**Comienza a declarar las mercedes que el Señor le hacía en la oración. Cómo nos podemos preparar nosotros para recibirlas. Interesa mucho que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Ruega al destinatario de este libro que, de ahora en adelante, lo que escriba sea secreto, ya que le mandan que escriba detalladamente las mercedes que le hace el Señor.**

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho, durante breves instantes, comienzo de lo que ahora diré. Cuando me representaba a Cristo y me ponía junto a Él, y aun algunas veces leyendo, me venía de repente un sentimiento de la presencia de Dios tal, que no podía dudar de que Él estaba dentro de mí y yo toda engolfada en Él. Esto no era una visión; creo que lo llaman *mística teología* Oración infusa; me suspendía el alma de tal manera que me parecía que toda estaba fuera de sí; en este estado ama la voluntad, la memoria me parece que está casi perdida, el entendimiento no discurre, según me parece, mas aunque no se pierde, no razona, sino que está como espantado de lo mucho que entiende, porque Dios quiere que entienda que no entiende nada de aquello que Su Majestad le representa.

2. Primero había tenido de modo muy continuado una ternura, que en parte algo de ella me parece que se puede procurar: un regalo que ni es del todo sensible ni del todo espiritual. Todo es dado por Dios; mas creo que para esto nos puede ayudar mucho reflexionar sobre nuestra pobreza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida.

También nos puede ayudar el deleitarnos viendo sus obras, su grandeza, lo que nos ama, y otras muchas consideraciones, que quien va con idea de aprovechar encuentra muchas oportunidades para ello, aunque no vaya con mucha advertencia.

Si junto a esto hay mucho amor, regálase el alma, se enternece el corazón, vienen lágrimas; algunas veces un poco forzadas, otras nos hace el Señor fuerza para que no las podamos resistir; parece que nos paga Su Majestad aquel cuidado con un don tan grande como es el consuelo que siente el alma de ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra razón para consolarse; regálase allí,

huélgase allí.

3. Se me ocurre ahora esta comparación: Estos gozos de oración son como deben de ser los de los que están en el cielo, que, como no han visto más de lo que el Señor quiere que vean, según sus méritos, y ven que son tan pocos, cada uno está contento de estar en el grado que está, aun habiendo tan grandísima diferencia de gozar en el cielo; mucho mayor que la que hay aquí de unos gozos espirituales a otros, que es grandísima.

Y verdaderamente, al principio de dar Dios a un alma esta merced, ya casi le parece que no hay más que desear y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido.

Y le sobra razón, pues una lágrima de éstas que —como digo—, casi nos las procuramos —aunque sin Dios no se hace nada—, me parece a mí que con todos los trabajos del mundo no se puede comparar, porque se gana mucho con ellas. ¿Y qué mayor ganancia que tener algún testimonio de que agradamos a Dios?

Por eso quien aquí haya llegado alabe a Dios mucho, reconózcase muy deudor; porque ya parece que le quiere para su casa y lo ha escogido para su reino, si no vuelve atrás.

4. No haga caso de unas humildades que hay, de las que pienso tratar, que les parece humildad no reconocer que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, lo que nos está ocurriendo: y es que Dios nos da sus dones sin ningún mérito nuestro, y agradezcámoslo a Su Majestad: porque si no reconocemos que recibimos, no despertamos a amar.

Y es cosa muy cierta que cuanto más ricos nos vemos, después de reconocer que somos pobres, nos viene más aprovechamiento y más verdadera humildad. Lo demás es acobardar el ánimo hasta hacerle creer que no es capaz de grandes bienes, si, cuando comienza el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse por miedo de vanagloria.

Creamos que quien nos da los bienes nos dará gracia para conocer la tentación cuando el demonio le tienta, y fortaleza para rechazarla. Esto si caminamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentarle sólo a Él y no a los hombres.

5. Es cosa muy clara que amamos más a una persona cuando recordamos mucho las buenas obras que nos hace Lección de psicología de la vida llevada a la oración, al trato con Dios. Pues si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria de que nos ha dado el ser. y que nos crió de la nada y de que nos sustenta, y de su muerte y sufrimientos, y de que mucho antes de creamos había hecho tantos beneficios a cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito que conozca yo y vea y considere muchas veces que antes solía hablar de vanidades, y que ahora me da el Señor que sólo quisiera hablar de Él?

Es como si nos han dado una joya y recordamos que nos la han regalado, que necesariamente nos incita a amar, que es todo el bien de la oración fundamentada en humildad.

Pues ¿qué ocurrirá cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como las que ya han recibido algunos siervos de Dios, de desprecio del mundo y de sí mismos?

Está claro que se han de tener por más deudores y más obligados a servir y entender que no teníamos nada de esto, y a conocer la largueza del Señor, pues a un alma tan pobre y ruin y sin ningún mérito como la mía, que, aunque bastaba la primera joya de éstas y sobraba para mí, quiso darme más riquezas que yo supiera desear.

6. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir y no ser ingratos; porque



con esa condición las da el Señor, y si no aprovechamos bien el tesoro y el gran estado al que nos eleva, nos lo tomará a quitar y nos quedaremos mucho más pobres y dará Su Majestad las joyas a quienes las luzcan y aprovechen con ellas a sí mismos y a otros.

Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no sabe que es rico? Es imposible —según nuestra naturaleza, a mi parecer— tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende que está favorecido por Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de la tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende que tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados perdimos.

Y mal deseará que todos le desprecien y le aborrezcan, y todas las virtudes grandes que tienen los perfectos, quien no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva.

Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que vemos presente; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen.

Ya puede ser que yo, como soy tan ruin, juzgue por mí, que habrá otros que no necesiten más que la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas. Yo, como miserable, todo lo he habido menester.

7. Esto, ellos lo dirán; yo digo mi experiencia, como me lo mandan; y si lo que digo no es bueno, lo romperá aquel a quien lo envió *Dirige su Vida* al P. García de Toledo, que entenderá mejor que yo lo que esté mal.

A él le suplico por amor del Señor que publique lo que he dicho hasta ahora de mi ruin vida y pecados, y si quieren ya en vida. Desde ahora doy licencia para ello, a él a quien lo dirijo, que es mi confesor, y a todos mis confesores; para que no engañe más al mundo, que creen que hay en mí algún bien; y cierto con verdad digo que me dará gran consuelo.

Para lo que desde ahora diré no se la doy; ni quiero que, si lo enseñan a alguien, digan a quien le ha pasado, ni quien lo escribió; por eso no me nombro, ni a nadie, sino que lo escribiré lo mejor que pueda para no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios.

Bastan personas tan letradas y responsables para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me da gracia para decirla que, si es buena, será suya y no mía, porque yo sin letras, ni virtudes, ni formación de letrados ni de ninguna persona (porque sólo saben que lo escribo los que me lo mandan escribir, y el P. García de Toledo, a quien va dirigido, ni siquiera está aquí) y escribo casi hurtando el tiempo de hilar, que he de trabajar porque vivo en casa pobre *En San José de Ávila*, y con muchas ocupaciones.

Así que, aunque el Señor me diera más habilidad y memoria, pues tengo poquísima, para que me pudiera aprovechar de lo que he oído o leído, no me sobraría.

Así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuera malo será mío y usted lo quitará. Ni para lo uno ni para lo otro es necesario decir mi nombre. En vida está claro que lo bueno no se ha de decir; después de muerta no hay para qué, sino para que pierda la autoridad el bien y para no darle crédito por decirlo persona tan inferior y ruin.

8. Y porque pienso que usted y los otros que lo han de leer *Uno de los que lo han de leer es san Juan de Ávila* harán esto que por amor del Señor les pido, escribo con libertad. De otra manera lo haría con gran escrúpulo, a excepción de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo. Para lo demás basta ser mujer para

caérseme las alas, cuanto más mujer y ruín En su tiempo las mujeres no escribían. Por otra parte, ¿qué crédito merecerían los carismas recibidos que va a relatar y la doctrina que va a enseñar?

Y así, lo que vaya más allá de decir el curso de mi vida, resérveselo usted, que tanto me ha importunado para que escriba una declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si está de acuerdo con las verdades de nuestra santa fe católica; y si no, quémelo enseguida, que yo a esto me someto.

Le diré mis experiencias, porque, si son buenas, le podrán servir a usted de provecho y, si no, me desengañará para que no gane el demonio donde creo que gano yo. Que ya sabe el Señor, como después diré, que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

9. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tenga experiencia.

Diré algunos impedimentos que, a mi entender, lo son para avanzar en este camino, y señalaré peligros, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia y después he tratado con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, que han comprobado que me ha dado Su Majestad en sólo veintisiete años que hago oración, a pesar de andar con tantos tropiezos y tan mal este camino, la experiencia que otros han alcanzado en cuarenta y siete y en treinta y siete con penitencia y vida virtuosa.

Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien Su Majestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa con esto sino que sea alabado y magnificado un poquito por los que vean que, en un muladar tan sucio y de mal olor, haya hecho huerto de tan suaves flores.

Quiera Su Majestad que por mi culpa no las vuelva yo a arrancar y vuelva a ser lo que era.

Esto pido yo por amor del Señor que pida usted, pues sabe la que soy con más claridad que aquí me lo ha dejado decir.

## Capítulo 11

### PRIMER NIVEL DE ORACIÓN: SACAR AGUA DE UN POZO. LA ORACION DE RECOGIMIENTO.

**Cuál es la causa por la que se tarda en amar a Dios con perfección. Comparación para explicar cuatro grados de oración. Comienza a tratar el primer grado. Muy provechoso para los que empiezan y para los que no tienen gustos en la oración.**

1. Hablemos ahora de los que comienzan a ser siervos del amor, que eso son los que se determinan a seguir, por el camino de la oración, a quien tanto nos amó.

Seguir por este camino constituye una dignidad tan grande, que me regalo extraordinariamente pensando en ella.

Si procedemos como debemos, aquí, en este comienzo, no hay temor servil.

¡Oh Señor de mi alma y bien mío!, ¿por qué no quisisteis que, cuando un alma se determina a amarnos, haciendo lo que puede en dejarlo todo para dedicarse a cultivar este amor de Dios, pudiese gozar ya del amor perfecto?

Mal he dicho antes: “¿por qué no quisisteis...?” Habría de haber dicho: “no nos lo

das porque no queremos nosotros”, y nos habríamos de quejar de ello; pues es nuestra toda la culpa de que no empecemos a gozar enseguida de tan gran dignidad, pues cuando se consigue tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes.

Somos tan caros y tan tardíos en darnos del todo a Dios, que, como Su Majestad no quiere que gocemos de cosa tan preciosa sin alto precio, no acabamos de disponernos Estas razones y esta conclusión las desarrollará más adelante en el c.22, 15 , planteándole al P. García de Toledo, a quien va dirigido el libro, dos cuestiones cuya respuesta ya conoce desde el comienzo, como ya de entrada manifiesta.

2. Bien veo yo que no hay precio con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, que es no tener apego a nada de la tierra, sino que dedicáramos todo nuestro cuidado y amor a las cosas del cielo, creo yo, sin duda, que muy pronto se nos daría este bien El verdadero amor de Dios , si nosotros nos preparásemos, como algunos santos hicieron.

Mas nos parece que lo damos todo, y es que ofrecemos a Dios la renta o los frutos y nos quedamos con la raíz y posesión.

Nos determinamos a ser pobres, y esta decisión tiene gran mérito; mas muchas veces tornamos a tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino también lo superfluo, y vamos en busca de los amigos que nos lo den, con lo que la preocupación, y quizá el peligro, de que no nos falte es mayor que el que teníamos antes, cuando poseíamos hacienda.

Parece también que dejamos los honores al ser religiosos o al comenzar a vivir vida espiritual y perfección, y aún no nos han tocado un punto de honra cuando ya no recordamos que se la hemos dado a Dios y queremos volver a luchar por ella y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle hecho voluntariamente señor de nuestra voluntad. Así ocurre con todas las otras cosas.

3. ¡Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luego le queremos tener a manos llenas, por decirlo de algún modo.

Queremos seguir apegados a nuestras aficiones y recibir muchos consuelos espirituales; esto no encaja bien ni es compatible una cosa con la otra. Pues no procuramos realizar nuestros deseos de virtudes y no nos decidimos a desarraigar los deseos de la tierra Señala en todos estos párrafos anteriores que la decisión de vivir las virtudes evangélicas es, más que una determinada determinación, una veleidad.

4. Así que, porque no se acaba de dar todo, no se nos da del todo este tesoro El tesoro de la plenitud del amor. “Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada” (san Juan de la Cruz).

Quiera el Señor darnoslo gota a gota, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo.

Harto gran misericordia hace el Señor a quien concede esta gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien El bien del amor de Dios que busca el hombre cuando emprende el camino de la oración , porque si persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va capacitando él el ánimo para que gane esta victoria.

Digo ánimo, porque son tantas las dificultades que el demonio “Es terrible el combate que aquí desencadenan los demonios de mil maneras...” “Porque aquí representan los demonios estas culebras de las cosas del mundo y hacen creer que los contentos de él son casi eternos, y la estima... del mundo..., y la preocupación por la salud...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas. Madrid , Segundas moradas, c. único, 3, ); “Me hizo mucha guerra el demonio para que dejase la oración” (*Vida* 19,4). pone delante al principio para que no se comience este camino de veras, como quien sabe el daño que de aquí le viene "Pasa aquí el alma grandes trabajos; especialmente si el demonio comprende que tiene cualidades y costumbres para subir más arriba, pondrá en marcha todo el infierno para conseguir que desista de recorrer el Camino que ha emprendido” (o.c., Segundas Moradas 1,5,), NO sólo de perder aquella alma, sino muchas “Y aunque el demonio no vea otra cosa sino que Su Majestad les demuestra amor tan particular, basta para que él se deshaga para que se pierdan, y por eso son muy combatidas...” (o.cCuartas Moradas, 3,10,); “El demonio siente mucha rabia ruando ve

que pierde de su poder un alma que él cree que tiene ya ganada, sobre todo entendiendo que con la riqueza de aquella alma perdería él algunas otras que tenía por suyas...” (*Fundaciones* 22,9).

Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo que jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente consigo y, como a buen capitán, le da Dios quien vaya en su compañía “Tiene más interés el demonio por un alma de éstas que por muchas a quienes el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo y hacer gran provecho, podría ser, en la Iglesia de Dios” (o.c., Cuartas Moradas, 3,10, ).

Les presenta el demonio tantos peligros y dificultades “Dificultades por todas partes, contiendas por fuera y temores por dentro” (2Cor 7,5). **ante sus ojos, que no es menester poco ánimo para no volver atrás** “¡Oh Jesús, qué grande es la barahúnda que aquí ponen los demonios y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante o volver a la primera pieza!” (o.c., Segundas Moradas, 1,4.). **sino muy mucho y mucho favor de Dios.**

5. Pues refiriéndome al comienzo de los que ya están determinados a llevar a cabo esta empresa, la etapa de mayor trabajo es ésta; porque, aunque el Señor pone el capital, los que comienzan son los que trabajan. En los otros grados de oración se goza casi siempre.

Pero tanto los primeros, como los del medio, como los últimos, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y me siga” (Lc 9,23), **si no se quieren perder** “Si uno quiere salvar su vida, la perderá” (ib) ; **Y ¡bienaventurados los trabajos que aún aquí en la vida tan sobradamente se pagan!**

6. Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo quisiera omitirlas, por ser mujer, y para escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje espiritual es tan difícil de explicar a quienes no tienen estudios, como yo, que habré de buscar alguna manera de dejarme entender, y quizá pocas veces acertaré con la comparación. Así se reirá V. de mi torpeza.

El que comienza a hacer oración ha de pensar que comienza a hacer un huerto “Serán como huerto cerrado” (Jer 31,12). “Serás un huerto bien regado” (Is 58,11). “Eres huerto cerrado, hermana y novia mía; eres jardín cerrado” (Cant 4,11). **para que se deleite el Señor** “Entra, amor mío, en tu huerto” (Cant 4,16), **en tierra muy infructuosa** “Convertirá su desierto, su yermo, en huerto del Señor” (Is 51,3).

“Como un huerto sin agua” (Is 1,30), **que tiene muy malas hierbas** “Si la tierra da espinas y cardos...” (Heb 6,8); “¿Cómo te has convertido en planta degenerada?” (Jer 2,21). Estamos comprobando cómo la lectura de la Palabra, que aunque, salvo las perícopas de *Epístolas* y *evangelios dominicales* en la traducción de fray Ambrosio Montesino ( cf nota siguiente), no fue directa, sino a través del Breviario o de devocionarios al uso, está presente en la obra escrita de la autora. Pocas veces cita explícitamente, pero existe un río subterráneo en su espíritu que alimenta abundantemente sus imágenes y sus frases; lo que coincide con su experiencia mística que también es Palabra, aunque privada, que no desmiente la palabra pública, y que es una manera sapiencial profunda de conocer en vivo la Palabra. Ofrecen también un influjo notable de divina Escritura los *Morales o Comentarios del Libro de Job*, de san Gregorio Magno. Hasta su modo de concebir la oración y de dirigirse a Dios en el diálogo trae remembranzas de los de Job con Dios.

**Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas** “Yo te había plantado de cepa generosa, toda de plantones legítimos...” (Jer 2, 21).

“El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre” (Mt 13,37).

Santa Teresa, aficionadísima a sermones (*Vida* 8,12) y lectora empedernida, conocía más libros de los que la pobre biblioteca del monasterio podía proporcionarle, y sin duda conoce los sermones de fray Ambrosio Montesino, franciscano y obispo de Cerdeña, protegido de los Reyes Católicos y del cardenal Cisneros, que cuidó de la edición de su *Vita Christi del Cartujano*; y que refundió una antigua traducción castellana de las epístolas y evangelios para todo el año, con sus doctrinas y sermones (Toledo 1512) (*Enciclopedia Larousse*). En uno de sus sermones cita “la semejanza del hortelano..., Cristo..., y las hortalizas y verduras que se han de sembrar son las virtudes y las buenas obras” (A. M.<sup>a</sup> ALVAREZ PELLITERO, citada por VÍCTOR G.<sup>a</sup> DE LA CONCHA, *El arte literario de santa Teresa*, Ariel, Barcelona 1978, 90).

Pues hagamos cuenta que el huerto ya está hecho cuando un alma se determina a hacer oración. Y con la ayuda de Dios hemos de procurar, como

buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y hemos de tener cuidado de regarlas para que no se sequen, sino que lleguen a dar flores que den de sí gran olor “Floreced como azucenas, exhalad suave olor” (Si 39,14). “Las mandrágoras exhalan su perfume” (Cant 7,14). “Perfumé como cinamomo y espliego” (Si 24,15). para dar recreación a este Señor nuestro y así venga a deleitarse muchas veces a esta huerta y a gozar entre estas virtudes “He bajado al nogueral para ver la floración del valle, para ver los brotes de la vid y si florecen los granados...” (Cant 6,11).

7. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que sepamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor que la ganancia “¿Quién de vosotros, queriendo construir una torre, no se sienta primero para calcular los gastos y ver si tendrá para terminarla?” (Le 14,18). y cuánto tiempo lo hemos de regar.

Creo que se puede regar de cuatro maneras: o sacando el agua de un pozo que supone un gran trabajo por nuestra parte; o con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo he sacado el agua algunas veces: es menor trabajo que el anterior y se saca más agua; o de un río o arroyo; así se riega mejor, pues queda más harta la tierra de agua y no es menester regar tan a menudo, y exige esfuerzo menor del hortelano; o lloviendo mucho, que lo riega el Señor sin ningún trabajo nuestro; este modo es mejor que todos los anteriores.

8. Según estas cuatro maneras de agua con que se ha de sustentar este huerto, porque sin agua se perderá, declararé algo de cuatro grados de oración en los que el Señor, por su bondad, ha puesto algunas veces mi alma.

Quiera su bondad que atine a decirlo de manera que sirva de provecho a una de las personas que me mandaron escribir esto, a quien el Señor la ha traído, en cuatro meses, mucho más adelante que yo estaba en diecisiete años. Porque se ha preparado mejor que yo, y así, sin trabajo suyo, riega este vergel con todas estas cuatro aguas, aunque la última no se la da el Señor sino a gotas; mas está progresando tanto que pronto se engolfará en ella con ayuda del Señor, y me gustará que se ría si le parece que desatino en mi hablar.

9. Podemos decir que los que comienzan a hacer oración son los que sacan el agua del pozo, que lo hacen con mucho trabajo de su parte, pues se han de cansar en recoger los sentidos, y como están acostumbrados a ir dispersos, les cuesta mucho recogerse “Es como si alguien entrase en una habitación donde entra mucho sol, pero tuviese tierra en los ojos y casi no los pudiese abrir. Clara está la morada, pero él no goza de la luz por la tierra que lleva en los ojos o por los efectos de estas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos y no las puede ver más que a ellas” (J. Martí Ballester, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Primeras Moradas, 2, 14, ) (véanse las notas 30-31 a este párrafo).

“Que en estas primeras moradas, como aún están embebidas en el mundo y engolfadas en sus placeres y llenas de soberbia..., carecen de fuerza los súbditos del alma que son los sentidos...” (ib, n. 12, p. 39).

Es necesario que se vayan acostumbrando a que no les importe ver ni oír, y practicarlo durante las horas de oración, buscando la soledad para en ella pensar en su vida pasada.

Aunque esto igual lo han de hacer todos muchas veces, tanto los primeros como los últimos “Al principio y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento” (*Camino* 39,5), hay que discernir cuándo conviene más y cuándo puede perjudicar, como después diré En el c. 13, nn. 14-15 de este mismo libro. “Porque ya os he dicho mucho en otro lugar, el daño que nos hace, hijas, no entender esto de la humildad y propio conocimiento...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Primeras Moradas, 2,13, ).

Al principio les aflige pensar en los pecados de su vida, pues no acaban de

entender que se arrepienten de ellos; y sí lo hacen, pues se determinan a servir a Dios tan de veras. Han de procurar meditar la vida de Cristo, y el entendimiento se cansa de esto.

10. Esto lo podemos hacer nosotros, entiéndase con el favor de Dios, pues sin él ya sabemos que no podemos tener ni un buen pensamiento.

Esto es comenzar a sacar agua del pozo, y quiera Dios que tenga agua. Por lo menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla y hacemos lo que podemos para regar estas flores.

Y Dios es tan bueno que, cuando Su Majestad sabe por qué, quizá para gran provecho nuestro quiere que esté seco el pozo, si hacemos lo que podemos como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores y hace crecer las virtudes. Llamo agua aquí las lágrimas y, aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

11. Pues ¿qué hará aquí el que ve que durante muchos días no hay más que sequedad y disgusto y desazón y tan mala gana para venir a sacar el agua que, si no pensase que da gusto y que sirve al Señor de la huerta, y no mirase que puede perder todo lo que ha servido y lo que espera ganar del trabajo que supone echar muchas veces el cubo en el pozo y sacarlo sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le ocurrirá no tener fuerza ni para alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; pues ya se entiende que pensar o discurrir es sacar agua del pozo.

Pues, como digo, ¿qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse y tener por grandísima merced poder trabajar en el huerto de tan gran Emperador.

Y pues sabe que le contenta en aquello y su intención no ha de ser contentarse a sí sino a ÉL, alábele min lio por la confianza que tiene en él, pues ve que sin pagarle nada tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele a llevar la cruz "Comience a no asustarse de la cruz" (Vida 11,17).

"No os espantéis, hijas, que es camino real para el cielo. Gánase por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer... Ahora, pues, volviendo a los que quieren beber de esta agua de vida y quieren caminar hasta llegar a la misma fuente, cómo han de comenzar, y digo que importa mucho y el todo... una grande y determinada determinación de no pasar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino, o no tenga corazón para sufrir los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo..." (Camino 21,2) y piense que toda la vida vivió ÉL en ella y no quiera aquí su reino ni deje jamás la oración.

Y decídase, aunque le dure toda la vida esta sequedad "Importa mucho que nadie se torture ni aflija por las sequedades..." (Vida 11,17) a no dejar a Cristo caer en la cruz. Tiempo vendrá en que se lo pague por junto Todo a la vez. "Les guardáis Vos el premio para dárselo junto" (Vida 19,6).

No tenga miedo de perder el trabajo. A buen amo sirve. Mirándole está. No haga caso de malos pensamientos. Piense que también se los representaba el demonio a san Jerónimo en el desierto.

Estos trabajos tienen su recompensa, pues, como quien los pasó durante muchos años (que cuando una gota de agua sacaba de este bendito pozo pensaba que me bacía Dios merced), sé que son grandísimos, y me parece que hace falta más ánimo para soportarlos, que para otros muchos trabajos del mundo.

Mas he visto claro que no los deja Dios sin gran premio "Ni un alzar los ojos acordándonos de ÉL, deja sin premio" (Vida 18,9), aún en esta vida "Le quiere dar el premio aún en esta vida" (Vida 23,3) ; porque es así, cierto, que con una hora que me ha dado el Señor de gusto de Sí, me parece que quedan pagadas todas las congojas que durante mucho tiempo pasé "Y qué premio, que basta un momento para que queden pagados todos los trabajos..." (Vida 18,9) para nutrirme en la oración.

12. Creo que el Señor quiere dar muchas veces al principio, y otras al final,

estos tormentos y otras muchas tentaciones que sobrevienen, para probar a sus amadores y saber si podrán beber su cáliz (Mt 20,22) y ayudarle a llevar la cruz, antes de que ponga en ellos grandes tesoros.

Y para bien nuestro creo que nos quiere Su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes posteriores, que quiere que experimentemos nuestra miseria antes de que nos las dé, para que no nos acaezca como a Lucifer.

¿Qué hacéis Vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma que sabéis que es vuestra ya y que se entrega para seguiros por donde fuereis hasta la muerte de cruz, y que está determinada a ayudárosela a llevar y a no dejaros solo con ella?

13. El que vea que tiene esta determinación... no, no hay que temer. Ya es del linaje de la gente espiritual, no hay por qué afligirse.

Llegado a tan alto grado cual es el de querer hablar a solas con Dios y dejar los pasatiempos del mundo, tiene hecha la mayor parte.

Alabad por ello a Su Majestad y fiaos de su bondad, que nunca faltó a sus amigos “Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas” (1 Cor 10,13). “Me he acordado de una santa que conocí en Ávila. Había dado por Dios todo lo que tenía, y le había quedado una manta con que se cubría y también se la dio; y luego Dios le dio una temporada de grandísimos sufrimientos interiores y sequedades. Y ella se quejaba: ¿De éstos sois, Señor? Después que me habéis dejado sin nada, ¿me dejáis?” (Cta. 403).

Cerrad los ojos y no penséis por qué da devoción a aquel que hace pocos días que ha comenzado y a mí en tantos años no.

Creamos que todo es para mayor bien nuestro. Guíe Su Majestad por donde quisiere “Denos Él lo que quisiere, si quiere que haya agua, si quiere sequedad” (Moradas sextas, 6,9).

Ya no somos nuestros, sino suyos.

Harta merced nos hace en querer que queramos cavar en su huerto y estar junto a su dueño, que es cierto que está con nosotros.

Si El quiere que crezcan estas plantas y flores a unos dando agua sacada de este pozo, y a otros sin agua, ¿qué me importa a mí?

Haced Vos, Señor, lo que quisieréis, que no os ofenda yo, que no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis dado ya, por sola vuestra bondad. Padecer quiero, Señor, pues Vos padecisteis. Cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad y no quiera Vuestra Majestad que cosa de tanto precio como vuestro amor se dé a gente que os sirve sólo por gustos.

14. Se ha de tener muy en cuenta, y lo digo porque lo sé por experiencia, que el alma que comienza a caminar el camino de la oración mental con determinación y dispuesta a no hacer mucho caso, ni a consolarse ni desconsolarse mucho porque le faltan gustos y ternura, o porque se los da el Señor, tiene andado gran parte del camino; y no tenga miedo de volver atrás, por más que tropiece, porque ha comenzado el edificio en firme fundamento (Mt 7,24).

Sí, que no está el amor de Dios en llorar ni sentir gustos y ternura, que casi siempre los deseamos y nos consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de alma y humildad. Más me parece a mí eso, recibir, que no dar nosotros nada.

Para mujercitas como yo, débiles y con poca fortaleza, me parece que es necesario, como Dios lo hace ahora conmigo, llevarme con regalos, para que pueda sufrir algunos trabajos que Su Majestad ha querido que sufra; mas me disgusta oír que siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, inteligentes, hagan tanto caso de que Dios no les da devoción.

No digo yo que no la reciban si Dios se la da, y la aprecien mucho, porque verá Su Majestad que entonces les conviene; mas, cuando no la tengan, no se fatiguen

y comprendan que si Su Majestad no se la da, es porque no la necesitan y anden señores de sí mismos. Crean que eso es falta. Yo lo he probado y visto. Crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para el combate.

15. Esto no lo digo tanto por los que comienzan aunque pongo tanto énfasis en ello porque veo que les importa mucho comenzar con esta libertad y determinación “Y determínese, aunque le dure toda la vida esta sequedad, a no dejar a Cristo caer con la cruz” (*Vida* 11,10), sino por otros que hace mucho que comenzaron y nunca acaban de acabar Los principiantes que se eternizan en principiantes; y creo que el no progresar es debido principalmente a no abrazar la cruz desde el principio, y por eso andan afligidos creyendo que no hacen nada Que pierden el tiempo.

No pueden soportar no poder discurrir; y es entonces quizá cuando la voluntad engorda y se fortalece, y ellos no lo entienden.

16. Hemos de pensar que el Señor no mira esas cosas que, aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son.

Ya sabe Su Majestad nuestra miseria y débil naturaleza mejor que nosotros mismos, y sabe que ya estas almas desean pensar siempre en El y amarle; esta determinación es la que quiere; la aflicción por esas debilidades sólo sirve para inquietar el alma, que si había de estar inhábil para aprovechar una hora, lo esté cuatro.

Porque muy muchas veces la falta de devoción proviene ele indisposición corporal, que somos tan miserables que participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias del cuerpo.

De esto yo tengo grandísima experiencia, y sé que es verdad, porque lo he estudiado con cuidado y tratado después con personas espirituales “*Mens sana in corpore sano*” no sólo para el estudio, sino también para la oración. La necesidad de ejercicio y de oxigenación han sido experimentados por Teresa.

Los cambios del tiempo y la secreción de las hormonas son la causa muchas veces de que el alma no pueda hacer lo que quiere, sino que tiene que padecer de todas maneras.

Si entonces la oprimen, es peor y dura más el mal.

Hay que tener discreción para discernir que proviene de aquí la sequedad y no ahogar a la pobre alma.

Sean que están enfermos; cámbiese la hora de la oración y hartas veces habrá que hacerlo algunos días. Pasen como puedan este destierro, que bastante desgracia tiene un alma que ama a Dios ver que vive en esta miseria y que no puede lo que quiere por tener tan mal huésped como es este cuerpo.

Dije que hay que obrar con discreción, porque alguna vez lo hará el demonio. Por eso será prudente ni dejar la oración siempre que hay gran distracción y turbación en el entendimiento, ni atormentar siempre al alma forzándola a hacer lo que no puede.

17. Se pueden hacer otras cosas exteriores, como obras de caridad y de lectura, aunque a veces ni siquiera estará para esto.

Sirva entonces al cuerpo por amor de Dios, para que otras muchas veces sirva él al alma, y tome otras distracciones santas de conversaciones que lo sean, o salga al campo, si el confesor lo aconseja.

Gran cosa es la experiencia para todo, pues nos da a entender lo que nos conviene y en todo se sirve a Dios. Suave es su yugo (Mt 11,30) y es gran negocio no traer al alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento.

18. Así que vuelvo a avisar, y no es inoportuno decirlo muchas veces, que



importa mucho que nadie se torture ni aflija por las sequedades, inquietud y distracción de los pensamientos.

Si quiere ganar libertad de espíritu y no ir siempre atribulado, comience a no asustarse de la cruz, y verá cómo también el Señor se la ayuda a llevar y gozará de alegría y sacará provecho de todo; porque ya se ve que si el pozo no mana no podemos poner el agua; verdad es que no hemos de estar descuidados para que, cuando mane el agua, podamos sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

## Capítulo 12

### **SIGUE EL PRIMER NIVEL DE ORACIÓN: SACAR AGUA DE UN POZO. LA MEDITACION.**

**Lo que, con el favor de Dios, podemos hacer con nuestras propias fuerzas. Es perjudicial querer subir el espíritu a oración sobrenatural antes de que el Señor lo obre en el alma.**

1. Lo que he pretendido en el capítulo anterior, aunque me he divertido en otras cosas que creo muy necesarias, es decir lo que podemos adquirir nosotros y cómo podemos ayudarnos algo para conseguir esta primera devoción; porque pensar y reflexionar lo que el Señor pasó por nosotros nos mueve a compasión, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que de aquí proceden.

Y pensando en la gloria que esperamos y en el amor que el Señor nos tuvo y en su resurrección se va llenando el alma de gozo, que ni es consuelo del todo espiritual ni del todo sensible, sino gozo virtuoso y dolor muy meritorio.

Así son todas las cosas que producen devoción adquirida en parte por la inteligencia, aunque no puede ser adquirida ni merecida si no la da Dios. Es muy necesario que el alma no intente subir a contemplación si Dios no la ha elevado, y téngase esto muy en cuenta, porque lo contrario no le aprovechará, sino que le perjudicará.

2. En este estado puede ejercitar muchos actos para determinarse a trabajar mucho por Dios y despertar el amor. Y para ayudar a que crezcan las virtudes, según dice el libro *Arte de servir a Dios* Obra de Alonso de Madrid, muy divulgado en aquella época. Editado por la BAC-Místicos franciscanos, Sección IV, Ascética y Mística, tomo I, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado en que actúa el entendimiento.

Puede la persona representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él, pedirle por sus necesidades y quejarse de sus trabajos, alegrarse con Él en sus alegrías y no olvidarle por ellas, sin buscar fórmulas de oraciones, sino diciéndole palabras brotadas del corazón conforme a sus deseos y necesidades.

Es ésta excelente manera de aprovechar muy rápidamente; y a quien trabaje por traer esta preciosa compañía y se aproveche mucho de ella y de veras se encienda

en amor de este Señor a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado.

3. Para esto no ha de importarnos no sentir devoción, como he dicho, sino agradecer al Señor que nos deje andar deseosos de agradarle, aunque sean débiles las obras.

**Este modo de traer a Cristo con nosotros** Comienza ya aquí a esbozar el tema más original de su doctrina sobre la oración en la presencia de Cristo que, aunque está muy difundida en el discurso de su obra, más ampliamente la trata en el c. 22 de *Vida*, c. 12 de este libro **es provechoso en todos los grados de oración y es un medio segurísimo de ir aprovechando en primer grado y llegar muy pronto al segundo, y para librarnos de los peligros que el demonio nos puede poner en los últimos grados.**

4. Pues esto es lo que nosotros podemos. Quien quiera pasar de aquí y levantar el espíritu para sentir gustos que no le dan, pierde lo uno y lo otro, a mi parecer, porque lo que pretende es oración sobrenatural; y si la inteligencia queda inactiva, se queda el alma desierta y con mucha sequedad. Y como todo este edificio va fundamentado en humildad, cuanto más nos vamos acercando a Dios, mayor ha de ser esta virtud, y si no, todo se viene abajo. Parece que hay una especie de soberbia en querer nosotros subir más alto, pues demasiado hace Dios permitiendo que nos acerquemos a Él, siendo lo que somos.

No digo esto por los que intentan elevarse pensando cosas altas del cielo o de Dios y de las grandezas que allá hay y de su gran sabiduría; porque, aunque yo minea lo hice (pues no tenía habilidad y me veía tan ruin, que no me atrevía ni siquiera a pensar cosas de la tierra, pues me hacía Dios merced de entender esta verdad, cuánto menos me atrevería a pensar en las del cielo), otras personas se aprovecharán, sobre todo si tienen estudios, que es un gran tesoro, a mi parecer, si son humildes. Esto lo he comprobado en algunos intelectuales que hace poco que comenzaron el camino de la oración Entre ellos el P. Diego García de Toledo, dominico, conseguido por la oración de la Santa: “Señor... mirad que es bueno este sujeto para ser amigo nuestro” (*Vida* 34,8), a quien debemos que ella escribiera la *Vida*. También el P. Pedro Ibáñez, de la misma Orden, confesor de la Santa, quien aseguró la conciencia de la Madre para comenzar la Reforma y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias de que muchos sean espirituales, como más adelante diré.

5. Pues lo que digo de que “no suban si Dios no los sube”, es lenguaje espiritual; quien tenga alguna experiencia me entenderá, que yo no lo sé decir de otra manera.

En la mística teología de que hablé Se refiere a la oración infusa deja de obrar el entendimiento, porque lo suspende Dios, como después explicaré más si sé y Él me ayuda. Presumir ni pensar suspenderlo nosotros es lo que digo que no se haga, ni se deje de discurrir porque si no nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos lo uno ni lo otro; que cuando el Señor suspende el entendimiento y lo para, le da materia para asombrarse y ocuparse de modo que, sin discurrir, entienda más en un “credo” que nosotros podemos entender con todo nuestro esfuerzo humano en muchos años. Hacer el vacío en las potencias del alma y pensar por ignorancia hacerlas estar quietas, es desatino Dejar la mente en blanco es difícilísimo, imposible. El intelecto es un molino siempre en marcha. Dios, por tanto, quiere que actúe mientras Él no lo ocupe.

Aristóteles en *El sueño y la vigilia* y en otros muchos pasajes habla del movimiento incesante de la mente (ARISTÓTELES, 445, b, 2-4).

Los maestros orientales dicen que “una espina saca otra espina”. Utilizar un pensamiento, una imagen a la que se mira con cariño, una jaculatoria, un mantra, el hacer “japan”. Todo, menos dejar en vacío las potencias. No se consigue y se pierde el tiempo, pues queriendo no pensar en nada, se piensa en todo.

Y vuelvo a decir que aunque se omita la meditación por ignorancia, es de muy poca humildad, y sin ser culpable, queda el alma con un disgustillo; como quien va a saltar y le cogen por detrás que, después de movilizar toda su fuerza, no ha

conseguido lo que quería; y en la poca ganancia que queda verá la falta de humildad. Porque esto tiene de excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe que deje el alma disgustada.

Creo que lo he dado a entender y, por ventura, será sólo para mí. Abra el Señor los ojos de los que lo lean con la experiencia, que, por poca que sea, lo entenderán enseguida.

6. Hartos años estuve yo leyendo mucho sobre esta materia sin entender nada; y durante mucho tiempo, aunque me daba Dios contemplación, no sabía decir ni una palabra para hacerme entender, que no es poco lo que esto me ha hecho sufrir.

Pero cuando Su Majestad quiere, en un momento lo enseña todo, de manera que yo me espanto.

Una cosa puedo decir en verdad; que, aunque hablaba con muchas personas espirituales que querían explicarme lo que el Señor me daba, para que yo lo supiera decir, era tanta mi torpeza, que no me aprovechaba nada; quería el Señor ser mi maestro, como siempre lo fue Su Majestad (sea por siempre bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad), para que no tuviese que agradecer nada a nadie; y sin querer y sin pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa —porque hubiera sido virtud serlo—, sino en otras vanidades) me lo daba Dios a entender con toda claridad incluso para saberlo decir, de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque conocía mejor mi torpeza.

Esta inteligencia hace poco que se me ha dado Con san Pedro de Alcántara no se supo explicar como ahora (Vida 30,4), y así lo que el Señor no me ha enseñado, no lo indago, de no ser que toque a mi conciencia.

7. Repito que es muy importante “no subir el espíritu si el Señor no lo sube”; qué cosa es este subir se entiende pronto. Sobre todo es más peligroso en las mujeres, porque podrá el demonio causar alguna ilusión; aunque tengo por cierto que no consiente el Señor que el demonio dañe a quien con humildad intenta acercarse a El, y más bien sacará más provecho y ganancia por donde el demonio le quería hacer perder.

Me he alargado tanto porque esta etapa del camino de los principiantes es la más común y porque los avisos que he dado son más importantes.

Yo confieso que en otros libros lo habrán escrito mejor y que con harta confusión y vergüenza he escrito yo esto, aunque no con tanta como había de tener.

Sea el Señor bendito por todo, que a una como yo quiere y consiente que hable de cosas suyas, tales y tan elevadas.

## Capítulo 13

### **SIGUE EL PRIMER NIVEL DE ORACIÓN: SACAR AGUA DE UN POZO**

#### **Avisos para vencer algunas tentaciones del demonio. Doctrina muy útil.**

1. Me ha parecido oportuno señalar algunas tentaciones que se tienen al principio, y algunas las he padecido yo, y dar algunos avisos necesarios.

Procuren al principio vivir con alegría y libertad de espíritu, pues hay algunas personas que creen que se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco.

Bueno es vivir con temor de sí mismo para no fiarse poco ni mucho de ponerse en la ocasión donde suele ofender a Dios, que esto es muy necesario hasta que estén muy enteros en la virtud, y no hay muchos que lo puedan estar tanto que, en ocasiones que facilitan el desorden de su natural inclinación, se puedan descuidar, pues siempre, mientras vivimos, aun por humildad, es bueno conocer nuestra miserable naturaleza.

Mas hay muchas cosas en que es bueno, como he dicho, tomar recreación, incluso para volver con más fuerza a la oración. En esto es menester discreción.

2. Hay que tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer en Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea enseguida, podemos llegar a lo que muchos santos llegaron, con su favor; que si ellos no se hubieran determinado a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no hubieran llegado a la santidad.

Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas "No os negará su misericordia si tenéis confianza en Él y ánimos animosos, que es muy amigo Su Majestad de esto" (*Fundaciones* 27,12), siempre que vayan con humildad y sin ninguna confianza en sí mismas; y no he visto a ningún ánima valiente que se quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, bajo capa de humildad, que no haya necesitado muchos años para andar lo que los otros en muy pocos.

3. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas "Si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo, sólo por Dios, aun en esta vida lo paga" (*Vida* 4,2); aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho, aunque, como avecita que tiene pelo, se cansa y queda quieta.

En otro tiempo pensaba yo muchas veces lo que dice san Pablo, que todo se puede en Dios (Flp 4,13). De mí sabía que no podía nada.

Esto me aprovechó mucho y lo que dice san Agustín: "Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quieras" *Confesiones* 10,29.

Pensaba muchas veces que 110 había perdido nada san Pedro en arrojarse al mar aunque después temió (Mt 14,29-30).

Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primer grado es menester ir más despacio y sometidos a la discreción y criterio del maestro; mas han de mirar que sea tal que no les enseñe a ser sapos, ni que se contente con que el alma se dedique sólo a cazar lagartijas.

4. ¡Siempre la humildad por delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras! Mas es menester que entendamos cómo ha de ser esta humildad, porque creo que el demonio hace mucho daño para que no progresen las personas que hacen oración, haciéndoles comprender mal la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los santos que desean ser mártires *Confirmación de lo expuesto en este número y en el anterior encontramos en santa Teresa del Niño Jesús. Al P. Blinio, jesuíta, confió sus deseos de ser santa, de amar a Dios como santa Teresa: "Qué orgullo —le respondió el jesuíta— y qué presunción. Limítese a corregir sus defectos, a realizar cada día pequeños progresos y modere sus deseos temerarios", leste incompetente director estuvo a punto de tronchar el tallo ardiente de Teresa, encauzándola a la caza de lagartijas, (Summarium II, 4.º, 605, citado por A. BARRIOS MONEO en *Santa Teresita, modelo y mártir de la vida religiosa*, Cocolsa, Madrid 1960, 233).*

Enseguida nos dice o nos hace entender que las cosas de los santos son para admirarlas, mas no para practicarlas los que somos pecadores.

Eso también lo digo yo; mas hemos de mirar cuál es para admirar y cuál para imitar. Porque no estaría bien si una persona débil y enferma hiciese muchos ayunos y penitencias ásperas, y se marchase a un desierto donde ni pudiera dormir ni tuviera qué comer, o cosas semejantes.

Mas hemos de pensar que sí que nos podemos esforzar con el favor de Dios a tener un gran desprecio del mundo, un no estimar honra, un no estar atado al dinero; que tenemos unos corazones tan estrechos, que parece que nos ha de faltar la tierra apenas nos queremos descuidar un poco del cuerpo y darnos al espíritu; enseguida nos parece que favorece el recogimiento tener en abundancia lo que necesitamos, porque las preocupaciones nos quitan la paz en la oración.

De esto me pesa a mí, de que tengamos tan poca confianza en Dios y tanto amor propio, que nos quite la paz ese cuidado.

Y así es que cuando el espíritu está tan enfermizo como en el caso, unas naderías nos dan gran trabajo como a otros les causarían problemas graves y de mucho tomo. ¡Y tenemos cara para presumir de espirituales!

5. Paréceme ahora a mí esta manera de vivir un querer dar gusto al cuerpo y al alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios. Y así sería ello si se vive en gracia y practicamos la virtud, mas es paso de gallina: nunca a ese paso se alcanzará la libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de vivir según su vocación. Hija de la teología de su tiempo, no se le puede pedir a Teresa mayor visión del estado del matrimonio. Hoy el Vaticano II nos ha dicho que “todos los fieles de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (VAT. II, *Lumen gentium*, 40) ; **mas para el estado religioso** “La profesión religiosa radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud” (VAT. II, *Perfectae caritatis*, 5). “De este modo ella se convierte en su contenido constitutivo en una nueva consagración: la consagración y la donación de la persona humana a Dios, amado sobre todas las cosas” (*Redemptionis donum*, 7). **de ninguna manera deseo tal manera de aprovechar ni me harán creer que es buena, porque la he probado y siempre estaría al mismo nivel, si el Señor, por su bondad, no me hubiera enseñado otro atajo.**

6. Aunque los deseos siempre los tuve grandes, mas procuraba esto que he dicho: hacer oración, mas vivir a mi placer “Regalo y oración no se compadece” (*Camino*, 4,2).

Creo que si hubiera habido quien me sacara a volar, hubiera procurado con mayor decisión que estos deseos fueran realidad; mas hay —por nuestros pecados— tan pocos maestros de espíritu “Gran daño hicieron a mi alma confesores medioletrados” (*Vida* 5,3). ¿Es una realidad lo que escribió el cardenal Jubany?: “Me pregunto, no sin cierta angustia: ¿Existen muchos y verdaderos maestros de oración?” (Prólogo a *La noche oscura leída hoy*, por JESÚS MARTÍ BALLESTER, B:A:C., Madrid, citado en *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, id, ) , que no tengan demasiada discreción para esto, que creo que aquí está en gran parte la causa de que los que comienzan no lleguen a gran perfección más pronto; porque el Señor nunca falta ni queda por Él, nosotros somos los miserables que faltamos.

7. También pueden ser imitados los santos en buscar soledad y silencio y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos que con tanta discreción se quieren conservar para desquiciar el alma, y el demonio ayuda mucho a enervarlos, cuando ve un poco de miedo de enfermar “Porque este cuerpo tiene una taita, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado; y como tiene aquí algún buen color, por puta que sea la necesidad, engaña a la pobre del alma para que no medre” (*Camino* 11,2); no quiere él más para hacernos creer que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta por llorar nos hace temer de quedar ciegos, lie pasado por esto y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa.

Como yo estoy tan enferma, hasta que me determiné a no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer para nada; y ahora hago bien poco, mas como quiso Dios que comprendiese este ardid del demonio, cuando me ponía delante el perder la salud, decía yo: “Poco va en que me muera”; si el descanso: “Ya no es menester descanso, sino cruz”; y así otras **COSAS** “Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada... Procurad no temerla y dejaros toda en Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos?” (*Camino* 11,4-5).

“Olvidemos esta debilidad natural, que nos puede entretener mucho; el cuidado de estos cuerpos ténganlo los prelados, allá su responsabilidad..., que, aunque el regalo que tenéis es poco o ninguno, el cuidado de la salud nos podría engañar, cuánto más que no se tendrá más salud por más cuidado, yo lo sé...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Terceras Moradas, 2,8, ).

Vi claro que en muchas cosas, aunque es verdad que yo estoy muy enferma, era tentación del demonio o tibieza mía; pues desde que ni me observo ni me regalo tanto, tengo más salud “En comenzando a vencer estos corpezuelos no nos cansan tanto” (*Camino* 11,4).

Así que importa mucho al principio de comenzar a hacer oración no amilinar los pensamientos, y créanme esto, porque lo sé por experiencia; y para que escarmienten en mí, aún podrá servir decir estas faltas mías.

8. Otra tentación es también muy frecuente, que es desear que todos sean muy espirituales, en cuanto que comienzan a gustar el sosiego y ganancia que produce. El desearlo no es malo; el procurarlo podría no ser bueno, si no hay mucha discreción y disimulo en hacerlo con tacto para que no parezca que quieren enseñar, porque quien haya de hacer algún provecho en este caso debe tener las virtudes muy fuertes, para que no causen tentación a los otros Abundan hoy en muchos ambientes principiantes que están convencidos, y hasta obcecados, en palabras de conocimiento que han recibido y las arrojan sobre los hermanos contra todas las normas del derecho natural, de la Iglesia y de la ley divina. Hacen muchísimo daño. Habría que discernir las intenciones de sus alegatos o denuncias. Los santos —perfectos— se reformaron a sí mismos y no intentaron reformar a garrotazos a los hermanos. Puros fariseos.

Lo que mueve a estos fariseos a hacer cambiar a los otros es la falta de tolerancia, y eso hace más mal que bien. Cuando se quiere cambiar al hermano se justifica el hecho por su propio bien y el de la Iglesia, lo cual es una manera larvada de rechazarlo. ¡Cuánto más se desmostrará, oh señores fariseos, aceptando y amando al hermano como es! El fariseo quiere que se aplique la ley con toda su fuerza... a los demás, no a él.

El deseo de cambiar a los hermanos nace de una raíz maligna: soberbia, intolerancia, ira, violencia. “Y la ira del hombre no produce la rectitud que Dios quiere” (Sant 1,20).

Me acaeció a mí, y por eso lo entiendo, cuando, como he dicho, procuraba que otras hiciesen oración. Como por una parte me veían hablar grandes cosas del bien que era hacer oración y, por otra parte, me veían con gran pobreza de virtudes, que yo hiciera oración traíalas tentadas y desatinadas; y ¡con harta razón!, que después me lo han dicho, porque no sabían cómo podía ser compatible lo uno con lo otro; y era causa de no tener como malo lo que de suyo lo era, porque veían que yo lo hacía algunas veces, pues me consideraban una persona recta.

9. Y esto hace el demonio, que parece se vale de las buenas virtudes que tenemos para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que, por poco que sea, en una comunidad debe ganar mucho; cuánto más que el mal que yo hacía era muy mucho.

Y así, en muchos años sólo tres se aprovecharon de lo que les decía María de San Pablo, Ana de los Ángeles, primera priora de Malagón, y D.<sup>a</sup> María de Cepeda, su hermana mayor, y después que ya el Señor me había fortalecido en la virtud, se aprovecharon en dos o tres años muchas, como después diré.

Y, aparte de esto, hay otro gran inconveniente, que es que el alma salga perdiendo; porque lo que más hemos de procurar al principio es sólo tener cuidado

de sí sola y hacer cuenta de que no hay en la tierra más que Dios y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

10. Hay otra tentación (y todas con un celo de virtud que es menester descubrirlo y andar con cuidado) de tener pena de los pecados y faltas que ven en los otros: persuade el demonio de que sólo es la pena de querer que no ofendan a Dios y que le pesa por su honra, y enseguida quieren corregirlo.

Inquieta esto tanto que impide la oración, y lo peor es que creen que es virtud y perfección y gran celo de Dios. Dos monjes budistas se encontraron con una bellísima mujer a la orilla del río. Quería cruzar el río, pero bajaba muy crecido. Uno de los monjes se la echó a la espalda y la pasó a la otra orilla. El otro monje estaba escandalizado y durante dos horas estuvo censurando su negligencia en la observancia de la Regla. El acusado escuchó pacientemente el interminable sermón. Al final estalló: “Hermano, yo he dejado a aquella mujer en el río. ¿Eres tú quien la lleva ahora?” (Tony de Mello).

Dejo aparte el dolor que producen los pecados públicos, si los hay en la Congregación, o el daño de las herejías por donde se pierden tantas almas. Este dolor es muy bueno y, como es bueno, no inquieta.

Pues lo seguro para el alma de oración es despreocuparse de todo y de todos y tener cuenta de sí misma y de agradar a Dios. Esto conviene muy mucho, porque, ¡si tuviese que decir los errores que han sucedido por fiarse de la buena intención!... Errores y desgracias con consecuencias que se llorarán toda la vida. Una cerilla abrasa un bosque, una imprudencia divide una familia, una idea equivocada de un necio hunde en la ruina una empresa, fiándose de la buena intención... aparente. A la mayor difusión de las obras de la Santa, corresponde también un catálogo más amplio de riesgos por la mayor resonancia social, que no queda encerrada en sus pequeñas comunidades; los mismos principios en auditorios más amplios producen desastres mayores.

Pues procuremos mirar siempre las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros y tapar sus defectos con nuestros grandes pecados.

Con esta manera de obrar, aunque de momento no se haga con perfección, se consigue ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que nosotros.

Con este proceder comiézase a ganar esta virtud con el favor de Dios, que es menester para todo, y si falta, son inútiles los esfuerzos, y se empieza a pedir que nos la dé, y si nos esforzamos a nadie niega él su favor.

11. Consideren también el aviso siguiente los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchos argumentos de un mismo tema y muchas ideas.

A los que no pueden discurrir, como yo, no hay que avisar, sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les llene el entendimiento y dé luz, pues ellos pueden tan poco que más bien les estorba el entendimiento que les ayuda.

A los que pueden discurrir, no se les vaya el tiempo en esto; porque, aunque es muy meritorio, les parece que, como es oración sabrosa, no ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar; les parece que pierden el tiempo si no razonan, y tengo yo por muy ganada esta pérdida. Porque entonces ejercitará el amor que es la energía suprema del hombre, y cuando es amor-caridad alcanza al mismo Dios. Bien es verdad que la inteligencia busca la verdad, pero, una vez conseguida, necesita poseerla y gozarla por el amor que emana de la voluntad.

Esta doctrina la había leído Teresa en Osuna, en su *Tercer Abecedario*, en el art. 3 del c. XXI. Éste es el párrafo más sustancioso:

“Nuestro entendimiento nos trae a Dios para que lo conozcamos, pero como el amor nos saca de nosotros para ponernos y colocarnos en lo que amamos, va el amor y entra en lo más secreto, quedándose el conocimiento fuera de las criaturas”. (OSUNA, *Tercer Abecedario*, XXI, Palabra S.A., Madrid 1980, 273s).

**En vez de discurrir tanto, representense** Representarse a Cristo no es hacer una composición de lugar ignaciana (en esto difiere del autor de los *Ejercicios*, que atiende a la configuración de la persona que se representa), ni esforzarse por reproducir fisonomía y rostro, sino penetrar dentro de Él, como quien está ciego o a oscuras, que no ve a la persona, pero sabe que está presente. Hay que hacer un esfuerzo para meterlo dentro del alma o, al menos, situarlo junto al meditador.

Plenamente dentro del espíritu teresiano encuentro a Tony de Mello en el Ejercicio 21: "La silla vacía", en *Sadhana, un camino de oración*, Sal Terrae, Santander 1980, 80-82 **delante de Cristo y sin cansancio del entendimiento se estén hablando y regalando con Él, sin cansarse en componer razones, sino presentándole necesidades y la razón que nene para no soportarnos allí: una cosa durante un tiempo y la otra en otro, para que no se canse el alma de comer siempre el mismo manjar. Éstos son muy gustosos y provechosos, si el paladar se acostumbra a comerlos; traen consigo gran alimento para dar vida al alma y muchas ganancias** "Cuando deja de obrar el entendimiento... engorda la voluntad y toma fuerza" (*Vida* 11,15).

12. Quiero decirlo más claro, porque estas cosas de oración todas son difíciles, y si no se encuentra maestro, muy malas de entender.

Esto me fuerza a que, aunque quisiera abreviar y sería suficiente sólo insinuarlas para el buen entendimiento de quien me mandó escribir esto P. García de Toledo, mi torpeza no sabe decir y explicar en pocas palabras un tema tan importante que necesita ser bien desmenuzado. Como yo he pasado tanto, tengo lástima de los que comienzan sólo con libros, pues es muy distinto de como se comprende después de haberlo experimentado.

13. Pues volviendo a lo que decía, nos ponemos a meditar en un misterio de la Pasión, por ejemplo, el del Señor atado en la columna: el entendimiento va buscando las causas, los grandes dolores y pena que Su Majestad tendría en aquella soledad y otras muchas cosas que, si el entendimiento es discursivo, podría sacar de aquí. ¡No digamos si es hombre de estudios!

**Este es el modo de oración** Éste es el nivel primero, la meditación, sacar agua del pozo, común a los cuatro niveles, cuando el Señor aún no da la lluvia, ni se llenan los arcaduces, ni manan las fuentes vivas. La meditación que se centra en los misterios de la vida, pasión y muerte de Cristo produce "afecto flamígero", que se enciende en el alma para seguir a Cristo. Ésta es la meditación afectiva. La que versa sobre las verdades eternas y los divinos beneficios es meditación discursiva que engendra en el alma el temor de Dios, el menosprecio de sí y el "contemptus mundi". Una y otra meditación constituyen el nervio de la "Devotio moderna" (*Historia de la espiritualidad*, II, Flors, Barcelona 1969, 23).

Coincide con el reflectir de san Ignacio en los *Ejercicios*, que consiste en reflexionar una y otra vez y la aplicación de sentidos con que deben comenzar, continuar y terminar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales.

Digo "todos", porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en las de la Sagrada Pasión; que así como hay muchas moradas en el cielo, (Jn 14,2), hay aquí muchos caminos: algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y en cambio se afligen si piensan en el infierno, o en la muerte.

Algunas, si son sensibles, sufren mucho pensando siempre en la Pasión y se regalan y aprovechan considerando el poder y la grandeza de Dios en las criaturas y el amor que nos tiene y que en todo se manifiesta. Y ésta es una admirable manera de proceder, sin dejar mucho tiempo la pasión y la vida de Cristo, fuente de donde nos ha venido y viene todo el bien.

14. Ha menester aviso el que comienza para saber lo que más le aprovecha. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no lo es, puede errar mucho, y guiar al alma sin entenderla, ni dejar que ella misma se entienda; porque, como sabe que licué mucho mérito estar sometida al maestro, no osa salir de lo que le manda.

15. Yo he visto almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia su maestro, que me daban lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque al no entender los maestros el espíritu afligen alma y cuerpo e impiden el aprovechamiento.



Me dijo una persona que el maestro la tenía atada ocho años sin salir del propio conocimiento, y el Señor la tenía ya en oración de quietud y sufría mucho. Es grande este sufrimiento, como lo sería el de quien llegó a la meta y le mandan recorrer el camino otra vez. No puede pensar y tiene que hacerlo por obediencia, “le están echando la leche en la boca y le obligan a mamar” (*Conceptos del amor de Dios* 4,4).

Y aunque esto del propio conocimiento jamás se ha de dejar, ni hay nadie, en este camino, tan gigante que no tenga necesidad muchas veces de volver a ser niño y a mamar (y esto jamás se olvide, quizá lo diré más veces, porque es importantísimo) “Aunque sea en la primera ‘morada’, del conocimiento propio, que aunque es necesarísimo, entendedme bien, incluso para las que están en las moradas del rey, que jamás, por elevada que el alma esté, le conviene otra cosa, ni podrá olvidarla, aunque quiera; pues la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin conocimiento propio todo va perdido”. “Es cosa tan importante el conocernos, que no quisiera que en esto hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos... Y por eso repito que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en la morada del propio conocimiento...” (J. MARTI BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Terceras Moradas, 2,9). Véanse nuestras notas-comentarios 17-18 a este punto del propio conocimiento (ib, 2,8).

Porque no hay grado de oración tan alto que no necesite volver al principio y esta materia de los pecados y el conocimiento propio es el pan con que se han de comer todos los manjares, por muy delicados que sean, en este camino de oración. Y sin este pan no se podrán sustentar, pero hay que comerlo con tasa, porque cuando un alma se ve ya rendida y entiende con claridad que no tiene cosa buena de sí y se ve avergonzada delante de tan gran Rey y ve lo poco que le paga lo mucho que le debe, ¿qué necesidad tiene de gastar el tiempo en esto? ¿No será mejor que pensemos en otras cosas que el Señor pone delante y no es lógico que las dejemos, ya que Su Majestad sabe mejor que nosotros qué es lo que nos conviene? “mas, tened presente que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Así el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios” (ib, 2,8, ).

16. Así que importa mucho que el maestro sea sensato, quiero decir que tenga talento, y que tenga experiencia; si además tiene estudios, es grandísimo negocio.

Mas si no reúne las tres cualidades a la vez, las dos primeras son más importantes. Talento, experiencia y estudios, son las cualidades requeridas por la Santa para el director espiritual, o maestro de oración, pero privilegiando talento y experiencia, porque los hombres de estudios los puede buscar cuando sea necesario para comunicarse con ellos.

Digo que al principio, si los directores no son hombres de oración, de poco sirven los estudios. Aunque tanto al comenzar vida de oración como cuando se ha avanzado en el camino es importante que el director sea un hombre bien preparado, será más necesario en el progreso que al comienzo. Para comenzar es mejor que tenga experiencia de orante que teología, escritura y pastoral de intelectual; no digo que no traten con letrados, porque espíritu no fundamentado en doctrina sólida, yo lo preferiría sin oración; y los estudios son una gran cosa, porque estos hombres nos enseñan a los que sabemos poco y nos dan luz y nos enseñan a entender las verdades de la Sagrada Escritura, como debemos: de devociones a bobas nos libre Dios.

17. Lo quiero decir con mayor claridad, pues me estoy metiendo en muchas cosas. Siempre tuve el defecto de no saberme explicar con pocas palabras.

Comienza una monja a hacer oración; si la gobierna un simple y se le ocurre, le hará creer que es mejor que le obedezca a él que a su superior, y ello sin malicia, creyendo que acierta, porque si no es religioso lo creará así. Y si es una mujer casada le dirá que es mejor que haga oración cuando debe atender a su hogar, aunque disguste a su marido. Por ser corto no sabe ordenar ni el tiempo ni las cosas, para que se hagan según la verdad. Por faltarle a él la luz no la da a los otros, aunque quiera.

18. Y aunque para esto parece que las letras no son necesarias, mi opinión ha

sido siempre y será que cualquier cristiano procure tratar, si puede, con quien las tenga buenas, y mientras más, mejor; y los que van por camino de oración tienen mayor necesidad de esto y cuanto más espirituales, más.

Y no se equivoque diciendo que letrados sin oración no son para quien la hace. Yo he tratado muchos, pues desde hace unos años los he buscado más por tener mayor necesidad, y siempre fui amiga de ellos, y aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni lo ignoran; porque en la Sagrada Escritura que estudian, siempre hallan la verdad del buen espíritu.

Tengo para mí que persona de oración que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo que los demonios temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben que serán descubiertos y que saldrán con pérdida.

19. He dicho esto porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Fue doctrina de san Pedro de Alcántara que a ella no le convenció.

Ya he dicho que hace falta maestro espiritual, mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y ayudará mucho tratar con ellos; si son virtuosos, aunque no tengan espíritu, me aprovecharán y Dios les dará a entender lo que han de enseñar y aun le hará espiritual para que nos ayude. Y esto no lo digo sin haberlo experimentado y haberme ocurrido en más de dos casos. Uno fue el P. Baltasar Álvarez, que con la dirección de la Santa se perfeccionó él. Este padre, indeciso por otra parte e influenciado, defectos que fueron causa de sufrimiento para la Santa, como insinúa ella en el párrafo siguiente, gozó de la visión intelectual de Cristo cuando él negaba que fuera auténtica la de la Santa. La intención de Dios era seguramente salir garante de su realidad. Cuando se lo confió él a la Santa, ella le dijo: "No lo crea, padre. ¿Cristo se le había de aparecer a usted?... Pues como a usted le parece eso, les parece a los otros que se lo van a decir" (EFREN, *Tiempo y vida*, 2.ª ed., BAC, p. 169). No sólo Álvarez; también se aprovecharon del trato con la Santa el P. Báñez, el P. Ibáñez y otros letrados...

Digo que para que un alma se rinda del todo a la dirección de un solo maestro yerra mucho si no procura que sea letrado, si es religioso, pues él ha de estar sometido a su prelado, a quien quizá le falten todas tres cosas: Talento, experiencia y estudios, lo cual no será pequeña cruz, si el maestro no está decidido a no

someter el entendimiento a quien no le tenga bueno. Si el confesor es religioso y cree que debe someter a su superior sus decisiones porque no tiene clara su misión y la independencia que en esto debe guiarle, hará daño, como el que la Santa padeció, por someterse al superior, a quien puede que le faltaran las cualidades que ella requiere en el maestro.

Yo esto no lo trago, ni me parece que conviene. Pues si es seglar, alabe a Dios porque puede escoger a quien ha de obedecer, y no pierda esta tan virtuosa libertad; mejor que esté sin director hasta que encuentre uno capaz, que el Señor se lo dará. Con las susodichas cualidades si su decisión está fundada en humildad y con deseo de acertar.

Yo alabo mucho a Dios, y las mujeres y los que no tienen estudios le habíamos siempre de dar infinitas gracias, porque haya quien, con tantos trabajos, haya alcanzado la verdad que los ignorantes ignoramos.

20. Muchas veces me admiro de ver letrados, en especial religiosos, que han ganado con tanto trabajo lo que sin ninguno, más que preguntar, me aproveche a mí. ¡Y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! ¡No lo quiera Dios!

Los veo sometidos a los trabajos de la Orden, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos a la obediencia, y a veces me confundo muchísimo, es cierto.

Aparte de esto, dormir mal, todo trabajo, todo cruz. Me parece que sería un gran mal que tanto bien lo pierda alguien por su culpa.

Y podría ocurrir que algunos que estamos libres de estos trabajos y que nos lo dan guisado, como dicen, y viviendo a nuestro placer, pensemos que por hacer un

poco más de oración hemos de aventajar a los letrados, sujetos a tantos trabajos.

21. ¡Bendito seáis, vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicisteis! Mas os alabo mucho, porque despertáis a tantos para que nos despierten.

Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz. Aquí aparece claro el carisma de la carmelita.

“Procuremos ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y virtudes” (*Camino* 3,2).

¿Qué seríamos sin ellos entre tan glandes tempestades que ahora sufre la Iglesia?

Si ha habido algunos ruines, más resplandecerán los buenos. Quiera el Señor tenerlos de su mano y ayudarles para que nos ayuden, amén.

22. Mucho me he salido del tema que comencé a explicar; mas todo es oportuno para los que comienzan, para que comiencen camino tan alto de manera que sigan el verdadero camino.

Pues volviendo a lo que decía de pensar en Cristo en la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y el amor con que las pasó.

Mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con Él, callado el entendimiento. Si pudiere, ocúpele en que mire que le mira “No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más que le miréis... Os ha sufrido mil cosas feas... y no os ha dejado de mirar... No está esperando otra cosa... sino que le miremos... ¡Tiene en tanto que le volvamos a mirar!...” (*Camino* 26,3).

“Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del huerto... o atado a la columna... O miradle cargado con la cruz. Os mirará Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas...” (ib, 5).

Bossuet enseña la oración de *simplicidad*, que “consiste en una *simple mirada* o atención amorosa a Dios o a Jesucristo. El alma abandona el discurso y se vale de una dulce contemplación, que la mantiene en sosiego y atención y la hace susceptible de la acción del Espíritu Santo. Trabaja poco y recibe mucho. La práctica de esta oración debe comenzar desde la mañana, haciendo un acto de fe en la presencia de Dios y de Jesucristo, cuya mirada no se aparta nunca de nosotros, aunque nos escondiéramos en el centro de la tierra” (Véase *Manera corta y fácil de orar en fe y simple presencia de Dios*, en *Obras completas de Bossuet*, vol. 7, 244-248). Aquí he hecho una síntesis de la traducción de Royo Marín en *La vida religiosa*, Ed. Católica, Madrid 1968, 419-420), y **acompañele y háblele** “... Alegraos de hablar con Él...” (*Camino* 26,6).

Hablarle en silencio, sin esfuerzo por elaborar conceptos, abriéndole el corazón. Que haya comunicación para que se desarrolle la amistad, “porque deudo y amistad se pierden con la falta de comunicación” (*Camino* 26,9) y pídale y humíllese y regálese con Él y recuerde que no merece estar allí.

Cuando pueda hacer esto, aunque sea el principio de la oración, hallará grande provecho, y causa muchos provechos este modo de oración; al menos lo halló mi alma.

No sé si acierto a decirlo; V. lo verá. Quiera el Señor que acierte a contentarle siempre, amén.

## Capítulo 14

### SEGUNDO NIVEL DE ORACIÓN: REGAR CON NORIA. LA ORACION DE QUIETUD.

**El Señor hace sentir al alma gustos especiales, que son sobrenaturales.**

1. Pues que ya he dicho con qué trabajo se riega este vergel y cuán a fuerza de brazos sacando el agua del pozo, digamos ahora el segundo modo de sacar el agua con un torno y arcaduces para que el hortelano saque con menos trabajo más agua y, sin necesidad de trabajar continuamente, pueda descansar. De este grado que llaman oración de quietud quiero ahora tratar.

2. Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural Es oración mística o infusa. Dinamismo del Don de Sabiduría. Es oración mística o infusa. Dinamismo del Don de Sabiduría. que, por muchos esfuerzos que haga el alma, no puede conseguir.

Es verdad que durante algún tiempo se ha cansado dándole al torno y trabajando con el entendimiento y que se han llenado los arcaduces; mas aquí el agua está mas alta y por eso se trabaja mucho menos que sacándola del pozo. Digo que el agua está más cerca porque la gracia se da más claramente a conocer al alma.

La oración de quietud es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto; mas no quedan suspendidas Quedan suspendidas en el cuarto grado de oración, o cuarta agua. Es el éxtasis, donde las potencias quedan suspendidas o “se pierden” ni **absortas** Propio del cuarto grado de oración, o tercera agua: quedan dormidas; es el “sueño de potencias”; **sola la voluntad está ocupada, de tal manera que, sin saber cómo, queda cautivada** La voluntad suavemente es introducida en ocio santo y suavidad sabrosa ,consintiendo que la encarcele Dios, como quien sabe bien ser cautiva de quien ama.

¡Oh Jesús y Señor mío! ¡Cuánto nos ayuda aquí vuestro amor!, porque éste tiene tan cogido al nuestro que no le deja libertad para amar en aquel momento a nadie y a nada más que a Vos.

3. Las otras dos potencias, memoria La memoria en santa Teresa como en san Juan de la Cruz equivale a imaginación, pues es la potencia que más participa de la parte somática del hombre, y por eso es menos cautivable, por la mayor fluctuación de su actividad y entendimiento, ayudan a la voluntad para que se vaya haciendo capaz de gozar tanto bien, aunque algunas veces, aun estando unida la voluntad con Dios, las potencias pueden estorbarla un poco; mas entonces no hay que hacer caso de ellas, sino quedarse en su gozo y quietud; porque si las quiere recoger, el alma y las potencias perderán, pues son entonces como palomas que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajo de ellas, y van a buscar de comer por otros sitios, y lo hallan tan malo que se vuelven; y así la memoria y el entendimiento van y vienen a ver si la voluntad les participa algo de lo que ella goza en su Dios.

Si el Señor quiere echarles cebo, se detienen, y si no vuelven a buscar; y deben pensar que hacen a la voluntad provecho, y a veces si quiere la memoria o la imaginación representarles lo que gozan, las dañarán. Sepa, pues, que debe actuar con ellas como diré.

4. Pues todo lo que pasa aquí es con grandísimo consuelo y con tan poco trabajo que no cansa la oración, aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso a paso y saca muy mucha más agua que la que sacaba del pozo; las lágrimas que Dios aquí da ya van con gozo; aunque se sienten, no se provocan.

Esta agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí hace crecer las virtudes muchísimo más sin comparación que en la oración anterior, porque ya va esta alma elevándose sobre su miseria y se le concede un pequeño conocimiento de los gustos de la gloria.

Esto creo que hace crecer más las virtudes y llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde vienen todas las virtudes, que es Dios; porque comienza Su

Majestad a comunicarse a esta alma y quiere que sienta ella cómo se le comunica.

5. Al llegar a esta altura se empieza a perder la codicia de lo de la tierra y ¡pocas gracias!: porque se ve claro que un instante de aquel gusto no se puede tener aquí, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que puedan dar una chispa de alegría, porque ésta es verdadera alegría que se ve que nos alegra.

Porque las alegrías de aquí, rarísima vez sabemos dónde se encuentran, porque nunca les falta dolor. Aquí todo es alegría en aquel momento; la pena viene después, de ver que se acabó y que no lo puede volver a gozar, ni sabe cómo; porque, aunque se haga pedazos a penitencias y oración y todos los trabajos, de nada sirven, si el Señor no lo quiere dar.

Quiere Dios por su grandeza que sepa esta alma que Su Majestad está tan cerca de ella que ya no necesita enviarle mensajeros “No quieras enviarme de hoy más ya mensajero... (SAN JUAN DE LA Cruz, Cántico espiritual), sino que puede hablar ella misma con Él, y no a voces, porque está ya tan cerca, que, apenas mueve los labios, la entiende.

6. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que Dios nos oye siempre y está con nosotros. De esto no hay duda, que es así, mas quiere nuestro Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma, por la gran satisfacción interior y exterior que le da y por la diferencia que hay de este deleite y contento a los de la tierra, tal que parece que llena el vacío que nuestros pecados habían hecho en el alma.

Es en lo muy íntimo Sí, así lo dejo, porque tal satisfacción es “sustancial”, llega al ser del alma, es en lo íntimo, y no “está”, que no parece llegar a la sustancia y raíz. del alma esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, que muchas veces ni sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Parece que todo lo halla junto y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo a entender, porque para tantas cosas serían menester letras. Porque aquí convendría una explicación sobre las dos clases de gracia, general y particular, que muchos ignoran, y cómo quiere el Señor que el alma vea, casi con los ojos, el auxilio o gracia particular que le regala En la Edad Media se pone de relieve el orden personal principalmente al distinguir entre una acción general sobre la esencia del hombre en conjunto y una acción especial, que se confiere con vistas a las tareas y actividades específicas de los diversos hombres (AUER-RAIZINGER, *El evangelio de la gracia*, Herder, 1982, 239). ¿De dónde le viene a Teresa el conocimiento de las dos especies de gracia y la denominación de auxilio, o ayuda? Sin duda del magisterio de Báñez, tomista opositor de Luis de Molina S.J. sobre la doctrina de la gracia y contrincante suyo en las controversias “de auxiliis”. La contemplación sería un regalo de gracia actual particular al hombre, en atención a una mayor unión con Dios y a una misión concreta y aportación exterior o interior de savia o de actividad eclesial. También serían menester letras para aclarar tal vez muchos errores que habré escrito o que escribiré. Pero como lo han de leer personas que sepan si hay error, voy descuidada; porque sé que lo puedo estar, yendo a manos de quien va, que entenderán y quitarán los errores.

7. Pues querría dar a entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la misma alma no los entiende ni sabe qué hacer de su parte.

Porque si lleva Dios por camino de temor, como a mí, es muy duro, si no hay quien la entienda; y le consuela mucho verse reflejada en la doctrina, y entonces ve claro que ella va por allí. Y es un gran bien saber lo que ha de hacer para aprovechar en cualquiera de estos estados.

También quiero ser clara porque yo he pasado mucho y he perdido mucho tiempo por no saber qué hacer y me dan mucha lástima las almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales que dicen

algo de esto, dan pocas explicaciones, y de no ser un alma muy experimentada, aunque se abra mucho al director, le costará mucho comprender lo que le ocurre.

8. Mucho quisiera que el Señor me favoreciese para exponer los efectos que producen en el alma estas cosas, que comienzan a ser sobrenaturales, para que por los efectos se entienda cuándo es espíritu de Dios.

Digo “se entienda” lo que aquí podemos entender, aunque es bueno que siempre vayamos con temor y recato; que, aunque sea de Dios, alguna vez puede transfigurarse el demonio en ángel de luz, y, si no es alma experimentada, no lo entenderá, y tan experimentada ha de ser, que para entender esto hay que haber llegado a la cumbre de la oración.

9. Me ayuda poco el poco tiempo que tengo, y así es menester que lo haga Su Majestad; porque he de ir con la Comunidad y con muchas ocupaciones (pues estoy en casa San José de Ávila que está comenzando ahora, como después se verá) En *vida* 32-33, y por eso escribo deprisa y a pequeñas dosis, y por eso quisiera que lo hiciera el Señor, porque cuando Él da espíritu, se escribe con facilidad y mejor, como quien tiene un dechado delante del que copia aquella labor.

Mas si falta el espíritu La gracia de saber decir el misterio: Mistagogía o elocución mística es tan imposible hablar de estas cosas de espíritu como hablar algarabía Es el árabe hablado por los españoles en su tiempo, que equivaldría a decir hablar en chino. aunque hayan vivido muchos años de oración.

Y por eso me parece que es una grandísima ventaja escribir mientras lo vivo; porque veo claramente que no soy yo la que lo dice, pues ni lo ordeno con lógica ni sé después cómo lo acerté a decir He oído a Rodolfo Halfter que su música la componía en el misterio, sin usar la lógica, por intuición, y los más difíciles pasajes así se resolvían. Terminado de componer no creía haberlo compuesto él. “Creo en el misterio”, decía. Misterio natural, inspiración sin explicación lógica. En Teresa la inspiración es sobrenatural..

Esto me acaece muchas veces.

10. Ahora volvamos a nuestra huerta, y veamos cómo comienzan estos árboles a hincharse para florecer y dar después fruto Esta huerta, que lo es tanto, como vergel, es el huerto del monasterio, donde, junto a los árboles frutales, manzanos, nísperos, higueras y limoneros, hay también arriates de claveles y geranios, con rosales, madre selvas y jazmines. Pero la floración principal aquí es de los árboles que tras la flor dan fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor.

Me gusta mucho esta comparación, porque muchas veces al principio de mi vida de oración gozaba imaginando que mi alma era un huerto y que el Señor se paseaba por él “Oyeron los pasos de Yavé, Dios, que se paseaba por el jardín, entre los árboles del jardín” (Gén 3,8). “Mi amado apacienta su rebaño entre los lirios” (Cant 2, 16). “Entre mi amado en su vergel y coma sus frutos exquisitos” (Cant 4,16). “Mi amado ha bajado a su jardín” (ib, 6,2).

Le suplicaba que aumentase el olor “Mi nardo exhala su perfume” (Cant 1,12). “Como el cinamomo y el aromático aspálato he dado mi aroma, y como mirra escogida expandí suave olor” (Si 24,15). “Echa la higuera las yemas de sus higos, las viñas en flor exhalan su perfume” (Cant 2,13) de las florecitas de virtudes que parecía que comenzaban a querer salir y que fuese para su gloria ‘ Floreced como lirio, exhalad suave olor y entonad un cántico de alabanza, bendecid al Señor por todas sus obras” (Si 39,14).y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y que cortase las que quisiese, que ya sabía que habían de salir otras mejores.

Digo “cortar” porque llegan tiempos para el alma en que no hay ni memoria de este huerto: todo parece que está seco y que no habrá agua para regarlo, ni parece que hubo jamás en el alma ninguna virtud Es el tiempo de la sequedad y aridez de la noche tan necesaria para que se realice la obra divina, superada la humana.

Se pasa mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que ha perdido todo el tiempo que gastó en cuidar y regar el huerto.

Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz En la noche pasiva de los sentidos el

Señor cura con tentaciones, sequedades y caídas (cf San JUAN DE LA Cruz, *Noche oscura*, 6,8).

Quitar de raíz define la eficacia de la gracia sanante, por la que, vicio arrancado de raíz, ya no puede retoñar. Ya no es, pues, el desgaje de una u otra rama, sino sacar de cuajo el origen del mal. **las hierbecillas malas que han quedado. Reconociendo que no hay diligencia que baste si Dios nos quita el agua de la gracia, y teniendo en poco nuestra nada, y aún menos que nada, se gana entonces mucha humildad** Porque el alma experimenta aquí que sin Dios no puede nada; experimentar, que no es lo mismo que conocer en teoría. Esta experiencia es positiva por cuanto que humilla; **de nuevo vuelven a crecer las flores** Cuando todo parecía perdido se encuentra el alma con una vida renovada en Cristo por el Espíritu.

11 ¡Oh Señor mío y Bien mío! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma!

¡Que queráis Vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento (que con toda verdad se puede creer, pues es verdad, y con gran verdad podemos hacer esta comparación), y si no es por nuestra culpa nos podemos gozar con Vos, y que Vos os gozáis con nosotros, pues decís que vuestro deleite es estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31). ¡Oh Señor mío! ¿Qué es esto? Siempre que oigo estas palabras me da mucho consuelo, aun cuando estaba muy perdida.

¿Es posible, Señor, que haya algún alma que haya llegado a que Vos le hagáis mercedes semejantes y regalos y haya entendido que Vos os gozáis con ella, que os haya vuelto a ofender después de tantos favores y tan grandes muestras del amor que le tenéis, de lo que no puede dudar, pues las obras se han visto claras?

Sí que la hay, por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo. Y quiera vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud: porque incluso de esa ingratitud algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y cuanto mayor es el mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar! (Sal 88,2).

Yo os suplico, Dios mío, que así sea y que las cante yo sin fin, ya que habéis querido hacerlas tan grandísimas conmigo, que admiran a los que las ven, y a mí me saca de mí muchas veces para poder alabaros mejor a Vos; que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada sino que volverían otra vez a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra volviese a servir de muladar como antes “Ver que en un muladar tan sucio y de mal olor hiciese huerto de tan suaves flores... No las vuelva yo a arrancar y vuelva a ser la que era” (*Vida* 10,9).

No lo permitáis, Señor, ni queráis que se pierda alma que con tantos trabajos comprasteis y tantas veces de nuevo la habéis vuelto a rescatar y arrancar de los dientes del espantoso dragón.

12. V. me perdone, que salgo de propósito Sale del tema propuesto por García de Toledo, quien le ha mandado escribir su vida y su modo de orar ; y como hablo a mi propósito Su propósito en las líneas que está escribiendo es, llena de fuego, alabar, arrepentida, a Dios, que ha sufrido que dejara la oración y su ingratitud, convertida de nuevo en “muladar sucio y de mal olor **NO** se admire, pues lo que estoy escribiendo enciende el alma, y a veces tiene que frenarse para no seguir en alabanzas de Dios, pues escribiendo revive lo mucho que le debe.

Y creo que no le disgustará a V., porque los dos creo que podemos cantar lo mismo, aunque de distinta manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más (Le 7,47), como V. sabe.

## Capítulo 15

## SEGUIMOS EN EL SEGUNDO NIVEL DE ORACIÓN: LAS SEÑALES DEL BUEN ESPIRITU.

Qué se debe hacer cuando Dios concede oración de quietud. Lo que se va a decir es muy necesario y provechoso

1. Esta quietud y recogimiento del alma se nota mucho por la satisfacción y paz que deja, con grandísimo contento y sosiego de las potencias y muy suave deleite. Le parece al alma, como no ha llegado a más, que ya no le queda más que desear y que de buena gana diría con San Pedro que fuese ésta su morada (Mt 17,4).

No osa bullirse ni moverse, pues le parece que se le va a escapar aquel bien de las manos. Algunas veces no quisiera ni respirar.

No entiende la pobrecita que si ella no puede adquirir aquel bien, menos podrá detenerlo más de lo que el Señor quiera.

Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud no se pierden ni se duermen las potencias del alma, mas está muy satisfecha con Dios mientras aquello dura. Y aunque el entendimiento y la memoria <sup>Tengamos en cuenta que la memoria equivale a la imaginación</sup> se distraigan, como la voluntad está unida con Dios, permanece la quietud y el sosiego e incluso la voluntad va poco a poco recogiendo el entendimiento y la memoria. Porque, aunque la voluntad no está plenamente engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que por mucho revuelo que la memoria y el entendimiento hagan, no le pueden quitar su contento y gozo, y ella casi sin esfuerzo se va ayudando para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Quiera Su Majestad darme gracia para que yo diga esto bien claro, porque hay muchas almas que llegan a oración de quietud <sup>Ordinariamente Dios otorga la oración de recogimiento o de quietud</sup>

“per modum actus”, a intervalos más o menos espaciados. Si el alma es fiel a la oración y al vencimiento propio, estos actos de contemplación van siendo más frecuentes y de mayor duración. Si sigue la fidelidad, se hacen habituales. Hasta el punto de que al alma no la dejan y necesita retirarse, estar sola, busca encontrar un sagrario, o una habitación donde pueda soportar a solas la dulce compañía. La tiran de dentro hacia dentro. El tormento se lo produce tener que vivir en sociedad y asistir a fiestas o recreaciones. Lo que dice santa Teresa es que son muchos los que llegan a este nivel, pero ¿por qué no crecen? Dios no falla. Falla el hombre. Pero ¿dónde está la causa del fallo? Hay muchas. Una es que no se encuentra con quien poder comunicar esta experiencia. En nuestro tiempo, en que tanto se ha horizontalizado el cristianismo y temporalizado el evangelio, bueno, el pseudo-evangelio, sin hablar del sensualismo imperante, y de la invasión de sensaciones y del culto de la imagen, y de conversaciones vacías, o, si no vacías, temporales: política, descripciones infantiles de vivencias, que denotan el hueco de interioridad, difícilmente surgirá un alma tocada por esa luz divina; pero si, a pesar de todo, el Espíritu Santo la enriquece, ¿a quién acudirá que la comprenda, para que ella no se encierre por el rubor que causa manifestar estas cosas interiores? y son pocas las que pasan de aquí, y no sé quién tiene la culpa.

A buen seguro que no falta Dios, ya que Su Majestad hace la merced de que llegue el alma aquí, no creo que cesará de hacer muchas más, de no ser por nuestra culpa.

Y es muy importante que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo no hay razón para que sea aún de la tierra, pues ya parece que la bondad de Dios la hace vecina del cielo, de no ser por su culpa; y desgraciada será si vuelve atrás.

Yo pienso que será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia de Dios no me tornara; porque la mayor parte de las veces será, según me parece, por culpas graves; ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal.

Y así ruego yo por amor del Señor, a las almas a quienes Su Majestad ha hecho



tan gran merced de que lleguen a este estado, que se reconozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción para no volver a las ollas de Egipto (Ex 16,3).

3. Y si por su flaqueza y maldad y ruin y miserable naturaleza cayeren, como yo hice, tengan siempre presente el bien que perdieron y tengan sospecha y vayan con temor (que tienen razón de tenerlo) de que, si no vuelven a la oración, han de ir de mal en peor.

Que a ésta llamo yo verdadera caída, a la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien, y con estas almas hablo; que no digo que no han de ofender a Dios y caer en pecados, aunque sería de razón que se librase mucho de ellos quien ha comenzado a recibir estas mercedes, mas somos miserables.

Lo que advierto mucho es que no deje la oración, que allí se dará cuenta de lo que hace y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse; y crea, que si de ésta se aparta, que lleva, a mi parecer, peligro. No sé si sé lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí...

4. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo.

Esta quietud y recogimiento y centellica, si es espíritu de Dios y no gusto causado por el demonio o procurado por nosotros (aunque quien tiene experiencia es imposible que no entienda enseguida que no puede ser adquirido, pero como nuestra naturaleza es tan ganosa de cosas sabrosas todo lo prueba, mas pronto se queda fría, porque, por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego para alcanzar este gusto, parece que le echa agua para matarlo); pues esta centellica encendida por Dios, aunque es tan pequeñita, hace mucho ruido. Los grandes profetas vienen del desierto. Los grandes contemplativos han sido y son los grandes activos. No que hacen ruido, sino que son muy eficaces y si no la mata por su culpa, comienza a encender el gran fuego llameante del grandísimo amor de Dios que hace Su Majestad que tengan las almas perfectas.

5. Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se dispone para recibirlas. Es gran don, mucho mayor de lo que yo podré decir.

Me dan gran lástima, porque —como digo— conozco muchas almas que llegan aquí, y son tan pocas las que progresan como deben progresar, que me da vergüenza decirlo.

No digo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sostiene. La razón de la supervivencia del mundo es la oración. El concilio Vaticano II en el decreto *Perfectae caritatis* dedica a la contemplación y a los que la viven en consagración una insigne alabanza: “Ofrecen a Dios el excelente sacrificio de la alabanza, enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa... Son torrente de gracias celestiales” (PC 7).

“Es Dios quien, por la oración, envía obreros a su mies, abre las almas de los no cristianos para escuchar el evangelio y fecunda la palabra de salvación en sus corazones” (decreto *Ad gentes*, 40) Dios; digo lo que he visto.

Quisiera advertirles con mucho encarecimiento que traten de no esconder el talento (Mt 25,25), pues que parece que las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, de una manera especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios. Toda mi ansia es que, “pues tiene el Señor amigos que fuesen buenos” (*Camino* 1,2) para sostener a los flacos; y los que reconozcan en sí esta merced, ténganse por tales “Dios tiene por amigos a los contemplativos” (*Camino* 18,1), si saben corresponder como manda la ley de la buena amistad, aun en el mundo; y si no, teman y tengan miedo de hacerse mal a sí mismos, y ¡Dios quiera que sea a

ellos solos!

6. Lo que ha de hacer el alma cuando viene esta quietud ha de ser todo con suavidad y sin ruido. Llamo “ruido” a trabajar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias de este beneficio y amontonar pecados suyos y faltas para ver que no lo merece.

Todo esto se mueve en el momento de la quietud y lo hace presente el entendimiento, y alborota la memoria, pues es verdad que estas potencias a mí me cansan a veces, pues, a pesar de tener poca memoria, no la puedo dominar “Hay entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados” (*Camino* 19,2).

“Cuando se ve en esta quietud, no haga más caso del entendimiento que de un loco” (ib, 31,8).

“Cuando se viere este subido grado de oración sobrenatural, si el entendimiento, o pensamiento, a los mayores desatinos del mundo se fuere, ríase de él y déjele para necio, y estese en su quietud, que él irá y vendrá” (ib, 31,10).

“Este entendimiento está tan perdido que parece un loco furioso” (ib, 30,16).

“No haga más caso de la imaginación que el que se hace de un loco” (*Vida* 17,7).

“No es bueno que nos turbemos por los pensamientos...” (Moradas cuartas 1,1).

“Nadie se acojete ni aflija de inquietud y distracción de los pensamientos” (*Vida* 11,17).

La voluntad, con sosiego y cordura, sepa que no se habla bien con Dios a fuerza de brazos, y que las reflexiones ahora vienen a ser como unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y reconózcalo y con humildad diga: “Señor, ¿qué puedo yo hacer aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo?”, o palabras de amor que brotan entonces, muy persuadida de reconocer que es verdad lo que dice, y no haga caso del entendimiento que es un moedor “No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho” (Moradas cuartas 1,7).

“El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho” (*Fundaciones* 5,2).

Y si la voluntad le quiere hacer partícipe de lo que goza, o se esfuerza por recogerlo, porque muchas veces estará en esta unión de la voluntad y sosiego, y el entendimiento muy distraído, es mejor que lo deje en vez de ir detrás de él “No se canse en poner seso a quien entonces no lo tiene, que es su entendimiento” (*Camino* 24,5).

Quédese la voluntad gozando de aquella merced y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por atraerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel La voluntad, abeja, queriendo reunir al entendimiento y memoria, también abejas, todas fuera del panal de la quietud, no darían lugar a que el Señor destilase la miel de sus carismas al menos en la voluntad abeja. Es el sentido del símbolo teresiano.

7. Perderá, pues, mucho el alma si esto no lo sabe, especialmente cuando el entendimiento es agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas y a buscar razones, por poco bien dichas que sean, creará que hace algo.

La única razón que vale aquí es entender claro que no hay razón para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad y ver que estamos tan cerca de Él, y pedir a Su Majestad mercedes y rogarle por la Iglesia y por los que se nos han encomendado y por las almas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oiga. Es oración que comprende mucho y se alcanza más que por mucho reflexionar el entendimiento.

Despierte la voluntad algún pensamiento de cuán mejorada se ve para avivar el amor, y haga algunos actos amorosos de lo que quiere hacer por quien tanto debe, sin admitir ruido del entendimiento para buscar grandes razones.

Mas valen aquí unas pajitas puestas con humildad (y menos que pajas serán si las ponemos nosotros) y le ayudan más a encenderla, que no mucha leña junta de razones “No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho” (Moradas cuartas 1,7).

“El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho” (*Fundaciones* 5,2) muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo ahogarán la centellica.

8. Tengan esto presente los letrados que me mandan escribir; porque, por la bondad de Dios, todos han llegado aquí y puede ser que se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras.

Y aunque les aprovechará mucho la exégesis antes y después de la oración, aquí, en estos ratos de oración, poca necesidad hay de ella, a mi parecer, si no es para enfriar la voluntad; porque el entendimiento está en esa oración, viéndose cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra.

Y es así que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi nada del rezo en latín, especialmente del Salterio, no sólo entender el versículo en castellano, sino seguir regalándome entendiendo el sentido profundo del texto.

Si han de predicar o enseñar, es bueno aprovecharse del bien que reciben Autoriza al predicador o maestro a aprovechar lo que recibe en la oración de quietud por caridad y buscando la gloria de Dios. “Son gran cosa letras para dar en todo luz” (*Camino* 5,2). “Gran cosa es saber y letras para todo” (Moradas cuartas 1,5) para ayudar a los pobres de poco saber, como yo, pues es gran cosa la caridad y el deseo de aprovechar a las almas, yendo desnudamente por Dios.

Así que, en estos tiempo de quietud, hay que dejar descansar al alma en su descanso; dejen los estudios a un lado; tiempo vendrá en que con ellos sirvan al Señor y que los aprecien tanto que por ningún tesoro quisieran haber dejado de estudiar para saber, sólo para servir a Su Majestad, porque pueden servirle mejor.

Mas delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo “Gusta más el Señor de la sencillez de un pastorcito humilde que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios y letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad” (*Camino* 22,4).

Aquí no hay que argüir Argumentar en las tesis académicas de estilo escolástico. No hay que dar argumentos y razones para probar una tesis o refutarla en el tiempo de la oración, sino que conocer lo que somos y con llaneza y con simplicidad, presentarnos delante de Dios, que quiere que el alma se haga boba, como lo es en su presencia, ya que Su Majestad se humilla tanto que la soporta junto a sí siendo nosotros lo que somos.

9. También se mueve el entendimiento para dar gracias de modo muy ordenado; mas la voluntad, con sosiego, no atreviéndose a levantar los ojos con el publicano (Lc 18,13), hace una acción de gracias mayor que la que el entendimiento, trastornando la retórica, quizá puede hacer Es evidente la primacía de la voluntad en santa Teresa sobre el entendimiento. Influenciada por el franciscanismo de Osuna, Laredo y el agustinismo de san Juan de la Cruz, sabe que el entendimiento extrae la realidad de las cosas y se adueña de ellas y la voluntad sale a ser poseída por el objeto amado. El ser pensante de Descartes, un siglo posterior a la Santa, no tiene casi nada que ver con el ser amante de Teresa; pero ¡cuánta formación extraviada de intelectualizantes forjó hombres que razonaron y razonaron, teorizaron y teorizaron, como si la vida de Dios participada a los hombres fuese una abstracción que no llegaba a la voluntad!, porque las abstracciones no son amables ni se aman, y si no se aman, la religión se queda fría y hace fríos intelectuales y, consiguientemente, propensos a la soberbia. Justamente Satanás, el ser pervertido y pervertidor, es soberbio por eso, porque su inteligencia de ángel no está calentada por el amor del que es incapaz.

En fin, aquí no hay que dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras, incluso vocales, si alguna vez pueden o quieren decirlas; porque si la quietud es fuerte, mal se puede hablar, y ello con pena por esta razón santa Teresita apenas podía rezar el rosario, lo cual la apenaba: “Lo que me cuesta en gran manera, más que ponerme un instrumento de penitencia, es únicamente —y me da vergüenza confesarlo— el rezo del rosario”. (*Manuscritos autobiográficos*, Segunda parte, 18, El Monte Carmelo, Burgos 1968, 321).

10. Según me parece se siente cuándo es espíritu de Dios y cuándo procurado por nosotros, cuando desde la ternura que Dios nos ha dado queremos, como he dicho, llegar nosotros a esa quietud de la voluntad: entonces no hace ningún efecto, se acaba enseguida y deja sequedad.

**Si es espíritu del demonio** Es doctrina de san Juan de la Cruz que el demonio, como la mona de Dios, puede imitarle causando una especie de contemplación, e incluso otros fenómenos más llamativos y espectaculares. Ahora santa Teresa nos forma el criterio para discernir la acción del mal espíritu, que coincide con las reglas para conocer las diferentes mociones sobre el alma (CALVERAS, *Ejercicios*, “De varios espíritus”, pp. 313ss) y “la discreción de espíritus” (ib, pp. 328ss, Balmes, Barcelona 1944), **creo que el alma que tenga experiencia lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad y poca preparación para recibir los efectos que produce el espíritu de Dios.**

No deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad. En este estado poco daño o ninguno puede hacer el demonio, si el alma encauza a Dios el deleite y suavidad que él le hace sentir, y pone en Él sus pensamientos y deseos, como ya he advertido.

No puede ganar nada el demonio, al contrario, Dios hará que con el deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque el alma, creyendo que el gusto es de Dios, irá muchas veces a la oración, con deseo de Él; y si es alma humilde y no curiosa ni con hambre de deleites, aunque sean espirituales, sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, cosa que no podrá hacer si es espíritu de Dios, sino apreciarlo mucho.

Mas si el demonio ve que el alma, con el gusto y deleite que él le pone, se humilla, como él es todo mentira La humildad es la verdad y Dios es la Verdad. El demonio es la mentira, contrario a la Verdad no volverá muchas veces, viendo su derrota.

Y esto hay que desear y darle mucha importancia, en todas las cosas de oración y gustos procurar ser humilde.

11. Por esto y por otras muchas causas, advertí en el primer modo de oración, o primera agua, que es importantísimo que comience el alma el camino de la oración despegándose de todo género de contentos, y entrar determinada sólo a ayudar a llevar la cruz de Cristo, como buenos caballeros que quieren servir a su rey sin sueldo, pues saben que lo tienen bien seguro.

Los ojos puestos en el verdadero reino que pretendemos ganar. Es muy gran cosa tener siempre esto presente, sobre todo al principio, porque después esto se ve tan claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que estar recordando lo poco que dura todo y que todo es nada y cómo se ha de estimar el descanso en nada.

Parece que pensar en la brevedad de la vida y que todo es nada es cosa rudimentaria, y es verdad, que los que caminan en mayor perfección se avergonzarían si pensaran que han de dejar los bienes de este mundo porque se acaban, sino que, aunque durasen siempre, se alegran de dejarlos por Dios. Y mientras más perfectos fuesen, más, y mientras más duraren, más.

12. Éstos tienen ya el amor crecido y él es el que actúa. Pero para los que comienzan es cosa importantísima pensar en la vanidad del mundo, y no lo estimen rudimentario, pues produce mucho bien, que por eso lo advierto tanto.

Incluso los que están muy encumbrados en la oración necesitarán estas reflexiones cuando Dios los quiere probar y les parece que los ha abandonado.

Que no hay que olvidar que en la vida cristiana no crece el alma como el cuerpo. Porque un niño cuando ha crecido y su cuerpo se ha desarrollado ya no decrece.

En la vida cristiana sí caben retrocesos, y yo los he experimentado En la soledad de Becedas, Teresa había gozado oración de unión, fruto de sus lecturas y recogimiento y también de los dolores de su enfermedad. Vuelta a la Encarnación y después de su curación “comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones”, que dejó la oración hasta la enfermedad de su padre y el encuentro con el P. Barrón, que la retornó a la oración.

Esto debe ser porque nos conviene soportar la humillación para que vivamos

alerta mientras estemos en este destierro; y así quien más alto esté, más ha de temer, y menos ha de confiar en sus fuerzas.

Hay ocasiones en que personas tan unidas con Dios que se dejarían atormentar y morir mil muertes antes de cometer una imperfección, se ven tan atrozmente tentadas y perseguidas que, para no cometer pecados, necesitan utilizar las primeras armas de la oración, teniendo que volver a meditar que todo se acaba y que hay cielo e infierno, etc.

13. Es un buen fundamento, para librarse de los ardides y gustos dados por el demonio, comenzar desde el principio con determinación de ir por camino de cruz y no desear gustos. San Juan de la Cruz nos dirá que no sólo no desear, sino positivamente rechazar sentimientos y no digamos otras manifestaciones, aunque vengan de Dios, porque aun siendo genuinos, le resulta muy fácil al demonio acrecentar apetitos y afectos para que el alma caiga en gula espiritual y otros daños (véase el c. 10 del libro 3.º J. MARTÍ BALLESTER, *Subida del monte Carmelo leída hoy*, BAC, Madrid). Aquí santa Teresa nos dice al final de este n. 13: “comenzar con determinación camino de cruz y no desear gustos”. Buscar a Dios con un amor limpio y desinteresado ya que el mismo Señor señaló el camino de la vida cristiana diciendo: “Toma tu cruz y sígueme” (Mt 16,24).

Él es nuestro modelo; no tema quien sigue sus consejos sólo por agradarle. Sabrán que los gustos no procedieron del demonio si han salido más fortalecidos en la virtud, y aunque vuelvan a caer, queda una señal después de que allí estuvo el Señor, que es levantarse enseguida.

14. Aún hay más señales de la presencia de Dios, que ahora diré. Cuando los gustos han sido del espíritu de Dios no es menester andar rastreando razones para ser humildes, porque el mismo Señor da la humildad muy distinta de la que nosotros con nuestras consideracioncillas podemos adquirir, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz que enseña aquí el Señor, que produce una confusión que hace deshacerse.

Es cosa muy conocida el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros, y cuantas más mercedes recibamos, más.

Otras señales de la visita del Señor son que deja un gran deseo de seguir por el camino de la oración y no dejarla por mucho trabajo que tenga.

Se ofrece a todo con generosidad.

Tiene seguridad, con humildad y temor, de que ha de salvarse.

Desaparece del alma el temor servil y crece mucho el temor filial.

Ve que le comienza a nacer un amor de Dios muy desinteresado.

Desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien.

En fin, por no cansarme más, es un principio de todos los bienes, un estar las flores a punto de brotar. Y esto lo verá el alma muy claro, y de ninguna manera podrá aceptar que Dios no estuvo con ella, hasta que se ve con faltas e imperfecciones, que entonces todo lo teme.

Y es bueno que tema; aunque hay almas a quienes les aprovecha más creer cierto que es Dios, que todos los temores que les puedan meter; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la lleva a Dios el recuerdo del carisma recibido que todos los castigos del infierno que le representen. Al menos a mí, aunque tan ruin, esto me acaecía.

15. Las señales del buen espíritu las iré diciendo a medida que vaya escribiendo; por eso y porque me cuesta mucho sacarlas en limpio, no las digo aquí. Creo que con el favor de Dios en esto acertaré algo; porque aparte de la experiencia que me ha enseñado mucho, me han informado algunos letrados muy letrados y personas muy santas, de quienes nos podemos fiar, para que no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he

andado.

## Capítulo 16

### TERCER NIVEL DE ORACIÓN: AGUA DE RÍO O DE FUENTE. CONTEMPLACION INFUSA.

**Tercer grado de oración. Declara cosas muy elevadas. Lo que puede hacer el alma que llega a este nivel. Efectos que producen estas mercedes tan grandes del Señor. Gran motivo de alabanzas a Dios. Estimulante consuelo de los que aquí llegan.**

1. La tercera agua con que se riega esta huerta es agua corriente de río o de fuente. Se riega con mucho menor trabajo, sólo el de encaminar el agua.

Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de tal manera que casi Él es el hortelano y el que lo hace todo.

Es un sueño de potencias Contemplación infusa totalmente dada; sin esfuerzo ni preparación, a deshora y sin pensarlo, quedan recogidas y quietas las potencias con suavidad en el que ni del todo se pierden ni entienden cómo obran. El gusto, suavidad y deleite es mayor sin comparación que el de la oración anterior; es que llega el agua de la gracia a la garganta de esta alma, y ni puede seguir adelante, ni sabe cómo, ni puede volver atrás; quisiera gozar de grandísima gloria.

Es como uno que está, la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea; está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir. Es un morir casi total a todas las cosas del mundo y gozar de Dios. Yo no sé con qué palabras decirlo, ni cómo explicarlo. El alma no sabe qué hacer; porque ni sabe si hablar o callar, o reír o llorar.

Es un glorioso desatino, una celestial locura, donde se aprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.

2. Creo que hace cinco o seis años que me dio el Señor con abundancia esta oración muchas veces que ni yo la entendía ni la sabía explicar. Por eso tenía decidido que, al llegar a este punto, diría muy poco o nada de esta oración.

Entendía muy bien que no era del todo unión de todas las potencias y veía muy claro que era mayor que la anterior La anterior fue oración de quietud o unión mística de la voluntad; era el segundo grado de oración o segunda agua , pero no podía determinar ni entender cuál era la diferencia.

Creo que por la humildad con que V. quiere que le ayude una simpleza tan grande como la mía, me dio el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oración, sin poder seguir adelante y me inspiró estas comparaciones Tener el agua a la garganta y muriendo con la candela en la mano, que dijo en el n. 1 de este capítulo y me enseñó la manera de decirlo y lo que ha de hacer el alma. Yo quedé asombrada y entendí en el acto.

Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era.

Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en realidad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no actúen.

Me ha gustado muchísimo haberlo entendido ahora. ¡Bendito sea el Señor que

así me ha regalado!

Las potencias sólo tienen posibilidad de estar ocupadas totalmente en Dios; parece que ninguna osa moverse, ni podemos conseguir que se mueva, de no ser que nos queramos distraer muy intencionadamente y no creo que lo podamos conseguir del todo.

En esta oración se dicen muchas palabras en alabanzas de Dios sin concierto, si el mismo Señor no las concierta. El entendimiento no puede aquí nada.

Querría el alma dar voces en alabanzas, y está que no cabe en sí: un desasosiego sabroso.

3. Ya, se abren las flores, ya comienzan a dar olor.

Aquí querría el alma que todos la viesen y conociesen su gloria para dar alabanzas a Dios, y para darles parte de su gozo, porque ella no puede gozar tanto.

Es como aquella mujer del Evangelio (Lc 15,9) que llamaba a sus vecinas.

Esto creo que debía de sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía y cantaba con el arpa alabanzas de Dios. En este estado, santa María Magdalena de Pazzi gritaba corriendo por las galerías del monasterio: “¡Oh amor, amor, amor! ¡Basta, basta! Es demasiado. Eres un loco, estás loco de amor. Eres la pena y el consuelo, la fatiga y el descanso, la muerte y la vida. Eres todo amable y deseable, nutritivo y unitivo, deleitante y confortante. ¡Oh amor, amor, tú me haces morir de amor!” Con los ojos delirantes reía y sollozaba a la vez, daba saltos jubilosos, volvía la mirada del cielo al crucifijo y del crucifijo al cielo, y a las hermanas que salían a su encuentro les decía: “¿Sabéis? Está loco, le ha vuelto loco el amor; es todo amor, sólo amor, este mi hermoso, mi amable, mi gracioso, mi poderoso, mi inefable, mi adorable Jesús”. Y dirigiéndose hacia los ventanales del claustro, gritaba: “¡Oh amor, amor! Quiero que me oiga todo el mundo, desde el Oriente hasta el Occidente, hasta los confines del mar, hasta el infierno. Que todo el mundo sepa que Tú eres el único, el verdadero amor. ¡Oh amor, péntralo todo, atraviésalo todo, rómpelo todo, únelo todo, gobiérnalo todo. Tú eres cielo y tierra, aire y fuego, sangre y agua, Dios y hombre!” Ocurría esto en el monasterio de Carmelitas de San Juan de Florencia (Fr. JUSTO P. DF. URBEL, OSB, *Año Cristiano*, vol. II, Fax, Madrid, 404).

De este glorioso Rey soy yo muy devota y quisiera que todos lo fuesen, sobre todo los que somos pecadores.

4. ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuál está un alma cuando está así! Toda ella quisiera que fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así.

Yo sé de una persona que, sin ser poeta, hacía poesías muy emotivas no elaboradas por su entendimiento, para manifestar mejor su pena y para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba y de ella se quejaba a Dios.

Quisiera que todo su cuerpo y alma se despedazasen para manifestar el gozo que con esta pena se siente. ¿Qué tormento que tuviera que sufrir por su Señor no le sería sabroso? Ve claro que los mártires no hacían nada de su parte sufriendo tormentos, porque conoce bien el alma que la fortaleza viene de otra parte.

Mas ¿qué sentirá al recobrar el sentido para vivir en el mundo y tener que volver a las tareas y cumplimientos de él?

Pues creo que no he exagerado nada al hablar de este gozo que el Señor quiere que goce un alma en este destierro. ¡Bendito seáis por siempre, Señor!

¡Quered ahora, Rey mío, os lo suplico yo, que pues cuando esto escribo no he salido aún de esta santa locura celestial. Está todavía inmersa en el agua del tercer nivel, del río, en el sueño de los sentidos del alma, aunque pudiendo escribir, como signo de que este sueño no es total por vuestra bondad y misericordia, sin ningún mérito mío, que o todos con quienes trate estén locos de vuestro amor, o yo no tenga que tratar con nadie, o disponed, Dios mío, que yo no me tenga que ocupar en cosas del mundo, o sacadme de él!

¡No puede ya, Dios mío, esta sierva vuestra sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen, que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se lo

deis Vos! Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la acongoja; ve que se le pasa la vida en regalo y que nada ya la puede regalar más que Vos; que parece que vive contra la inclinación natural, pues ya no querría vivir en sí sino en Vos.

5. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía! ¡Qué aguda y pesadísima cruz tenéis preparada a los que llegan a este estado! Aguda, porque es suave; pesada, porque no hay capacidad de sufrimiento que la sufra, y no querría jamás verse libre de ella, de no ser para verse ya con Vos.

Cuando piensa que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría cargarse cruz mucho más pesada, y no morir hasta el fin del mundo. En nada estima su descanso a cambio de hacer os un pequeño servicio; nada desea sino a Vos.

6. ¡Oh hijo mío! (que es tan humilde que así quiere que le llame quien me mandó escribir esto, y es a quien va dirigido), le ruego que sólo V. lea las cosas en las que parece que salgo de quicio. Porque no puedo hacer otra cosa cuando el Señor me saca de mí, y creo que no soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué. Parece que sueño lo que veo y quisiera que todos estuviesen enfermos de este mal.

Suplico a V. que estemos todos locos por amor de quien fue llamado loco por nosotros. Ya que V. dice que me quiere, disponiéndose para recibir esta merced me lo ha de demostrar, porque veo pocos que no tengan demasiado seso para recibirla.

Ya puede ser que yo tenga más que todos; pues no me lo consienta V., Padre mío, pues lo es a la vez que hijo, ya que es mi confesor a quien he confiado mi alma. Desengañeme con la verdad, que se dicen muy poco estas verdades.

7. Quisiera que los cinco que nos amamos en Cristo nos comprometiéramos a reunimos alguna vez para desengañarnos unos a otros y decirnos en qué nos podríamos corregir para agrandar más a Dios Sería la actual revisión de vida con sus compromisos. Son P. García de Toledo, Francisco Salcedo (el Caballero Santo), D.<sup>a</sup> Guiomar y Gaspar Daza.

. Porque nadie se conoce tanto a sí mismo como los que nos miran. Todo hecho con amor y cuidado de aprovecharnos.

Mi deseo sería que nos reuniéramos como lo hacían en secreto contra Su Majestad para maquinan maldades y herejías Como los herejes secuaces de Agustín Cazalla, canónigo de Salamanca, erasmista que terminó luterano; fue propagador del protestantismo en España, quemado en Valladolid en 1559 (*Gran Encicl. Larousse*), para decirnos los defectos y faltas porque ya no se usa este lenguaje.

Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar Báñez escribió al margen: "Legant praedicatores" . Buena intención tendrán y la obra será buena; mas ¡así se enmiendan pocos!

¿Por qué son tan pocos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como estaban los Apóstoles y así calienta poco esta llama. No digo yo que sea tan grande como la que en ellos ardía, mas quisiera que fuese mayor de la que veo.

¿Sabe V. en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima el honor; que no les importaba por decir una verdad y defenderla para la gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que quien de veras se lo ha jugado todo por Dios, igual soporta lo uno que lo otro. No digo yo que yo soy así, más querríalo ser.

8. ¡Oh gran libertad, tener por esclavitud el tener que vivir y hablar según las costumbres del mundo!

Si esta libertad se alcanza del Señor, no hay esclavo que no se lo juegue todo



por ser libre y volver a su patria.

Y pues éste es el verdadero camino, no hay que detenerse en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor.

9. Rompa V. esto que he dicho, si le parece, y téngalo por carta personal y reservada, y perdóneme que he sido muy atrevida.

## Capítulo 17

### **SIGUE EL TERCER NIVEL DE ORACIÓN: UNION DEL ALMA CON DIOS.**

#### **Frutos que produce. Daño que hacen la imaginación y la memoria.**

1. Hemos dicho lo que hace en el alma Dios, que es quien toma ya el oficio de hortelano y quiere que el alma descanse. En las mercedes que goza la voluntad sólo hace consentir y el alma se ha de ofrecer a todo lo que en ella quiera hacer la divina sabiduría, para lo cual hace falta ánimo, cierto; porque el gozo es tan grande que algunas veces parece que sólo falta un instante para que acabe el alma de salir de este cuerpo. ¡Y qué venturosa muerte sería!

2. Aquí hay que dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarla al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena como vaya con su Bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; haga Su Majestad del alma como de cosa propia; ya no es suya, se ha dado del todo al Señor; descuídese del todo.

Cuando da Dios al alma esta oración puede hacer esto y mucho más, que éstos son sus efectos, y se da cuenta de que lo hace sin cansancio del entendimiento; sólo me parece que está como espantada de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano y no quiere que el alma haga ningún esfuerzo, sino que se deleite en comenzar a oler las flores; que en una venida de agua de éstas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, la da sin medida, y lo que la pobre alma, en veinte años de cansar el entendimiento no ha podido acaudalar, lo hace el hortelano celestial en un momento, y crece la fruta y la madura tanto que quiere el Señor que se pueda sustentar de su huerto Madura ya la fruta de los árboles del huerto por la prosperidad a que le ha llevado el agua abundosa, puede comer de la fruta madura, como de una eucaristía, del árbol de la vida del paraíso, que además de la alegría descrita en el capítulo anterior, robustece, "da robur", da la vida eterna. También el árbol del paraíso estaba regado por las aguas del río que salía del Edén (Gen 2,9-18).

Mas no le da licencia para que reparta la fruta hasta que el alma esté tan fuerte con lo que ha comido de ella que no se le acabe dándola a gustar sin aprovecharle al alma ni pagarla los que la reciben, con lo que les mantendría y les daría de comer a su costa, quedándose a lo mejor el alma muerta de hambre Cautela en la acción apostólica, a la que la empuja el fervor interior que domina al hombre en este estado. Puede correr riesgos o ser inoportuna.

Esto va dirigido a los inteligentes letrados, que se lo sabrán aplicar mejor que yo

les sabré decir y me canso.

3. Las virtudes quedan ahora tanto más fuertes que en la oración de quietud anterior, que el alma no las puede ignorar, porque se ve distinta y no sabe cómo.

Comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran para que el alma vea que tiene virtudes, aunque muy bien sabe que no las ha podido ganar en muchos años, y que en aquel momentín el celestial hortelano se las dio.

Aquí es muchísimo mayor y más profunda la humildad que queda en el alma, que antes; porque ve más claro que no hizo ni poco ni mucho, más que consentir que le hiciera el Señor mercedes y aceptarlas la voluntad.

4. En este grado de oración hay unión muy conocida de toda el alma con Dios, aunque las potencias se dan cuenta y gozan de lo mucho que Dios obra durante la misma.

Acaece algunas y aun muchas veces que se ve muy claro que está unida con Dios la voluntad con gran quietud, y el entendimiento y la memoria están tan libres que pueden dedicarse a tareas diversas, y a obras de caridad. Se lo digo a V. para que cuando le suceda sepa que esto es posible; yo esto no lo entendía y me traía tonta.

Aunque esta oración parece igual que la de quietud es diferente. En la quietud el alma no quisiera ni moverse, gozando del ocio santo de María. En esta oración puede ser también Marta.

Puede estar obrando a la vez en vida activa y contemplativa, y dedicarse a obras de caridad y a trabajos según su estado, y leer, aunque no están del todo señores de sí y se dan muy buena cuenta de que la mejor parte de su alma está en otro lugar.

Es como si estuviésemos hablando con uno y a la vez nos hablase otra persona, ni estamos del todo con el primero ni del todo con el otro.

Es cosa que se siente con mucha claridad y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene y es una muy gran disposición para que, apenas se tiene un rato de soledad y vacío de trabajo, venga el alma a muy sosegada quietud.

Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer porque siente el estómago contento, de manera que no comería cualquier manjar; mas no tan harta que, si los ve buenos, deje de comer de buena gana.

Así, no le satisface ni lo desea ningún contento del mundo, porque tiene con ella el que le satisface más. Lo que quiere el alma es mayores contentos de Dios, tiene deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con Él. Éste es el primer grado de unión.

5. Hay otra clase de unión, que no es aún unión total, aunque es mayor que la que acabo de explicar y menor que la de la tercera agua, que es esta de que estoy hablando *Explicada en el c. 16.*

Le gustará a V. cuando el Señor le dé las tres aguas, si no se las ha dado ya, encontrarlo aquí escrito y saber lo que es. Porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y hacerla entender.

Y aunque parece que sólo la primera es necesaria, para que el alma no vaya confusa y con miedo y pueda ir con más ánimo por el camino del Señor, teniendo el mundo bajo los pies, es gran provecho y merced saber que ha recibido tal gracia.

Por cada uno de estos carismas es de razón que alabe mucho al Señor quien los

tiene, y el que no, porque Su Majestad los ha dado a algunos para que nos aprovechen a nosotros.

Ahora, pues, acaece esta clase de unión, que a mí el Señor me da muchas veces; coge Dios la voluntad y el entendimiento, según me parece, porque deja de discurrir gozando de Dios, como quien está mirando y ve tanto que no sabe hacia dónde mirar; se le escapa una cosa al ver la otra y no dará ningún dato con precisión. La memoria queda libre junto con la imaginación Hemos dicho ya que memoria en Teresa equivale a imaginación y a pensamiento. Cuando se ven solas una y otra, es para alabar a Dios la guerra que dan intentando desasosegarlo todo.

A mí cansada me tiene y aborrecida la tengo y muchas veces suplico al Señor que, si tanto me ha de molestar, me la quite durante la oración.

Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, estará toda mi alma integrada en vuestra alabanza y no hecha pedazos sin poder reunir toda su energía?

En esto veo el mal que nos causa el pecado, pues así nos sometió a no hacer lo que queremos, que es estar siempre ocupados en Dios.

6. Me acaece a veces, y hoy me ha ocurrido y por eso lo recuerdo muy bien, que veo deshacerse mi alma por verse integrada con la voluntad y el entendimiento Ella dice "donde está la mayor parte"; son las dos potencias superiores, la parte más noble del alma y me resulta imposible, pues la memoria y la imaginación le dan tanta guerra que no la dejan quieta. Al estar separadas de las otras potencias no pueden hacer ningún mal. Harto hacen con desasosegar.

No pueden hacer mal porque no tienen fuerza ni estabilidad. Como el entendimiento no les ayuda nada en sostener sus figuraciones, no paran en ningún sitio, sino que van de un lugar a otro como las maripositas de la noche, importunas y desasosegadas: así andan de un cabo a otro. Esta comparación es apropiadísima, porque, aunque no tienen fuerza para hacer ningún mal, importunan a los que las ven.

7. No encuentro remedio para esto, ni Dios me lo ha sugerido, ya que me atormentan muchas veces El remedio lo ha aconsejado repetidas veces: no hacer caso de la imaginación, como si fuera un loco.

Ahí se pone de manifiesto nuestra miseria y el gran poder de Dios, pues la memoria o imaginación que quedan sueltas tanto nos dañan, y la voluntad y el entendimiento que están con el Señor tanto descanso nos dan.

El único remedio que he hallado, después de haberme fatigado tantos años, es el que dije en la oración de quietud: no hacer más caso de ella que de un loco y dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y en fin, aquí por esclava queda. La hemos de sufrir con paciencia, como sufrió Jacob a Lía (Gen 29,28), porque bastante merced nos hace el Señor de que gocemos de Raquel Lía figura la memoria o imaginación molestas, y Raquel la amada, la unión de entendimiento y voluntad.

La memoria queda esclava porque, por mucho que se esfuerce, no puede distraer a las otras potencias, sino que al contrario éstas, sin esfuerzo, la atraen muchas veces a ellas.

Algunas veces tiene Dios lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de integrarse en las otras y le permite Su Majestad que se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdiendo su ser natural por el casi sobrenatural, gozando tan grandes bienes.

8. En todos estos modos de regar con agua de fuente Tercer grado de oración, agua corriente de río o fuente, río o arroyo es tan grande la gloria y el descanso del alma, que el gozo y deleite es participado por el cuerpo muy manifiestamente y las virtudes crecen muchísimo.

9. Parece que el Señor ha querido revelar estos distintos modos de oración

todo lo que en esta vida se puede entender. Compártalo V. con persona espiritual que lo haya experimentado y que tenga estudios. Si le dice que está bien, crea que se lo ha dicho Dios y agradézcalo mucho a Su Majestad, porque con el tiempo se alegrará de saber lo que es, mientras que no le dé la gracia para entenderlo, aunque se la haya dado de gozarlo. Si le ha dado Su Majestad la gracia de gozarlo, con su inteligencia y estudios lo entenderá por lo dicho. Sea alabado por todos los siglos de los siglos por todo, amén.

## Capítulo 18

### CUARTO NIVEL DE ORACIÓN: AGUA DE LLUVIA. ORACION DE UNION. ES SOBRENATURAL.

**Dios eleva al hombre a gran dignidad en este grado. Gran estímulo para alcanzar este nivel, que se puede gozar en esta vida y en esta tierra.**

1. El Señor me enseñe palabras para decir algo de la cuarta agua. Bien es menester su favor más que para la tercera; porque en ésta aún siente el alma que no está muerta del todo, porque, aunque está muerta al mundo, tiene conciencia de que vive en él y siente su soledad, y se puede valer de los sentidos exteriores para manifestar lo que siente aunque sea por señas. Aunque en el tercer nivel la voluntad, en la quietud, está unida a Dios, no obstante tiene un cierto campo de acción, pues la vemos viva, ora hablando alabanzas, ora dándose cuenta de los desvaríos de la imaginación. Va a entrar el hombre en un mundo nuevo, no en balde pide ¡a ayuda especial de Dios.

En los distintos grados de oración anteriores el hortelano trabajó algo; aunque en estos últimos el trabajo va acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que el alma no lo dejaría nunca y no lo considera trabajo, sino gloria.

En la cuarta agua ya no actúan los sentidos, sino que se nada en gozo sin entender lo que se goza. Se da cuenta el hombre de que está gozando de un bien que abarca todos los bienes, mas no comprende este bien. Todos los sentidos se gozan en este gozo, de modo que ninguno puede actuar en otra cosa exterior ni interior.

En los otros grados de oración se les permitía a los sentidos dar muestras del gran gozo que sentían, en el cuarto grado goza mucho más el alma sin comparación y no se puede manifestar porque ni queda poder en el cuerpo ni el alma lo puede comunicar.

En esta oración comunicar lo que siente el alma sería un embarazo y tormento y estorbo de su descanso.

Y si es unión de todas las potencias no puede manifestarlo el alma, aunque quiera, y si puede, ya no es unión.

2. Cómo es la unión y qué es, yo no lo sé explicar. La teología mística Mística teología que varias veces menciona, sin entender su significado; aprendió este concepto en fray Bernardino de Laredo, *Subida del monte Sión*, parte 3.<sup>a</sup>, c. 23 (*Místicos franciscanos*, Ed. Católica, Madrid 1948, 361 *pasim*). es la ciencia que lo trata, pero ni conozco los términos ni los sé decir, ni entiendo qué es mente, ni la diferencia entre alma y espíritu tampoco. Todo me parece lo mismo, aunque el alma alguna vez sale de sí misma, como el fuego que está ardiendo y hecho llama y algunas veces crece el fuego con ímpetu, y, aunque la llama sube más alta que el fuego, no es distinta del fuego, sino la misma llama que brota del fuego. Eso Vds. lo entenderán por los estudios que tienen, pues yo no lo sé decir más claro.

3. Lo que yo pretendo declarar es lo que siente el alma cuando está en esta

divina unión. Lo que es unión ya se entiende, que es de dos cosas hacer una. ¡Oh Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis por siempre! ¡Qué os alaben, Dios mío, todas las cosas, que tanto nos amasteis basta llegar a querer la comunicación que, aun en este destierro, tenéis con las almas!; por vuestra largueza y generosidad aun con las que son buenas Ni siquiera las almas buenas lo merecen. Es pura gracia este don. Largueza vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! (Sal 91,6).

Espanta que quien no piensa en cosas de la tierra no tenga entendimiento para entender verdades. Pues que hagáis a las almas que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas, cierto, a mí me agota el entendimiento, y cuando pienso en esto, no puedo seguir adelante. ¿Dónde he de ir que no sea volver atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sé cómo. Diciendo disparates me desahogo algunas veces.

4. Muchas veces, cuando acabo de recibir estas mercedes o me las comienza Dios a hacer, pues cuando las estoy recibiendo no puedo hacer nada, le digo: “Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan pronto mis grandes pecados; y ya que para perdonarme los habéis olvidado, os suplico que los recordéis para poner tasa en las mercedes “Con regalos grandes castigabais mis delitos” (Vida 7,19).

No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues ya habéis visto otras veces cómo lo vuelvo a derramar.

No pongáis tesoro semejante donde no está aniquilada del todo la codicia de consuelos de la vida, pues lo gastaré mal gastado.

¿Cómo dais las fuerzas y las llaves de esta ciudad a un general tan cobarde, que al primer combate de sus enemigos los deja entrar dentro? Elemento de las *Moradas*.

No me améis tanto, oh Rey eterno, que os arriesguéis a perder joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, que dais ocasión de que las valoren poco, al ponerlas en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poca categoría, que aunque trabaje para no perderlas, con vuestro favor, que no lo necesito pequeño siendo como soy, no puede hacer ningún bien con ellas a nadie Ya tiene buen criterio sobre los carismas que Dios los da para su Iglesia, para edificar y construir la comunidad y ella, con su profunda humildad y conociendo la limitación de la mujer en su tiempo, no se siente en condiciones de recibir para fecundar dichos carismas-mercedes, pues, en fin, soy mujer, y no buena, sino ruin. Parece que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran (Mt 25,18) poniéndolos en tierra tan despreciable.

No soléis Vos, Señor, regalar semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchos. Ya sabéis, Dios mío, que con toda la voluntad y corazón os lo suplico y os lo he suplicado algunas veces y que estoy dispuesta a perder el mayor bien que se puede poseer en la tierra El mayor bien son estas mercedes, para que deis estos carismas a quien pueda hacer más provechoso este bien, para que crezca vuestra gloria”.

5. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necesidad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene y que mi alma no tenía fuerzas para salvarse Salvarse en plenitud. Desprenderse, ser desprendida del mundo y de sí misma, si Su Majestad con tantas mercedes no lo hiciera.

También pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede hacer y si puede hacer algo para llegar a tan gran estado.

6. Ocurre el levantamiento de espíritu de que voy a hablar o unión con el amor celestial. Esta unión que es el éxtasis, es muy diferente de la unión del agua de río o arroyo o fuente La unión de la tercer agua deja al alma quieta y *estática*, el levantamiento de espíritu es el éxtasis y deja al alma *estática*, levantada por Dios, quedándose en su lugar el cuerpo, sin uso de sentidos. El movimiento es del espíritu para clavarla en Dios.

Quien no haya experimentado el éxtasis creará que es lo mismo que unión Por la unión el alma es agarrada por Dios en sus tres potencias. Por el éxtasis el alma es ocupada por Dios incluso en sus sentidos. Lo que Dios pretende en cada caso es purificar y adelgazar para conseguir divinizar las potencias en la unión, y los sentidos y sensibilidad en el vuelo o éxtasis. Los efectos que en una y otra unión producen e incluso son visibles, demuestran lo que Dios pretendía hacer en el alma: que sea como Dios, en su ser y en sus operaciones y obras. Este es el quehacer divino de las Sextas Moradas (véase J. MARTÍ BALLESTER, *Moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid ).

Aunque todo es lo mismo, según me parece, en uno y otro estado obra el Señor de diferente manera. El desasimiento de las criaturas También del yo, que también es criatura y necesita sufrir la noche pasiva del espíritu para desarraigar de él las raíces dañinas de hábitos y del subconsciente es mucho mayor cuando ha habido vuelo del espíritu que cuando sola unión Los distintos nombres que se predicán de la unión mística con Dios son distintos grados de proximidad y de intensidad, distintas Moradas, con mayor o menor identificación divina.

Yo he visto claro que el vuelo del espíritu es particular merced, aunque, como digo, todo sea lo mismo o lo parezca. Porque, aunque un fuego pequeño es fuego como un fuego grande, uno y otro son diferentes No son diferentes sustancialmente, sino cualitativa o cuantitativa mente, es decir, accidentalmente. Lo mismo se puede predicar de las diferentes uniones místicas, aunque elevando las categorías al orden de la gracia, al sobrenatural, y ya se ve la diferencia que hay de uno a otro: un fuego pequeño necesita mucho tiempo para convertir un hierro pequeño en ascua; pero si el fuego es mayor, aunque el hierro sea más grande, en un momento queda transformado.

Algo semejante ocurre en estas dos diferentes mercedes del Señor, y sé que el que tenga experiencia de arrobamientos lo entenderá bien.

Si no lo ha vivido, le parecerá desatino, y ya puede ser; porque, que una como yo quiera hablar de fenómenos tan maravillosos y quiera explicar algo lo que es inefable, no es raro que desatine.

7. Mas creo que el Señor me ayudará, pues El sabe que, además de obedecer, mi intención es de engolosinar a las almas en un bien tan excelso. No diré nada que no lo haya experimentado mucho.

Y así ha sido, pues cuando comencé a escribir sobre esta última agua, que me parecía tan difícil decir nada de ella como hablar en griego, pues así es de difícil, dejé de escribir y fui a comulgar. ¡Bendito sea el Señor, que así favorece a los ignorantes! ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! “Me dijo el Señor: ‘Hija, la obediencia da fuerzas’ ” ( *Fundaciones*, Prólogo 2). “La obediencia todo lo puede” ( *Vejamen*, 1), aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que, como hizo en el anterior grado de oración, Su Majestad parece que quiere decir lo que yo no puedo ni sé.

8. Esto que digo es entera verdad y así lo que diga bien es doctrina del Señor; lo que mal, está claro que es de este piélago de males que soy yo.

Y así digo que si hay personas que han llegado a este grado de oración que el Señor ha regalado a esta miserable —que debe de haber muchas— y quieren tratar estas cosas conmigo, porque creen que son descaminadas, el Señor ayudaría a su sierva para que su verdad saliese triunfante.

9. Ahora hablando de esta agua que viene del cielo para empapar y hartar con su abundancia todo este huerto de agua, si el Señor la diera siempre que fuera necesaria, ya se ve el descanso que tendría el hortelano. Y si no hubiera invierno y el tiempo fuera siempre templado, nunca faltarían flores y frutos; ya se ve qué deleite tendría el hortelano; mas, mientras vivimos, eso es imposible; siempre ha de haber cuidado de que cuando falte un agua procurar otra Sacar el agua del pozo; con noria y arcaduces y

agua del río, arroyo o fuente.

Esta agua del cielo La lluvia viene muchas veces cuando más descuidado está el hortelano. Es verdad que al principio casi siempre llueve después de larga oración mental. Cumplidos los tres grados de oración, viene el Señor a tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descanse.

Después que la ha visto volar mucho rato Durante mucho tiempo, procurando con el entendimiento y voluntad La oración de los primeros niveles y con todas sus fuerzas buscar a Dios y contentarle, le quiere dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para que queden pagados todos los trabajos pasados!

10. Estando así el alma buscando a Dios, siente que casi va desfalleciendo toda con su deleite grandísimo y suave, y una especie de desmayo, en que le va faltando la respiración y todas las fuerzas corporales, de tal modo, que sólo con dificultad puede mover las manos; sin querer cerrar los ojos, se le cierran, y si los tiene abiertos, no ve casi nada, si lee no puede pronunciar ni una letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, pero como el entendimiento no funciona, no la sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye.

Para nada le sirven los sentidos sino para molestarla porque no la dejan estar a gusto. No puede hablar, pues no atina a formar una palabra, ni tiene fuerza, aunque atinase, para poderla pronunciar; porque se pierde toda la fuerza de los sentidos y se acrecientan las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El gozo de los sentidos es grande y muy notorio.

11. Esta oración, por larga que sea, no perjudica; al menos a mí no me ha perjudicado nunca, y aunque estuviese muy enferma, no me agravaba, sino que me dejaba con gran mejoría. Pues ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Lo que en el cuerpo redundaba es tan visible que no se puede dudar de que la persona ha experimentado un acontecimiento muy grande, que ha quitado las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.

12. Verdad es que al principio dura muy poco tiempo, al menos a mí así me acaecía, y las señales exteriores y la suspensión de los sentidos no se manifiestan al ser tan rápido el vuelo; más bien se da a conocer en la abundancia de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido.

Y nótese que por mucho que dure esta suspensión de todas las potencias, es siempre muy breve: media hora es muy mucho; yo nunca, según creo, estuve tanto.

Verdad es que con dificultad se puede medir el tiempo que dura, ya que no se siente. Los momentos de vuelo son muy breves, porque pronto alguna potencia recobra su actividad. La voluntad es la que, aunque el entendimiento y la memoria importunen, permanece Santa Teresa dice "mantiene la tela": significa mantener la conversación en unión con Dios. Como la voluntad está absorta en Él, vuelve a suspender a las otras dos potencias y permanecen con Dios otro poco, hasta que vuelven a vivir.

13. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque habiendo comenzado a emborracharse y a saborear el vino divino, el entendimiento y la memoria se vuelven fácilmente a perder para ganarse mejor, y acompañan a la voluntad para gozar con ella las tres.

El éxtasis dura muy poco y en él queda quieta la imaginación, que, a mi parecer, también se pierde del todo. Cuando vuelven en sí no es del todo y pueden estar algunas horas como desatinadas, volviendo de vez en cuando a cogerlas Dios consigo.

14. Ahora fijémonos en lo que el alma siente interiormente. ¡Qué lo diga quien lo sabe, que no se puede entender, y mucho menos decir!

Estaba yo pensando, cuando quise escribir esto, después de comulgar y gozando de esta misma oración de que escribo, que qué hacía el alma durante esta oración, y me dijo el Señor estas palabras: “Hija, se deshace toda, para centrarse más en Mí. Ya no es ella la que vive, sino Yo. Como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo” Compárense estas palabras con la copla de san Juan de la Cruz después de un éxtasis: “Entréme donde supe y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo... Este saber no sabiendo es de tan alto poder, que los sabios arguyendo jamás le pueden vencer; que no llega su saber a no entender entendiendo...” A uno y otra les han dicho lo mismo.

Quien lo haya probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que uno siente que está unido a Dios y queda una certeza de ello tan grande, que de ninguna manera lo puede dudar.

Aquí desfallecen las facultades del alma y quedan suspendidas de modo que se entiende que no pueden obrar. Si estaba meditando un misterio, desaparece de la memoria como si nunca lo hubiera meditado. Si lee, no recuerda lo que lee, ni se puede parar a leer. Si reza, igual.

De modo que aquí se le queman las alas a esta mariposilla importuna de la memoria: ni moverse puede ya. La voluntad debe de estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende, porque como digo, no se entiende. ¡Yo no acabo de entender esto!

15. Me ocurrió a mí al principio que ignoraba que Dios estaba en todas las cosas y, como yo experimentaba tanto su presencia, no sabía conjugar lo uno con lo otro Su deficiente formación teológica pugna con la experiencia mística de que ha gozado.

No podía dejar de creer que Dios estaba allí porque había entendido muy claro que allí estaba su misma presencia.

Los que no tenían estudios me decían que Dios estaba en el alma sólo por la gracia. Yo no lo podía creer, porque, como digo, me parecía que estaba presente, y esto me afligía. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo P. Varrón, según anotó Gracián. En *Moradas Quintas* 1,10, relata el mismo dato (J. MARTI BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Quintas Moradas, 1,10,).

Los teólogos del posconcilio de Trento sostenían que la relación vital con Dios se establecía por la Gracia y omitían la Inhabitación de la Santísima Trinidad. Perdida la gracia por el pecado, la relación con Dios desaparecía. San Juan de la Cruz escribe que “nunca falta Dios del alma aunque esté en pecado mortal” (*Cántico espiritual* 1,8). Hoy se admite que la unión del alma con Dios se realiza en el orden ontológico y es fruto de la presencia vital de la Santísima Trinidad, o Gracia Increada, en el alma, distinta de la gracia santificante, que constituye el lazo de unión del hombre con la Gracia Increada. me libró de esta duda, pues me dijo que Dios estaba presente y que se comunicaba con nosotros, lo que mucho me consoló San Juan de la Cruz en el pasaje citado en el número anterior habla también del gran consuelo que recibe el alma porque nunca falta Dios de ella. Así lo dice en *Cántico espiritual leído hoy*: “Alegría grande para el alma saber que Dios nunca se va de ella” (ib.).

Es de notar y entender que esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja al alma grandemente enriquecida, como ahora diré.

## Capítulo 19

### CONTINUACIÓN DEL CUARTO NIVEL DE ORACIÓN: PERSEVERAR ORANDO.

**Efectos que produce en el alma. Insiste en que no se deje la oración aunque vuelvan a caer después de haber recibido esta**



## **merced, porque, si la dejan, perderán mucho. Gran consuelo para los débiles y pecadores.**

1. Queda el alma después de esta oración y unión con tan grandísima ternura, que querría deshacerse en lágrimas gozosas, y no de pena. Hállase bañada de ellas sin sentirlo ni saber cuándo ni cómo las lloró; mas le produce mucha alegría ver cómo ha quedado mitigado el ímpetu del fuego con el agua de las lágrimas que hacen crecer más el fuego. Parece esto inexplicable y ocurre así.

Me ha acaecido a mí que en estos momentos de oración me he encontrado tan fuera de mí, que no sabía si la gloria que había experimentado era sueño o realidad; y viéndome llena de agua que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece llovía de aquella nube del cielo, comprobaba que no había sido sueño. Esto era al principio y rápidamente pasaba.

2. Queda el alma tan animosa, que, si entonces la hiciesen pedazos por Dios, le daría gran consuelo. En ese momento se hacen promesas y determinaciones heroicas. Brotan ardentísimos deseos, comienza a aborrecer el mundo, viendo tan claro su vanidad.

Ha quedado mucho más mejorada que en los grados de oración anteriores, y con la humildad más crecida; porque ve claro que aquella excesiva merced grandiosa no fue traída por sus fuerzas, que tampoco pudieron detenerla.

Se ve indignísima con mucha claridad, porque en una sala donde entra mucho sol no hay telaraña escondida, ve su miseria.

Está tan lejos de vanagloria, que le parece que no la podría tener, porque ha visto con sus propios ojos lo poco o nada que puede, pues ni casi dio consentimiento, sino que parece que, aunque no quiso, le cerraron la puerta a todos los sentidos para que pudiese gozar más del Señor.

Si se quedó sola con El, ¿qué ha de hacer más que amarle? No ve ni oye, si no es con mucho esfuerzo: poco hay que agradecerle a ella.

Se le presenta después su vida pasada y la gran misericordia de Dios con suma verdad y sin necesidad de que el entendimiento discurra, pues allí ve guisado lo que ha de comer y entender.

De sí ve que merece el infierno y le castigan con gloria; se deshace en alabanzas de Dios, y yo me quisiera deshacer ahora: ¡bendito seáis, Señor mío, que así hacéis, de estiércol tan sucio como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa! ¡Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que así queréis elevar un gusano tan vill!

3. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma, como ya entendió claro que la fruta no es suya y no le hace falta a ella, ya puede comenzar a **repartirla**. En el tercer grado de oración no se le permitía que repartiera la fruta. Si ahora, que ha visto que no es suya y que ya no le hace falta a ella, la puede repartir, es signo del progreso en su cristificación (Confer 7,2). La han hecho corredentora.

¡Qué distinto modo de entender la acción apostólica tiene esta alma del que domina a los ejecutivos que pretenden ceñir el mundo con sus predicaciones y el ruido de su empresa! Pero ¡cuánta eficacia en aquella y cuánta paja en los segundos! (cf J. Martí Ballester, *Cántico espiritual de san Juan de la Cruz leído hoy*, BAC, Madrid ).

Comienza a dar señales de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros y a suplicar a Dios que no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin darse cuenta, ni hacer nada para ello; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor Buen olor de Cristo (2Cor 2,15). que les entra el deseo de acercarse a las flores Cant 1,3. Entienden que tiene virtudes y ven que la fruta es apetecible. Querrían compartirla con ella Gran ofensa haría a la Iglesia quien despertara a esta alma, aunque fuera para ocuparla en los cargos más decisivos. Igualmente se defrauda a la Iglesia cuando no se encauja el trabajo en orden a suscitar almas de este nervio. La primera afirmación es de san Juan de la Cruz en *Cántico*.

Anotación para canción 29,2-3. La segunda es mía.

Si esta tierra está muy cavada con trabajos y persecuciones y murmuraciones y enfermedades En Moradas sextas 1,4-15, describe Teresa los sufrimientos del alma que va llegando a este nivel, que sin esto pocos llegan a este grado, y si está blanda con gran desasimio de propio interés, se embebe en ella el agua tanto, que casi nunca se seca.

Mas si es tierra que todavía vive para el mundo y llena de tantos cardos y espinas que es como yo estaba al principio, y sin apartarme de las ocasiones y sin agradecer tan gran merced como es debido, la tierra se vuelve a secar.

Y si el hortelano se descuida y el Señor por sola su bondad no vuelve a querer que llueva, dad por perdida la huerta, que así me acaeció a mí algunas veces; que, cierto, yo me espanto, y si no lo hubiera experimentado no lo podría creer.

4. Escribo esto para consuelo de almas débiles, como la mía, para que no se desesperen nunca, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios; aunque caigan después de haberlas encumbrado el Señor a este grado de oración, no desmayen, si no se quieren perder del todo; que lágrimas todo lo consiguen: un agua trae otra.

Ésta ha sido una de las razones que me animó, siendo la que soy, a escribir por obediencia mi ruin vida y las mercedes que me ha hecho el Señor, aunque no le he sido fiel, sino que le he ofendido. ¡Cómo quisiera tener autoridad para que se creyera lo que digo! Al Señor suplico que la dé Su Majestad La autoridad que avale lo que está diciendo.

Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a hacer oración diciendo: “si vuelvo a caer es peor seguir haciendo oración”.

Yo así lo creo si se deja la oración y no se corrige “A quien Dios hubiere hecho esta merced y se apartase de la oración, si no torna presto a ella irá de mal en peor” (Moradas cuartas 3,10) ; mas, si no la deja, crea que el Señor la sacará a puerto de luz.

5. Me dio mucha guerra el demonio con esto, y sufrí tanto porque me parecía poca humildad hacer oración, siendo tan ruin, que, como he dicho, la dejé año y medio, lo que fue ni más ni menos que meterme yo misma en el infierno, sin necesidad de demonios que me empujasen “Estuve un año y más sin tener oración, pareciéndome más humildad. Y ésta fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder” (Vida 7,10).

¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta aquí el demonio para sus planes en cargar aquí la mano!

Sabe el traidor que el alma que persevere en la oración la tiene perdida y que todas las caídas que le hace dar le ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en la santidad: ¡algo le va en ello!

6. ¡Oh Jesús mío! ¡Qué hermosura ver un alma que, habiendo llegado a este grado de oración, cae en pecado y Vos, por vuestra misericordia, le volvéis a dar la mano Es un signo de haber recibido grandes mercedes levantarse pronto del pecado y cobrar mayor nivel de humildad y la levantáis! ¡Cómo reconoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras y reconocer vuestras grandezas; aquí el no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para agradecer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina del cielo para que interceda María, Madre de los cristianos, tiene confiado por Jesús el crecimiento de su Hijo en cada uno, por la oración, los sacramentos y las pruebas que purifican. ¡Cómo no intercederá para que se desarraiguen los vicios, arranque las malas hierbas de raíz y se hagan fuertes las virtudes!

Cuando Karol Woityla descubrió de joven el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen* de san Luis M.<sup>a</sup> Grignon de Montfort, consideró que había encontrado un tesoro: “La lectura de este libro supuso un viraje en mi vida. Digo viraje, aunque en realidad se trata de un largo camino interior. Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa, y que sus tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes: se trataba de algo fundamental. Mi devoción mariana vive en mí desde entonces. Es parte integrante de mi vida interior y de mi teología espiritual con la herencia de mi patria” (ANDRE FROSSARD, *¡No tengáis miedo!*, Plaza Janes, Barcelona 1982, 130-132). De ahí al “Totus tuus” del escudo de su pontificado. La devoción moderna ha recibido con las

apariciones de Fátima el gran regalo del Inmaculado Corazón de María, cuya devoción quiere extender por medio de Lucía. Si todas las gracias nos vienen por el Corazón Inmaculado de María, certeramente Teresa hace recurrir al que cayó en pecado al Corazón de la Madre; aquí invoca a los Santos que cayeron después de haberlos Vos llamado, para que le ayuden; aquí es donde cree que todo lo que le dais le viene ancho, porque ve que no merece la tierra que pisa; el acudir a los Sacramentos; aquí se robustece su fe viva en la fuerza que Dios depositó en ellos; el alabaros porque dejasteis tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que las quitan del todo La gracia sacramental del sacramento de la penitencia es la curación y fortalecimiento espiritual del alma enferma (Decreto pro Armeniis). D 695, DS 1311: *spiritualiter sanamur* (citado por AUEI-RATZINGER, *Los sacramentos de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1983, 220-221).

Espántase de esto. Y ¿quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y tan crecida merced a quien os ha traicionado con traición tan fea y abominable? ¡Que no se cómo no se me parte el corazón cuando escribo esto! ¡Porque soy ruin!

Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas por Vos —agua de tan mal pozo—, parece que os pago tantas traiciones, siempre haciendo males y procurando deshacer las mercedes que Vos me habíais hecho. Ponedles Vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, al menos para que no sea ocasión de que se hagan juicios temerarios, como los que yo hacía pensando que por qué no hacéis las mercedes que a mí me hacéis, a otras personas muy santas, que siempre os han servido y trabajado por Vos, criadas en religión y siendo religiosas, y no como yo, que de religiosa no tenía más que el nombre.

Bien veía yo, Bien mío, que les guardáis el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza necesitaba las mercedes.

Estas personas os sirven como fuertes sin mercedes y las podéis tratar como gente esforzada y no interesada.

7. Mas con todo, sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces ante Vos, disculpando a las personas que murmuraban de mí porque me parecía que les sobraba razón para ello.

Esto era ya, Señor, después, cuando me sosteníais por vuestra bondad para que no os ofendiese tanto y yo me iba apartando de todo lo que me parecía que os podía enojar; que, apenas yo hice esto, comenzasteis, Señor, a abrir vuestros tesoros a vuestra sierva.

Parece que no esperabais otra cosa sino que yo tuviera deseo de recibir y buena disposición, pues muy pronto comenzasteis no sólo a darme estos tesoros, sino a querer que se supiese que me los dabais.

8. Cuando esto se supo, comenzaron a tener buena opinión de la que no sabían bien cuán mala era, aunque se traslucía mucho.

Comenzó la murmuración y persecución de golpe y, a mi parecer, con mucha razón; por eso no me enojaba con nadie, sino que os suplicaba que miraseis cuánta razón tenían.

Decían que me las daba de santa y que inventaba novedades cuando estaba muy lejos de cumplir mi regla En Moradas sextas 1,4 relata lo que le ha ocurrido a ella y lo considera dechado de las almas de sextas moradas, o de cuarto nivel de oración y de aventajar a las muy buenas y santas monjas, que estaban en aquel monasterio Al comenzar la reforma y dejar el monasterio de la Encarnación, hubo gran alboroto entre las monjas de este monasterio, que pensaban salían malparadas con la Descalcez, y en toda la ciudad de Ávila. (ni creo que llegaré a alcanzarlas, si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte), cuando era yo la que quitaba lo bueno y ponía costumbres que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho.

Así que sin culpa suya me condenaban. Y no eran sólo las monjas, sino otras

personas; me descubrían verdades, porque Vos lo permitíais.

9. Una vez rezando las Horas, como yo algunas veces tenía esta tentación Es la tentación de que hablé en el n. 6 de preguntarse por qué los carismas a ella, habiendo personas mucho más santas, llegué al verso que dice: “Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos” (Sal 119 (118),137) y comencé a pensar qué gran verdad era. En esta verdad jamás tuvo el demonio fuerza para tentarme haciéndome dudar de que Vos, mi Señor, tenéis todas las perfecciones, ni de ninguna verdad de la fe.

Creo que me ocurría que cuanto menos iban por camino natural los misterios, más firme era mi fe, y me causaba gran devoción: en ser todopoderoso hallaban explicación para mí todas las grandezas que podáis hacer, y de esto, como digo, jamás tenía duda.

Pues pensando si era justo que a otras personas que eran más virtuosas que yo no les hicierais los regalos y mercedes que me hacíais a mí, siendo yo la que era, me respondisteis, Señor: “Sírvenme tú a Mí, y no te metas en eso”. Ésta fue la primera palabra En el c. 3 de Sextas Moradas trata de las palabras que Dios habla al hombre. Y en Vida 24-26. que entendí que me hablasteis y así me espantó mucho.

Como después explicaré este modo de entender, no lo digo aquí, porque saldría del tema, que ya me he salido demasiado: casi no sé lo que he dicho.

Tiene V., hijo mío, que tener paciencia con estas interrupciones, porque cuando veo lo que Dios me ha soportado y me veo en esta oración, no es mucho que pierda el hilo de lo que digo y de lo que he de decir. Quiera el Señor que siempre sean éstos mis desatinos y que no permita ya Su Majestad que yo pueda ofenderle ni un momento, antes me consuma ahora mismo.

10. Basta para ver sus grandes misericordias que ha perdonado tanta ingratitud, no una vez, sino muchas.

A San Pedro le perdonó una vez que fue ingrato, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio que no pretendiese tener amistad estrecha Dedicarse a la oración tan intensa e íntimamente con quien tenía enemistad tan pública Los pecados que cometía eran notorios.

¡Qué ceguedad tan grande la mía! Dejar la oración. ¿Dónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en Vos? ¡Qué disparate huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio: apartarme de estar arrimada a la columna En c. 8,11 puede leerse la misma frase y báculo que me ha de sostener para no dar gran caída!

Ahora me hago cruces y me parece que no he pasado peligro tan peligroso como esta invención que el demonio me enseñaba con disfraz de humildad En c. 7,1-11, el mismo concepto.

Me ponía en el pensamiento que cómo cosa tan ruin y que había recibido tantas mercedes podía acercarse a la oración; que me bastaba rezar lo que debía En c. 7,7-12, las mismas ideas; pues que ni esto hacía bien, cómo quería hacer más; que era falta de respeto y menospreciar las mercedes de Dios.

11. La tentación de dejar la oración Como quien está poseído por el pensamiento de que estuvo expuesta a perder la lluvia de Dios de que ya goza, rememora Teresa lo que habría perdido de haber sucumbido. Es una manera de encarecer más el valor de lo que tiene y el peligro de poderlo perder fue como un asomo de la que el demonio hacía a Judas, aunque en mi caso el traidor no osaba presentarse tan al descubierto; mas hubiera conseguido poco a poco perderme como a él.

Sean que el tiempo que estuve sin oración era mucho más perdida mi vida; y qué buen remedio me daba el demonio y qué donosa humildad C. 7,1-11. En este lugar relata su abandono de la oración que aquí está enfatizando. “Comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad...” que me causaba un gran desasosiego.

Mas ¿cómo había de sosegar mi alma? Apartábase la desgracia de su sosiego; tenía presente las mercedes y favores; veía que las alegrías de este mundo son

asco. Me espanto de cómo pudo ocurrir.

12. Yo nunca pensé dejar para siempre la oración (según recuerdo, porque esto hace ya más de veintiún años); mas esperaba volver a ella cuando estuviese muy limpia de pecados.

¡Oh, qué mal encaminada iba con esta esperanza! Hasta el día del juicio me daba de tregua el demonio, para de allí llevarme al infierno.

Pues si haciendo oración y lectura, lo cual era ver verdades y el ruin camino que llevaba, e importunando al Señor muchas veces con lágrimas, no tenía fuerza para la virtud, ¿qué podía esperar si dejaba la oración y la lectura, y en medio de pasatiempos y de muchas ocasiones y pocas ayudas, y osaré decir que con ninguna, sino más bien para ayudarme a caer, sino mi perdición?

13. Creo que tiene mucho mérito delante de Dios un fraile de Santo Domingo Fray Vicente Barrón (*Vida* 7,17). El consejo de un hombre que acertó a ver lo que se jugaba Teresa dejando la oración, gran letrado, que me despertó de este sueño. Él me hizo comulgar de quince en quince días; y menos mal.

Comencé a ser yo misma, aunque no dejaba de ofender al Señor; mas, como no había perdido el camino, aunque poco a poco, cayendo y levantándome, caminaba por él; y el que no deja de andar e ir hacia delante, aunque tarde, llega. Perder el camino no es otra cosa sino dejar la oración. ¡Dios nos libre, por su Bondad!

14. Por todo lo dicho, y téngase muy en cuenta por amor del Señor, aunque un alma llegue a recibir tan grandes mercedes de Dios en la oración, no se fíe de sí misma, ni se ponga en ocasiones, pues puede caer.

15. Téngase esto muy en cuenta, pues es muy importante; aunque la merced recibida en la oración sea con certeza de Dios, el demonio puede después engañar, para aprovechar lo que pueda de la misma merced. Puede seducir a personas sin virtudes maduras, o no mortificadas ni desasidas, ya que en este grado no quedan tan fuertes como para exponerse a ocasiones y ponerse en peligros, aunque tengan grandes deseos y determinaciones.

Es ésta excelente doctrina, y no mía, sino enseñada por Dios. Impresiona ver la serenidad y sencillez con que afirma que su doctrina es de Dios. Se la da para la Iglesia; y por eso quisiera que la conocieran personas ignorantes como yo.

Porque aunque una persona haya llegado a este grado, no se ha de fiar de sí misma para salir a combatir, porque ya hará bastante con defenderse.

Aquí son necesarias armas para defenderse de los demonios, porque aún no se tienen fuerzas para pelear contra ellos y tenerlos bajo los pies, como pueden hacer los que llegan al otro grado de que después hablaré.

16. Ésta es la trampa con que caza el demonio, que como un alma se ve tan cerca de Dios y ve la diferencia que hay entre el bien del cielo y el de la tierra, y el amor que el Señor le manifiesta, cobra confianza y seguridad de no descender del grado de que goza.

Le parece que ve el premio con tanta claridad que no es posible ya en cosa que, aun para esta vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite. Con esta confianza le quita el demonio la poca que ha de tener en sí misma; y, como digo, se pone en los peligros y comienza con buen celo a dar la fruta. Retoma la comparación del huerto regado por el alma, las flores y los frutos, y advierte que, aunque en 19,3 dijo que “puede comenzar a repartir la fruta”, lo ha de hacer *con tasa* y con cautelas: “trabajad con *temor* y *temblor* por vuestra salvación” (Flp 2,12). Para no caer en pecado de presunción *sin tasa*, creyendo que no tiene nada que temer.

No hace esto por soberbia, pues bien sabe el alma que de sí no puede nada, sino por una excesiva confianza en Dios sin discreción, porque no advierte que aún tiene pelo malo. Es ave que aún no puede volar por no tener plumas, sino sólo plumón.

**Puede salir del nido y Dios la saca de él** Salir del nido y hacer el bien a su alrededor, pero sin perder pie ni entregarse a actividades que la impidan su soledad y le hagan acortar la oración, ni entregándose a empresas para las que no es llamada. Despertar a las hermanas con sus virtudes, sí. Hacer torres sin fundamento, NO (J. MARTI BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Séptimas Moradas 4,17-18), **mas aún no está para volar; porque las virtudes aún no están fuertes, ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que se hace fiándose de sí.**

17. Esto fue lo que a mí me destruyó; que para esto y para todo hay gran necesidad de maestro y trato con personas espirituales.

Bien creo que un alma a quien Dios ha elevado a este estado no dejará de favorecerla, ni dejará que se pierda, si ella no deja a Su Majestad del todo; mas cuando caiga, mire, mire por amor del Señor, no la engañe el demonio con que deje la oración, como hacía conmigo con humildad falsa, como ya lo he dicho y muchas veces lo quisiera repetir. Estos últimos números han ido envueltos en un reiterativo alegato de que dejó la oración por humildad, engañada por el demonio. Junto a esta constatación de que por no tener quien la guiara, *dando la fruta*, recibiendo visitas sin cautela, descendió de la altura y nivel alcanzados.

Confíen en la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer y no se acuerda de nuestra ingratitud cuando nosotros, reconociéndonos, queremos volver a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por no haberlas aprovechado. Al contrario, ellas sirven para perdonarnos más pronto, como personas que ya eran de su casa y han comido su pan.

Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que antes me cansé de ofenderle que Su Majestad de perdonarme.

Nunca se cansa de dar ni se puede agotar su misericordia; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito por siempre, amén, y que le alaben todas las cosas.

---

## Capítulo 20

### CONTINÚA EL CUARTO NIVEL DE ORACIÓN: EL ARROBAMIENTO.

**Diferencia entre unión y arrobamiento** Ya se ha hablado de la diferencia en el c. 18,7.  
**Definición del arrobamiento. El alma elevada por Dios a arrobamiento recibe un grandísimo bien. Efectos que produce. Todo es admirable.**

1. Quisiera saber exponer con el favor de Dios la diferencia entre unión y arrobamiento o vuelo de espíritu, llamado también arrebatamiento, que todo es lo mismo. También se llama éxtasis. Produce unos efectos mucho mayores que la unión, pues son grados más calificados que la unión. La unión del alma con Dios produce sus efectos en lo interior y el arrobamiento o vuelo, por ser una comunión más intensa, los producen en lo interior y en el exterior. San Juan de la Cruz trata este tema en *Cántico* 13: “Apártalos, Amado, que voy de vuelo”, donde enaltece la doctrina de la madre Teresa. La fase negativa del éxtasis viene desarrollada en *Noche oscura*, libro 2, en que el alma es sometida a una purificación radical que va consolidando los asomos de presencia divina en los arrobamientos de las quintas moradas, que son recibidas como toques actuales hasta que, tras estas purificaciones de las sextas moradas, quede establecida el alma en la unión total con Dios de una forma habitual. Aquí se efectúa el Desposorio Místico (Moradas Sextas 1,1). Con el Desposorio comienza la Noche oscura del espíritu. Santa Teresa nos relata que este Desposorio comenzó con los arrobamientos, cuando oyó: “Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles”. Palabras primeras que oye de Dios, tan poderosas que hirieron lo que decían, cosa que ningún esfuerzo humano había podido conseguir. El mérito instrumental de este logro hay que apuntarlo al P. Prádanos, que, siguiendo al P. Cetina, consumó lo que a los ineptos directores anteriores se les había escapado de las manos y que hubiera terminado en una lamentable frustración de la gracia. Quiera aclararlo el Señor, como hasta ahora lo ha hecho, pues si Su Majestad no me hubiera dado a entender cómo y con qué comparaciones se pueden manifestar estas gracias misteriosas, yo no hubiera sabido decir nada.

2. El agua de lluvia con que Dios riega el huerto de que hemos hablado es tan copiosa, que si la tierra la pudiera soportar, bien podemos creer que estaría siempre con nosotros esta nube “Yavé descendió en la columna de nube” (Núm 12,5). de la gran Majestad acá en esta tierra.

Mas cuando le agradecemos este gran regalo y lo aprovechamos para ejercer obras buenas, según nuestras fuerzas, coge el Señor al alma, así como las nubes cogen los vapores de la tierra. Santa Teresa escribió esta frase al margen del manuscrito: “Helo oído así esto de que cogen las nubes los vapores, o el sol”. y la levanta, y sube al cielo la nube y la lleva consigo y empieza a enseñarle atisbos del Reino que le tiene preparado. No sé si la comparación cuadra, mas así acaece.

3. En estos arrobamientos parece que el alma no anima al cuerpo y por eso se experimenta con mucha intensidad que desciende la temperatura y que se va enfriando con grandísima suavidad y deleite.

Si en la unión, aunque con pena y fuerza se puede resistir casi siempre la embestida de Dios, porque aún estamos en nuestra tierra, en el arrobamiento no hay remedio, sino que, incluso muchas veces sin esperarlo ni hacer nada, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas “Os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí” (E.x 19,4).

4. Y digo que uno se da cuenta y ve que se lo llevan y no sabe dónde; porque, aunque esto produce deleite, al principio la flaqueza de nuestra naturaleza siente miedo y es necesario que el alma sea determinada y animosa. Vuelve a insistir en la exigencia de valerosidad, mucho más que en los grados anteriores, para arriesgarlo todo venga lo

que viniere, y dejarse en las manos de Dios e ir de buen grado a donde os lleven, pues os llevan aunque no queráis.

Y hasta tal punto que muchas veces yo quisiera resistir con todas mis fuerzas, sobre todo algunas veces que es en público, y otras muchas en privado, por temor de ser engañada por el demonio.

Algo podía resistir algunas veces con gran magullamiento y quedaba tan cansada como si hubiera luchado con un gigante.

Otras veces era imposible, pues me arrebatava el alma y casi siempre la cabeza se me iba con ella, sin poderlo impedir, y algunas veces era todo el cuerpo el que se elevaba.

Esto ha ocurrido pocas veces. Una vez ocurrió en el coro donde estábamos todas las monjas cuando iban a comulgar, estando de rodillas. Me daba muchísima vergüenza, porque me parecía que aquel fenómeno tan extraordinario había de ser muy sonado. Y por eso mandé a las monjas que no lo dijese, porque yo era Priora.

Mas otras veces, cuando comenzaba a notar que el Señor iba a hacer lo mismo, y una vez durante el sermón en la fiesta de la Advocación de S. José de Ávila, en la que había señoras muy importantes, me tiraba al suelo y las monjas me sujetaban, y aún se notaba.

5. Supliqué mucho al Señor que no me diese más mercedes con fenómenos externos “Con muchas lágrimas —dice Ana de los Ángeles— pedía a Nuestro Señor que le quitase aquellos arrobamientos; y así sabe esta testigo que se lo concedió Nuestro Señor por algún tiempo” (EFREN DE LA M. DE DIOS, *Tiempo y vida de santa Teresa*, Ed. Católica, Madrid 1977, 252). porque yo estaba cansada de ir con tanta precaución y Su Majestad podía concederme aquella merced sin que se notase.

Parece que el Señor se ha dignado escucharme y hasta hoy no los he vuelto a tener. Verdad es que hace poco tiempo que cesaron los arrobamientos.

6. Cuando quería resistir el arrobamiento, me parecía que me levantaban desde los pies fuerzas tan grandes, que no sé a qué compararlas, pues eran más impetuosas que las que sólo afectan al espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque resistir era como sostener una gran pelea que cuando el Señor quiere sirve de poco, que no hay poder contra su poder.

Otras veces el Señor se contenta con que veamos que nos quiere hacer esta merced y que no queda por Él y, si se resiste por humildad, produce los mismos efectos que si lo hubiésemos enteramente aceptado.

7. Los efectos del éxtasis son grandes: en primer lugar, se manifiesta el gran poder del Señor y que no podemos, cuando Su Majestad quiere, detener ni el cuerpo, ni el alma, ni somos dueños de ellos. Mal que nos pese, vemos que tenemos superior, y que estas mercedes las da Él y que nosotros no podemos en nada nada; con esto se infunde mucha humildad.

Yo confieso que sentí gran temor, al principio grandísimo, al ver cómo se elevaba mi cuerpo de la tierra, que, aunque el espíritu lo lleva consigo y es con suavidad grande si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo era consciente y me daba cuenta de que se me llevaba.

Se manifiesta una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios.

Este temor va mezclado con grandísimo amor que se cobra de nuevo a quien vemos lo tiene tan grande a un gusano tan podrido, que parece que no tiene bastante con llevarse de veras el alma consigo, que quiere llevarse también el cuerpo siendo tan mortal y de tierra tan sucia por tantos pecados cometidos.



8. También deja un desasimiento extraño, que yo no puedo decir cómo es. Me parece que puedo decir que de alguna manera es diferente de las comunicaciones de Dios que afectan sólo al espíritu, de las que el alma queda espiritualmente desasida de las cosas, pero aquí quiere el Señor que también el cuerpo esté desasido y se padece una extrañeza nueva hacia las cosas de la tierra, por lo cual es mucho más penosa la vida.

Después se siente una pena, que ni nos la propusimos nosotros ni nos la podemos quitar. Mucho quisiera poder explicar esta pena y creo que no podré, *utas diré algo si supiere* San Juan de la Cruz dice que así es como con estos "toques que ha ido recibiendo de la Divinidad... el alma se ha ido purificando, sosegando y fortaleciendo y estabilizando para poder recibir permanentemente la unión divina, que es el divino matrimonio entre el alma y el Hijo de Dios" (2 *Noche oscura*, 24,3) (J. MARTÍ BALLESTER, *Noche oscura leída hoy*, BAC, Madrid,).

Y santa Teresa en *Moradas*: "Y Su Majestad como quien conoce nuestra flaqueza la va habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por esposo" (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Sextas Moradas 4,1.).

Nótese que tanto el desprendimiento extraño como esta pena ocurren después de las visiones y revelaciones en las que el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. De ellos escribiré más adelante. Ahora, aunque estos gustos no han cesado del todo, esta pena es más continua. Y es más o menos intensa.

9. Quiero hablar ahora de cuando la pena es más intensa, porque, aunque más adelante hablaré de los grandes ímpetus que me daban cuando el Señor quiso darme los arrobamientos, éstos, en comparación de la pena más intensa, son como dolores del cuerpo y la pena como dolor del espíritu, y no exagero.

Porque la pena menos intensa que ocurre con los arrobamientos, la experimenta el alma junto con el cuerpo, y como la comparten ambos, no sufre el extremo desamparo que la más intensa de las penas produce en el alma que la sufre sola, sin el cuerpo.

Y nada podemos hacer para mitigarla. Muchas veces viene un deseo que no sé de dónde nace que penetra toda el alma en un instante y el alma comienza a sufrir con un dolor muy por encima de sí y de todo lo criado y la deja Dios tan despojada de todas las cosas que, por mucho que ella se esfuerce, no encuentra en la tierra ninguna cosa que le haga compañía, ni ella la quiere, pues lo único que desea es morir en esa soledad.

Aunque le hablen y ella se esfuerce por hablar no desaparece de su espíritu la dichosa soledad.

Y aunque me parece entonces que Dios está lejísimos, a veces me comunica sus grandezas del modo más extraño que se pueda pensar; y así no se sabe decir, ni creo que lo creerá ni lo entenderá quien no lo haya experimentado; porque la comunicación no es para consolar, sino para que vea que es lógico que sufra de estar ausente del Bien que contiene en sí todos los bienes.

10. Con esta comunicación crece el deseo y la extrema soledad en que se ve, con una pena tan fina y penetrante, que el alma se encuentra en el desierto, como lo dijo el real Profeta cuando se encontraba en la misma soledad, que quizá para él fue más extremada, pues era santo: "Estoy desvelado gimiendo, como pájaro sin pareja en el tejado" (Sal 101,8) Busca en la Escritura la confirmación de lo que experimenta.

Este verso lo experimento yo en mí y me consuela ver que tales personas han sentido tan grandísima soledad.

Así parece que el alma está no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado; pues me parece que está encima de sí misma, en lo más alto del alma.

11. Otras veces parece que anda el alma como necesitadísima, diciendo y

preguntándose: “¿Dónde está tu Dios?” (Sal 41,4) De nuevo recurre a la base bíblica para garantizar su situación. Es admirable que yo no entienda el significado en castellano de estos versículos y cuando los entendí me consolaba al ver que el Señor me los había traído a la memoria sin buscarlo yo.

Otras veces me acordaba de lo que dice San Pablo, “que está crucificado para el mundo” (Gál 6,14) Ahora es san Pablo su garante. Yo no digo que esto sea a la letra, pues está claro; mas me parece que está así el alma que ni recibe consuelo del cielo, ni vive en él, ni quiere el de la tierra, padeciendo y sin recibir socorro de ningún lado.

Porque el socorro que le viene del cielo le causa mayor tormento, pues siendo un conocimiento de Dios tan admirable por encima de lo que podemos desear, acrecienta el deseo de Dios tanto que le causa una gran pena que algunas veces le quita el sentido, aunque por poco tiempo.

Parece que está en trance de muerte y a la vez con una alegría tan grande de este padecer, que no sé a qué lo puedo comparar.

Ello es un recio martirio sabroso que el alma no lo cambiaría por la más sabrosa cosa de la tierra. Nada quiere, todo lo desprecia.

Bien entiende que sólo quiere a su Dios y no una partecita suya, sino todo junto le quiere, aunque no sabe lo que quiere.

Digo que no “lo sabe” porque la imaginación es incapaz de formular nada de este bien Dios no puede ser ni formulado, ni imaginado, ni representado por una facultad psicosomática, ni siquiera por las potencias espirituales; las supera a todas, ni tampoco las potencias actúan, pues al igual que en la unión y en el arrobamiento quedan suspendidas por el gozo experimentado, en esta pena el mismo dolor las impide actuar.

12. ¡Oh Jesús! ¡Quién pudiera dar a entender bien a V. esto! para que me explicara lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma!

Apenas está desocupada le sobrevienen, casi siempre, estas ansias de muerte “De estas mercedes tan grandes queda tan deseosa de gozar del todo al que las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Sextas Moradas 6.1). y teme, cuando ve que comienzan, porque sabe que no se ha de morir; mas cuando ya está en ello quisiera que toda su vida futura estuviera sumergida en este padecer.

Pero es tan excesivo, que mal lo puede sufrir la persona, pues algunas veces casi pierdo las pulsaciones, según dicen las hermanas que se acercan a mí, que son las que más lo entienden, y se me abren las canillas, y las manos quedan tan yertas que algunas veces ni las puedo juntar, y por eso hasta el día siguiente me dura el dolor en las muñecas y en el cuerpo, como si me hubieran descoyuntado “Ana de los Ángeles oyó a las madres primitivas que de la misma tuerza de los arrobamientos se le abrían las muñecas de las manos...” (EFRÉN DE LA M. de DIOS, *Tiempo y vida de santa Teresa*, Ed. Católica, Madrid 1977, 252).

13. Yo pienso que alguna vez, si esta pena sigue como ahora, se acabará por acabarse la vida, pues hay motivo para ello, aunque yo no lo merezca.

Toda mi ansia es morirme entonces; ni me acuerdo del purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho. Todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo.

Lo único que la podría consolar sería tratar con quien hubiese pasado por este tormento.

14. El saber que nadie la va a creer, aunque se queje, también la atormenta, pues esta pena es tan enorme que no quiere soledad como otras veces, ni compañía de no ser de alguien con quien pueda desahogarse y quejarse.

Es como alguien que se está ahogando con la soga a la garganta y lucha por

respirar. Creo que el deseo de tener compañía proviene de nuestra flaqueza; pues como la pena nos sitúa en peligro de muerte (que es así, pues yo, que me he encontrado en ese peligro por mis grandes enfermedades, puedo decir que es éste mayor que todos), la exigencia que tienen el cuerpo y el alma de no separarse es la que les hace pedir socorro para respirar, manifestándolo y quejándose “Algunas veces se levantaba de la mesa con grande ímpetu sin poderlo disimular, y se arrojaba en la primera camilla que topaba, dando grandísimos suspiros y unos gemidos muy tiernos (ib.) y tratando de distraerse y buscando alivio para vivir muy contra la voluntad del espíritu o del alma superior, que no querría salir de esta pena.

15. No sé si atino en lo que digo o si lo sé decir, mas yo veo que lo que ocurre es así. Ya me dirá V. qué descanso puede tener el alma en esta vida, pues el que tenía, que era la oración y soledad, porque en ellas me consolaba el Señor, le causa este tormento, y es tan sabroso y veo que es tan precioso, que ya lo quiere más que todos los regalos que solía tener.

Considera más seguro este tormento, porque es camino de cruz, y es tan sabroso y valioso porque el cuerpo no goza, sino sufre, y sólo el alma padece y goza a la vez la alegría que da este padecer.

Yo no sé cómo puede ser esto, mas así pasa, y creo que yo no cambiaría esta merced que el Señor me hace (que sólo de su mano viene y no es adquirida por mí, porque es muy sobrenatural) por todas las mercedes no juntas, sino recibidas una por una.

No se olvide que esta pena la estoy padeciendo ahora, después de haber pasado por todo lo que relato en este libro “Digo que estos ímpetus son posteriores a las mercedes del Señor que aquí voy a relatar” (c. 20,9). En el orden cronológico son primero los arrobamientos, y después esta *pena* que intercala como un paréntesis entre la descripción de los arrobamientos, quizá por la semejanza de ambas gracias y porque lo vive mientras está escribiendo.

16. Cuando comencé a padecer esta inmensa pena, me sobrecogió el temor, que es lo que me ocurre casi siempre que recibo una nueva merced del Señor hasta que, a medida que se va desarrollando, me la garantiza Su Majestad.

El me dijo Nótese que la doctrina de la Doctora Mística en este punto es divina: “El me dijo...” que no tuviera miedo y que estimase más esta gracia que todas las que me había concedido, que en esta pena Es la noche pasiva del espíritu. En la activa sólo han sido como arañados los defectos radicales del ser. Para borrar las manchas del hombre viejo, o restituir al hombre a su estado original, anterior al pecado, no bastan las fuerzas humanas, hay que pasar por la noche terrible como la de Cristo en la cruz, en la que “llevó a cabo la gesta más gigantesca de su vida..., que fue reconciliar y unir por gracia a los hombres con Dios. Y esto se hizo en el mismísimo momento en que el Señor estuvo más anulado en todo” (J. MARTÍ BALLESTER, *Subida del monte Carmelo leída hoy*, 7,11, BAC, Madrid.). se purificaba el alma como el oro en el crisol, para hacerla capaz de recibir los esmaltes de sus dones, y que se purificaba en ella lo que había de hacerse en el purgatorio Un escritor de la talla de J. Guittón ha escrito recientemente: “Nuestros contemporáneos (al menos en Occidente) han desacralizado la muerte. Todos iremos al paraíso, han cantado” (*Silencio sobre lo esencial*, Edicep, Valencia 1988, 36). Parece que la necesidad de purificación en el purgatorio no se acentúe o se silencie siguiendo a Lulero. Y la unión con Dios precisa la purificación total, pues no puede haber unión sin homogeneidad de ambos elementos: Dios y hombre. Santidad con santidad, belleza con belleza, justicia con justicia.

Bien entendía yo que era una gran merced, mas quedé con gran seguridad, y mi confesor me lo confirmó. Y aunque yo temí, por ser tan ruin, nunca pude creer que tal merced era mala; pero al ser un regalo tan excelso me hacía temer, acordándome de que no lo merecía. Bendito sea el Señor que tan bueno es. Amén.

17. Parece que me he salido del tema, porque comencé a hablar de arrobamientos y esta merced es mayor que los arrobamientos y así deja los efectos que he dicho.

18. Volvamos a los arrobamientos y a sus características Vemos cómo ha intercalado en el relato de los arrobamientos la descripción de la pena, gracia superior. Digo que muchas veces me parecía

que me dejaba el cuerpo tan ligero que desaparecía de él la gravedad, en tanto grado a veces, que parece que no sentía tener los pies en el suelo.

Cuando hay arrobamientos queda el cuerpo como muerto, muchas veces sin poderse mover, y queda el cuerpo en la posición en que lo sorprende: si lo coge estando en pie, en pie se queda, si sentado, sentado, o con las manos abiertas, o con ellas cerradas. Más de una vez quedó ella con la sartén en la mano, sobre el fuego, “Y temiendo que se derramase el aceite, porque ni una gota más tenía para guisar”, le sostenía la sartén Isabel de Santo Domingo (A. Ruiz, *Anécdotas teresianas*, Monte Carmelo, Burgos 1981, 165). Lo refiere también María Bautista (EFRÉN DE: LA M. DE DIOS, *Tiempo y vida de santa Teresa*, Ed. Católica, Madrid 1977, 250).

Aunque el sentido se pierde pocas veces, yo lo he perdido algunas veces, pocas y poco rato; mas ordinariamente el sentido queda turbado y, aunque exteriormente no puede hacer nada, entiende que oye como de lejos.

En el momento más álgido del arrobamiento no entiende, ni oye, ni siente, pues se pierden las potencias al estar muy unidas con Dios; mas esta transformación del alma totalmente en Dios. Contrariamente a lo que a primera vista parece, el éxtasis tiene misión catártica, algo así como narcosis divina para que el bisturí o cauterio de Dios corten de raíz y sanen el “fomes peccati”, pues “si las manchas del hombre viejo no salen por el jabón y fuerte lejía de la purificación de esta noche, el espíritu no podrá llegar a la pureza de la unión divina” (J. MARTÍ BALLFESTER, *Noche oscura leída hoy*, 2,1, BAC, Madrid). **dura poco**, mas lo que dura ninguna potencia siente ni sabe lo que le pasa allí.

Debe de ser que no se puede entender mientras vivimos en la tierra, o al menos no quiere Dios que se entienda porque no somos capaces de entenderlo. Esto me enseña mi experiencia.

19. Me dirá V. que cómo es que alguna vez dura el arrobamiento tantas horas. Lo que a mí me ocurre es, como dije en la oración de unión, que se goza a intervalos.

Muchas veces se engolfa el alma, o, mejor dicho, la engolfa el Señor en El, y la mantiene engolfada un poco, quedando después sola engolfada la voluntad.

El movimiento de las dos potencias es parecido al movimiento del estilo de los relojes de sol, que no paran nunca; mas cuando el sol de justicia quiere, lo hace detener, aunque poco rato.

Mas como el ímpetu de la oleada espiritual ha sido muy grande, aunque la memoria y el entendimiento vuelvan a inquietarse, queda la voluntad engolfada en Dios y ella, como señora de cuerpo y alma, deja que los sentidos corporales y la ley de la gravedad queden suspendidos, porque así lo quiere el Señor, para que no impidan su endiosamiento, que es lo que intentan hacer las dos potencias dichas, pues cuantos menos enemigos estorben su arrobamiento, mejor. Por eso los ojos, aunque no queramos cerrarlos, permanecen cerrados, y si alguna vez los tenemos abiertos, como ya he dicho, la persona no atina ni advierte lo que ve.

20. En estos momentos queda muy imposibilitado el cuerpo, y esto facilitará el trabajo para reanudar la conexión cuando las potencias vuelvan a ser unidas con Dios.

Por eso, quien reciba esto del Señor, no se desconsuele al ver que su cuerpo se queda paralizado muchas horas y a veces como distraídos el entendimiento y la memoria.

Lo que ordinariamente ocurre es que estas dos potencias están absortas dirigiendo alabanzas a Dios o queriendo comprender y entender lo que les ocurre; y aun para esto no están despiertas del todo, sino como una persona que ha dormido mucho y soñado y aún no se acaba de despertar.

21. Pormenorizo tanto esta situación, porque sé que en esta ciudad <sup>Avila</sup> hay personas a quienes el Señor ahora hace estas mercedes, y si los que las dirigen no tienen experiencia de esto, especialmente si no tienen estudios, creerán que en el

**arrobamiento han de estar como muertos** Hay grados en el arrobamiento, aparte de que en todos se da la entrada y la salida en que se atenúa la acción divina. No es exigencia del éxtasis que el cuerpo quede totalmente muerto: aunque se ralentiza la acción de los sentidos internos y de los corporales, no siempre se pierden del todo. Son dignos de mención los éxtasis de santa Teresa del Niño Jesús sin repercusión somática junto a su hermana Celina en el mirador de los Buissonnets: “Este éxtasis no nos privaba del conocimiento, ni nos levantaba del suelo. Todavía veo a Teresa —escribe Celina— apretarme las manos, veo sus ojos bellos arrasados en lágrimas. Era el éxtasis de San Agustín y Santa Mónica en Ostia. La misma Santa hizo este paralelo” (*Conseils et Souvenirs*, 218. Citado por BARRIOS MONEO, *La espiritualidad de santa Teresa de Lissieux*, vol. I, Madrid 1958, 208) **y da lástima lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como diré después.**

Quizá yo no sé lo que digo; V. entenderá si atino en algo, pues el Señor ya le ha dado experiencia de algo, aunque como hace poco tiempo, quizá no lo ha estudiado tan detalladamente como yo.

Después del arrobamiento no tiene fuerzas el cuerpo, aunque mucho lo intente, para moverse; el alma se las llevó todas consigo.

Muchas veces, estando muy enfermo y lleno de grandes dolores, queda curado, y con más agilidad, porque es cosa grande lo que en el arrobamiento se da, y quiere el Señor que algunas veces también goce el cuerpo porque obedece ya al alma.

Cuando vuelve el alma en sí, si el arrobamiento ha sido grande, acaece que está un día, o dos, y a veces tres, con las facultades tan absortas, o como embobada, como si estuviera fuera de sí.

22. Aquí es la pena de tener que volver a vivir; aquí le nacieron alas para volar muy alto; ya se le ha caído el pelo malo, aquí se levanta ya del todo la bandera de Cristo, pues parece que el gobernador de esta fortaleza se sube o le suben a la torre más alta para alzar la bandera de Dios El ondear la bandera de Dios es el signo de la victoria de la gracia sobre todos los enemigos del hombre.

Mira a los que están abajo, como quien está salvado; ya no teme los peligros, sino que los desea, como quien ha recibido la seguridad de la victoria.

Aquí se ve muy claro lo poco que se ha de estimar lo de la tierra, pues nada vale nada. Desde la altura divisa un inmenso horizonte. Ya no quiere tener voluntad propia, ni siquiera tener libertad, y así lo suplica al Señor; le da las llaves de su voluntad.

23. He aquí al hortelano convertido en gobernador de la fortaleza; no quiere más que hacer la voluntad del Señor; no quiere ser dueño de sí, ni de nada, ni de una fruta de esta huerta, para que, si hay en ella algo bueno, lo reparta Su **Majestad** No olvida que comenzó a hacer un huerto para el Señor, y que lo ha estado regando con las diversas aguas de su alegoría original. Pero ahora de repente cambia el huerto por el castillo y la bandera de la victoria, que ya vivía en su subconsciente, como germen de las *Moradas*; pero presenta aún la fruta de la huerta, para revalorizar la alegoría primera y como resorte de continuidad de la escritora. **De ahora en adelante no quiere tener cosa propia, sino que el Señor disponga de todo conforme a su gloria y a su voluntad.**

En realidad de verdad, si los arrobamientos son auténticos, dejan en el alma los frutos y aprovechamiento que he dicho.

Y, si no son éstos, dudaría yo mucho de que sean de Dios; más bien temería si no son los rabiamientos que dice San Vicente San Vicente Ferrer, *Tratado de Vida espiritual*; de gran éxito antes de aparecer la *Imitación de Cristo*, de Kempis, que al parecer se inspiró en él.

Esto lo entiendo yo y he visto por experiencia, que en una hora de arrobamiento, o menos de una hora, queda el alma señora de todo y libre, hasta el punto de que ni ella se puede reconocer.

Ve muy bien que no es suyo, ni sabe cómo se le dio tanto bien, mas claramente ve el grandísimo provecho que cada rapto de éstos produce.

24. No lo creará quien no tenga experiencia de ello; y así no creen a la pobre alma, porque la han visto ruin y de repente la ven emprender cosas tan animosas; porque ya no se contenta con servir un poco al Señor, sino todo cuanto puede.

Los demás piensan que lo que pretende es tentación y disparate. Si supiesen que no nace de ella, sino del Señor a quien ha entregado las llaves de su voluntad, no se espantarían.

Tengo para mí que un alma que llega a este estado, no es ella la que habla ni hace las cosas por su impulso, sino que de todo lo que ha de hacer tiene cuidado este soberano Rey.

¡Oh, válgame Dios, qué claro se ve aquí el significado del verso y cómo se entiende que tenía razón y la tendrán todos al “pedir alas de paloma”! (Sal 54,7) Como dije en la introducción ha ido apareciendo su vena bíblica como en este salmo, al correr del libro.

Se ve con claridad que es un vuelo que da el espíritu para levantarse de todo lo criado y de sí mismo primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

25. ¡Qué señorío tiene un alma a quien el Señor lleva hasta aquí, que lo puede mirar todo sin estar enredada en ello! ¡Qué avergonzada está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguera! ¡Qué lastimada de los que están en esta ceguera, especialmente si son personas de oración a quienes Dios ya regala!

Querría dar voces para hacerles ver qué engañados están, e incluso lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones.

La tienen por poco humilde, y como que quiere enseñar a de quien debía aprender, sobre todo si es mujer.

Entonces la condenan, y con razón, porque no saben el ímpetu que la mueve Como el profeta Jeremías: “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir... Sentía dentro la Palabra como fuego ardiente encerrado en los huesos” (Jer 19,5-9)., que a veces no lo puede soportar, ni puede sufrir no desengañar a los que ama y desea ver libres de la cárcel de esta vida, que no es menos ni le parece menos en la que ella ha vivido.

26. Se arrepiente del tiempo en que hizo caso de honores y de haber vivido engañada creyendo que era honra lo que el mundo llama honra; ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella; entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, y estima lo que de verdad vale y desprecia lo que es nada, pues todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios.

27. Se ríe de sí misma, del tiempo en que apreciaba el dinero y lo codiciaba, aunque nunca confesé ningún pecado sobre esto; harta culpa era estimarlo. Si con dinero se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, lo estimaría mucho; mas comprende que este bien se gana dejándolo todo.

¿Qué es lo que se compra con este dinero que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? ¿O para qué lo queremos? Negro descanso se busca procurándolo, que tan caro cuesta.

Muchas veces se procura con él el infierno y se compra fuego eterno y pena sin fin.

¡Oh, si todos decidiesen tenerlo por tierra sin provecho, qué orden habría en el mundo, qué libre de intrigas! ¡Con qué amistad se tratarían todos si no hubiera interés de honra y dinero! Tengo para mí que se remediaría todo.

Ve la gran ceguera que proviene de los placeres y que con ellos compra sufrimiento, aún en esta vida y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poca alegría! ¡Cuánto trabajo en vano!

28. Aquí no sólo ve las telarañas de su alma y las faltas graves, sino un polvito que haya, por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este Sol, se ve toda muy turbia.

Es como el agua de un vaso, que si no le da el sol, está muy clara; pero si le da se ve que está toda llena de motas. Al pie de la letra es esta comparación.

29. Antes del éxtasis creía el alma que tenía cuidado de no ofender a Dios y que hacía lo que podía según sus fuerzas; mas cuando ha llegado al éxtasis, en que le da el sol de justicia que le hace abrir los ojos, ve tantas motas, que quisiera volverlos a cerrar; porque aún no es tan hija de esta águila caudalosa “Como el águila que incita a su nidada” (Dt 32,11). para poder mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos se ve toda turbia. Recuerda el Salmo que dice: “¿Quién será justo delante de Ti?” (Sal 142,2) Otro recurso bíblico.

30. Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad; cuando se mira a sí misma, el barro le ciega los ojos: ciega está la palomita.

Aquí le acaece muchas veces que queda ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida por tantas grandezas como ve.

Entonces consigue la verdadera humildad Siendo la humildad el fundamento de todo el edificio, se consigue ahora que todo él esté bien fundado sobre roca. por la cual nada le importa hablar de sí misma, ni que hablen los otros.

Reparte el Señor del huerto la fruta y no ella Es la hora del apostolado eficaz y permanente, porque es Dios mismo quien irradia el bien y la santidad que el alma sólo refleja. Muchas veces se enfoca el apostolado o la evangelización a modo de una empresa, cuya eficacia va en proporción de la fatiga y organización humana. Irradiar a Dios y hasta cambiar la historia es obra de santos y jamás de ejecutivos. ¡No a las multinacionales de las palabras vacías y frías! ¡Sí a las antenas parabólicas que reflejen la imagen de Dios y su Palabra y la suavidad de los frutos del Espíritu Santo! La verdadera formación de los evangelizadores consistirá en convertirlos y dejarse convertir en ascuas vivas, imágenes de Dios que pasa quemando. Pero esto nos atemoriza. Nos gusta el calorcillo del sol, pero no su quemadura. y así nada se le pega a las manos; todo lo bueno que tiene lo dirige a Dios y si algo dice de sí misma es para su gloria.

Sabe el hortelano que nada de lo que tiene es suyo, y aunque no quiera, el divino sol le hace cerrar los ojos a las cosas del mundo y que los tenga abiertos para entender verdades.

## Capítulo 21

### FIN DEL CUARTO NIVEL DE ORACIÓN: GRANDES DESEOS DEL ALMA.

**Continúa y termina el último grado de oración. Lo que siente el alma que ha vivido en este grado de oración cuando tiene que volver a vivir en el mundo. El Señor le da luz sobre sus engaños.**

1. Pues terminando el tema que estaba desarrollando, digo que Dios no necesita pedir el consentimiento del alma para que acepte entrar en el arrobamiento, porque ella ya se lo dio y sabe Él que se ha entregado en sus manos con toda su voluntad, y que a Él no le puede engañar, porque lo sabe todo.

No es como en esta vida, que toda está llena de engaños y dobleces; cuando os parece que tenéis ganada una voluntad, juzgando por sus palabras, os dais cuenta de que todo es mentira. No hay ya quien viva en medio de tanto barullo, sobre todo si se mezcla un poco de interés.

¡Bienaventurada alma conducida por el Señor a entender verdades! ¡Oh, qué estado éste tan a propósito para los Reyes!

¡Cuánto más les interesaría procurar llegar a este grado de oración Sí, ¡por ahí andan los tiros hoy!... que conseguir gran poder! ¡Qué rectitud habría en el reino! ¡Cuántos males se evitarían y se habrían evitado! Miren cómo el compromiso cristiano eficaz dimana de esta fuente, o de esta lluvia. Drogadictos, zonas de pobreza, niñez explotada, hambre, inseguridad ciudadana, tráfico de influencias..., narcotráfico..., tenemos la solución. Es cuestión de ir rectos al fondo de los problemas.

Aquí no se teme perder la vida ni el honor por amor de Dios. ¡Qué gran bien éste para quien tiene mayor obligación de buscar la gloria del Señor que todos sus súbditos, pues éstos siguen, obedecen e imitan a los reyes!

Mil reinos perdería, y con razón, para aumentar un grado su fe y haber llevado algo de luz a los herejes.

Otro es este ganar: un reino que no se acaba, que sólo con una gota que gusta un alma de él le da asco todo lo de la tierra. Pues ¿qué le ocurrirá cuando esté engolfada totalmente en él?

2. ¡Oh Señor! Si me pusieras en situación donde pudiera decir a voces esto, no me creerían, como les ocurre a muchos que lo saben El celo de la gloria de Dios la deshace, como a todos los profetas. Véase a Jeremías, por ejemplo: “Entonces alargó Yavé su mano y tocó mi boca”. Y me dijo Yavé: ‘Mira que he puesto mis palabras en tu boca’ (Jer 1,7). La palabra de Dios es horno encendido en las entrañas del profeta, de todos los profetas, también de Teresa, que quiere volver los hombres a Dios mediante su carisma de oración, ya que no puede ejercer otro, como dice en *Camino* 1,2, y su magisterio tan largo, y hondo, y ancho, y exquisito: “Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu Palabra para mí un gozo y alegría de corazón...” (ib, 15,16). Véase también la vocación de Isaías (6,6-10), todos los textos de todas las vocaciones de profetas conocidos nos hablan de urgencia de caridad, como la de Pablo, “caritas Christi urget nos”, nos apremia. (ICor.5,14) “Me sedujiste. Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me has podido...; la palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes... Pero la sentía dentro, como fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos por contenerla y no podía” (Jer 20,7-9). decir de otra forma que yo; mas al menos me desahogaría

Creo que me jugaría la vida por dar a entender una sola verdad de éstas; después no sé lo que haría, pues no hay que fiarse de mí.

Viendo la que soy, me dan grandes ímpetus de decir esto a los que mandan, que me deshacen.

Cuando no puedo más me dirijo a Vos, Señor mío, para pedir remedio de todo; y bien sabéis Vos que de muy buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, permaneciendo en estado de gracia, y se las daría a los reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten y que sería fuente de grandísimos bienes.

3. ¡Oh Dios mío! Dadles a entender a lo que están obligados, pues los quisisteis Vos señalar en la tierra hasta el punto de que incluso he oído decir que hay señales en el cielo cuando alguno muere.

Es cierto que cuando pienso esto me da devoción que queráis Vos, Rey mío, que hasta en esto se den cuenta de que os deben imitar en su vida, pues de alguna manera hay señal en el cielo en su muerte, como cuando moristeis Vos.

4. Mucho me atrevo. Rómpalo V. si le parece mal, y sepa que se lo diría mejor a ellos personalmente si pudiera o pensara que me han de hacer caso, porque los encomiendo a Dios mucho y quisiera que fuera eficaz mi súplica Encomienda a Dios a los reyes en la línea de san Pablo: “Te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas por los reyes y por todos los constituidos en dignidad...” (1 Tim 2,2).

Todas las mercedes recibidas le mueven a jugarse la vida, que muchas veces quisiera perderla, y sería poco para ganar mucho; porque ya no hay quien viva viendo con los propios ojos el gran engaño en que estamos y la ceguedad que padecemos.

5. Llegada un alma aquí no sólo son deseos los que tiene de Dios; Su Majestad le da fuerzas para que los realice.

Se lanza a cualquier empresa que juzgue de la gloria de Dios y esto sin ningún esfuerzo, pues ya ve claro que todo lo que no sea agradar a Dios es nada.



El sufrimiento está en que no se les presenta oportunidad de hacer algo por ser tan inútiles como yo. Disponed Vos, Bien mío, que se me presente la ocasión de que pueda hacer algo con que pueda pagar alguna monedita de lo mucho que os debo.

Ordenad Vos, Señor, que esta sierva vuestra os pueda servir en algo. También otras eran mujeres y han hecho cosas heroicas por vuestro amor.

Yo no sé hacer más que hablar y por eso no queréis, Dios mío, confiarme obras; todo mi servicio se va en palabras y deseos, y aun para esto no tengo libertad, porque quizá faltaría en todo.

Fortaleced Vos mi alma después de prepararla, Bien de los Bienes y Jesús mío, y disponed pronto los medios para que yo haga algo por Vos, Muy pronto va a comenzar la reforma. Estas páginas y deseos los escribió la Santa a principios del año 1562, y el 24 de agosto del mismo año se inauguró el monasterio de san José de Avila, primer monasterio descalzo. que no hay ya quien resista recibir tanto y no pagar nada.

Cueste lo que costare, Señor, no queráis que me presente delante de Vos con las manos tan vacías, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra Este es el *leitmotiv* del poema suyo “Vuestra soy, para Vos nació...”.

Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas unida a Vos, subida a esta atalaya donde se ven verdades La oración de cuarto nivel. no apartándoos de mí, todo lo podré; pues si os apartáis de mí, por poco que sea, iré adonde estaba, que era el infierno.

6. ¡Oh, cuánto sufre un alma que ha llegado aquí al tener que volver a tratar con todos, a mirar y ver la farsa de esta vida tan mal organizada, a gastar el tiempo cuidando de su cuerpo, durmiendo y comiendo! “Es grandísima pena... haber de comer” (*Relaciones* 3,6).

Todo le cansa, no sabe cómo huir, se ve encadenada y presa. Entonces siente más verdaderamente la esclavitud del cuerpo y la miseria de la vida.

Se da cuenta de cuánta razón tenía San Pablo al suplicar a Dios que le librase de ella (Rom 7,24); da voces con él; pide a Dios libertad, como he dicho otras veces; mas en este grado de oración grita con tal ímpetu muchas veces, que parece que el alma se quiere salir del cuerpo, ya que no la sacan a buscar esta libertad.

Está como vendida en tierra extraña, y lo que más le hace sufrir es no encontrar muchos que se quejen con ella y pidan esta liberación del cuerpo, pues lo que todos desean es vivir.

¡Oh, si no estuviésemos atados a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en ninguna cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin alegría amortiguaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera!

7. Considero algunas veces que si una como yo, porque el Señor me ha dado esta luz, teniendo tan tibia caridad y el descanso tan incierto, por no haberlo merecido mis obras, muchas veces siente tanto verse en este destierro, ¿qué sería el sentimiento de los Santos? ¿Cuánto sufrirían San Pablo y la Magdalena y otros como ellos que vivían sumergidos en el fuego del amor de Dios? Debía de ser un continuo martirio.

Creo que los que me dan algún alivio y descanso en su trato son las personas en quienes encuentro estos deseos; digo deseos con obras; digo con obras, porque hay algunas personas que creen que están desprendidas y así lo publican, y así debía de ser, ya que así lo exige su estado y los muchos años que hace que algunos comenzaron el camino de la perfección; mas conoce muy bien esta alma

desde muy lejos a los que tienen estos deseos sólo de palabra y a los que lo han demostrado con sus obras; porque sabe lo poco que progresan unos y lo mucho que progresan los otros, que esto es lo que ve con mucha claridad el que tiene experiencia.

8. Después de haber hablado de los efectos que producen los arrobamientos que proceden de espíritu de Dios, téngase en cuenta que en ellos hay grados. Pues al principio, aunque producen estos efectos, aún no están avalados por sus obras y por eso no se nota que los tiene.

El progreso de la vida cristiana exige tiempo y a medida que el alma avanza van desapareciendo defectos hasta que no queda ni recuerdo de una telaraña de defecto.

Y cuanto más crece el amor y la humildad en el alma mayor perfume exhalan las flores de las virtudes, tanto para sí como para los otros.

Aunque es verdad que el Señor puede obrar con tanta eficacia en un rapto de éstos, que poco tendrá que trabajar el alma para conseguir la perfección; porque es tanto lo que le da el Señor en este momento, que nadie, si no lo experimenta, lo creerá, pues no hay esfuerzo nuestro que pueda conseguir, a mi parecer, tanto como el Señor le dio.

9. No es que, con el favor del Señor, practicando durante muchos años con grandes esfuerzos y sufrimientos las enseñanzas de los maestros que han escrito sobre la oración, no pueden llegar a la perfección y a conseguir gran desprendimiento, pero no lo conseguirán con tanta rapidez como lo hace el Señor, pues sin ningún esfuerzo nuestro, de golpe, saca al alma de la tierra y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque no tenga más méritos que los que yo tenía, que no lo puedo encarecer más, pues casi no tenía ninguno.

10. Por qué lo hace Su Majestad, es porque quiere, y como quiere lo hace, y aunque no esté el alma preparada, la prepara para que reciba el bien que Su Majestad le da.

No siempre da, pues, estos regalos porque se los ha merecido trabajando bien el huerto, aunque es muy cierto que, al que trabaja bien y se esfuerza en desprendarse, no dejará de recompensarle, sino porque es voluntad suya manifestar su grandeza algunas veces en la tierra más ruin, como he dicho, disponiéndola para todo bien, de manera que parezca que ya no puede vivir ofendiendo a Dios como solía.

Ahora tiene el alma el pensamiento tan habituado a pensar lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños.

Se ríe entre sí algunas veces cuando ve a personas importantes de oración y vida consagrada que hacen caso del honor que esta alma tiene ya bajo los pies.

Dicen que lo hacen por discreción y para consolidar su autoridad y poder servir mejor a la Iglesia. Pero esta alma sabe muy bien que haría más fruto en un día que dejase su autoridad por amor de Dios, que con tanta autoridad en diez años.

11. Así, esta alma vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas aventaja mucho en la vida cristiana. Cuando la miran quienes tratan con ella, la ven muy en la cumbre.

En poco tiempo ha mejorado mucho, porque Dios constantemente la favorece; es alma suya; es El quien la cuida y así se le nota; porque parece que tiene sobre ella una especial asistencia guardándola para que no le ofenda y favoreciéndola y despertándola para que le sirva.

12. Cuando llegó para mi alma la hora que Dios le hiciese esta merced, cesaron mis males y me dio el Señor fortaleza para salir de ellos y no me

impresionaba encontrarme en ocasiones de faltar y con gente que antes me distraía; era como si no existieran para mí estos peligros, al revés, lo que antes me perjudicaba ahora me ayudaba.

En todo encontraba medios para conocer más a Dios y amarle y darme cuenta de lo que le debía y dolerme de haber sido como fui.

Bien entendía yo que aquello no venía de mí, ni lo había conseguido con mi esfuerzo, y aún no había tenido tiempo para ello. Era Su Majestad quien me había dado fortaleza para ello por sola su bondad.

13. Desde que el Señor comenzó a darme arrobamientos hasta hoy, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido cogida de su mano para que no volviera atrás.

Y me parece que las almas que reciben del Señor estas mercedes pueden tratar con cualquier clase de gente; aunque sea la más disipada y viciosa no le hará daño, siempre que vayan con humildad y temor y con el convencimiento de que es el mismo Señor el que lo hace, y nosotras casi nada.

Y no sólo no le perjudicará, sino que le ayudará y será motivo de mucho mayor provecho.

Son éstas ya almas fuertes escogidas por el Señor para ayudar a otras, aunque esta fortaleza no es de ellas.

14. Cuando el Señor ha conducido hasta este grado a un alma, poco a poco le va comunicando grandes secretos.

En este éxtasis les hace las verdaderas revelaciones y le da grandes mercedes y visiones y todo sirve para humillar y fortalecer al alma y para que menosprecie las cosas de esta vida, y conozca con más claridad las grandezas del premio que el Señor tiene preparado para los que le sirven.

Quiera Su Majestad que la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido contribuya un poco a que se esfuerzen y animen las que lean esto a dejarlo todo del todo por Dios.

Pues tan cumplidamente paga Su Majestad, que si aún en esta vida se ve claramente el premio y la ganancia que tienen los que le sirven, ¿qué será en la otra?

## Capítulo 22

### LA HUMANIDAD DE CRISTO, CAMINO DE ORANTES.

**Camino seguro para los contemplativos: No forzar el espíritu para elevarlo a contemplación y carismas si el Señor no lo hace. La Humanidad de Cristo es el medio para llegar a la más alta contemplación. Refiere el engaño en que ella permaneció durante un tiempo.**

1. Una cosa quiero decir, a mi parecer importante; si a V. le parece bien, puede ser un aviso que tal vez necesite.

Algunos libros que tratan de oración dicen que aunque el alma no puede llegar a la contemplación con sus fuerzas por ser esto obra sobrenatural que el Señor hace

en ella, el alma que durante muchos años estuvo en la vía purgativa La vía purgativa es la de la purgación del alma y la lucha contra el pecado. y va avanzando por la vía iluminativa puede facilitar esta obra elevando su espíritu con humildad sobre todo lo criado.

No entiendo yo bien por qué se llama vía iluminativa; debe de ser de los que avanzan en el camino cristiano La vía iluminativa es la de la práctica positiva de las virtudes.

La vía unitiva o de los perfectos es la vida mística de unión con Dios.

Estas tres vías pueden corresponderse la primera y la segunda con los dos primeros niveles de oración. Y la tercera con los niveles tercero y cuarto.

En estos libros se recomienda mucho que hay que desechar toda imaginación de cosas corporales para conseguir contemplar la divinidad; porque dicen que a los más avanzados incluso la Humanidad de Cristo les impide la más perfecta contemplación.

Alegan lo que dijo el Señor a los Apóstoles cuando subió a los cielos: “Conviene que yo me vaya” (Jn 16,7) “Creo que si hubieran tenido la fe de que Jesús era Dios y hombre como después de venir el Espíritu Santo, no les hubiera estorbado la Humanidad, pues no dijo esto a su Madre, aunque le amaba más que todos”. Este párrafo lo escribió santa Teresa al margen del autógrafo (cf TOMÁS DE LA CRUZ, *Obras*, p. 221). Porque creen que, como esta obra es toda espiritual, cualquier cosa corporal puede ser estorbo o impedimento. Lo que hay que procurar según ellos es ver a Dios inmenso que está en todas partes y verse engolfado en El.

Esto me parece bien que se haga algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo Ella había leído en Francisco de Osuna (*Tercer Abecedario Espiritual*) “que a los que se quieren acercar a la alta y pura contemplación les conviene *dejar las criaturas y la Sagrada Humanidad* para subir más alto y recibir más por entero la comunicación de las cosas puramente espirituales” (Palabra S. A., Madrid 1980, 27) y que este divino Cuerpo sea considerado igual que nuestras miserias y que todo lo criado, no lo puedo sufrir. Quiera Su Majestad que sepa hacerme entender.

2. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios a las almas.

Lo que yo quiero ahora decir es cómo ha llevado la mía —en lo demás no me entrometo— y en cuánto peligro me he visto por querer practicar lo que leía.

Yo creo que, quien haya conseguido tener oración de unión y no haya progresado hasta llegar a arrobamientos y visiones y otras mercedes que hace Dios a las almas, considerará que es mejor apartarse de la Humanidad de Cristo, como yo hacía; y si hubiera seguido este camino, creo que nunca habría llegado a donde estoy ahora Está en Sextas Moradas, pero gracias a haberse desbloqueado del magisterio de los libros que la detuvieron en las quintas , porque creo que esta doctrina es falsa. Ya puede ser que sea yo la que estoy engañada; mas diré lo que me acaeció.

3. Como yo no tenía maestro, leía estos libros en los que yo creía que poco a poco entendería algo. Y más tarde comprendí que, si Su Majestad no me lo enseñara con la experiencia, era poco lo que en los libros podía aprender, porque no entendía nada, ni sabía lo que hacía, basta que Su Majestad me lo hizo vivir y entender.

Cuando comenzaba a tener algo de oración sobrenatural, o sea, de quietud, intentaba apartarme de todo lo corpóreo, sin atreverme a adelantar la hora del Espíritu, por ser tan ruin.

Mas me parecía sentir la presencia de Dios, y así era, y procuraba permanecer recogida con El. Es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y muy deleitosa.

Y como veía aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese volver a la Humanidad, porque creía que era un obstáculo para mi progreso Siguiendo a rajatabla la doctrina de los libros, según los cuales había que negar todo lo que fuese corpóreo, aun la Humanidad del Señor, como medio para llegar a la cumbre de la contemplación. A pesar de sus directrices, o más bien contra ellas, y en consonancia con su llamada particular hacia la Humanidad, está la visión de Cristo muy llagado, que la derritió en lágrimas, como narra en Vida 9,1.

¡Oh Señor de mi alma y Bien mío, Jesucristo crucificado! Cada vez que me acuerdo de lo engañada que estuve siento gran dolor, y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia.

4. Practiqué esta doctrina de apartar mi pensamiento de la Humanidad de Cristo poco antes de que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones, pero radicalmente permanecí poco tiempo en esta opinión.

Y como toda mi vida había sido muy devota de Cristo Ella, que comenzó a hacer oración sin saberlo, cuando adolescente, en Nuestra Señora de Gracia, casi todas las noches pensaba en la oración del Huerto (*Vida* 9,4) y que se imaginaba a Cristo dentro de ella, buscándole allí donde le veía más solo y afligido (*Vida* 9,4), se desvió de la Humanidad por la lectura de Osuna y Laredo, espirituales tocados de neoplatonismo, para cuya corriente filosófica la carne humana es un semillero de maldades. Este error no se echaría de ver mientras estuviese en oración de recogimiento, quietud y unión, o sea en Quintas Moradas. Pero no hubiera pasado de ahí. Se habría estacionado, siempre volvía a mi costumbre de explayarme con el Señor, especialmente cuando comulgaba.

Quisiera yo llevar siempre su retrato e imagen delante de los ojos, ya que no lo podía llevar grabado en mi alma, como sería mi deseo.

¿Es posible, Señor mío, que yo llegara a pensar una sola hora que Vos me habíais de impedir un bien mayor? ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?

No quiero pensar que fue por culpa mía porque me duele mucho, sino que fue por ignorancia; y por eso quisisteis Vos, por vuestra bondad, ponerle remedio dándome la ocasión de conocer a quien me desengañase de este error Dos jesuitas certeramente la retomaron al buen camino, el P. Diego de Cetina y san Francisco de Borja. Cetina le dice que “haga cada día oración en un paso de la Pasión y que se aprovechase de él, y que no pensase sino en la Humanidad” (*Vida* 23,17). San Francisco de Borja le dijo lo mismo: “que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión” (*Vida* 24,3) , Y después de que os viese yo tantas veces Por una parte, su formación e inclinación sobrenatural; por otra, el criterio de Cetina y Borja, tres frentes contra el magisterio de los neoplatónicos en cuyos libros había aprendido a orar. Ahora se suman las visiones: de las manos, del rostro y de toda la Humanidad como resucitado (*Vida* 28,1-4), que, gradualmente y con delicadeza y sabia pedagogía, le va revelando el Señor, como más adelante diré, para que entendiera con mayor claridad lo grande que era el error, y para que así lo manifestara a muchas personas, como lo he hecho, y para que lo pudiera ahora escribir.

5. Creo que esta manera de proceder es la causa de que muchas almas no progresen más y lleguen a conseguir una gran libertad de espíritu, después de haber llegado a tener oración de unión.

Me baso en dos razones, que quizá no sean válidas, pero yo lo he experimentado en mí, pues mi alma estuvo inquieta hasta que el Señor le dio luz; hasta entonces recibía a sorbos los gozos y terminada la oración no tenía la compañía que me ayudase en mis trabajos y tentaciones, como la tuve después con la Humanidad de Cristo “Pues créanme y no se ensimismen tanto”, “que es larga la vida y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo cómo las pasó... Es muy buena compañía el buen Jesús...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid , Sextas Moradas 7,13, ).

El mismo san Juan de la Cruz escribirá después: “Mírale a Él hecho hombre y encontrarás ahí más de lo que imaginas, ‘porque es en éste’ en quien habita realmente la plenitud total de la divinidad (Col 2,9) (J. MARTÍ BALLESTER, *Subida al monte (Carmelo leído hoy)*, 22,6, BAC, Madrid).

Una de las razones principales por la que el alma desea ser desatada y verse con Cristo es por verle cara a cara y poder comprender allí, de raíz, los caminos profundos, los misterios eternos de su Encarnación (J. MARTÍ BALLESTER, *Cántico espiritual leído hoy*, 37,1, BAC, Madrid).

“Hay mucho por profundizar en Cristo. Cristo es una opulenta mina con infinitas cavernas de tesoros. Ya podéis ahondar que nunca se acaban” (ib, 37,4).

La primera razón es que este rechazar la Humanidad de Jesús es falta de humildad, tan solapada y escondida que no se siente.

Y ¿quién será el soberbio y miserable como yo, que después de haber trabajado toda su vida con todas las penitencias y oraciones y persecuciones que se pueden imaginar, no se ve enriquecido y bien pagado cuando el Señor le permite estar al pie de la cruz con San Juan?

6. A veces el modo de ser o la enfermedad no soporta pensar en la Pasión porque resulta penoso, pero ¿quién nos impide que permanezcamos con el Señor resucitado, ya que lo tenemos tan cerca en el Sacramento donde está glorificado, en vez de contemplarlo fatigado y hecho pedazos, cansado de caminar, perseguido por los que tanto bien habían recibido de Él, y no creído por los mismos Apóstoles?

Porque es realmente cierto que no siempre se puede pensar en tantos trabajos que pasó.

Aquí le tenéis, pues, sin pena, lleno de gloria, dando fuerzas a unos, animando a otros, antes de subir a los cielos, y ahora compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, como si no pudiera estar separado un momento de nosotros.

¡Y pensar que yo he podido separarme de Vos, Señor mío, pensando serviros mejor! Pues ya que cuando os ofendía no os conocía; ¡mas que después de haberos conocido llegara a pensar que adelantaba más apartándome de Vos!

¡Oh, qué mal camino llevaba, Señor! La que inició su oración mental, aunque breve, en las Agustinas de Gracia, cuando al acostarse pensaba en la oración de Cristo en el Huerto, y que siempre ha seguido una vida tan cristocéntrica, por la doctrina de sus libros predilectos que tanto la habían formado en la oración de recogimiento, el *Tercer Abecedario*, de Osuna, y la *Subida*, de B. de Laredo se había desviado de la Santa Humanidad; es algo que lleva muy en las entrañas y por eso lo lamenta a cada momento. En otro comentario anterior he señalado el influjo de Cetina y de Borja (nota 8). El P. Cetina le dio los *Ejercicios* de san Ignacio, sobre todo las meditaciones de 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> semana, totalmente cristocéntricas.

Ya me parece que iba descaminada, si Vos no me hubierais devuelto al camino, donde, viéndoos junto a mí, he conseguido todos los bienes.

Todos mis sufrimientos se me han hecho llevaderos mirándoos delante de los jueces.

Con tan buen amigo al lado, con tan buen capitán, que quiso ser el primero en padecer Resonancia de la meditación del llamamiento del Rey temporal de los *Ejercicios* de san Ignacio: “Quien quisiere venir conmigo ha de estar contento... de trabajar como yo de día y velar por la noche, para tener parte en la victoria como la ha tenido en los trabajos”, todo se puede sufrir: es ayuda y da fuerza; nunca falta; es amigo verdadero.

Y veo yo claro, y he visto después, que para agradar a Dios y para que nos conceda grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo Su Majestad que se deleita (Mt 3,17) “Porque el mismo Señor dice que es camino (Jn 14,6); también dice el Señor que es luz (Jn 8,12) y que no puede ir nadie al Padre sino por Él (Jn 14,6) y quien me ve a mí ve a mi Padre (Jn 14,9)” (J. MARTI BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Sextas Moradas 7,6.)

Muchas veces lo he visto por experiencia. Me lo ha dicho el Señor. He visto claro que hemos de entrar por esta puerta (Jn 10,9) si queremos que la Soberana Majestad nos enseñe grandes secretos.

7. No quiera, pues, V., señor, otro camino Otro camino que no sea el de la Humanidad de Cristo; por éste va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes.

El le enseñará; mirar su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo “El Señor es muy amigo de amigos” (*Caminos* 35,2). “¡Qué buen amigo es el Señor!” (*Vida* 22,17). ¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero..., cuán fiel sois a vuestros amigos! (*Vida* 25,17) al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones como hacen los del mundo?

Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre lo trajere junto a sí. Miremos al glorioso San Pablo, que parece que no se le caía de la boca siempre Jesús, como quien lo tenía bien metido en el corazón.

Yo he examinado cuidadosamente, después de haber comprendido esta verdad, que algunos santos, grandes contemplativos, no iban por otro camino: San Francisco con sus llagas lo demuestra; San Antonio de Padua con el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad El himno hermoso *Jesu, dulcis memoria...*, a él es atribuido ;

Santa Catalina de Sena..., y otros muchos que V. sabrá mejor que yo.

**8. Esto de apartarse de lo corpóreo debe de ser bueno, ya que lo dice gente tan espiritual**

Escribe Francisco de Osuna: "...he visto escrito que a los que se quieren acercar a la alta y pura contemplación les conviene dejar las criaturas y la Sagrada Humanidad para subir más alto..., apoyándose en lo que dice San Cipriano. La plenitud de la presencia espiritual no podía darse mientras estaba presente la presencia corporal de Cristo a la vista de los sentidos de los Apóstoles. San Bernardo, San Gregorio, San Agustín y Gersón... se apoyan en San Cipriano diciendo que los Apóstoles estaban detenidos en el amor de la Sagrada Humanidad, la cual era necesario que les quitasen para que así volasen a cosas mayores, y desearan la venida del Espíritu Santo, que les enseñase a conocer a Cristo, no según la carne, sino según el espíritu..."

que a los Apóstoles les fue conveniente dejar la Humanidad de Cristo para ocuparse más por entero en la contemplación de la divinidad parece que también conviene algún tiempo a los que quieren subir a más alto estado" (FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer Abecedario Espiritual I*, Palabra S.A., Madrid 1980, p. 27-28) ; mas, según me parece, ha de ser cuando el alma está muy avanzada, porque hasta que lo esté, está claro que se ha de buscar al Criador por las criaturas.

Todo depende de la gracia que el Señor da a cada uno; en esto no me meto. Lo que quisiera dar a entender es que la Sacratísima Humanidad de Cristo no debe ser considerada como una criatura común, a la que se le debe aplicar la misma ley. Y entiéndase bien este punto, porque yo quisiera decirlo bien claro.

**9. Cuando Dios quiere suspender la actividad de todas las potencias, como he explicado en los distintos grados de oración, está claro que entonces, aunque queramos, se quita esta representación de la Humanidad de Cristo. Entonces, adelante y enhorabuena, porque dichosa tal pérdida que sirve para gozar más aquello que parece que se pierde. Y entonces se emplea toda el alma en amar a quien el entendimiento ha trabajado en conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera gozar tan bien si no perdiera aquella representación de la Humanidad, pero para más progresar**

Con gran equilibrio concede que si es Dios quien interviene para elevar al alma a mayores alturas en las cuales el entendimiento y voluntad se ven impedidos de referirse a la Humanidad, es Él que lo hace y bendito sea, porque llevó al alma a la meta y cesan los caminos. Pero esto no es lo normal, la vida es larga, y cuando cese esta acción extraordinaria habrá que volver a la Humanidad, si quieren pasar a las últimas Moradas. Lo contrario lo rechaza: "Nadie me hará creer, por muy espiritual que sea, que irá bien por aquí" (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Sextas Moradas 7,12.). "A mí no me harán confesar que es buen camino" (ib, 7,5).

Pero lo que no me parece bien es que nosotros procuremos intencionada y cuidadosamente evitar tener presente esta Sacratísima Humanidad, en vez de tratar de conseguir con todas nuestras fuerzas tenerla siempre presente.

Esto es como caminar en el aire y sin apoyo, aunque crea el alma que camina llena de Dios.

Es gran cosa mientras vivimos, pues somos humanos, que tengamos apoyo humano "Y tengo para mí que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto" (ib, 7,8.) . Y ésta sería la segunda razón en que fundo mi razón, como antes dije Apuntó dos razones por lo que no está de acuerdo con los autores pseudomísticos que enseñan que hay que prescindir de la Sagrada Humanidad en la oración. Larvada falta de humildad y nuestra corporeidad.

Ya comencé a decir que la primera razón para no prescindir de la Sagrada Humanidad es que, hacerlo, es falta de humildad que se manifiesta en querer elevar el alma sin esperar a que el Señor la eleve, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa como la Humanidad de Jesús, y pretender ser María sin haber

**trabajo antes de Marta** Trabajar con Marta equivale al esfuerzo que hay que hacer para representarse junto a Cristo, fuera o dentro de sí, para dialogar con Él. Llegar a ser María sin esto es pretender conseguir la contemplación infusa sin trabajo antecedente tras el cual Dios la dé. La meditación cristiana no puede nunca prescindir de Cristo, Cristo es el camino. "Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6), ha dicho el Señor. Como leemos en el evangelio de san Juan: "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre es quien lo ha dado a conocer". Por la Palabra encarnada podemos llegar al Padre, porque nos permite "ver, a través de la manifestación sensible de Jesús, lo que éste, como Verbo del Padre, quiere verdaderamente mostrarnos de Dios: 'El que me ha visto a mí ha visto al Padre' (Jn 14,9)" (documento de la Congregación para la Doctrina de la fe, 15 de octubre, fiesta de santa Teresa 1989, "sobre algunos aspectos de la meditación cristiana", n. 20).

Si el Señor quiere que desde el primer día de oración sea María, no hay que temer. Mas es necesario que nosotros seamos discretos, como otra vez ya he dicho.

Esta motita de poca humildad, aunque parece que no es nada, hace mucho daño al progreso de la oración.

10. Volviendo al segundo argumento que prueba que no nos debemos apartar de la Humanidad de Cristo: Nosotros no somos ángeles sino que tenemos cuerpo; querer hacernos ángeles, estando en la tierra —y aun tan en la tierra como yo estaba— es desatino, pues lo normal es que el pensamiento pueda apoyarse en algo “Yo no puedo pensar en qué piensan, porque, apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal... Al menos yo les aseguro que no entrarán en estas dos Moradas últimas; porque si pierden el guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Sextas Moradas, 7,6, ).

Si algunas veces el alma sale de sí, o está tan llena de Dios que no necesita ninguna criatura para recogerse, esto no es lo normal.

Cuando en medio de nuestras ocupaciones y en las persecuciones y sufrimientos y sequedades no se puede tener tanto sosiego es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre y le vemos con flaquezas y padecimientos, y nos hace compañía “Comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que esté clavado en la cruz; o nos detenemos en un misterio de la Pasión, por ejemplo el prendimiento, y reflexionamos sobre él, considerando minuciosamente lo que hay que pensar en él y lo que se puede sentir; lo mismo sobre la traición de Judas, o la huida de los Apóstoles, y todo lo demás, y es admirable y muy meritoria oración” (J. MARTÍ BALLESTER, *o.c.*, Moradas sextas 7,10, ).

Si uno se acostumbra con mucha facilidad se lo encuentra al lado; aunque llegarán momentos o temporadas en que el alma ni gozará de contemplación ni podrá ponerse junto a Cristo.

En estos casos vale lo que ya he dicho “En este camino de la oración mental... no hay que hacer caso ni de los consuelos ni de los desconsuelos...” (*Vida* 11,13). “No nos preocupe el no sentir devoción...” “El llevar a Cristo con nosotros es útil en todas las situaciones y medio segurísimo para ir progresando...” (*Vida* 12,3) : no buscar consuelos espirituales, sino abrazarse con la cruz venga lo que viniere. Es gran cosa.

Desierto quedó el Señor de todos los consuelos; en los sufrimientos lo dejaron solo (Cf J. MARTÍ BALLESTER, *Subida del monte Carmelo leída hoy*, 7,10-11, BAC, Madrid ) , no lo dejemos nosotros, que El nos dará la mano para que subamos, mejor que nuestro ingenio, y se ausentará cuando vea que nos conviene porque quiere ponernos en contemplación Es la misma idea que escribió en el n. 9: Hará que seamos incapaces de tenerlo representado, porque se hace presente con otra presencia más subida, por la infusión de la oración. Ella lo ha experimentado, ya que desde la representación humana laboriosa pasa a la visión mística intelectual o imaginaria, donde el hortelano está descansado.

11. A Dios le da mucha alegría ver que alguien pone por intermediario a su Hijo y le ama tanto, que aun cuando Su Majestad le quiere subir a muy gran contemplación, se reconoce indigno y dice con San Pedro: “Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador” (Lc 5,8).

Esta es mi experiencia y es así como Dios ha llevado mi alma; otros irán por otro camino. Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración está fundado en la humildad “Y como este edificio todo va fundado en humildad, cuanto más cerca de Dios estén, mayor ha de ser su virtud, y si no, va todo perdido (*Vida* 12,4). y cuanto más se humilla el alma en la oración, más la sube Dios.

No recuerdo que Dios me haya hecho merced muy extraordinaria, de las que después hablaré, sin estar deshecha de verme tan ruin; y el Señor acentuaba esta impresión mía, haciéndome discernir cosas que yo no podía ni imaginar, para ayudarme a conocerme.

Estoy persuadida de que cuando un alma forcejea para conseguir oración de



unión, aunque parezca que consigue algo, se desvanece muy pronto, como algo artificial.

Y temo que no llegue nunca a la verdadera pobreza de espíritu, que consiste en no buscar consuelo ni gusto en la oración —los del mundo atrás quedaron—, sino consolación en los sufrimientos soportados por amor del que siempre vivió en ellos “A la verdad no pasamos la vida tan mal ni con tantos trabajos como Su Majestad la pasó, ni tan pobremente” (*Camino* 42,1). “Aunque la sequedad le dure toda la vida, no deje a Cristo caer en la cruz” (Moradas quintas 11,10). “Conozco personas que van por el camino del amor como han de ir, sólo por servir a su Cristo crucificado” (Moradas cuartas 2,9). “Su gloria tienen puesta en poder ayudar en algo al Crucificado” (Moradas séptimas 3,6) y permanecer sosegada en ellos y en las sequedades.

Aunque algo se sienta, ha de ser sin inquietud y sin la amargura que sienten algunas personas que creen que si no están siempre discurriendo con el entendimiento y rebosando devoción todo está perdido, como si pudieran merecer con su trabajo tanto bien.

No digo que no se esfuercen y que no estén atentamente delante de Dios; mas si no puede tener ni siquiera un buen pensamiento, como he dicho antes, no se torturen; “siervos inútiles somos” (Lc 17,10), ¿cómo creemos que en el campo sobrenatural podemos algo nosotros?

12. Mas quiere el Señor que reconozcamos esto y caminemos como asnillos dando vueltas a la noria del agua de que ya hablé, que, aunque con los ojos tapados y sin saber lo que hacen, sacarán más agua que el hortelano con todos sus esfuerzos No hay que ir a la oración a pensar discursos ni a construir silogismos; tampoco el fervor sensible es garantía de mejor oración ni su carencia signo de mala oración. La oración ha de ser humilde, que acepta la aridez y sigue dando vueltas a la noria, con actos simples de amor callado, de aceptación de sí mismo tal como se encuentra y manifestación a Dios, por Jesucristo, de su pobreza y de sus heridas, con la confianza de que las puede curar y la súplica de que las cure. Este camino se ha de andar con libertad Sin desasosiego ni nerviosismo cuando veo que pasa el tiempo y no hago nada, puestos en las manos de Dios; si Su Majestad nos quiere elevar a la categoría de sus íntimos y hombres de su confianza a quienes confía sus secretos, aceptemos de buena gana; si no, dediquémonos a las tareas humildes La misma idea en c. 15,7: “Más hacen aquí unas pajitas puestas con humildad..., que mucha leña junta de reflexiones” , sin pretender sentarnos en el primer lugar (Lc 14,10), como he dicho alguna vez.

Dios tiene cuidado de nosotros más que nosotros mismos y conoce lo que espera de cada uno. ¿Qué sentido tiene que quiera disponer de sí mismo quien ha entregado ya toda su voluntad a Dios?

Según creo, es más intolerable adelantar la hora de Dios en este grado de oración contemplativa, pues se pretende forzar la infusión del bien sobrenatural, que es la contemplación, que hacer lo mismo en el primer grado de oración; perjudica más.

Si alguien tiene mala voz, por muchos esfuerzos que haga cantando, no se le hace buena; si Dios se la quiere dar, no ha él menester antes dar voces.

Pues supliquemos siempre que nos conceda sus gracias, con el alma humillada, aunque siempre confiada en la grandeza de Dios.

Pues le dan licencia para que esté a los pies de Cristo (Lc 10,39), procure no irse de allí; esté como quiera Pero esté, no se vaya..., resista como pueda; imite a la Magdalena, que, cuando esté fuerte, Dios la llevará al desierto “Voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón” (Os 2,16).

13. Así que V. permanezca en esta doctrina hasta que encuentre quien tenga más experiencia que yo y lo sepa mejor.

Si se trata de personas que comienzan a saborear a Dios, no se fíe, porque creen que adelantan más y porque les gusta más ayudarse a levantar el espíritu.

¡Oh, cuando Dios quiere, cómo llega Él abiertamente sin estas ayuditas! “La práctica

de los métodos orientales de meditación contemplativa conlleva riesgos espirituales, morales y psíquicos. Pueden convertirse en un ídolo y un obstáculo a la elevación del espíritu hacia Dios”. Reafirma que es necesario conservar los métodos tradicionales, “que conllevan un acto personal situado en el plano del diálogo personal. La meditación cristiana no puede prescindir nunca de Cristo. La oración cristiana no puede quedarse en sí misma: he ahí el verdadero peligro. La oración cristiana suscita una ardiente caridad” (Congregación para la Doctrina de la Fe.). “Algunos ejercicios físicos producen una sensación de quietud y relajación, que se asemejan al bienestar espiritual. Tomar estas sensaciones por el auténtico consuelo del Espíritu Santo sería manera totalmente errónea de concebir la vida espiritual”. Tampoco se pueden despreciar esos métodos por no ser cristianos: “Se podrá tomar de ellos lo que tengan de útil, a condición de no perder la condición cristiana de la oración, su lógica y sus exigencias”. **Entonces, por mucha resistencia que oponamos, arrebatada el espíritu, como cogería una paja un gigante** “Con la facilidad que un gran gigante puede arrebatar una paja, Nuestro Señor arrebatada el espíritu” (Moradas sextas 5,2).

¿Quién podrá creer que un sapo puede volar cuando quiere? Pues aún es más difícil que nuestro espíritu se eleve si no lo eleva Dios; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos y de poco le sirve querer volar; que, aunque su naturaleza es superior a la del sapo, la perdió por su culpa, y está ya muy metido en el cieno.

14. Quiero terminar con esta idea: que siempre que se piense en Cristo, nos acordemos del amor con que nos concedió tantas gracias, y de qué gran amor nos demostró Dios dándonos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor.

Y aunque estemos comenzando a hacer oración y nosotros seamos tan ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos a amar; porque si el Señor nos concede la gracia de que se nos grabe en el corazón este amor, todo nos resultará fácil y lo haremos todo con gran rapidez y con muy poco esfuerzo.

Que Su Majestad nos conceda este amor, que sabe lo mucho que nos conviene, por el amor que Él nos tuvo y por su glorioso Hijo, a quienes nos demostró su amor, que tan caro le costó, amén.

15. Quiero hacerle a V. una pregunta, mi padre; ¿por qué cuando el Señor comienza a hacer mercedes a un alma, regalándole perfecta contemplación, no queda purificada, desasida y perfecta, si parece lógico que quien recibe tan gran merced no había de querer ya consuelos de la tierra?

Y ¿por qué en los arrobamientos y cuando ya el alma está más habituada a recibir mercedes, parece que los efectos son más notables, y a medida que crecen las gracias místicas queda más desasida? Pues si cuando llega el Señor, su toque puede dejar santificada al alma, ¿cómo es que ha de pasar tiempo para que el Señor la deje perfecta en las virtudes?

Esto quiero yo saber, que no lo sé; lo que si sé muy bien es que la fortaleza que deja Dios en el alma al principio, cuando la unión dura tiempo tan breve como el de abrir y cerrar los ojos, y si no fuera por los efectos que deja sería casi imperceptible, es muy diferente de cuando dura más tiempo esta merced.

La razón de esta diferencia creo que está en que el alma no está preparada del todo, y el Señor poco a poco la va formando y le da decisión y fuerzas de varón para que todo lo pisotee del todo La misma preocupación de Teresa está ya expuesta en *Vida* 11,1.

Con la misma rapidez que lo hizo con la Magdalena “Porque ver en el pueblo a una mujer como ella hacer tanta mudanza y, como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quienes ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, que se quería ahora hacer la santa, porque está claro que enseguida cambiaría el vestido y todo lo demás...” (J. MARTÍ BALLESTER, *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid, Séptimas Moradas 4,15, ) lo hace con otras personas, en la medida en que ellas le dejan hacer a Su Majestad. No nos creemos del todo que Dios da el ciento por uno aun en esta vida (Lc 18,29-30).

16. También se me ocurre esta comparación: lo que Dios da a los avanzados y a los que comienzan a tener contemplación es sustancialmente lo mismo La oración infusa es contacto con Dios de persona a persona mediante la gracia actual. Los primeros grados son sustancialmente idénticos a los más intensos de los éxtasis, arrobamientos, etc. La diferencia entre unos y otros es sólo accidental. Viene a ser

como un manjar del que comen muchas personas y las que comen poquito conservan el sabor durante un rato; a las que comen más las ayuda a sostenerse; y a las que comen mucho reciben vida y fuerza; se puede comer este manjar de vida tantas veces y tan copiosamente que ya no les apetece otra comida; porque ven el provecho que les hace, y se les ha acostumbrado tanto el paladar a la suavidad de este manjar, que más quisieran no vivir que tener que comer otras **COSAS** El que ha gustado y saboreado a Dios en la contemplación mayor: “Gustad y ved qué suave es el Señor” (Sal 33,9); “Sepamos decir a los hombres a qué sabe Dios” (san Juan de Ávila), espontáneamente ve cómo se desprenden de su alma todos los apegos a criaturas, más o menos intensos o larvados, como se desprenden de las ramas de los árboles las hojas cuando la savia se ha concentrado en el tronco o en el más íntimo ser de las ramas **que lo único que conseguirán es quitar el buen sabor que el buen manjar dejó.**

Igualmente la conversación de una amistad santa durante un día no aprovecha tanto como si dura muchos días. Y si estamos mucho con el amigo, nos hacemos como él, con el favor de Dios.

En fin, todo depende de Dios que da lo que quiere y a quien quiere; mas es muy decisivo que el alma que comenzó a recibir la contemplación estimándola como debe, se decida a desasirse de todo.

17. También me parece que Su Majestad va probando a unos y a otros, manifestándoles quién es con deleite tan soberano, para ver quien le quiere, y para avivar la fe, si es que está muerta, en lo que nos ha de dar, diciendo: “Mirad que esto es sólo una gota del mar grandísimo de bienes”, para no dejar nada por hacer con los que ama, y según ve que le reciben así da y se da Dios concede la contemplación menor y mayor para que el alma le conozca. Dios quiere a quien le quiere; y ¡qué bien querido! y ¡qué buen amigo!

¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar a entender qué dais a los que se fían de Vos y qué pierden los que, habiendo gozado de contemplación, se quedan con su yo!

No es esto lo que queréis, Señor, pues hacéis mucho más que lo dicho, ya que os venís a una posada tan ruin como la mía. ¡Bendito seáis por siempre jamás!

18. Otra vez le ruego, padre, que si trata de estas cosas de oración que yo he escrito sea sólo con personas espirituales de verdad; porque si sólo conocen un camino, o se han quedado a mitad, no sabrán discernir.

Hay algunas personas a quienes Dios lleva por camino muy alto y creen que los demás podrán progresar igual y les impiden discurrir y les prohíben que se aprovechen de cosas corporales, con lo cual se quedarán más secos que un palo Escribe san Juan de Ávila a fray Luis de Granada, dándole “recetas” generales para los que quieren servir al Señor: “La tercera parte” (*Tercer Abecedario*, de Francisco de Osuna) no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por camino de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos” (*Obras completas*, Ed. Católica, Madrid 1952, I vol., carta I, 265).

Y algunos que ya hayan tenido un poco de oración de quietud creen que porque han quedado quietos algún tiempo podrán prescindir de meditar Según toda la doctrina importantísima de este capítulo podemos deducir que aquí quiere decir la Santa que el error de éstos consiste en no meditar sobre la Humanidad de Cristo, o estar con El; y en vez de progresar, retrocederán. Así que en todo es menester experiencia y discreción. El Señor nos la conceda.

## Capítulo 23

**Reanuda el relato de su vida y dice cómo comenzó a buscar más perfección y por qué medios. Este capítulo es muy útil para personas que**

## tienen que dirigir almas de oración

1. Quiero ahora reanudar la historia de mi vida donde la dejé, que creo me he detenido más de lo que debía a fin de que se entienda mejor lo que está por venir. En la sección doctrinal de las aguas, capítulos 11-22, se ha detenido para darnos claves de interpretación de la vida mística que comienza ahora.

Este es un libro nuevo de aquí en adelante, quiero decir otra vida nueva. La de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a escribir estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, según me parece; porque creo que es imposible que, en tan poco tiempo, haya podido salir liberada de tan malas costumbres y obras.

El Señor sea alabado que me libró de mí.

2. Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba, según me parece, que yo las quisiera recibir.

Comenzó el Señor a darme con mucha frecuencia oración de quietud y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo comencé a tener miedo, porque en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres a quienes había engañado el demonio.

Como era tan grande el deleite y la suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo evitar, y sentía en mí una certeza de que era de Dios, sobre todo cuando estaba en la misma oración y veía que quedaba muy mejorada y con más fortaleza, mas cuando me distraía un poco, volvía a temer y a pensar si el demonio pretendía, suspendiéndome el entendimiento, quitarme la oración mental para que no pudiese pensar en la Pasión ni pudiese ejercitar el entendimiento, que yo creía que era mi mayor pérdida.

Yo no entendía cómo era posible que el entendimiento quedara suspendido.

3. Mas como Su Majestad quería ya darme luz para que ya no le ofendiese y que tomara conciencia de lo mucho que le debía, creció tanto este miedo, que me llevó a buscar con diligencia personas espirituales a quienes pudiera solicitar consejo.

Yo había oído hablar de algunos, porque habían llegado a Ávila los de la Compañía de Jesús, a quienes yo, sin conocer a ninguno, era muy aficionada de sólo el género de vida y de oración que llevaban.

Mas no me veía digna de hablar con ellos ni con fuerzas para obedecerles; esto es lo que más miedo me daba, porque tratar con ellos y seguir siendo la que era, me resultaba cosa recia.

4. Estuve así algún tiempo, hasta que, después de muchas luchas y temores, me decidí a hablar con una persona espiritual para preguntarle sobre la oración que yo hacía, y para que me diese luz, si estaba equivocada, y hacer todo lo que pudiese para no ofender a Dios: porque la falta de fuerza que veía en mí me hacía titubear tanto.

¡Qué equivocación tan grande, válgame Dios, que queriendo ser buena, me apartaba del bien!

El demonio debe de poner toda su fuerza cuando un alma quiere comenzar a practicar la virtud porque yo no podía decidirme a buscar ayuda. Sabe él que todo el remedio de un alma está en tratar con amigos de Dios y así yo no acababa de determinarme.

Aguardaba a enmendarme primero, como cuando dejé la oración, y quizá nunca

lo hiciera, porque estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre que no acababa de entender que eran malas, que era menester ayuda de otros que me dieran la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que al fin su mano fue la primera que me ayudó.

5. Como yo vi que crecía tanto mi temor, porque crecía la oración, intuí que en este temor había algún gran bien o un grandísimo mal; pues yo tenía clara conciencia de que aquella oración era sobrenatural, pues algunas veces no la podía resistir y era inútil pretender tenerla cuando yo quería.

Pensé que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia y no me apartaba de todas las ocasiones, incluso de pecados veniales. Con lo cual, si era espíritu de Dios, clara estaba la ganancia, y, si era del demonio, procurando yo agradar al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer, sino que saldría él perdiendo Razonamiento cabal, lleno de sensatez.

Firme en esta determinación y suplicando siempre a Dios que me ayudase, procurando hacer lo dicho durante algunos días, vi que mi alma no tenía fuerza para seguir adelante ella sola por este camino de perfección, por algunas aficiones a cosas que, aunque de suyo no eran malas, bastaban para estragarlo todo.

6. Me hablaron de un sacerdote letrado que vivía en Avila Gaspar Daza, piadoso y culto sacerdote, que más tarde recibirá los votos de las primeras carmelitas descalzas. cuya bondad y virtudes el Señor comenzaba a manifestar a la gente.

Yo procuraba hablar con él por medio de un caballero santo que vive también en Avila Francisco de Salcedo, casado con doña Mencía del Águila, que fue ordenado sacerdote cuando enviudó, está casado, y vive una vida tan ejemplar y virtuosa y es hombre de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección.

Ha hecho mucho bien a muchas almas, porque tiene tantas cualidades que, aunque su estado no es el más apropiado para ayudar a las almas, por ser casado, ejercita muy bien sus capacidades. Muy sensato y muy apacible con todos. Su conversación no es pesada, sino tan suave y agraciada, a la vez que recta y santa, que agrada mucho a quienes lo tratan; todo lo dirige al bien de las almas con quienes conversa y parece que no tiene más preocupación que satisfacer y dar gusto en todo lo que puede a todos.

7. Pues este bendito y santo hombre, con su interés, creo que fue el comienzo de que mi alma se salvase. A mí me asombra su humildad. Hace casi cuarenta años que hace oración, y vive una vida de perfección compatible con su estado, pues tiene una mujer, tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que le ayuda; en fin, como mujer escogida por Dios para un tan gran siervo suyo. Parientes suyos estaban casados con pariente míos.

También me comunicaba mucho con otro siervo de Dios que estaba casado con una prima mía Don Alonso Álvarez Dávila, padre de María de San Jerónimo, carmelita en San José.

8. Por este camino procuré que viniese este sacerdote tan siervo de Dios del que he hablado, que era muy amigo suyo, con quien pensé confesarme y tener por director.

Cuando vino a verme, sentí grandísima confusión de encontrarme ante un hombre tan santo; le abrí mi alma y le manifesté mi oración, y no quiso confesarme porque dijo que tenía mucho trabajo, y así era.

Comenzó con determinación santa a dirigirme como a fuerte, pues consideraba lógico que lo estuviese y que no ofendiese a Dios en nada, de acuerdo con la oración que vio que tenía.

Cuando yo vi su decisión tan impaciente de que había de dejar unas cosillas para lo que no tenía fuerza para salir de ellas con tanta rapidez, me afligí, y cuando

vi que quería que acabase de una vez, como a destajo, consideré que le faltaba tino y delicadeza Daza fue un director de rompe y rasga, de los que emplean con exceso la contabilidad. Pelagiano, en fin, y voluntarista de los que pretenden enjaular el espíritu, encasillándolo en las rejas de su impaciencia. Le faltó discernimiento, pese a su buena voluntad. Se le fue de las manos la madre de los espirituales por la artrosis que le impidió adaptarse a la genial discípula. .

9. Entendí que su método no era para mi alma, sino para otra más perfecta, pues, si yo en las mercedes de Dios había prosperado mucho, en la práctica de las virtudes y en la mortificación era principiante Teresa vuela y Daza se arrastra. Ella comenzó mística. Dios puede actuar por los caminos que quiere. En Teresa el camino no será normal. Actuará el Espíritu Santo con sus dones que le pedirán como fruto virtudes y mortificación. En la actuación se echa de ver intransigencia, excesiva seguridad en sí mismo que le hacía pertinaz en su juicio. De letrado, como le califica la Santa, nada. Unilateral como quien lo que leyó lo aplica a todos los casos, sin matizar ni tener en cuenta la psicología, el carácter, las circunstancias.

Y ciertamente si sólo hubiera hablado con él, mi alma nunca hubiera crecido, porque la tristeza que me causaba ver que ni hacía ni podía hacer lo que él me mandaba, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo.

Algunas veces me maravillo de que, siendo persona que tiene carisma para comenzar a acercar almas a Dios, no quiso El que entendiese la mía, ni se quisiera hacer cargo de ella, y todo resultó para mayor bien mío, pues así conocí y traté gente tan santa como son los de la Compañía de Jesús.

10. Entonces quedé de acuerdo con el caballero santo Francisco de Salcedo que me visitaría alguna vez. Aquí se vio su gran humildad, accediendo a comunicarse con una persona tan ruin como yo.

Comenzó a visitarme y animarme y a decirme que no creyese que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios; que él había estado esclavizado algunos años en cosas bien sencillas, sin haberse podido liberar de ellas.

¡Oh humildad, qué grandes bienes haces donde estás y a los que se acercan a quien la tiene!

Este santo, que creo que así lo puedo calificar, me confesaba flaquezas, que él por su humildad creía que lo eran, para alentarme. Flaquezas que por razón de su estado no eran falta ni imperfección, y en el mío de alma consagrada lo eran grandísimas.

Yo no digo esto sin intención, ya que parece que me alargo en menudencias, pues son tan importantes para comenzar a hacer bien a un alma y sacarla a volar cuando aún no tiene plumas, que nadie lo creerá sino quien lo ha vivido.

Y porque yo espero de Dios que usted ha de aprovechar a muchas almas, lo digo aquí, ya que toda mi salvación estuvo en que aquel hombre me supo curar y tuvo humildad y caridad para estar conmigo, y paciencia al ver que no me enmendaba en todo En Francisco de Salcedo, sin ser sacerdote, aunque había estudiado teología veinte años con los dominicos del colegio de santo Tomás de Ávila, encontró el tino, delicadeza y sabiduría que le faltaron a Daza.

Con discreción, poco a poco, iba dándome consejos para vencer al demonio.

Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso que el día que lo veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba en venir me entristecía mucho, pensando que no venía a verme por ser yo tan ruin.

11. Cuando él fue conociendo mis grandes imperfecciones y quizá pecados, aunque desde que me comunicaba con él yo me había enmendado ya bastante, y le manifesté también las mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, me dijo que no era compatible lo uno con lo otro, pues aquellos regalos eran propios de personas muy avanzadas en la perfección y mortificación. Que no podía dejar de temer mucho porque, por algunos indicios, le parecía el mío mal espíritu, aunque no estaba seguro del todo. Por tanto me dijo que reflexionase todo lo que yo creía de mi oración y se lo dijese.

Entonces comencé a sufrir porque yo no sabía decir ni poco ni mucho de mi oración, porque esta merced de saber entender cómo es mi oración y saberlo decir, hace poco que me la dio Dios.

12. Cuando me dijo que le parecía que me movía mal espíritu, con el miedo que yo tenía, fue grande mi aflicción y mis lágrimas, porque yo quería de veras agradar a Dios, y no podía persuadirme de que aquello procediese del demonio; mas temía, por si mis pecados eran la causa de que Dios me privase de luz, para que no entendiera mi situación. En plena sintonía con la doctrina de san Juan de la Cruz sobre los apetitos, que ciegan y oscurecen, ella intuye que los pecados pueden ser velos oscuros que impidan el paso de la luz. No es que Dios ciegue, porque el sol está en el alma, aunque velado, que es como lo descubrirá en las *Moradas*.

Buscando libros para ver si sabría manifestar qué clase de oración tenía, hallé en *Subida del Monte*. San Juan de la Cruz toma el título de la subida de su *Monte Carmelo* de este libro de Laredo, que, al hablar de la unión del alma con Dios, describe todas las señales que yo experimentaba *en aquel no pensar nada*, que es lo que yo más acentuaba en mis manifestaciones diciendo que, cuando tenía aquella oración, no podía pensar nada, y subrayé los párrafos correspondientes y le di el libro para que él y el mencionado sacerdote Gaspar Daza, santo y siervo de Dios, lo examinasen y me dijiesen lo que tenía que hacer; y que, si así lo juzgaban, dejaría la oración del todo, pues qué necesidad tenía de meterme en esos peligros; pues, si después de casi veinte años que hacía oración de nada me había servido sino de que el demonio me engañara, era mejor no hacer oración.

Así que todo lo veía penoso, como quien está metido en un río que a cualquier parte que vaya teme mayor peligro y él está casi ahogándose.

Es este sufrimiento muy grande, y de éstos he pasado muchos, como más adelante diré; porque aunque parece que no es importante, quizá será provechoso entender cómo ha de ser probado el espíritu. Ella misma da indicios de que ésta fue «su noche del espíritu».

13. En verdad que es grande lo que se sufre, y hace falta tacto, sobre todo con mujeres, porque es grande nuestra fragilidad y puede producir mucho daño decirles con crudeza que esta oración es del demonio. Una persona que comunicaba a un sacerdote católico algo de esto, recibió la respuesta: «Esto lo han tenido los santos o lo hace el demonio; puesto que tú no eres santa...» fue desesperante. Un pastor protestante discernió mejor y se lo autenticó.

Hay que examinar el caso muy bien, apartarlas de los peligros que puedan tener y recomendarles que lo guarden en secreto, y guárdenlo los directores también, pues es muy importante.

Y de esto hablo como quien ha sufrido mucho por no haber guardado el secreto algunas personas con quienes he comunicado mi oración. Teresa sufrió mucho por causa de los directores que propalaron sus confidencias, que fueron noticia en toda la ciudad.

Unos y otros iban indagando para hacerme bien y me han hecho mucho daño, porque se han divulgado cosas que debían quedar muy secretas, ya que no todos las pueden comprender, y parecía que las propalaba yo.

Creo que el Señor lo ha permitido sin culpa de ellos para que yo padeciera.

No es que revelasen mis confesiones; pero me parece que, siendo personas a quienes confiaba mi alma para que me diesen luz que disipase mis temores, debían guardar secreto. Asombrosa tropelía incalificable. Y no es tan infrecuente en ciertos ambientes donde, con el pretexto de palabras de conocimiento recibidas del Espíritu Santo, fácilmente se atenta contra la justicia y no sólo contra la caridad. Y a pesar de todo yo no osaba callar nada a personas semejantes.

Pues digo que se avise a estas almas con mucha discreción, animándolas y esperando el tiempo oportuno, pues el Señor las ayudará, como lo ha hecho conmigo. Que si no me hubiera ayudado, con lo tímida y miedosa que era, grandísimo daño me hubieran hecho.

Estoy espantada de que no llegara a perjudicar más mi salud, dada la grave

enfermedad de corazón que padecía.

14. Cuando entregué el libro De Bernardino de Laredo junto con una relación de mi vida y pecados, lo más completa que pude (no fue confesión porque era seglar Salcedo, pero manifesté bien lo ruin que era), los siervos de Dios Salcedo y Daza estudiaron con gran caridad y amor lo que me convenía.

Por fin llegó la respuesta que yo con harto temor esperaba, para lo que había rogado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo misma había orado mucho aquellos días. Vino el caballero a verme y me dijo que, según el parecer de los dos, el espíritu que me movía era del demonio. Y que era conveniente que lo consultase con un padre de la Compañía de Jesús que, si yo le llamaba diciendo que lo necesitaba, vendría a verme. Y que le diese cuenta de toda mi vida en una confesión general, con mucha claridad; que Dios le daría más luz por la fuerza del Sacramento. Y que le obedeciese en todo lo que me mandase porque sin director corría mucho peligro.

15. A mí me causó tanto temor y pena que no sabía qué hacer; todo era llorar.

Estando en un oratorio muy afligida y sin saber lo que me iba a ocurrir, leí en un libro, que parece que el Señor lo puso en mis manos, que decía san Pablo: «Que Dios es muy fiel y no permitía que los que le amaban fueran engañados por el demonio» (1Cor 10,13). Esto me consoló mucho.

Comencé a preparar mi confesión general y a escribir todos mis pecados y virtudes, haciendo una relación de mi vida con toda la claridad que pude y supe, sin omitir nada.

Recuerdo que cuando después de releer lo escrito vi tantos pecados y casi ninguna virtud, me entró una pena y un dolor grandísimos.

También me apenaba que en casa me viesen relacionarme con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi maldad y juzgaba que estaba más obligada a ser buena y a privarme de pasatiempos, y si no me corregía tenía más responsabilidad.

Por eso insistí a la sacristana y a la portera que no lo dijeren a nadie. De poco me valió, porque ocurrió que me llamaron a la visita del padre cuando estaba a la puerta quien lo divulgó por todo el convento. ¡Cuántas dificultades pone el demonio y cuántos temores a quien quiere seguir a Dios más de cerca!

16. Abriendo toda mi alma a aquel siervo de Dios P. Diego de Cetina, que es un joven de 23 años, que lo era mucho y muy prudente, me entendió y me aclaró lo que me sucedía y me animó mucho.

Dijo que evidentemente era espíritu de Dios, pero que era necesario reemprender la oración porque no tenía bien sedimentados los cimientos, ni había comenzado a comprender lo que era la mortificación (y así era, que ni el nombre me sonaba), y que de ninguna manera dejase la oración, sino que pusiera mucho empeño, ya que Dios me hacía tales mercedes.

Me dijo también que a lo mejor el Señor quería hacer bien a muchas personas por mi medio, y otras cosas (parece que profetizó lo que el Señor ha hecho después por mí). Y que mi responsabilidad era muy grande si no correspondía a las mercedes que Dios me hacía.

Creo que el Espíritu Santo hablaba por él para curar mi alma, y así se me quedaba en ella grabado.

17. Me causó gran confusión; me guió de tal manera que yo parecía otra. ¡Qué gran cosa es comprender a un alma! Me dijo que cada día hiciese la oración sobre un misterio de la pasión y que le sacase jugo, y que sólo meditara en la Humanidad de Cristo y que resistiera todo lo que pudiera los recogimientos y gustos, hasta que



él me dijera otra cosa.

18. Me dejó consolada y fortalecida con la fuerza del Señor que me ayudó a mí y al padre a comprender mi situación y saber cómo me había de dirigir.

Quedé decidida a no dejar de cumplir nada de lo que me mandase y así lo he cumplido hasta el día de hoy.

Alabado sea el Señor que me ha concedido la gracia para obedecer aunque imperfectamente a mis confesores, que casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús.

Mi alma comenzó a mejorar manifiestamente como ahora diré.

## Capítulo 24

**Continuación de lo anteriormente expuesto. Su alma comenzó a crecer cuando comenzó a obedecer. La resistencia a las mercedes de Dios era inútil, pues el Señor se las iba dando más cumplidas.**

1. Quedó mi alma de esta confesión tan dócil, que creo que estaba decidida a todo; y en efecto, comencé a cambiar en muchas cosas, aunque el confesor no me lo exigía, más bien parecía que a nada daba importancia.

Y esto creo que me motivaba más, porque me conducía por el camino del amor de Dios y me dejaba con libertad y sin presión; era yo la que me exigía por amor.

Viví así casi dos meses, resistiendo con todas mis fuerzas los regalos y mercedes de Dios. En mi vida se notaba el cambio, porque ya el Señor me comenzaba a dar fuerzas para sufrir algunas cosas que, a quienes me conocían y a las monjas de mi convento, les parecían exageraciones. Y tenían razón, si comparaban mi nueva vida con la que antes llevaba, mas aún no llegaba a cumplir lo que mi hábito y mi profesión me exigían.

2. Con la resistencia de los gustos y consuelos de Dios se agrandó mi experiencia. Yo creía antes que, para que el Señor me hiciese regalos en la oración, era necesario ensimismarme mucho y por eso apenas me atrevía a moverme.

Después comprendí lo poco que podía mi resistencia; porque cuando más procuraba distraerme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria que parecía que toda me envolvía, sin que yo pudiera huir por ningún lado, y así era.

Yo traía tanto cuidado en resistir que me daba pena. El Señor le traía mayor haciéndome mercedes más manifiestas que antes, en estos meses, para que yo mejor comprendiera que no estaba en mi mano impedir las.

Comencé a recobrar el amor a la Sacratísima Humanidad. La oración comenzó a consolidarse como edificio que ya tenía cimientos, y comencé a desear más penitencia, de que estaba descuidada, porque habían sido tan graves mis enfermedades.

Aquel santo varón que me confesó me dijo que algunas penitencias no me perjudicarían; y que quizá Dios me dio tantas enfermedades porque, como yo no hacía penitencia, me la enviaba El.

Me ordenó que hiciera algunas mortificaciones poco sabrosas para mí. Pero todo lo hacía porque creía que me lo mandaba el Señor, que le daba gracia para

que me lo mandase de manera que yo le obedeciese.

Mi alma se fue afinando y comenzó a sentir dolor de cualquier falta, por pequeña que fuese, y así, si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba.

Hacía mucha oración para que el Señor me tuviese de su mano y no permitiera que me volviese atrás, pues tratando con siervos de Dios, sería gran delito que ellos perdieran su fama por causa mía.

3. En este tiempo vino a Avila el padre Francisco de Borja, que era duque de Gandía y, renunciando a todo, hacía algunos años que había entrado en la Compañía de Jesús.

Mi confesor y el caballero santo consiguieron que viniese al monasterio para que yo pudiera hablar con él y manifestarle mi género de oración, pues sabía que había avanzado mucho y era muy favorecido y regalado por Dios, que aun en esta vida le pagaba lo mucho que había renunciado por Él.

Después de oírme me dijo que mi espíritu era de Dios y que no debía resistirlo más, aunque había obrado bien resistiendo hasta ahora. Que siempre comenzase la oración meditando un misterio de la Pasión, y que si el Señor me llevaba el espíritu que no lo resistiera, sino que dejara a Su Majestad llevarselo, no habiéndolo intentado yo.

Me dio la medicina y el consejo como hombre que había vivido lo mismo, pues es indispensable para esto la experiencia. Dijo que sería un error seguir resistiendo más.

Yo quedé muy consolada, y el caballero también se alegró mucho de que el padre Francisco dijera que era espíritu de Dios, y siempre me ayudó y me aconsejó como pudo, que era mucho.

4. Entonces trasladaron a mi confesor P. Diego de Cetina lo que me apenó mucho, porque pensé que volvería a ser ruin como antes y que no era posible encontrar otro como él.

Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa. No sabía lo que iba a ser de mí. Una parienta me llevó a su casa y enseguida fui a buscar otro confesor en la Compañía.

Quiso el Señor que comenzase a tener amistad con una señora viuda Doña Guiomar de Ulloa, de buena posición y alma de oración, que tenía relación con los de la Compañía. Quiso que me confesara con su confesor, y viví en su casa muchos días. Vivía cerca de los padres. Yo estaba gozosa de poder hablar mucho con ellos pues, sólo de ver la santidad de su trato, mi alma recibía mucho provecho.

5. El padre confesor de doña Guiomar P. Juan de Prádanos me exigió más perfección. Me decía que para agradar del todo a Dios no debía omitir ningún sacrificio; pero lo hizo con mucho tacto y suavidad, pues mi alma aún no estaba fuerte, sino muy tierna, sobre todo para dejar algunas amistades que tenía; aunque con ellas no ofendía a Dios, me entregaba demasiado y creía que era ingratitud dejarlas.

Le decía yo: si no ofendo a Dios por qué he de ser desagradecida. Él me dijo que lo encomendase a Dios durante irnos días y que rezase el himno «Veni Creator» para que me diese luz para ver lo que era mejor.

Un día que había hecho mucha oración suplicando al Señor que me ayudase a agradarle en todo, mientras estaba rezando el himno, me vino un arrobamiento tan repentino que casi me sacó de mí, de lo que no pude dudar porque fue muy manifiesto. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Y entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres sino*

*con ángeles* Ocurrió esta gran merced del desposorio místico en casa de doña Guiomar, cuando Teresa tenía 41 años. La doctrina sobre el arrobamiento la explica en *Vida* 20. Es la oración de la VI *Morada*, que hace una transformación profunda y deja muchísima humildad. San Juan de la Cruz trata del desposorio en *Cántico B*, 14 y 15,2.

Estas palabras me espantaron mucho, porque la conmoción de mi alma fue grande y se me dijeron muy en el espíritu y por eso me causaron mucho temor, al que, pasada la primera impresión, sucedió el consuelo que me quedó.

6. Bien se han cumplido estas palabras Fueron palabras sustanciales que hacen lo que dicen. «La palabra sustancial hace efecto vivo y sustancial en el alma y nunca se las dice Dios para que ella las ponga por obra, sino para obrarlas en ella y le hace más bien al alma una palabra sustancial que cuanto el alma ha hecho toda su vida. Y así estas palabras sustanciales sirven mucho para la unión del alma con Dios» (J.M.B., *San Juan de la Cruz, Subida del Monte Carmelo leída hoy*, 31,1-2, BAC, Madrid) , pues jamás desde entonces he podido tener amistad firme, ni recibir consuelo ni tener amor particular, más que a personas que percibo que aman a Dios y le sirven. No estaba en mi mano, aunque fueran parientes ni amigos.

Si no capto estas cualidades, o es persona de oración, es para mí cruz tratar con nadie. Creo que es así, tal como lo digo, y no exagero.

7. Quedé muy animosa desde aquel día para dejarlo todo por Dios, quien había querido en aquel momento crear una mujer nueva a su sierva Ella dice «dejar otra a su sierva». Pero pienso que su situación está mejor expresada por la «nueva creación».

No fue necesario que el confesor me lo mandase más; ya que él, viéndome tan esclavizada a estas amistades, no se había atrevido a imponerme la separación. Seguramente esperaba a que lo hiciese el Señor, como lo hizo.

Tampoco yo creía que lo conseguiría con mis fuerzas, pues ya lo había intentado y me causaba tanta tristeza romper que, viendo que no era pecado, lo dejaba de intentar.

En aquel momento me liberó el Señor y me fortaleció para romper los lazos que me ataban El pájaro no puede volar si está atado, aunque sea por un hilo delgado (San Juan de la Cruz, 1 *Subida* 11,4). Repetidas veces ha dicho que no era pecado, pero la incapacitaba para responder a su vocación, que por tener una dimensión eclesial tan trascendental, hubo de intervenir la gracia extraordinariamente.

Lo manifesté al confesor y realicé la separación siguiendo sus consejos. La persona con quien mantenía la amistad quedó muy edificada al ver en mí esta determinación Los biógrafos se han visto desarmados ante la suma prudencia de Teresa, que no ha dejado indicios de la persona aludida.

8. Sea Dios bendito por siempre que en un instante me concedió la libertad que yo, con todos mis esfuerzos durante muchos años, que repercutían en mi salud, no había podido conseguir. Como lo hizo quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio.

## Capítulo 25

**Explica cómo se entienden estas locuciones de Dios al alma sin que se oigan, y las ilusiones que pueden darse; muy útil para quienes han llegado a este nivel de oración.**

1. Creo oportuno aclarar cómo Dios habla al alma y lo que siente ella, para que usted lo entienda, porque desde aquella vez que me habló el Señor, han sido muy frecuentes las locuciones de Dios, según voy a ir diciendo.

Estas palabras se oyen muy bien formuladas Tienen sentido sustancial que se experimenta por las palabras oídas en el alma, pero no a través de los oídos corporales, aunque se entiendan con más claridad que si por ellos se oyesen, y el alma no puede dejarlas de oír y entender, aunque ponga mucha resistencia.

Porque cuando naturalmente no queremos oír, podemos taparnos los oídos o distraer nuestra atención, a fin de que, aunque se oiga, no se entienda.

Para dejar de oír la locución que Dios dirige al alma, no hay modo de no oír, sino que, aunque no quiera, me hace escuchar y que el entendimiento esté muy alerta para entender lo que Dios quiere que entendamos, pues no basta que queramos o no. Porque, quien todo lo puede, quiere que entendamos que se ha de hacer lo que Él quiere, manifestándose verdadero Señor nuestro.

Esto lo tengo muy experimentado, porque, por el gran miedo que tenía, estuve resistiendo casi dos años, y ahora, aunque alguna vez lo intento, es inútil Dos años resistiendo a la acción poderosa de Dios produce en ella crisis dolorosa. Tiene 43 años.

2. Yo quisiera poner de manifiesto los engaños que pueden darse en estas locuciones y los diferentes efectos que produce el espíritu bueno y el malo. Claro que, quien tiene mucha experiencia, es difícil que sea engañado, mas ha de ser mucha la experiencia.

También pueden proceder estas palabras de la misma persona como si ella se hablara a sí misma (no sé si esto es posible, pero hoy mismo he sentido que sí lo es).

Cuando las palabras han provenido de Dios yo he podido comprobar que todas se han cumplido: algunas se me habían dicho dos o tres años antes de cumplirse y ni una sola ha resultado falsa. Además de éstas hay otras señales que demuestran con claridad el origen divino de las palabras.

3. También creo que es posible que una persona esté pidiendo a Dios una cosa con gran afecto e intensidad y le parezca oír que se le concederá lo que pide, o al revés. Pero quien haya recibido palabras verdaderas verá con claridad la diferencia.

Y así, si es algún razonamiento elaborado por el entendimiento, por sutil que sea, comprende que es obra suya y es él el que habla. Le ocurre como si él hubiera construido una conversación, no como si escuchara lo que otro habla. El entendimiento se da cuenta entonces de que no está escuchando, sino razonando. Y que las palabras que él fabrica son como cosa sorda y fantaseada y no clara y viva, como las que dice Dios. Cuando construye las suyas tiene posibilidad de distraerse, igual que cuando hablamos podemos dejar de hacerlo y callar. Cuando Dios habla no podemos.

El signo más poderoso de todos es que las palabras elaboradas por el entendimiento no producen efectos internos. Las que habla el Señor son palabras y obras; y aunque no sean consoladoras, sino de reprensión, a la primera disponen al alma y la preparan y enternecen y dan luz y regalan y aquietan; y si el alma se encontraba en sequedad o turbación y desasosiego, parece que se lo quitan de un manotazo, y aún mejor, pues parece que el Señor quiere que se vea que Él es poderoso y que sus palabras son obras (Flp 4,13).

4. La diferencia entre las palabras que dice Dios y las que el entendimiento construye es la que hay entre hablar y escuchar. Lo que yo hablo lo voy ordenando reflexivamente; cuando me hablan escucho sin ningún esfuerzo.

En el primer caso nos quedamos dudosos de si es verdad, como quien está medio dormido. Cuando escucho palabras de Dios oigo una voz tan clara que no pierdo ni una sílaba.

Y suele ocurrir a veces que están el entendimiento y el alma tan distraídos que no serían capaces de discurrir, y hallan guisadas grandes verdades que le dicen que, ni aun estando el alma muy recogida, podría procurar, y la primera palabra que le dicen le cambia totalmente la vida.

Pero si está en arrobamiento en el que las potencias están suspendidas ¿cómo se podrán entender cosas que nunca había imaginado? ¿Cómo podrán ocurrírsele ahora, cuando la memoria está casi perdida y la imaginación como embobada?

5. Según creo, durante el arrobamiento, cuando el alma está unida a Dios, no se ven visiones ni se oyen palabras; pues entonces, como ya lo he escrito en la cuarta agua, se pierde del todo el uso de las potencias y ni se puede ver ni oír. Está el alma en poder de Dios y en este tiempo, siempre breve, no le deja libertad para ello.

Cuando cesa este breve tiempo de arrobamiento más intenso mientras aún dura el arrobamiento, aunque más atenuado, puede oír el alma palabras o ver visiones, pues las potencias entonces, aunque no están del todo perdidas, casi no obran; quedan como absortas e incapaces de razonar.

Hay muchas más señales para distinguir las hablas de Dios del razonamiento del hombre, de manera que uno puede engañarse una vez, pero no muchas.

6. Y repito, que si el alma tiene experiencia y está alerta, ve muy clara la diferencia, porque aparte de las ya enumeradas que demuestran lo que he dicho, comprueba el alma que, las palabras que proceden del mismo entendimiento, no producen ningún efecto, ni el alma las admite, ni las cree, porque ve que son del devaneo del entendimiento y les hace el mismo caso que le haría a un loco. Las de Dios, por el contrario, las tiene que admitir aunque le pese, como si las oyésemos a una persona muy santa o sabia y de gran autoridad que sabemos que no nos ha de mentir.

Y aún se queda corta esta comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras que, aún sin pensar en quien las dice, si son de reprensión hacen temblar, y si son de amor hacen deshacerse en amor, y son cosas, como he dicho, que la memoria estaba muy lejos de pensar y en un instante se dicen verdades tan grandes, que se necesitaría mucho tiempo para construir las y de ninguna manera se puede ignorar que no las hemos fabricado nosotros.

Y ya no me detengo más en esto, pues es casi imposible que una persona experimentada se pueda engañar en esto, de no ser que ella misma intencionadamente quiera ser engañada.

7. Muchas veces, si he tenido alguna duda, he dejado de creer lo que me han dicho, pensando si era antojo mío (después de oír las palabras, pues en el mismo momento que se oyen es imposible dudar), y pasado mucho tiempo las he visto cumplidas.

Pues el Señor hace que se graben en la memoria de tal modo, que no se pueden olvidar.

Las formadas por el entendimiento, por el contrario, son fugaces, pasan y se olvidan.

Las divinas son realidades que, aunque con el tiempo se olviden un poco, más no del todo, de no ser que haya pasado mucho tiempo o sean palabras favorables o doctrinales. Pero si son de profecía no se olvidan, según me parece al menos a mí, aunque tengo poca memoria.

8. Y repito que esto lo ve claro un alma, de no ser una persona que quiera fingir, Dios me libre, que oye palabras sin ser verdad. Mas, si ha entendido el espíritu de Dios, no podrá dejar de ver claro que es ella la que lo ordena y lo habla

a sí misma. Si no ha entendido el espíritu de Dios, puede pasarse toda la vida en este error y creer que oye palabras, aunque yo no sé cómo.

O esta alma quiere entender, o no; si se está deshaciendo de lo que entiende, y no quisiera entender nada por mil temores, y otras muchas causas por las que hay que desear estar quieta en la oración sin oír estas cosas ¿por qué deja que el entendimiento construya tantas razones? Para esto se necesita tiempo. En las genuinas hablas místicas, por el contrario, sin perder tiempo somos enseñadas y entendemos verdades que precisarían un mes para ordenarlas, y el mismo entendimiento y el alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden.

9. Esto es así, y quien tuviere experiencia verá que así es, al pie de la letra, todo lo que he dicho. Alabo a Dios porque lo he sabido decir.

Y termino diciendo que creo que se puede llegar a pensar que, como es el entendimiento el que formula las palabras, está en nuestras manos escucharlas cuando queremos, y así, cada vez que hacemos oración, nos puede parecer que las oímos.

Cuando las hablas son de Dios no ocurre así, pues a lo mejor pasan muchos días y no las oigo y es imposible oírlas, por mucho que quiera, y otras veces que no quiero las oigo.

Pienso que los que quieran engañar a los demás asegurando que lo que ellos inventan es de Dios, poco les cuesta decir que lo oyen con los oídos corporales; aunque la verdad es que yo nunca pensé que se pudiese oír con otros oídos que los corporales, hasta que lo experimenté yo misma. Ya he dicho cuanto sufrí por esta causa. En el número uno de este mismo capítulo dice que las palabras de Dios no se oyen con los oídos corporales. Ella creía que éstos eran los únicos medios de oír. Ya sabe ahora que no. Cuando san Juan de la Cruz dice que se pueden oír con los oídos del cuerpo quiere significar que la persona escucha en su imaginación, como cuando recuerda lo que escuchó por los oídos. Lo que sufrió lo ha dicho en el capítulo 23,14.

10. Cuando las palabras provienen del demonio, no sólo no dejan buenos efectos, sino que los producen malos. Esto me ha acaecido dos o tres veces tan sólo, y después he sido avisada por el Señor de que eran del demonio.

Además de la gran sequedad que dejan, producen también en el alma una inquietud, semejante a la que me han producido otras muchas veces, las grandes tentaciones y sufrimientos interiores de toda clase, que el Señor ha permitido que sufriera.

Mas, aunque me atormenta mucho, como después diré, es una inquietud que no se sabe entender de donde proviene; parece que el alma rechaza estas palabras y se alborota y se aflige sin saber de qué, porque lo que le dice el demonio no es malo, sino bueno. Pienso si es que se da un enfrentamiento de un espíritu contra otro.

El gusto y el deleite que da el mal espíritu es muy diferente del que causa el bueno. Aunque quien no haya gozado el de Dios puede ser engañado con estos gustos.

11. Estoy hablando de gustos genuinos, con un gozo suave, fuerte, profundo, deleitoso y pacificante. No de sentimentalismos espirituales, lágrimas y emociones superficiales que, como florecitas sin arraigo, desaparecen apenas sopla el airecito de la prueba.

Yo esto no lo considero devoción, aunque es un buen principio y son sentimientos santos, más no suficientes para discernir por ellos el bueno o el mal espíritu.

Y hay que ir con cuidado, porque las personas que en la oración sólo han llegado hasta estos sentimientos superficiales fácilmente podrían ser engañadas si tuviesen visiones o revelaciones.

Yo no tuve visiones ni revelaciones hasta que el Señor, por sola su bondad, me regaló oración de unión, excepto la primera vez que dije que, hace muchos años, vi a Cristo «Se me apareció Cristo con mucho rigor...» (C. 7,6-7). Entonces no supo que era una verdadera visión.

Si Su Majestad hubiera querido que yo entendiera que aquella fue una visión verdadera, como después lo he entendido, me hubiera aprovechado mucho Expresa la misma idea en el capítulo 7,7 .

Las palabras del demonio dejan seca al alma y como espantada y con gran disgusto.

12. Tengo por muy cierto que Dios no permitirá que el demonio engañe al alma que no se fía de sí misma y que está tan firme en la fe, que puede afirmar que por un punto de ella morirá mil muertes.

Y con este amor a la fe que Dios le va infundiendo hasta consolidarse en fe viva y fuerte, vive conforme a lo que cree la Iglesia, y consultadas sus dudas con los maestros, firme y fundamentada fuertemente en las verdades de la fe, no podrán apartarla ni un ápice de la fe de la Iglesia todas las revelaciones imaginables, aunque viera los cielos abiertos.

13. Si alguna vez siente que vacila pensando lo contrario, o se entretiene diciendo: «esto que me dice Dios contra lo que profesa la Iglesia puede ser verdad, como lo que revelaba a los santos», y no se ve con esta fortaleza grande de fe, y la devoción o la visión no le ayudan a robustecer la fe, no las considere auténticas.

No digo que crea que ella está en la misma situación que los santos; basta que el demonio la comience a tentar con tal sugestión. Entretener este pensamiento ya se ve que es malísimo.

Más creo que estas sugerencias no vendrán al alma muchas veces, si ella está tan firme en la fe como quienes reciben de Dios tales regalos, que están convencidos de que desmenuzarían a todos los demonios por la más pequeña verdad que cree la Iglesia.

Si no rechaza este pensamiento en seguida, aunque el daño no se vea entonces, poco a poco puede llegar a ser muy grande.

Según yo veo y sé por experiencia, si la revelación está de acuerdo con la Escritura, ofrece mayor garantía de ser de Dios. Pues si se desviara de ella, por poco que fuera, tendría mayor prueba de que es del demonio, de la que tengo de que es de Dios, por grande que la tenga. Porque entonces ya no es necesario ir buscando señales, pues está tan clara la señal de que es del demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería.

El caso es que cuando es del demonio, parece que se esconden todos los bienes y que huyen del alma, según queda de desabrida y alborotada y sin ningún efecto bueno; porque, aunque parece que pone buenos deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme que quien tenga experiencia del buen espíritu lo entenderá.

14. Como el demonio puede hacer muchas trampas, lo más seguro es temerle y estar alerta y tener maestro competente a quien comunicarle todo. Con estas precauciones, no hay que temer ningún daño; aunque yo he tenido que padecer mucho por los temores excesivos de algunas personas.

Recuerdo especialmente una vez que se habían unido muchas personas en quienes yo tenía mucha confianza, y era justo tenerla, y aunque yo me confiaba a uno sólo, él lo comentaba con los otros; pues con el mucho amor que me tenían buscaban mi bien y temían que el demonio me engañara.

Yo misma llegué a tener muchísimo miedo, pero sólo cuando no estaba en oración, porque mientras estaba orando y el Señor haciéndome algún regalo, me

veía muy segura.

Creo que eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios Gaspar Daza, de quien ya hemos escrito, Gonzalo de Aranda, el padre Prádanos, el padre Álvarez, el Caballero Santo y Alvarez Dávila. Mi confesor me dijo que todos coincidían en que mi espíritu procedía del demonio y consiguientemente que no comulgase tan a menudo Llegaron a privarla de la comunión durante veinte días y que me distrajese y evitase la soledad Hasta qué punto era necesaria Teresa, su espíritu y su reforma, lo demuestra el nivel de cultura y de oración que se vivía en Ávila ¿en Castilla?, cuando estas personas que intervienen en su caso son la crema de la espiritualidad. Melchor Cano, catedrático de Salamanca, discípulo preclaro de Vitoria, que obtuvo un éxito enorme con su obra genial «De locis Theologicis», critica no sólo a los alumbrados, sino también a Carranza, arzobispo de Toledo, y a fray Luis de Granada, y les ataca por divulgar la oración mental entre todos los cristianos sin distinción de estado. Veía en ello peligro de herejía. Fernando de Valdés, Inquisidor General, prohibió casi todos los libros que trataban de oración mental. Fueron prohibidos los tratados de san Francisco de Borja, san Juan de Avila, el padre Granada, san Pedro de Alcántara, Carranza, Francisco de Evia, Taulero, Herp, Dionisio Cartujano, Savonarola y Erasmo. En *Vida* 26,5 nos dice Teresa lo que le dolió esta prohibición.

Mi temor, como he dicho, era enorme; como además estaba enferma del corazón, muchas veces no me atrevía a estar sola en mi habitación, ni siquiera de día.

Como tantos decían que era demonio y yo no lo podía creer En *Cuentas de conciencia* 1,34 relata la misma situación, me remordía la conciencia porque me parecía que tenía poca humildad; pues si todos eran mejores que yo sin comparación y además letrados, ¿por qué no me tenía que fiar de ellos?

Me esforzaba cuanto podía por creer lo que me decían teniendo en cuenta mi ruin vida y que, según ella había sido, sería verdad lo que decían.

15. Salí del templo con esta pena, y entré en un oratorio después de haber estado muchos días sin comulgar, y sin la soledad que era todo mi consuelo, y sin nadie con quien comunicarme, porque todos estaban contra mí.

Unos se burlaban de mí, como si fuesen antojos míos; otros avisaban al confesor para que tuviera cuidado conmigo; otros decían que ciertamente procedía del demonio.

El confesor, que se manifestaba de acuerdo con ellos, por probarme (lo supe después), era el único que siempre me consolaba y me decía, que aunque fuese el demonio, si yo no ofendía a Dios, no podría conmigo, que le pidiese mucho a Dios que me lo quitase.

El y todos sus penitentes rezaban mucho por esto, y yo no hacía más que pedir, y rogaba a todas las personas buenas que conocía que me llevase Dios por otro camino.

Pidiendo esto continuamente estuve dos años.

16. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba que era posible que el demonio me hablase tantas veces. Porque desde que no me entregaba a la soledad para orar, aunque estuviera en conversación, el Señor me hacía recoger y, sin que yo lo pudiera evitar, me decía lo que quería, y a mi pesar, lo había de oír.

17. Pues encontrándome sola, sin tener ni una sola persona con quien desahogarme, y sin poder rezar ni leer, como una persona abrumada por tanta tribulación y temor de que me engañase el demonio, toda turbada y agotada, no sabía qué hacer de mí.

Así me vi muchas veces, pero nunca con tanto sufrimiento como ésta, que me duró cuatro o cinco horas. Ni en el cielo ni en la tierra había consuelo para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros Es la noche del espíritu.

¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero; y, como poderoso, cuando queréis podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! ¡Qué os alaben todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién pudiera gritar en vuestro nombre para decir cuán fiel sois a vuestros amigos!



Todas las cosas fallan: Vos, Señor de todas ellas, nunca falláis. Poco es lo que permitís que sufra aquel que os ama.

¡Oh Señor mío! ¡Qué delicada y fina y sabrosamente sabéis tratar a quienes os aman! ¡Quién nunca se hubiera entregado a amar a nadie sino a Vos!

Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en la mayor intensidad del sufrimiento se manifieste la mayor intensidad de vuestro amor.

¡Oh Dios mío! ¡Quién tuviera entendimiento y estudios y palabras brillantes para enaltecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío; mas, si Vos no me desamparáis, no os faltará yo a Vos.

Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atórméntenme los demonios; no me faltéis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía.

18. Pues estando en esta gran tribulación, me la quitaron del todo y me pacificaron estas pocas palabras: *No tengas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas.*

Según el estado de turbación de mi alma, parece que eran necesarias muchas horas para persuadirme a sosegarme, y que nadie lo podría conseguir. Sin embargo, he aquí que con sólo estas palabras quedé sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una paz y luz que en un instante vi mi alma transformada en otra, y creo que con todo el mundo discutiría que el espíritu que recibía era de Dios.

¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras (Flp 4,13). ¡Oh, válgame Dios, y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor!

19. Esto es tan gran verdad, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó que se calmasen los vientos en el mar, cuando se levantó la tempestad (Mc 4,39), y así decía yo: ¿Quién es éste que así le obedecen todas mis potencias, y en un instante hace brillar la luz en tan gran oscuridad, y ablanda un corazón que parecía una piedra, y da agua de lágrimas suaves donde parece que durante mucho tiempo había sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién este ánimo? Y me acaeció pensar: ¿De qué tengo miedo? ¿Qué es esto?

Yo deseo servir a este Señor; no pretendo otra cosa sino agradecerle; no quiero alegría, ni descanso, ni otro bien más que hacer su voluntad (bien segura estoy de ello, y así lo puedo afirmar).

Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es y sé que lo es, y los demonios son sus esclavos (y esto no se puede dudar, pues es de fe), si yo soy esclava de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden hacer ellos a mí? ¿Por qué yo no he de tener fortaleza para combatir con todo el infierno?

Tomaba una cruz en la mano y parecía que verdaderamente Dios me daba ánimo, pues me vi en un instante cambiada, hasta el punto de que no temiera luchar cuerpo a cuerpo con ellos y que con aquella cruz los vencería a todos. Y les dije: «Ahora venid todos los demonios, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué me podéis hacer».

20. Y me parecía que me tenían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que tenía, hasta hoy.

Y aunque algunas veces los he visto, como diré después, casi no les he tenido miedo; sino que ellos me lo tenían a mí.

Quedóme un señorío contra ellos como inmenso don del Señor de todos, y no se me da más de ellos que de moscas. Me parecen tan cobardes que, cuando ven que los tienen en poco, se quedan sin fuerzas. No saben acometer de frente más

que a quien se les rinde, o cuando permite Dios, para mayor bien de sus siervos, que los tienten y atormenten.

Quiera Su Majestad que temamos a quien hemos de temer y que comprendamos que nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues así es.

21. ¡Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con otras ataduras de honores, riquezas y placeres!; pues entonces, juntos ellos con nosotros mismos, pues nos hacemos enemigos nuestros al amar y querer lo que hemos de aborrecer, nos harán mucho daño; porque les permitimos que peleen contra nosotros con nuestras mismas armas, pues ponemos en sus manos las que nos habían de servir para defendemos.

Esta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz y nos esforzamos por servirle de verdad, huye el demonio de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira; no hará alianza con quien camina en la verdad (Jn 8,44).

Cuando él ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos Frase que significa ejecutar alguna acción que se sabe que otro ha de sentir mucho. (Diccionario de Autoridades, Real Academia Española, Gredos, Madrid 1984) porque si ve a una persona ciega en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues como tal vive, y se atreve a luchar con él una y muchas veces En Camino 23,4-5 amplía estas mismas afirmaciones.

22. Quiera el Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honor lo que es honor, y por placer lo que es placer, y no todo al revés, y ¡una higa Gesto de desprecio para todos los demonios!, que ellos me temerán a mí.

No entiendo estos miedos: «¡demonio! ¡demonio!», donde podemos decir: «¡Dios! ¡Dios!» y hacerle temblar.

Sí, que ya sabemos que el demonio no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo yo más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo; porque él no puede hacer nada, y los otros, sobre todo los confesores, inquietan mucho, pues me han hecho pasar unos años de tanto sufrimiento, que ahora me espanto de haberlo podido sufrir. ¡Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado!

## Capítulo 26

**Continuación del mismo tema. Relata sucesos que le han acaecido que le quitaban el miedo y le hacían afirmar que el espíritu que le hablaba era bueno.**

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dio contra los demonios; pues es un grandísimo inconveniente que un alma camine acobardada y temerosa de algo que no sea ofender a Dios.

Pues tenemos Rey poderoso y tan gran Señor que todo lo puede y a todos manda, no hay que temer, andando, como he dicho, en verdad delante de Su Majestad y con limpia conciencia.

Para esto, como he dicho, querría yo todos los temores: para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer; que, contento Su Majestad, no hay quien se oponga contra nosotros que no lleve las manos a la cabeza Quiere decir que quedará derrotado.

Se me podrá decir que así es; pero que ¿quién será esta alma tan recta que del todo le agrade?, y que por eso teme. No es la mía, ciertamente, que es muy miserable e inútil y llena de mil miserias; más no actúa Dios como los hombres, pues comprende nuestras flaquezas.

Puede además el alma sentir grandes indicios en su interior de si ama a Dios de verdad, porque, las que han llegado a este nivel, no tienen el amor tan escondido como en el comienzo de su vida cristiana, sino con grandes ímpetus y deseo de ver a Dios, como después diré o ya he dicho *Diré en c. 29. Ha dicho en cc. 20, 21, 22. (J.M.B., Cuatro niveles de oración, Paulinas, Madrid 1991):* todo les cansa, todo les fatiga, todo les causa tormento. Si no es con Dios o por Dios, no hay descanso que no canse, y por eso digo que no pueden disimular el amor.

2. Me ha ocurrido otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones de casi toda la ciudad donde vivo y de mi Orden por causa de la empresa *La fundación del monasterio de San José, el primero de la reforma* de que hablaré después, y estando afligida por los muchos problemas que llevaba sobre mis espaldas, y con decirme el Señor: *¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido,* y así se ha cumplido puntualmente, he quedado con una fortaleza, que me hubiera arriesgado a emprender otras tareas, aunque me costasen muchos sufrimientos, y me expondría otra vez a padecer por servirle. Esto me ha ocurrido tantas veces que yo no las podría contar.

Muchas veces el Señor me reprendía, y me reprende cuando cometo imperfecciones, de tal manera que me deshace el alma. Pero la reprensión trae consigo la enmienda, porque Su Majestad, como he dicho, da el consejo y el remedio.

Otras veces me hace recordar mis pecados pasados, especialmente cuando quiere hacerme alguna merced extraordinaria. Parece entonces que el alma se ve en el Juicio Divino, donde le hace ver con tan claro conocimiento la verdad de su vida, que no sabe dónde esconderse.

Otras veces me avisaba de algunos peligros que iba a tener yo u otras personas, tres o cuatro años antes de que sucedieran, y todo se ha cumplido. Quizá relataré algunos. Son tantas las circunstancias que demuestran que es Dios quien habla, que no se puede ni dudar que es Él.

3. Lo más seguro es, yo así lo hago y, si no, no tendría paz, y así hemos de actuar las mujeres ya que no tenemos estudios, como muchas veces me ha dicho el Señor, comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, que sea competente, y obedecerle. Este proceder no sólo no perjudica sino que aprovecha mucho. Esto me lo ha dicho el Señor muchas veces.

Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho y algunas veces me afligía y me hacía sufrir, porque me inquietaba mucho, y sin embargo fue el que más me ayudó, según creo *P. Baltasar Alvarez.*

Y, aunque le quería mucho, tenía tentaciones de dejarlo, pues creo que las inquietudes que me sembraba sobre mi oración eran un estorbo para continuar haciéndola.

Siempre que me decidía a dejarlo, entendía en mi espíritu que no lo debía dejar, con una reprensión que me deshacía más que todo lo que me decía el confesor.

Algunas veces ya no podía más, pues por una parte recibía reproches de mi confesor, por otra reprensión del Señor, y todo lo necesitaba, pues a mi voluntad le faltaba docilidad.

Me dijo una vez el Señor que obedecer sin padecer no es obedecer; que pusiese

los ojos en lo que Él había padecido, y todo se me haría fácil «Cristo aprendió sufriendo a obedecer» (Heb 5,8).

4. Un confesor que tuve cuando comencé a practicar la oración me aconsejó que, ya que estaba garantizado que me guiaba el buen espíritu, que no diese ya cuenta de mi oración a nadie, porque era mejor callar estas cosas.

A mí no me disgustó su parecer, porque yo sufría tanto cada vez que tenía que decir esto al confesor, y me humillaba más algunas veces que tener que confesar pecados graves, pues me daba la impresión de que no me creían y que se burlaban de mí; y como esta actitud me parecía que era un desprecio a las maravillas de Dios, prefería callar.

Entendí en mi alma que aquel confesor me había aconsejado mal y que de ningún modo ocultase nada al que me confesaba, porque esto era garantía de seguridad, y, si callaba, alguna vez podría engañarme.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me mandaba otra, el Señor volvía a hablarme diciéndome que obedeciera al confesor; después Su Majestad le cambiaba el corazón para que me mandara la voluntad del Señor.

Sentí mucho la prohibición de leer libros en castellano, porque ya no podría gozar leyéndolos, al ser autorizados sólo los que estaban en latín. Me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré libro vivo* Véase nota 6 del capítulo 25.

Como yo aún no había tenido visiones, no podía entender estas palabras. Después lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y contemplar lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que casi no he necesitado libros; Su Majestad ha sido el libro verdadero donde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja grabado en el alma lo que se ha de leer y lo que se ha de hacer, de manera que no se puede olvidar!

¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abrace y las ame y las desee?

¿Quién ve un destello de la gloria que da a los que le sirven que no reconozca que todo lo que se puede hacer y padecer es nada, pues tal premio esperamos?

¿Quién ve los tormentos que sufren los condenados, que no se le hagan deleite, en su comparación, los tormentos de este mundo, y reconozca lo mucho que debe al Señor por haberle librado tantas veces del infierno?

6. Porque con el favor de Dios ampliaré algunas cosas, quiero seguir el proceso de mi vida. Quiera el Señor que haya sabido escribir lo anterior con claridad. Aunque estoy persuadida de que, quien tenga experiencia, lo entenderá y verá que he acertado a decir algo. Quien no la tenga, no me extrañaré de que todo le parezca desatino. Basta que lo haya dicho yo para quedar disculpado, ni yo condenaré a quien lo diga. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

## Capítulo 27

**El Señor puede enseñar al alma de una forma nueva en la que le manifieste su voluntad de manera admirable. Intenta relatar la gran merced que le regaló el Señor en una visión no imaginaria. Este capítulo es muy notable.**

1. Pues volviendo al relato de mi vida, me encontraba yo con gran aflicción y

amargura rezando y pidiendo oraciones para que el Señor me llevase por otro camino que fuera más seguro, ya que me decían que el que llevaba era tan sospechoso.

La verdad es que, aunque yo pedía esto a Dios, no podía desear otro camino al comprobar cuánto había mejorado mi alma desde que el Señor me empezó a conducir por éste.

De no ser alguna vez que estuviera muy acobardada de tantas cosas que me decían y de tantos miedos que me ponían, no podía desear el cambio del camino, aunque siempre lo pedía.

Como yo me veía transformada en todo, no podía desearlo. Por eso me abandonaba en las manos de Dios que sabía lo que me convenía, para que se cumpliera en mí en todo su voluntad.

Yo veía que este camino me llevaba al cielo, mientras que antes iba al infierno. Aunque hacía cuanto podía por creer que era demonio y que había de cambiar de camino, no podía convencerme, no estaba en mí mano. Ofrecía a Dios las obras buenas que hacía por esa intención. Escogía santos protectores para que me librasen del demonio. Hacía novenas. Me encomendaba a san Hilarión, a san Miguel Arcángel, a quien reanudé mi devoción, y acudía a otros muchos santos para que me consiguiesen que el Señor manifestase la verdad.

2. Después de dos años de oraciones mías y de otras personas por la misma intención de que, o el Señor me llevase por otro camino o pusiese en claro la verdad, pues las veces que el Señor me hablaba eran muy frecuentes, me acaeció esto. Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi pinto a mí o, mejor dicho, sentí, ya que con los ojos del cuerpo ni con los del alma no vi nada, más parecíame que estaba junto a mí Cristo y veía que era Él el que me hablaba, según mi parecer.

Como yo estaba ignorantísima de que podía existir una visión semejante, me sobrecogió un gran temor al principio, y no hacía más que llorar, aunque cuando me decía una sola palabra para darme seguridad, me quedaba como solía, pacificada y con regalo y sin ningún temor.

Me parecía que caminaba siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía su figura; mas sentía con mucha claridad que estaba siempre al lado derecho, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y siempre que me recogía un poco o no estaba muy ocupada, veía que estaba junto a mí.

3. En seguida fui a decírselo a mi confesor, con mucha confusión. Él me preguntó en qué forma lo veía. Yo le dije que no lo veía. Me dijo que cómo sabía que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de saber que estaba junto a mí y que lo veía con claridad y que lo sentía, y que el recogimiento de mi alma era mucho más intenso, con oración de quietud incesante, y que los frutos interiores eran muy distintos de los que solía tener, y que era cosa muy evidente.

Todo era ponerle comparaciones para hacerme entender y ciertamente no encontraba una apropiada.

Me dijo después un santo hombre y de gran espíritu, llamado fray Pedro de Alcántara, a quien después mencionaré y también otros grandes letrados, que esta visión es de las más sublimes Es visión intelectual, concepto desnudo que se pega directamente al espíritu. Y en la que el demonio menos se puede meter; por eso no tenemos palabras para describirla aquí los que sabemos poco, aunque los estudiosos podrán hacerlo entender mejor.

Si digo que no lo veo con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión

imaginaria, ¿cómo sé y me reafirmo que está junto a mí con más claridad que si lo viese?

No es exacto decir que es algo así como una persona que, porque está a oscuras o porque es ciega, no ve a otra que está a su lado; en este caso hay algún parecido, pero no mucho, porque, aunque no la ve, la siente con los sentidos, o la oye hablar o moverse, o la toca.

En la visión que digo no hay nada de esto, ni se ve oscuridad; sino que la visión se representa al alma por medio de una noticia más clara que el sol.

No quiero decir que se ve el sol, ni resplandor alguno, sino una luz, que sin ver luz, ilumina el entendimiento para que goce el alma de tan gran bien que trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios que sienten muchas veces, especialmente quienes gozan de oración de quietud y de unión, que en cuanto comenzamos la oración tenemos con quien hablar y sentimos que nos oye por los efectos y sentimientos espirituales de amor y de fe y de buenos propósitos con mucha ternura que nos invaden. También es de Dios esta gran merced y debe de apreciarla mucho quien la haya recibido, porque es oración muy elevada, mas con serlo, no es *visión*, pues si se siente que allí está Dios es por los efectos que produce en el alma, y por ellos se deja sentir.

Pero en la *visión* que estoy relatando En el número 2 de este capítulo se ve con toda claridad que está Jesucristo, hijo de la Virgen.

En la oración de quietud se manifiestan influjos de la Divinidad. En la *visión*, junto con los influjos, se ve que nos acompaña y quiere hacemos mercedes también la Humanidad Sacratísima.

5. El confesor me preguntó: ¿Quién le dijo que era Jesucristo? El me lo dice muchas veces, respondí yo; mas antes de decírmelo, ya tenía grabado en el entendimiento que era Él, aunque no lo veía El P. Baltasar Alvarez, que era su confesor, la despidió con aspereza sin darle crédito. «Después vio él a Cristo y fue a contárselo a Teresa. Ella le dijo: “No sería Cristo. Mírelo bien”. Y él le dio muchas razones por las que entendía que era el Señor. Dijo ella: “Pues entienda, padre; como a usted le parece eso, les parece a los otros que se lo van a decir”». (Declaración de Isabel de Jesús que lo oyó de boca de la santa) (EPRÉN. *Tiempo y vida*).

Me explico con un ejemplo: Si yo estoy ciega o vivo en la oscuridad, y viene a hablar conmigo una persona a quien yo no he visto nunca y sólo conozco de oídas, y me dice quién es, yo lo creeré, pero no podré afirmar que es aquella persona, con la misma seguridad que si la hubiese visto. En esta visión sí que puedo decir con seguridad y certeza que es Jesucristo, aunque no lo haya visto, porque se imprime en el entendimiento que es Él con una noticia tan clara, que no nos permite dudar.

Quiere el Señor que esté tan esculpido en el entendimiento que no se puede dudar, como no podemos dudar de lo que vemos. Y aún de lo que vemos, algunas veces nos queda una sospecha de si ha sido ilusión. En la *visión*, aunque tengamos un asomo de sospecha, queda una certeza tan grande que deja sin fuerza la duda.

6. Así es también el otro modo de enseñar y de hablar al alma sin hablar que tiene el Señor, como he dicho Lo ha dicho anteriormente en el capítulo 25 Este es un lenguaje tan del cielo, que es difícil hacerlo entender, por más esfuerzos que hagamos, a quien no lo ha enseñado el Señor por experiencia.

Deposita el Señor en lo muy interior del alma lo que quiere que entienda, y allí se lo pone delante sin ninguna imagen, ni forma, ni palabras, sino de un modo muy parecido al que he dicho.

Téngase muy en cuenta esta manera que usa Dios para hacer entender al alma lo que Él quiere y grandes verdades y misterios; porque muchas veces me lo hace

el Señor entender así, y creo que es la forma en la que el demonio menos se puede entremeter, por varias razones, si no me engaño.

7. Este estilo de visión y de lenguaje se da muy en el espíritu, donde ningún movimiento de potencias ni sentidos puede, a mi parecer, dar indicios al demonio.

Esto se da sólo alguna vez y fugazmente, porque otras veces no están suspendidas las potencias, ni pierde el alma el dominio de los sentidos, sino que están muy alerta, pues esta quietud espiritual se da pocas veces en la contemplación.

Mas cuando se da, no obramos nada nosotros ni hacemos nada: todo parece obra del Señor.

Es algo así como si nos diéramos cuenta de que, sin haber comido, nos han puesto el manjar en el estómago, sin saber quien lo ha depositado allí, pero bien sabemos que está allí, aunque no qué clase de manjar es.

En las hablas místicas sí que sabemos quién las dice y lo que ha dicho, aunque no sabemos cómo nos lo han dado, porque no se vio cómo, ni lo puede entender, ni jamás lo había deseado, pues ni siquiera sabía que tal modo pudiera existir.

8. En las palabras de Dios referidas antes En el capítulo 25 mueve Dios al entendimiento para que entienda, aunque le pese, lo que le dice, pues parece que tiene el alma otros oídos con los que oye. Hace Dios que escuche con ellos sin que pueda distraerse. De la misma manera que uno que tuviera buen oído, y que además le impidiesen taparse los oídos y le hablasen a gritos a su lado, tendría que oír aunque no quisiera. Pero éste aun hace algo, pues está atento para entender lo que le hablan.

Cuando Dios habla, nada hacemos, pues incluso el escuchar como antes, se le quita. Todo lo halla guisado y comido; no hay nada más que hacer que gozar como si uno sin ningún trabajo, ni estudio, encontrara toda la ciencia sabida ya, sin saber cómo la aprendió, ni dónde, pues ni siquiera había trabajado para aprender el abecé.

9. Esta última comparación me parece que explica algo la naturaleza de este don celestial, porque el alma se ve sabia en un instante y con un conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad y de otros misterios más sublimes, que se atrevería a hablar con todos los teólogos de la verdad de estas grandezas. Con lo cual queda muy anonadada, pues una sola merced de éstas basta para cambiar de raíz un alma y enamorarla de quien ve que, sin ningún trabajo suyo, la hace capaz de recibir tan grandes bienes y le comunica tales secretos y la trata con tanta amistad y amor que no se puede describir.

Son tan admirables las mercedes que recibe, y además concedidas a quien tan poco las ha merecido, que algunas veces se le hacen inverosímiles y, si no se tiene una fe muy viva, no se pueden creer.

Por eso yo, si no me mandan otra cosa, pienso decir pocas de las que he recibido; y sólo referiré algunas visiones cuyo conocimiento pueda servir de provecho, a fin de que quien las reciba del Señor, no se espante creyendo que es imposible ver lo que está viendo, como a mí me ocurría, y para relatar el modo y el camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

10. Volviendo a hablar de este modo de entender creo que el Señor quiere que el alma, de todos los modos posibles, tenga algún conocimiento de lo que pasa en el cielo y así como allí las almas se entienden sin hablar Porque es otro modo de existir el que tienen, más plenificado (cosa que yo ignoraba hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese y me lo enseñó en un arrobamiento), de la misma manera en este modo de conocer, Dios y el alma, sólo con quererlo Su Majestad, se entienden como amigos

y se manifiestan el amor, sin necesidad de palabras. Del mismo modo que en este mundo dos personas inteligentes que se aman, con sólo mirarse y aun casi sin señas, parece que se entienden.

Así debe ser en este modo de conocimiento del que estoy escribiendo, sin que veamos cómo, de hito en hito se miran estos dos amantes, como creo que he oído que dice el Esposo a la Esposa en los *Cantares* (4,9).

11. ¡Oh benignidad admirable de Dios que así os dejáis mirar por unos ojos que tan mal han mirado como los de mi alma! ¡Que esta visión los deje acostumbrados a no mirar cosas deleznable, ni que ninguna más que Vos les satisfaga!

¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que yo sé por experiencia que es verdad esto que digo, y que esto es lo menos que se puede decir de lo que hacéis Vos con un alma que traéis hasta aquí. ¡Oh almas que habéis comenzado a hacer oración y las que tenéis verdadera fe! ¿Qué bienes podéis buscar aún en esta vida (dejemos los que se ganan para la eterna), que sean como el menor de éstos?

12. Mirad que es verdad, pues Dios se da a los que lo dejan todo por El. No tiene acepción de personas (Rom 2,11; Mt 22,16), a todos ama; no tiene nadie excusa por ruin que sea, pues así lo ha hecho conmigo trayéndome a tal estado. Mirad que lo que digo no se puede comparar con la realidad; sólo he dicho lo que es necesario para dar a entender secretos y grandezas suyas, pues su deleite sobrepasa a todos los que en este mundo se pueden gozar. Por eso con toda razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Asco da compararlos aquí, aunque fuera para gozarlos sin fin, con éstos que da el Señor, que son sólo una gota de agua del gran río caudaloso que nos tiene preparado.

13. ¡Vergüenza es y yo la tengo de mí, y si en el cielo pudiera haber bochorno, con razón estaría yo allí más abochornada que nadie! ¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para siempre, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos al menos con las hijas de Jerusalén (Lc 23,27; Mt 27,32), ya que no le ayudamos a llevar la cruz con el Cirineo? ¿Con placeres y diversiones hemos de gozar lo que El nos ganó a costa de su sangre? Es imposible. ¿Y con honores mundanos pensamos imitar el desprecio que El sufrió para que nosotros reinemos para siempre? No es ese el camino; errado, errado va el camino; nunca llegaremos allá.

Dé voces usted diciendo estas verdades, pues a mí Dios me quitó esta libertad. Yo quisiera gritarme a mí misma y he tardado tanto en oírme y he conocido tan tarde a Dios «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones* X, 27,38, BAC, Madrid), como se verá por lo escrito, que me llena de confusión hablar de esto, y por eso quiero callar; sólo diré lo que algunas veces considero. Quiera el Señor que yo viva de tal manera que pueda gozar de este bien.

14. ¡Qué gloria accidental y qué alegría tendrán los bienaventurados que ya gozan de Dios cuando vean que, aunque se decidieron tarde, hicieron por Dios todo lo que pudieron y le dieron todo de todas las formas que pudieron, de acuerdo con sus fuerzas y condición, y el que pudo más, más dio!

¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! (Mt 19,21-29) ¡Cuánto honor recibirá el que por Él no quiso honores, y con gusto se vio muy humillado (Cor II,16ss) ¡Qué sabio el que se alegró de ser tenido por loco, pues lo llamaron la misma Sabiduría (Lc 23,11).

¡Qué pocos hombres hay de éstos ahora, por nuestros pecados! Ya, ya parece que se acabaron los que la gente tenía por locos, porque les veían hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas



ganado honor al haber pocos que te conozcan!

15. ¡Pero es que incluso llegamos a pensar que servimos más a Dios cuando nos tienen por sabios y por discretos! Esto es lo que debe de ocurrir, ya que se vive con tanto miramiento humano; nos parece que desedificamos cuando no vestimos con la elegancia y ostentación del rango de cada uno. Incluso nos parece que no está bien que el fraile y el sacerdote y la monja vistan ropas remendadas y que escandalizan a los débiles. Y hasta tal como vive el mundo, tan lejos del fervor de los santos en lo que toca a la vida de perfección evangélica, no nos parece que llama la atención hacer oración y vivir con mucho recogimiento.

Así es como creo que se acrecientan los escándalos de nuestro tiempo; y no sería motivo de escándalo para nadie que los religiosos dieran testimonio de vida, como la dan con sus palabras, de que no hay que amar este mundo. Dios sacaría de estos *escándalos* grandes bienes. Por lo menos ofrezcamos al mundo una imagen de lo que vivieron Cristo y los apóstoles, pues ahora es más necesaria que lo fue nunca.

16. ¡Y qué buena imagen de Cristo se nos ha llevado Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara! Ya no está el mundo para soportar tanta perfección.

Dicen que ahora las naturalezas son más débiles y que éstos son otros tiempos. Este santo hombre de este tiempo era; tenía robusto el espíritu como en otros tiempos, y por eso tenía el mundo debajo de los pies.

Sin ser necesario ir desnudo, ni hacer tan áspera penitencia como él hacía, hay muchas ocasiones para vencer el mundo, como he dicho otras veces, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande lo dio Su Majestad a este santo que digo, para hacer durante cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben!

Quiero decir algo de ella, que sé que es totalmente verdad.

17. **A otra persona** A su dirigida María Díaz, natural de Vita, pueblo de Avila. Vivía con doña Guiomar donde conoció a la Santa de su confianza y a mí, por el gran amor que me tenía (porque Dios quiso que me lo tuviese para ponerse a mi favor y animarme cuando tanto lo necesité, como ya he dicho y diré), nos dijo que durante cuarenta años sólo había dormido hora y media cada día, y que la mayor penitencia que había hecho al principio era vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas o en pie.

Dormía sentado con la cabeza arrimada a una maderita que tenía clavada en la pared; aunque se hubiera querido acostar no habría podido, porque su celda, como es sabido, sólo medía cuatro pies y medio Equivale a 1,26. El pie de Castilla equivale a 28 centímetros.

En todo este tiempo nunca se puso la capucha, aunque lloviera mucho o hiciera mucho sol y siempre con los pies descalzos; sólo iba vestido con un hábito de sayal Tela de lana burda ceñido al cuerpo, lo más estrecho posible y un mantillo también de sayal.

Me decía que cuando hacía muchísimo frío se quitaba el mantillo y dejaba abiertas la puerta y la ventanilla de la celda, para engañar al cuerpo poniéndose después el manto y cerrando la puerta, con lo que le parecía que estaba más abrigado.

Ordinariamente comía cada tres días; y me dijo que no me espantara, que quien está acostumbrado lo puede hacer.

Me dijo un compañero suyo que le acaecía estar ocho días sin comer. Esto debía de ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de los cuales yo fui una vez testigo.

18. En su juventud, su pobreza y mortificación eran extremas, pues me dijo que había estado tres años en un convento de su Orden sin conocer a los frailes más

que por su voz, pues jamás alzaba los ojos, y así cuando era necesario ir a algún sitio, iba detrás de los frailes.

Así iba también por los caminos. Jamás miraba a las mujeres; y esto durante muchos años. Me decía que ya le daba igual ver que no ver; cuando yo le conocí era muy viejo, y estaba tan delgado que parecía hecho de raíces de árboles.

Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no se le preguntaba. Su conversación era muy sabrosa, porque tenía muy lindo entendimiento.

Otras muchas cosas pudiera decir pero escribo con el miedo de que usted me diga que para qué me meto en esto. Y por eso lo dejo diciendo que su muerte fue como fue su vida, pues murió predicando y exhortando a los frailes.

Cuando vio que se le acababa la vida dijo el Salmo «Qué alegría cuando me dijeron...» (121,1) e, hincado de rodillas, murió.

19. Después de muerto quiere el Señor que me ayude más que cuando vivía, aconsejándome en muchos asuntos. Lo he visto muchas veces con grandísima gloria. La primera vez que se me apareció me dijo: «Bienaventurada penitencia que tan gran premio me ha merecido», y otras muchas cosas.

Un año antes de su muerte, estando él en otro sitio, se me apareció; entonces supe que se había de morir y se lo avisé. Estaba a algunos kilómetros de aquí. Cuando expiró se me apareció y me dijo que se iba a descansar. Yo no lo creí y lo dije a algunas personas, y a los ocho días llegó la noticia de que había muerto, o mejor dicho, comenzado a vivir para siempre.

20. He aquí acabada esta vida penitente con tan gran gloria. Creo que ahora me consuela más que cuando vivía aquí.

Una vez me dijo el Señor que lo que le pidiera en su nombre lo concedería. Yo he comprobado que muchas cosas que le he encomendado que pidiera al Señor las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre, amén.

21. Más ¡cuánto he hablado para despertar a usted a no estimar en nada ninguna cosa de esta vida! ¡Como si no lo supiese o no estuviera decidido a dejarlo todo, y haberlo hecho ya!

Veo tanta perdición en el mundo, que, aunque sólo sirva para cansarme el escribirlo, me es descanso, pues todo es contra mí lo que escribo.

El Señor me perdone lo que en esto le he ofendido, y usted, pues le canso sin darme cuenta. Parece que quiero que haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

## Capítulo 28

**Narra las grandes mercedes que le hizo el Señor y cómo se le apareció la primera vez en visión imaginaria. Declara qué es la visión imaginaria y los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Este capítulo es muy provechoso e importante.**

1. Volviendo sobre el tema de la visión de Jesucristo, viví algunos días con esta visión incesante, y me hacía tanto bien, que siempre estaba en oración y yo

procuraba que todo cuanto hacía fuese del agrado de Jesús, a quien yo claramente veía como testigo de todo.

Y cuando a veces tenía miedo por lo que me decían sobre los peligros de las visiones, el temor me duraba poco, porque el Señor me daba seguridad.

Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme tan sólo las manos, de tan grandísima hermosura, que no se puede decir En visión imaginaria, es decir, en forma sensible perfectamente percibida por la imaginación. Me produjo gran temor, porque cualquier gracia nueva que el Señor me concede me causa temor al principio.

Pocos días después vi también su divino rostro, que me dejó absorta. No podía entender por qué el Señor se me iba manifestando así, poco a poco, y después, cuando lo vi todo entero, comprendí que tenía en cuenta mi debilidad y me iba preparando, ¡sea bendito por siempre!; y, como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

2. A usted le parecerá que no era menester mucha fuerza para ver unas manos y un rostro tan hermoso. Lo son tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que produce ver cosa tan sobrenaturalmente hermosa, desatina; y así, me causaba tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después me quedaba con certeza y seguridad, y con tales efectos pronto se desvanecía mi temor.

3. Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó la Sacratísima Humanidad Resucitada, con tanta hermosura y majestad como ya le describí a usted cuando tan insistentemente me lo mandó, y me costó muchísimo, pues no se puede decir sin que uno quede deshecho; a pesar de todo ya se lo dije lo mejor que supe, y no es necesario repetirlo.

Sólo digo que, si en el cielo no hubiese otra cosa para deleitar la vista más que la gran hermosura de los cuerpos glorificados, ya sería grandísima gloria, sobre todo ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro. Si aun en la tierra, donde se manifiesta conforme a lo que nuestra miseria puede soportar, es fuente de tanta gloria, ¿qué será en el cielo donde se goza del todo tal bien?

4. Nunca, ni esta visión ni las otras, aunque eran imaginarias, las vi con los ojos corporales, sino con los ojos del alma.

Los que lo saben mejor que yo dicen que la visión anterior de Cristo es más perfecta La visión anterior es la referida en el c. 27,2 que fue visión intelectual. Las que está describiendo ahora son imaginarias, y las imaginarias, como éstas, mucho más perfectas que las que se ven con los ojos corporales, que son las de inferior calidad y las más aseguibles al demonio, y por eso puede producir en ellas más ilusiones.

Esto yo no lo entendía entonces, y por eso deseaba, ya que se me concedía esta merced, verla con los ojos corporales para que el confesor no me dijera que era ilusión mía.

A mí también, después de vista la visión, se me ocurría pensar si había sido pura ilusión mía, y me arrepentía de habérselo dicho al confesor, pensando si le habría engañado. Este era otro llanto, pues le buscaba otra vez para decirle lo que yo pensaba.

Él me preguntaba si le había dicho la verdad o si le había querido engañar. Yo le decía la verdad, pues creía que no mentía ni había intentado tal cosa, además que yo por nada del mundo diría una cosa por otra. Esto bien lo sabía él y procuraba sosegar me; sentía tanto tener que decirle estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía en la cabeza que fingía, para atormentarme a mí misma.

Mas el Señor se dio tanta prisa en repetir esta merced, que pronto desapareció la duda de si era ilusión, y después he visto muy claro mi bobería; porque, aunque

estuviera muchos años intentando imaginar una visión tan hermosa, ni podría ni sabría, porque sólo la blancura y resplandor excede a todo lo que en este mundo se puede imaginar.

5. No es un resplandor que deslumbré, sino una blancura suave y un resplandor difuso, que da deleite grandísimo a la vista, y la claridad que se ve para poder ver esta hermosura tan divina no la cansa.

Es una luz tan diferente de la de acá que la luminosidad del sol de la tierra es tan deslustrada en comparación de aquella claridad y luz de la visión, que no se querrían abrir los ojos después.

Es como ver agua muy clara que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, comparada con un agua muy turbia con un cielo muy nublado, corriendo por la superficie de la tierra. Y no es que en la visión se represente el sol, ni la luz es como la del sol; sino que la luz de la visión parece luz natural y la de la tierra artificial.

Es luz que no tiene noche pues, como siempre hay luz, nada la turba. En fin es tal luz, que, por gran entendimiento que tenga una persona, en todos los días de su vida podrá imaginar cómo es.

Y la pone Dios delante con tal rapidez que ni tiempo daría para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos para verla. Mas igual da tener los ojos abiertos que cerrados pues, cuando el Señor quiere, aunque no queramos, se ve.

No hay distracción que baste para no verla, ni se puede resistir, aunque con diligencia y cuidado se procure. Lo tengo muy experimentado, como voy a decir.

6. Lo que yo ahora querría decir es cómo el Señor se manifiesta mediante estas visiones; no quiero decir que voy a profundizar en el modo que tiene el Señor de poner esta luz tan fuerte en el sentido interior del alma, y de producir en el entendimiento una imagen tan clara, que parece que Él está verdaderamente allí, porque esto es cosa de teólogos.

No ha querido el Señor manifestarme cómo ocurre la visión, y, aunque me lo han querido explicar muy bien, soy tan ignorante y de inteligencia tan ruda, que aún no lo he conseguido entender.

Y esta es la verdad, que, aunque usted crea que soy muy inteligente, no lo soy; porque he experimentado en muchas ocasiones que no comprendo más que lo que me dan desmenuzado.

Algunas veces mi confesor se admiraba de mis ignorancias, y jamás pude explicar cómo hizo Dios esto o cómo pudo hacerlo, ni siquiera deseaba razonarlo ni lo preguntaba, aunque, como he dicho, desde hace años tenía relación con buenos teólogos La misma afirmación hace en *Cuatro niveles de oración*, 2 *Vida*, 12,6.

Lo único que quería saber y les preguntaba, es lo que era o no pecado; en lo demás me bastaba pensar que Dios lo había hecho todo, y ver que no tenía de qué espantarme sino por qué alabarle, y me causan más devoción las cosas difíciles que hace, y cuanto más difíciles más.

7. Diré pues lo que he visto por experiencia. Cómo el Señor lo hace, usted lo dirá mejor, y aclarará todo lo que esté oscuro y yo no sé decir.

En algunos detalles me parecía que lo que veía era una imagen, pero en muchos otros no, sino que era el mismo Cristo, según la claridad con que se me manifestaba. Unas veces lo veía tan difusamente que me parecía era imagen, pero no como los retratos de este mundo por muy perfectos que sean, y he visto muchos buenos.

Es disparate querer comparar la imagen de la visión con un retrato. Por perfecto que sea el retrato no puede ser tan natural como la persona viva, y está bien claro

que el retrato es cosa muerta. Mas dejemos esto, aunque aquí viene bien y muy al pie de la letra.

8. Repito que no hay comparación entre la visión con un retrato Aunque dice que lo deja sigue forcejeando como mistagoga para hacerse entender, ya que los retratos nunca son tan perfectos como la realidad, sino que de la visión al retrato hay tanta diferencia como de lo vivo a lo pintado. Porque si es imagen, es imagen viva; no un hombre muerto, sino Cristo vivo que manifiesta que es hombre y Dios; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado; y viene a veces con tan gran majestad, que no hay quien pueda dudar que es el mismo Señor, especialmente después de comulgar, que ya sabemos por la fe que está allí; se manifiesta tan Señor de aquella posada que parece que el alma, toda deshecha, se ve consumir en Cristo.

¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! Y cuán Señor de todo el mundo «Kosmokrator»: «Porque para esto murió Cristo: para ser Señor de vivos y muertos» (Rom 14,9) y de los cielos y de otros mil mundos sin fin y cielos «Pantokrator» (Flp 2,10-11) que Vos criasteis, entiende el alma, por la majestad con que os manifestáis, que todo es nada para ser Vos Señor de todo.

9. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder que tienen todos los demonios comparado con el vuestro, y que quien os tenga contento a Vos puede pisotear todo el infierno.

Aquí ve el alma con cuánta razón temieron los demonios cuando descendisteis a los infiernos y desearon otros mil infiernos más hondos para escapar de tan gran majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es y el poder que tiene esta Sacratísima Humanidad unida a la Divinidad.

Aquí se manifiesta bien lo que será el día del juicio al ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos.

Aquí el alma se ve inundada de verdadera humildad al ver su miseria, pues no la puede ignorar.

Aquí la confusión y el verdadero arrepentimiento de los pecados, pues, aún viéndole manifestando amor, no sabe dónde meterse, y así se deshace toda.

Tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere manifestar al alma mucha parte de su grandeza y majestad, que si el Señor no la ayudase sobrenaturalmente poniéndola en arrobamiento y en éxtasis, con lo que al gozar de Dios pierde la visión, ninguna persona la podría resistir.

¿Es verdad que después se olvida la visión? Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura que no se puede olvidar, de no ser cuando quiere el Señor que padezca el alma gran sequedad y soledad En la Noche pasiva del espíritu, donde la purificación intensísima prepara el desposorio con la Trinidad, como diré después, pues entonces parece que se olvida incluso de Dios.

Después de esta visión queda el alma siempre embebida; parece que comienza a experimentar un nuevo amor vivo de Dios, según me parece, de mucha calidad; pues, aunque la visión intelectual de que hablé Capítulo 27,2 es más aquilatada, sin embargo la visión imaginaria es más útil porque se graba en la memoria y dura más tiempo, y el haber quedado representada en la imaginación tan divina presencia, ayuda para que la memoria la recuerde y quede absorta en la visión.

Casi siempre vienen juntos estos dos modos de visión Visión intelectual e imaginaria a la vez ; y así es como vienen porque con los ojos del alma Ojos del alma son los que ven la visión imaginaria se ve la excelencia y hermosura y gloria de la Santísima Humanidad y por el modo intelectual Visión intelectual o infusión divina de conceptos desnudos se nos da a entender cómo es Dios y poderoso, y que todo lo puede y todo lo dispone y todo lo gobierna

y todo lo llena su amor.

10. Es muy mucho de estimar esta visión, y a mi parecer, sin peligro, porque, por los efectos que produce, se conoce que el demonio no tiene fuerza para simularla.

Creo que tres o cuatro veces ha intentado representar ante mí una imagen falsa del Señor. Y aunque lo representa de carne no puede dotarlo de la gloria que tiene cuando la visión es de Dios.

El demonio finge visiones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma: pero ésta las rechaza, pues le causan alboroto, desabrimiento e inquietud, hasta el punto de hacerle perder la unción y el gusto que antes tenía y la verdadera oración.

Esto me ocurrió, como he dicho, tres o cuatro veces al principio. Pero resulta una visión tan diferentísima la fabricada por el demonio que, quien haya gozado oración de quietud, lo puede discernir por los efectos que ya expliqué cuando traté las palabras divinas. Es una cosa tan evidente que es difícil, si el alma camina con humildad y sencillez, que pueda ser engañada por el demonio, de no ser que ella quiera dejarse engañar.

Y si alguien ha experimentado alguna visión de Dios, enseguida siente el engaño; porque, aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo rechaza; pues, según creo, el gusto es diferente y no tiene cariz de amor puro y casto. Pronto se conoce su procedencia.

Por tanto, a quien tenga experiencia, creo que no podrá el demonio hacerle daño.

11. Es del todo imposible que esta visión sea producto de la imaginación; porque sola la hermosura y blancura de una mano está por encima del poder de nuestra imaginación. Santa Teresa atribuye aquí el oficio de memoria a la imaginación. No se puede recordar, hacer memoria de algo que supera el mismo ámbito de la memoria y también considera la imaginación como fabricadora de algo nuevo, pero siempre en base de lo experimentado. Se nos presenta esta visión sin que jamás hayamos pensado en ella y sin tener memoria de cosa semejante. Y en un instante se ven presentes cosas que la imaginación tardaría mucho tiempo en componer, y que son muchísimo más elevadas de lo que en nuestro mundo podemos comprender. Por tanto hay que decir que es imposible que sea esta visión producto de la imaginación.

Pero es más, si pudiésemos hacerlo con la imaginación. En este párrafo usa entendimiento por imaginación. Ella lo suele emplear indistintamente pero con el mismo sentido, aparte de que no produciría las grandes operaciones interiores que esta visión causa, quedaría el alma desvanecida y no alimentada y fuerte, sino cansada y disgustada.

Sería como uno que no puede dormir y hace el dormido cuando está despierto, porque no le viene el sueño. Hace esfuerzos porque necesita y desea dormir. Parece que sus esfuerzos consiguen algo, pero si no duerme de veras, la cabeza no descansará sino que quedará más desvanecida.

Pero si la visión es auténtica no se puede encarecer la riqueza que deja; incluso da salud al cuerpo y queda confortado.

12. Esta y otras razones daba yo cuando me decían que era demonio y que eran ilusiones, como muchas veces me ocurrió, y yo ponía comparaciones como podía y el Señor me daba a entender.

Mas todo me aprovechaba poco, porque como en Ávila había personas muy santas (y yo en su comparación era una perdición) y el Señor no las llevaba por este camino, tenían miedo.

Y me parece que por mis pecados iban dando vueltas mis secretos y todos se

enteraban sin que yo lo hubiera dicho a nadie más que a mi confesor o a quien él me lo mandaba.

13. Yo les dije una vez, a los que me decían que era demonio, que si al terminar de hablar con una persona muy conocida me dijese que no era ella sino que se me antojaba, yo creería más sus palabras que lo que yo había visto. Mas, si esta persona me hubiera dejado en las manos algunas joyas como prendas de mucho amor cuando antes no tenía ninguna, y ahora me veía rica, siendo pobre, aunque quisiera, no podría creerlo. Y que estas joyas yo las podía enseñar, porque todos los que me conocían veían claro que mi alma era otra, y así lo decía mi confesor; porque era muy grande el cambio obrado en mí Esa es la propiedad de la unión con Dios, cambiar a la persona y transformarla en Dios en todo, y no fingido, pues todos lo podían ver con mucha claridad.

Porque como antes era tan ruin, yo decía que no podía creer que el demonio, para engañarme y llevarme al infierno, me quitase los vicios y me pusiese virtudes y fortaleza; porque yo veía claro que con estos regalos quedaba totalmente transformada.

14. Mi confesor, como digo, que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús P. Baltasar Álvarez que sucedió como confesor de Madre Teresa al P. Prádanos respondía esto mismo, según yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó a mí hartos trabajos; porque era de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí mismo Humilde y prudente, más bien tímido porque recién ordenado, se encuentra erigido juez de la inefable vida mística de Teresa. Por eso pide consejo y le aconsejan mal porque el Señor no le llevaba por este camino. Tuvo que sufrir mucho por mi causa. Supe que le decían que tuviese cuidado conmigo no fuera a engañarle el demonio, fiándose de lo que yo le decía; y le citaban ejemplos de engaños de otras personas Pueden citarle a Magdalena de la Cruz, abadesa de las Clarisas de Córdoba, que había fingido éxtasis, y se abrió ella misma las llagas en manos y pies, como descubrió la Inquisición. También a los *dejados* de Llerena y de Sevilla.

Todo esto me fatigaba a mí. Temía que nadie quisiera confesarme, porque todos huirían de mí. No hacía sino llorar.

15. Fue providencia de Dios que este padre continuara confesándome, pues era tan siervo de Dios, que a todo se exponía por Él. Me decía que si yo no ofendía a Dios y le obedecía en todo a él, que no tuviera miedo, que Dios no me abandonaría; siempre me animaba y me sosegaba.

Siempre me mandaba que no le callase nada; yo así lo hacía. Él me decía que si yo obraba así, aunque fuese demonio, no me haría daño, sino que el Señor sacaría bien del mal que él quería hacer a mi alma; él procuraba perfeccionar mi alma todo lo que podía.

Yo, como tenía tanto miedo, le obedecía en todo, aunque imperfectamente. Sufrió mucho por mi causa durante más de tres años que fue mi confesor En el libro de las *Relaciones* 4,3 escribe: «Baltasar Álvarez, que es ahora Rector de Salamanca, la confesó seis años»; porque en las persecuciones graves que sufrí, y de muchas cosas que el Señor permitía que me juzgasen mal sin culpa mía, le acusaban a él por mi culpa cuando él no tenía ninguna Mucho tuvo que estudiar Álvarez para entender a Teresa. Sus hermanos jesuitas le oyeron decir, señalando una pila de libros en su aposento, que «todos los había leído para entender a Teresa de Jesús» (RIBERA, *Vida de santa Teresa*). Todo le maduró mucho.

16. Hubiera sido imposible, de no haber tenido tanta santidad (y el Señor que le animaba), poder sufrir tanto, porque debía dar razones que no creían a quienes le decían que yo llevaba camino de perdición; y por otra parte me había de sosegar a mí y curarme el miedo que yo traía, poniéndomelo mayor.

Por otra parte había de darme seguridad, porque, después de cada visión nueva, permitía Dios que me sobreviniesen grandes temores. Todo me procedía

de ser tan pecadora yo y de haberlo sido.

Él me consolaba con mucha piedad y, si él hubiera confiado en sí mismo Si no hubiera consultado a quienes carecían de la luz discernidora de la que él gozaba , no habría padecido yo tanto; pues Dios le daba a entender la verdad de todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, según yo creo Santa Teresa le vio diciendo misa con una diadema en la cabeza de grandes resplandores (L. DE LA PUENTE, *Vida del Padre Baltasar Álvarez*).

17. Los siervos de Dios que no se fiaban hablaban mucho conmigo. Como yo hablaba descuidadamente de algunas cosas que ellos miraban con diferente intención, lo que yo decía sin darle importancia les parecía poca humildad.

A uno de ellos yo lo quería mucho, porque le debía infinito mi alma y era muy santo El Caballero Santo; yo sentía mucho viendo que no me comprendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento y que el Señor me diese luz.

Apenas veían en mí alguna falta, que veían muchas, era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas; yo respondía con llaneza y descuido. Enseguida les parecía que yo les quería dar lecciones, y que me tenía por sabia. Todo iba a mi confesor, porque ellos en verdad deseaban mi bien; y el confesor, a reñirme.

18. Esto duró mucho tiempo. Yo, afligida por muchas causas, todo lo sufría gracias a la fuerza que recibía de las mercedes que me hacía el Señor.

Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es carecer de quien tenga experiencia en este camino espiritual que, si no me hubiera favorecido tanto el Señor, no sé lo que hubiera sido de mí.

Terna motivos para perder el juicio, y algunas veces me veía en tal situación que no podía hacer más que alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos sobre una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, dicho así no parece nada, más habiendo yo pasado en vida grandísimos trabajos, certifico que éste es de los mayores.

Quiera el Señor que yo haya servido a Su Majestad algo en esto; que, de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierta estoy, y de que todo era para gran bien mío.

## Capítulo 29

**Prosigue el relato anterior y cuenta algunas mercedes grandes que le hizo el Señor y las razones que Su Majestad le decía para darle seguridad de la autenticidad de sus carismas y para que respondiese a los que la contradecían.**

1. Mucho me he desviado del tema porque intentaba decir las causas por las que se discierne que la visión intelectual y las hablas místicas que he visto y recibido no son producto de la imaginación; en efecto, ¿cómo podríamos representar técnicamente la Humanidad de Cristo, adornando con la imaginación su gran hermosura? Y sería necesario estudiar mucho tiempo para que en algo se pareciese Parece que Teresa prescinde del mayor argumento: ¿cómo presentar la imagen viva y palpitante de Cristo Resucitado?

Sí se puede representar con la imaginación y mirarlo algún rato, imaginando las



modalidades que tiene y la blancura, y poco a poco ir perfeccionándola y guardando su imagen en la memoria. Esto ¿quién dice que no es posible pues ha fabricado la imagen con la imaginación?

Pero esto no es posible hacerlo en las visiones divinas, sino que las hemos de ver cuando el Señor las representa y como quiere y lo que quiere. No podemos ni quitar ni poner; ni tenemos medios por esfuerzos que hagamos ni para verla cuando queremos ni para dejarla de ver; y, cuando queremos fijamos en algún dato particular y concreto, desaparece la visión de Cristo.

2. Durante dos años y medio con mucha frecuencia me hizo Dios esta merced. Hace más de tres años dejó de ser tan frecuente y me la sustituyó por otra de mayor calidad, como quizá diré después; y aunque veía que me estaba hablando y yo mirando aquella gran hermosura y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y algunas veces con rigor, deseando yo extremadamente ver el color de sus ojos o su altura para poderlo decir, jamás lo he merecido ver aunque mucho lo intenté, pues entonces desaparecía del todo la visión.

Algunas veces veo con mucha claridad que me mira con piedad; mas, tiene tanta fuerza esta visión, que el alma no la puede soportar y queda en tan subido arrobamiento para que lo pueda gozar todo mejor, que desaparece la visión. Aquí no depende de mi voluntad que dure la visión; con lo cual se ve claro que quiere el Señor que no haya más que humildad y confusión y que recibamos lo que nos dan y alabemos a quien lo da.

3. Ocurre en todas las visiones sin ninguna excepción, que por muchas diligencias que hagamos no podemos ver más o menos de lo que Dios nos quiere dar.

Quiere el Señor que veamos muy claro que no es ésta obra nuestra, sino de Su Majestad; lo cual, en vez de engendrar soberbia, nos hace estar humildes y temerosos al ver que, igual que el Señor nos quita el poder de ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo. Esto nos hace caminar siempre con temor mientras vivimos en este destierro.

4. Casi siempre se me representaba el Señor resucitado, incluso cuando se me aparecía en la Hostia, menos algunas veces, cuando estaba en tribulación, que me mostraba las llagas para fortalecerme; algunas veces, pocas, en la cruz y en el huerto y con la corona de espinas; y llevando la cruz, también algunas veces en momentos de necesidades mías y de otras personas, mas siempre con la carne glorificada.

Hartas afrentas y sufrimientos he pasado por haber manifestado estas visiones, y hartos temores y hartas persecuciones. Les parecía tan cierto a algunas personas que yo tenía demonio, que me querían exorcizar. Esto poco me preocupaba a mí; lo que sentía era que los confesores temiesen confesarme, y sufría cuando me enteraba de que les decían algo.

Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, que ni una sola cambiaría yo por todos los bienes y deleites del mundo. Siempre las tuve por gran merced del Señor, y me parecían un grandísimo tesoro, y así me lo decía el mismo Señor muchas veces.

Yo me veía crecer en amarle muy mucho; a Él me iba a quejar de todos estos trabajos; siempre salía consolada de la oración y con nuevas fuerzas.

A los que hablaban mal de mí no les osaba contradecir, porque veía que era peor, pues les parecía que era falta de humildad. Me comunicaba con mi confesor; él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

5. Como las visiones fueron creciendo, uno de ellos que antes me ayudaba, con quien me confesaba algunas veces cuando no podía atenderme el padre ministro Ministro es en la Compañía de Jesús el ejecutor de las disposiciones del Superior. El ministro era el P. Álvarez comenzó a decirme que estaba claro que era demonio.

Me mandaron que, ya que era inútil resistir, que cuando viera alguna visión me santiguara y le diese higas, para reafirmarme en la certeza de que era demonio, con lo cual no vendría; y no tuviese miedo que Dios me guardaría y me lo quitaría.

Esto a mí me daba una gran pena; porque yo creía que era Dios, era cosa terrible para mí; y tampoco podía, como he dicho, desear que se me quitase la visión, mas, en fin, hacía lo que me mandaban.

Suplicaba mucho a Dios que me librase de ser engañada. Esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas, y a san Pedro y san Pablo, en cuya fiesta se me apareció por primera vez el Señor que me dijo que ellos me guardarían para que no fuese engañada; y así muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no en visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

6. Hacer estos desprecios cuando veía esta visión del Señor me daba grandísima pena; porque cuando yo veía que estaba presente, aunque me hicieran pedazos, no hubiera podido yo creer que era demonio, por lo cual despreciarle era una enorme penitencia para mí y, para no tener que santiguarme tantas veces, tomaba una cruz en la mano.

Esto lo hacía casi siempre, los desprecios no tantas veces, porque sentía mucho tener que hacerlos.

Me acordaba de las injurias que le habían hecho los judíos y le suplicaba que me perdonara, pues yo lo hacía para obedecer a quien le representaba, y que no me echara a mí la culpa, pues me lo mandaban los ministros que Él tenía puestos en la Iglesia.

Me decía que estuviera tranquila, que hacía bien en obedecer, más que Él manifestaría la verdad.

Cuando me prohibieron la oración me pareció que se había enojado. Me mandó que les dijese que aquello ya era tiranía. Me daba argumentos para que entendiera que no era demonio; alguno diré después.

7. Una vez, teniendo yo la cruz del rosario en la mano, me la cogió el Señor con la suya, y cuando me la devolvió, tenía cuatro piedras grandes mucho mas preciosas que diamantes, sin comparación, porque nada de la tierra puede ser comparado con las visiones sobrenaturales; el diamante parece una cosa deforme e imperfecta comparado con las piedras preciosas sobrenaturales que se ven.

La cruz que me devolvió tenía las cinco llagas de muy linda hechura. Me dijo que en adelante la vería así, y así acaeció, pues no veía la madera de que estaba hecha, sino estas piedras; más nadie las veía más que yo.

Cuando comenzaron a mandarme que despreciase y resistiese las visiones, fue mayor el crecimiento de las mercedes, aunque quisiera distraerme no podía dejar de estar en oración; creo que incluso durmiendo seguía orando; crecía el amor y las quejas que yo dirigía al Señor de que no podía soportar el tener que

dirigirle desprecios, y no estaba en mi mano dejar de pensar en Él, aunque yo lo quería y lo intentaba.

A pesar de todo, obedecía cuando podía, mas podía poco o nada, y el Señor nunca me lo impidió; mas, aunque decía que siguiese lo que me mandaban que era darle higas, por otra parte me daba certeza de que era Él y me decía lo que tenía que decir a los confesores, y aún me lo sigue diciendo, y me daba razones tan sobradas, que a mí me daban plena seguridad.

8. Poco tiempo después comenzó Su Majestad, como me lo había prometido, a dar mayores pruebas de que era Él quien se me aparecía, con lo cual crecía en mí un amor tan grande de Dios que no sabía de dónde venía, porque era muy sobrenatural, y yo no lo procuraba. Me sentía morir de deseo de ver a Dios, y no sabía donde debía buscar la vida más que en la muerte. Me daban irnos ímpetus grandes de amor que, aunque no eran tan insufribles como los que ya otra vez he dicho ni de tanto valor, yo no sabía qué hacer de mí; porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía que se me arrancaba el alma. ¡Oh soberano arte del Señor! ¡Qué maravilla tan delicada hacíais con vuestra esclava miserable! Os escondíais de mí y me apretabais con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa que nunca el alma querría salir de ella.

9. Quien no haya experimentado estos ímpetus, es imposible que lo pueda entender, pues no es un desasosiego del pecho, ni unos fervores que a veces se tienen que ahogan el espíritu porque no se pueden dominar; es ésta una oración más elemental, cuyos ímpetus hemos de contener procurando recogerlos en lo interior con suavidad y acallar el alma; pasa como con esos niños que tienen un acelerado llorar, parece que van a ahogarse y dándoles de beber cesa aquel desmesurado sentimiento.

Así acá. Coja pues la rienda la razón y corte esos ímpetus, porque pueden ser consecuencia del mismo temperamento. Piense en otra cosa pensando que aquello no es oración, sino movimiento de la sensibilidad, y haga callar a este niño con un regalo de amor que le mueva a amar suavemente y no a bofetadas, como suele decirse.

Recojan el amor en el interior para que no resulte ser una olla que hierve demasiado y se desparrama toda, porque se ha puesto leña sin discreción. Moderen la causa que inflamó este fuego y procuren extinguir la llama con lágrimas suaves y no penosas, que lo son las de estos sentimientos y perjudican mucho. Yo las padecí al principio y me dejaban gran dolor de cabeza y el espíritu cansado y al día siguiente no estaba para volver a la oración

Así que es menester, cuando se comienza, gran discreción para que todo vaya con suavidad y se acostumbre el espíritu a obrar interiormente; procúrese mucho evitar las manifestaciones exteriores. Unas veces por ideas equivocadas sobre la vida cristiana que vive de la fe y no tiene nada que ver con las manifestaciones externas, sino que es interior e invisible, escondida con Cristo en Dios, y otras por una secreta vanidad que mueve a exteriorizar los sentimientos, se bastardea el espíritu y perjudica la misma vida psíquica. Pero esto ha sido una digresión de la Santa que ha interrumpido la descripción de los ímpetus de amor al compararlos con los fervores sensibles que hay que frenar y moderar con discreción.

10. Aquellos ímpetus Los ímpetus de amor infuso de que ha hablado en los números 8-9 de amor son diferentísimos. En ellos no ponemos nosotros la leña sino que parece que el fuego ya está ardiendo y de repente nos echan dentro para que nos quememos.

No es el alma la que trabaja para que le duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que a veces le clavan una saeta Lugar paralelo de este texto se encuentra en VI *Moradas*, 11.2 (J.M.B., *Las Moradas de santa Teresa leídas hoy*, Paulinas, Madrid ) en lo más vivo de las entrañas y corazón, y el alma se queda sin saber lo que le pasa y lo que quiere.

Bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece que trae hierba venenosa para que se aborrezca a sí misma por amor del Señor, por quien de buena gana perdería la vida.

No se puede encarecer ni decir el modo con que Dios llaga al alma y la grandísima pena que le causa sin saber qué le pasa; mas es una pena tan sabrosa que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma, como he dicho, estar muriendo de este mal.

11. Esta pena y gloria a la vez me traían loca, porque yo no podía entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! El alma siente que está herida de amor divino y ve que no procede de ella este amor, sino que parece que, del muy grande que el Señor tiene por ella, cayó vertiginosamente en su corazón la chispa que la hace arder.

¡Oh, cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío» (Sal 42,2), que me parece lo veo cumplirse en mí al pie de la letra!

12. Cuando este ímpetu no es muy recio, parece que se aplaca un poco, al menos busca el alma algún remedio porque no sabe qué hacer, en algunas mortificaciones que no se sienten más ni causan más dolor, aunque derrame sangre, que si el cuerpo estuviese muerto. Busca modos y maneras para sufrir algo por amor de Dios; mas es tan grande el dolor de amor, que no sé yo qué tormento corporal lo podría quitar.

Como no está en sufrir el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal; algo se aplaca y calma pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo a su Bien.

Otras veces da tan recio que ni eso ni nada se puede hacer, pues paraliza todo el cuerpo; ni pies ni brazos puede mover; si está en pie tiene que sentarse, como un cuerpo traspuesto, que no puede ni siquiera respirar; sólo da unos gemidos no grandes, porque no puede más; son grandes en el sentimiento.

13. Quiso el Señor que viese en este estado algunas veces esta visión. Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, como la visión de Jesucristo que dije antes La visión intelectual de Jesús la ha relatado en el capítulo 27,2-3.

Esta visión del ángel quiso el Señor que la viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parece que todos se abrasan: deben de ser de los que llaman querubines El P. Báñez escribió en el autógrafo: «me parece de los que llaman serafines» , que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros y de otros a otros, que no lo sabría distinguir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y la punta de hierro me parecía que tenía un poco de fuego; éste me parecía que metía en el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarlo, me parecía que las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me

hacia dar aquellos quejidos Lugar paralelo *VI Moradas*, 11,3 (o.c. 223). y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no se desea que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios Esta visión del ángel que la transverbera tiene razón de símbolo del amor de Dios a la criatura humana a la que llama a unirse con él. Me parece este signo en la línea de la transfixión del corazón de Cristo en la cruz (Jn 19,3-4). No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartado. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento Así describe la transverberación en otro libro: «Es una manera de herida que parece al alma como si una saeta le metiesen por el corazón o por ella misma. Así causa dolor tan grande que hace quejarse, y tan sabroso que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior del alma sin que parezca dolor corporal» (*Cuentas de conciencia* 54,14).

14. Los días que duraba esto andaba como embobada; no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado.

Cuando quiso el Señor que tuviese estos arrobamientos tan grandes me ocurría que, aunque estuviera con la gente, no los podía impedir, y con harta pena mía se comenzaron a divulgar.

Después de tener estos arrobamientos ya no siento tanto la pena que llevan con ellos, sino la que dije en otra parte (no me acuerdo en qué capítulo) La pena o dolor mayor y más valioso la ha contado en el capítulo 20,9 , que es muy diferente en muchas cosas y de mayor precio; en cambio, cuando comienzo a sufrir esta pena en estos arrobamientos de que estoy hablando, parece que arrebatara el Señor el alma en éxtasis, y así no puede tener pena ni padecer, porque viene luego el gozar.

Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace a quien tan mal corresponde a tan grandes beneficios.

## Capítulo 30

**Reanuda el relato de su vida y dice cómo remedió el Señor muchos de sus sufrimientos con la visita a Ávila de fray Pedro de Alcántara. Cuenta las grandes tentaciones y tribulaciones interiores que tuvo que pasar algunas veces.**

1. Pues viendo yo lo poco o nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía tenerlos; porque no podía entender cómo podían coexistir en el alma pena y alegría. Yo ya sabía que era muy posible que podía darse pena corporal y contento espiritual; mas me desatinaba sufrir tan excesiva pena espiritual junto con tan grandísimo gusto.

Inútilmente seguía resistiendo las visiones, y algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, aunque quería defenderme con ella del que en ella nos amparó a todos. Veía que no me entendía nadie, y esto lo veía con toda claridad; más no osaba decir esto más que a mi confesor porque, si lo hubiera dicho a los otros, hubiera confirmado que no tenía humildad.

2. Quiso el Señor remediar gran parte de mi sufrimiento, y por entonces todo, trayendo a esta ciudad al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención y dije algo de su penitencia; que, entre otras cosas, me certificaron que había traído constantemente durante veinte años cilicio de hojalata.

Es autor de unos libros pequeños en castellano sobre la oración, que ahora son muy leídos, porque, como quien bien la había practicado, escribió con mucho provecho para los que la hacen.

Guardó la primera regla de san Francisco con todo rigor aparte de lo que ya he dicho.

3. Pues apenas la viuda sierva de Dios y amiga mía que he dicho En el capítulo 24,4, cita a doña Guiomar de Ulloa, que es esta viuda que nombra ahora, supo que estaba en Ávila tan gran varón, conociendo mi necesidad, porque era testigo de mis sufrimientos y me consolaba mucho, pues era tanta su fe que no podía dejar de creer era espíritu de Dios el que todos los demás decían que era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento y de mucho secreto y a quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso Su Majestad darle luz en lo que los letrados ignoraban, pensó que yo viera a fray Pedro.

Mis confesores me daban licencia para que comunicase con ella algunas cosas que me ocurrían, porque merecía tal confianza. Algunas veces participó en las mercedes que el Señor me hacía con avisos muy provechosos para su alma.

Cuando supo, pues, que había llegado fray Pedro, para que pudiese con toda comodidad hablar con él, consiguió licencia de mi Provincial para que yo pudiera estar ocho días en su casa, y, allí y en algunas iglesias, hablé con fray Pedro muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, y más adelante en diversos tiempos me comuniqué mucho con él.

Le di cuenta resumida de mi vida y modo de proceder en la oración con la mayor claridad que yo supe, que esta virtud he tenido siempre, de hablar con toda claridad y verdad con quienes comunica mi alma. Hasta los primeros movimientos «Motus primo primi», lo oíría traducido a algún teólogo, son las reacciones y pulsiones involuntarias de la naturaleza quisiera yo que conociesen; y en las cosas más dudosas y problemáticas yo les argüía dándoles razones contra mí; así que sin doblez ni engaño le abrí mi alma.

4. En seguida vi que me entendía por experiencia, y eso era todo lo que yo necesitaba, porque entonces no me entendía yo misma como ahora, ni sabía decir lo que me ocurría, que ha sido después cuando Dios me ha concedido saber entender y decir las mercedes que Su Majestad me hace «Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y hacerla entender». Lo ha dicho ya en 17,5, y era menester que hubiera pasado por ello quien me entendiese del todo y me declarase lo que me sucedía.

Él me dio grandísima luz, porque yo no podía entender que hubiese visiones no imaginarias, ni las que veía con los ojos del alma; pues, como he dicho, yo creía que sólo había de hacer caso de las que se ven con los ojos corporales y de éstas no tenía.

5. Este santo hombre me dio luz en todo y me lo declaró, y me dijo que no tuviese pena, sino que alabase a Dios y que estuviera tan cierta de que era espíritu suyo que, si no era la fe, no podía haber nada más verdadero ni que mereciese tanto crédito Le dijo: «Andad, hija, que bien vais; todos somos de una librea» (PEDRO DE CASTRO, *Proceso de Segovia*, citado por Efrén, o.c., 180). Dijo a doña Guiomar: «Después de la Escritura Sagrada... no hay cosa más cierta que el espíritu de esta mujer es de Dios».

Y él se consolaba mucho conmigo y hacíame todo favor y merced, y se interesaba y me comunicaba sus cosas y sus empresas. Y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que estos me los daba el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, gozaba de hablar conmigo; pues a quien el Señor consigue elevarlo a esta situación no hay placer ni consuelo que se iguale al de encontrar a alguien que parece que el Señor comienza a llevarle por este camino; principiante era yo entonces, según me parece, y quiera el Señor que lo

sea aún ahora.

6. Me tuvo gran lástima. Me dijo que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía tenía que padecer mucho, porque siempre tendría necesidad de que me entendiesen y no había en esta ciudad nadie capacitado; mas que él hablaría con mi confesor y con uno de los que más me hacía sufrir, que era el caballero casado que ya he citado. Este, por lo mismo que me quería tanto, me hacía toda la guerra; es alma temerosa y santa, y, como hacía tan poco tiempo que me había visto tan ruin, no acababa de fiarse.

El santo varón les habló a los dos y les dio argumentos y razones para que estuviesen seguros y no me inquietasen más.

El confesor El padre Baltasar Álvarez no necesitaba tanto las palabras de fray Pedro, pero al caballero no le bastaron, aunque consiguió que no me atemorizara tanto.

7. Quedamos comprometidos yo a escribirle todo lo que me ocurriese en adelante y los dos a encomendarnos mucho a Dios; que era tanta su humildad que confiaba en las oraciones de esta miserable, lo que me causaba harta confusión.

Me dejó con grandísimo consuelo y alegría diciéndome que fuese a la oración con seguridad sin dudar de que era Dios; y que si tuviera alguna duda, por mayor seguridad, lo comunicase todo al confesor, y de esta manera viviese tranquila.

Mas tampoco podía tener esa seguridad total, porque el Señor me llevaba por camino de temor, pues cuando me decían que era espíritu del demonio me lo creía. Pero nadie podía conseguir que yo tuviese ni temor ni seguridad de manera que yo les pudiera dar más crédito a ellos que a lo que el Señor ponía en mi alma.

Así que, aunque fray Pedro me consoló y sosegó mucho, no le di tanto crédito como para quedarme totalmente sin temor, sobre todo cuando el Señor me dejaba en las tribulaciones espirituales que ahora diré.

Con todo quedé, como digo, muy consolada. No me hartaba de dar gracias a Dios y al glorioso padre mío san José, que me pareció que lo había traído él, porque fray Pedro era Comisario General de la Custodia de san José, a quien yo me encomendaba mucho, y a nuestra Señora.

8. Algunas veces, y también ahora aunque no tantas, sufría grandísimas amarguras espirituales junto con tormentos y dolores del cuerpo causados por enfermedades tan recias que no podía soportar. Está en acción la purificación de la Noche pasiva del espíritu (véase *Noche oscura* de SAN JUAN DE LA CRUZ). Otras veces enfermedades corporales más graves, pero como no tenía penas interiores, las soportaba con mucha alegría.

Cuando al sufrimiento interior se unía el dolor corporal sufría tanto que me abatía muy mucho. Entonces se me olvidaban todas las mercedes que me había hecho el Señor; sólo me quedaba un recuerdo como de algo que se ha soñado, que aún me causaba más pena; porque se entorpecía el entendimiento tanto, que me asediaban mil dudas y sospechas de si yo no había entendido bien, que quizá eran todo ilusiones y que, además de engañarme yo, engañaba también a los buenos.

Me veía tan mala que me sentía causa por mis pecados de todos los males y herejías del mundo SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, libro 2º, 44. Esta es la referencia de la situación actual de su alma.

9. Esta es una falsa humildad que inventaba el demonio para desasosorgarme e intentar mi desesperación. Pero tengo ya tanta experiencia de que es cosa de él, que, como ya ve que le entiendo, no me atormenta en esto tanto como antes.

Esta falsa humildad se caracteriza por la inquietud y desasosiego con que comienza, y por el alboroto que mete en el alma mientras dura, y por la oscuridad y tristeza que deja, y la sequedad y desgana de la oración y de hacer alguna obra

buena; parece que ahoga al alma y ata el cuerpo para que no puedan hacer nada de provecho.

La humildad verdadera, por el contrario, aunque el alma se reconozca ruin y nos aflija ver lo que somos, y sentimos verdaderamente que somos grandes pecadores, no viene con alboroto ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni le causa sequedad; más bien goza de ello con quietud, con suavidad, con luz. Siente una pena que conforta porque ve la gran merced que le hace Dios de sentir aquella pena y cuánto provecho le trae. Le duele lo que ofendió a Dios; pero le ensancha el corazón su misericordia. Tiene luz para humillarse y alaba a Su Majestad porque tanto la soportó.

En la humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien, parece que Dios exige todo a fuego y a sangre. Le pone delante la justicia, y aunque tiene fe de que hay misericordia, porque el poder del demonio no alcanza a hacerla perder, es una fe que no me consuela, pues al ver tanta misericordia se atormenta más, porque le parece que ha abusado de ella.

10. Es ésta una tentación del demonio de las más penosas y sutiles y arteras que yo conozco, y así quisiera avisar a usted para que, si le tienta en ella, tenga alguna luz y lo discerna, si le deja el entendimiento libre para poderlo discernir.

Y lo que he entendido es que el Señor quiere y permite y da licencia a Satanás para que tienta, como se la dio para que tentase a Job (Job 2,6) *En Noche oscura pasiva del espíritu*, capítulo 5, argumenta san Juan de la Cruz desde la experiencia de Job, ( J.M.B., *Noche oscura leída hoy*, BAC, Madrid ), aunque a mí, como ruin, no me ha tentado con aquella furia.

11. Un día antes de la víspera del Corpus Christi, de cuya fiesta yo soy devota, aunque no tanto como se merece, recuerdo que, de pronto, se adueñó de mi entendimiento en cosas tan insignificantes, que en otra ocasión me hubiera yo reído de ellas. Lo enredó todo lo que quiso y el alma permanecía incapaz de dominarse ni de poder pensar en otra cosa que no fueran los disparates que él tramaba, que ni tenían importancia, ni eran coherentes; pero consiguió tener sujeta al alma para ahogarla hasta más no poder.

Me duró un día solamente; otras veces he estado así ocho, y quince días, y hasta tres semanas, especialmente en Semana Santa, que solía ser mi regalo de oración *Para santa Teresa del Niño Jesús, es Jesús quien juega con la pelotita.*

Entonces parece que los demonios juegan a la pelota con el alma, sin que ella pueda librarse de su acción.

Lo que el alma padece en esta situación no se puede decir *La noche pasiva del espíritu, puro infierno, según san Juan de la Cruz enseña, tiene muchos y diferentes resortes, según la llamada de cada persona y su género de vida. Para las personas contemplativas (enclaustradas), Teresa en este caso, los mecanismos habrán de ser preferentemente internos, biológicos también, por ejemplo, la depresión. En las contemplativas-activas, inmersas en diferentes problemas, la noche no necesitará restringirse al interior, le bastará dejar correr las causas naturales: maledicencia, calumnia, maldad encubierta de falsos hermanos, incomprensión de superiores fruto de su incompetencia y torpeza, reducción a la inactividad cuando más eficaz podría ser el trabajo, por la sazónada experiencia, sabiduría y madurez; angustia por el estancamiento espiritual, individual y eclesial, predominio de la selección y dirección con miras humanas y egoístas; en fin, los recursos de la noche son innumerables, hasta hacer llegar al límite de la desesperación, como a san Pablo (2Cor 1,8).*

. Va buscando ayuda y Dios permite que no la encuentre; lo único que le queda es la libertad de la razón, aunque oscurecida.

Viene a ser, digo yo, como una persona con los ojos casi tapados, que, por estar muy acostumbrada a ir por un camino, va caminando aunque de noche y a OSCURAS *Compruébese la concordancia con san Juan de la Cruz no sólo en los conceptos, sino también en la expresión . Y atina los lugares donde puede tropezar, porque como vio el camino de día, rehúye aquel peligro. Así es como, para no ofender a Dios, parece que obra por costumbre. Aparte de que el Señor la tiene de su mano, que es lo más importante.*

12. La fe está entonces tan amortiguada y dormida como las demás virtudes,



aunque no perdida, pues cree todo lo que enseña la Iglesia, pero como pronunciado rutinariamente con los labios, y parece que le oprimen y entorpecen para que sienta la ausencia de Dios, que viene a ser para ella como un eco lejano.

Se le ha entibiado tanto el amor que, cuando oye hablar de Dios, escucha y cree porque así lo dice la Iglesia, pero no recuerda ninguna de sus propias experiencias anteriores. Si se retira a orar en soledad aumenta su congoja, porque siente una tortura sin saber de qué, insoportable.

Según creo esta situación es como una réplica del infierno «Cuando la contemplación purgativa arrecia siente el alma... dolores de infierno...» (o.c., pág 118) , tal como el Señor me lo hizo experimentar en una visión; siente el alma que se quema sin saber quién ni por dónde le ponen el fuego, ni cómo huir de él, ni con qué apagarlo.

Si quiere tomar alivio leyendo, parece que no sabe leer. Una vez me acaeció ir a leer una vida de un santo por ver si me recogía y por consolarme con lo que sufrió él, y cuatro o cinco veces leí otros tantos renglones y, aunque estaba escrito en castellano, menos entendí al final que al principio, hasta que lo tuve que dejar. Esto me ocurrió varias veces, pero de ésta me acuerdo más en particular Noche pasiva del espíritu, libro 2º,8,1 .

13. Pues tener conversación con alguien aún es peor, porque pone el demonio un espíritu tan desabrido de ira que a todos me comería, sin poderme dominar, y bastante hago con frenarme, o frena el Señor a quien padece esto, para que no diga ni haga contra sus prójimos cosas que les perjudiquen y ofendan a Dios.

Pues con el confesor me acaecía lo que diré: aunque eran tan santos los que entonces tenía y tengo, me decían unas palabras y me reñían con tanta aspereza, que cuando yo se las repetía se extrañaban y me decían que no podían hacer otra cosa. Porque, aunque se esforzaban por no hacerlo más, porque después les daba lástima y tenían remordimiento, cuando volvía a ellos para comunicarles pruebas corporales y espirituales semejantes, no podían consolarme con piedad, aunque querían.

No me decían ellos malas palabras que fuesen ofensas de Dios, pero eran las más duras que se le pueden oír a un confesor. Debían pretender mortificarme y, aunque otras veces lo habría soportado con gusto, entonces todo me era tormento.

Otras veces me daba por creer que los estaba engañando y les decía toda convencida que estuviesen alerta conmigo para que no los engañase. Bien veía yo que voluntariamente no lo haría, ni les diría una mentira, mas entonces todo me daba miedo.

Me dijo uno una vez El padre Baltasar Álvarez , pues se dio cuenta de que era una tentación, que estuviera tranquila, que aunque yo le quisiera engañar, él tenía cabeza para no dejarse engañar. Esto me dio mucho consuelo.

14. Algunas veces, y esto casi siempre, cuando acababa de comulgar descansaba; incluso alguna vez, al acercarme al Sacramento, me sentía tan bien de alma y cuerpo, que yo me espanto. Parece que en un instante desaparecían todas las tinieblas del alma y, salido el sol, me daba cuenta de las tonterías en que había estado sumergida.

Otras veces con una sola palabra que me decía el Señor, sólo con que me dijera: «No sufras, no tengas miedo», como ya he dicho otras veces, quedaba del todo sana. Lo mismo me sucedía si tenía alguna visión. Me quedaba como si no hubiera pasado nada.

Regalábame con Dios; me quejaba a El de cómo consentía que padeciese tantos tormentos; mas todo era bien pagado, pues casi siempre después llovían en gran abundancia las mercedes.

Parece que sale el alma del crisol como el oro, más fina y luminosa para poder ver en sí misma el Señor. Es evidente la identidad de la Santa con san Juan de la Cruz, a veces hasta en los términos; dice el santo doctor: «Y como el alma se purifica en esta fragua como el oro en el crisol, como dice la Sabiduría (3,6), experimenta en la misma sustancia del alma esta destrucción tan dolorosa... Mucho humilla Dios al alma para mucho ensalzarla después...» (o.c., 2,6,6). «Es necesario que el espíritu se afine y el sentimiento común y natural se robustezca con grandes angustias y aflicciones provenientes de la contemplación purgativa» (Ib 9,5). «Esto es iluminarle la inteligencia con la luz sobrenatural, hasta el punto de que la inteligencia humana se haga divina unida con la divina... Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana» (Ib 13,11).

A partir de ahora, los sufrimientos que parecían insoportables se hacen pequeños, y se desea volver a padecerlos, si con ello se sirve al Señor.

Y aunque tenga que sufrir más tribulaciones, si las puede pasar sin ofender al Señor, sino alegrándose de gozarlas por Él, todo es una mayor ganancia, aunque yo no las llevo como debo, sino con mucha imperfección.

15. A veces no puedo tener ni un buen pensamiento, ni tengo ganas de nada, me quedo como un alma y cuerpo inútil y pesado; entonces no tengo aquellas tentaciones y desasosiegos, sino un malestar sin motivo, y sin que nada me de gusto. Sigue la concordancia con san Juan de la Cruz (Ib 8,1).

En esta situación procuro hacer buenas obras exteriores casi a la fuerza, para no estar ociosa y comprendo lo poco que vale una persona cuando se esconde la gracia. Lo cual no me da mucha pena porque experimentar pobreza me satisface.

16. Otras veces no puedo pensar cosa concreta de Dios ni de ningún bien ponderadamente, ni puedo orar, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. Confróntese el texto citado de san Juan de la Cruz en nota 16.

Me doy cuenta de que en esta situación quien me perjudica es la imaginación y el entendimiento, porque creo que la voluntad permanece fuerte y dispuesta para todo bien. Mas la imaginación está tan extraviada que parece un loco furioso que nadie puede atar, ni soy dueña de tenerla quieta un credo.

Algunas veces me río y reconozco mi miseria y me quedo mirándola y la dejo a ver por donde sale, y, gloria a Dios, nunca, salvo rara vez, piensa mal, sino cosas indiferentes: los asuntos y trabajos pendientes aquí, allá y más allá.

Agradezco entonces la gran merced que me concede el Señor cuando tiene atada a esta loca en perfecta contemplación. Pienso lo que dirían los que me tienen por buena si viesan este desvarío.

Siento lástima grande de ver al alma en tan mala compañía. Deseo verla libre, y así digo al Señor: «¿Cuándo, Dios mío, veré a mi alma alabándoos con todas sus potencias? ¡No permitáis, Señor, que permanezca despedazada más tiempo, que parece que cada pedazo va por su sitio!» Con la sabiduría descubre el fin del hombre que desea la integración de todo su ser en Dios, como cumplimiento de su ley íntima de unión con Dios en plenitud, aspiración de llegar al «más profundo centro», natural y sobrenaturalmente.

Esto me sucede muchas veces, algunas comprendo que provienen de mi poca salud corporal. Pienso mucho en el daño que nos hizo el primer pecado. El pecado original, aunque no rompió la naturaleza humana (doctrina de Lutero), sí que desintegró al hombre en su relación con Dios, y esto afecta a la oración, que es comunicación con El. Es una de las consecuencias del «fomes peccati», pues de este origen procede que seamos incapaces de gozar el bien de la contemplación con toda el alma. Además está la carga de mis pecados personales, que si no tuviera tantos, con mayor abundancia gozaría del bien de la contemplación. La duración de la Noche está vinculada a dos causas: lo que hay que purificar y la claridad que el alma ha de conseguir. «Dios la humilla más o menos intensamente, más o menos tiempo, en proporción a las imperfecciones que tienen que purificar y el grado de amor de unión a que la quiere levantar» (o.c., libro I, 14,5).

17. Otra tentación me asaltó: creía que ya sabía todo lo que decían los libros sobre la oración, porque el Señor me había concedido gozar de todos los niveles y, por esta razón, no los leía. Sólo leía vidas de santos, porque como yo me veo tan lejos de lo que ellos hicieron por Dios, me estimulaba su ejemplo. «En los santos Dios

manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (Heb 12,1) y con tan gran testimonio de la verdad del evangelio» (LG 50) .

Me parecía era falta de humildad pensar que yo había escalado el camino de la oración hasta lo más alto y me apenaba comprobar que no podía conseguir creer lo contrario, hasta que algunos letrados y el bendito fray Pedro de Alcántara me tranquilizaron.

Bien claro tengo yo que aún no he comenzado a servir a Dios, aunque Su Majestad me ha concedido mercedes como si fuera buena, y que soy una verdadera calamidad, excepto en los deseos y en el amor, y en esto también veo claro que me ha favorecido el Señor para que pueda servirle en algo. A mí me parece que le amo, mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí.

18. Otras veces me parece que estoy como embobada, y que no hago ni bien ni mal, sino que ando al hilo de la gente, como dicen, sin pena ni gloria, y que me da igual la vida que la muerte, el placer que el dolor.

Estoy como un asnillo que pace, que se sustenta porque le dan de comer y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado debe de estar alimentada misteriosamente por algunas grandes mercedes de Dios, ya que no le pesa vivir en vida tan miserable y lo acepta todo con indiferencia, mas no siente emociones ni resistencias que revelen su disposición.

19. Paréceme este estado como un navegar con un aire muy sosegado, que se avanza mucho sin que se sienta «...va andando por las aguas de Siloé, que corren mansas y en silencio». Lo expresa san Juan de la Cruz en la *Llama* 3,64., J.M.B., *Llama de amor viva leída hoy*, BAC, Madrid .

En los grandes ímpetus de amor que Dios da, como he dicho Lo dicho en el capítulo 29,8. De la diversidad de procedimientos de la Noche del espíritu encontramos una muestra en este capítulo. De las tentaciones y torturas diabólicas y pasividad cuasi vegetativa, pasa a los ímpetus de amor que también torturan y purifican. Con más orden deberían pasar los números 19-20 de este capítulo 30 al 29 citado, nº 8 y siguientes , **el alma ve que mejora porque los efectos son muy grandes y visibles; y bulle en deseos que no puede realizar. Es como unas fontecicas que yo he visto manar en las que la arena nunca cesa de empujar hacia arriba.**

Al natural me parece este ejemplo o comparación pues así les ocurre a las almas en esta situación: siempre está hirviendo en ellas el amor pensando qué harán por Dios; no cabe en el alma el amor, como el agua de la fontecica no cabe en la tierra y por eso la desparrama al exterior.

Así está el alma siempre, que no sosiega ni cabe en sí con tanto amor como tiene y, pues ella ya está saturada de agua y no le hace falta, quisiera que bebieran los demás para que le ayudasen a alabar a Dios.

¡Oh, cuántas veces me acuerdo del agua viva que prometió el Señor a la Samaritana! y por eso soy muy aficionada a aquel evangelio; y esto es tan cierto que, desde muy niña, cuando no lo entendía bien como ahora, gozaba con este pasaje, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquella agua, y la tenía pintada donde estaba siempre, con este letrado de las palabras de la Samaritana cuando el Señor llegó al pozo: «Domine, da mihi aquam» (Jn 4,15) En todas sus obras se encuentra este pasaje: en *Camino* 19,2; *Sexas moradas* 11,5; *Conceptos del amor de Dios* 7,6; *Fundaciones* 31,46; *Vejamen* 6. El texto alude al cuadro de la samaritana que estaba en casa de su padre, y, después de la muerte de éste, fue llevado a la Encarnación, donde ella lo gozaba.

20. Parecen también las almas con estos ímpetus de amor una hoguera grande que hay que alimentar constantemente para que no se extinga; y ellas quieren traer leña, aunque sea con sacrificio de sí mismas, para que este fuego no se apague «Fuego he venido a encender en la tierra, y ¡qué más quiero sino que arda!» (Lc 12,49) . Yo soy tan pobre que me contentaría con poder echar pajas en ese fuego, y eso hago algunas

y muchas veces; a veces me río y otras lloro mucho por no poder echar leña grande. El ardor interior me incita a servir en algo, y, ya que no puedo hacer cosas grandes, pongo ramos y flores a las imágenes, me dedico a barrer, ordeno el oratorio y hago unas cositas tan insignificantes que me llenan de vergüenza; si hago alguna penitencia, es tan pequeña y poca que, de no ser porque Dios mira la voluntad, veo yo que no vale nada, y yo misma me burlo de mí *Las nadas* de Teresa del Niño Jesús van por este camino. «No desperdiciar ningún sacrificio, ninguna palabra... esos pétalos... esas nadas te complacerán» (*Manuscritos autobiográficos*, XI, 19).

No es poco el trabajo que tienen las almas a quienes Dios da, por su bondad, este fuego de amor suyo en abundancia, cuando ven que no tienen fuerzas corporales para hacer algo por Él; es una pena muy grande, porque, como le faltan fuerzas para echar leña en este fuego y ella muere porque no se apague, me parece que ella interiormente se consume y se hace ceniza y se deshace en lágrimas y se quema y es harto tormento, aunque es sabroso.

21. Alabe mucho al Señor el alma que ha llegado aquí y tiene fuerzas corporales para hacer penitencia, o le dio estudios y talentos y libertad para predicar y confesar y acercar las almas a Dios; que no sabe ni entiende el bien que tiene, si no ha experimentado lo que es no poder hacer nada en servicio del Señor, cuando está recibiendo siempre mucho de Él *Como mujer no puede predicar y confesar... y sufre. ¿No será equiparable este sufrimiento a los que, siendo sacerdotes y con preparación y talentos, ven cercenada su posibilidad de acción por las causas que sean, o son infrautilizados?* . Sea bendito por todo y que le den gloria los ángeles, amén.

22. No sé si hago bien escribiendo tantas menudencias. Como usted me ha vuelto a mandar que no tenga pena de alargarme y que no deje nada por escribir, voy tratando con claridad y verdad lo que recuerdo. Aunque no puedo dejar de omitir mucho, porque necesitaría mucho tiempo, y tengo tan poco como he dicho y quizá no se sacará ningún provecho.

## Capítulo 31

### **Algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio y tormentos que le causaba. Avisos para personas que llevan camino de perfección.**

1. Quiero narrar, ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas que el demonio me causaba, otras intervenciones suyas que eran casi públicas y que claramente se veía que las hacía él.

2. Estaba una vez en un oratorio y se me apareció hacia el lado izquierdo, en figura abominable; especialmente miré la boca, porque me habló, y la tenía espantosa. Parecía que le salía una gran llama del cuerpo, toda clara, sin sombra.

Me dijo espantosamente que bien me había librado de sus manos, pero que él me volvería a coger. Yo tuve gran temor y me santigué como pude y desapareció, y luego volvió otra vez. Dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué hacer; tenía allí agua bendita y la eché hacia aquel lugar y no volvió más.

3. Otra vez estuvo cinco horas atormentándome con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que ya no podía sufrir más. Las personas que

estaban conmigo estaban espantadas y no sabían qué hacer, y yo no podía dominarme.

Cuando los dolores y sufrimientos corporales son muy intolerables suelo orar interiormente como puedo, suplicando al Señor que, si aquel martirio le glorifica, me dé Su Majestad paciencia para que pueda soportarlo, si es necesario, hasta el fin del mundo.

Como esta vez el sufrimiento era tan cruel, lo soportaba con oración y con esta determinación.

Quiso el Señor que me diese cuenta de que era el demonio, porque vi junto a mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado, porque donde pretendía ganar era vencido.

Cuando yo lo vi me reí; y no le tuve miedo, porque estaban conmigo algunas personas que no podían soportar aquel espectáculo ni sabían qué remedio poner a tanto tormento, pues me hacía dar grandes golpes en el cuerpo, cabeza y brazos, sin que yo lo pudiera resistir, y lo peor era el desasosiego interior que de ningún modo podía tener sosiego. No me atrevía a pedir agua bendita para no asustarlas y para que no sospecharan lo que me ocurría.

4. Tengo mucha experiencia de que no hay nada como el agua bendita para hacerles huir y que no vuelvan. Debe de ser grande la fuerza del agua bendita. A mí me produce un consuelo muy singular y notorio cuando la tomo. En verdad siempre siento un gusto que no sabría definir, como un deleite interior que fortalece toda el alma. Y no es ilusión mía, porque no me ha ocurrido sólo alguna vez sino muchas, y lo he considerado con gran detenimiento. Es algo así como si alguien que tiene mucho calor y sed bebiese un jarro de agua fría, que parece que todo él sintió refrigerio.

Considero cuánta importancia tiene lo que la Iglesia ha ordenado y me causa mucho regalo ver que las palabras de la bendición tengan tanta fuerza y la pongan en el agua, que queda tan diferente de la que no está bendecida. El agua bendita es un sacramental y como tal produce efectos espirituales por la intercesión de la Iglesia y la acción del sujeto que la recibe. Nos recuerda el agua del bautismo y nos ayuda a liberar a la creación entera de la servidumbre y corrupción y a perfeccionarla con la nueva vida que nos ha sido dada en Jesucristo.

«Nunca quería ir de viaje sin agua bendita, y por ello la llevaban en calabacitas colgadas al cinturón y decía: “Es un gran bien gozar tan fácilmente de la Sangre de Cristo”».

5. Pues como en este caso no cesaba el tormento, dije: si no lo tomaran a risa, pediría agua bendita. Me la trajeron y me rociaron con ella, y seguía igual el tormento; la eché yo hacia donde estaba el demonio, y al instante se fue y se me quitó todo el mal, como si me lo quitaran con la mano, aunque quedé cansada igual que si me hubieran dado una paliza.

Pensé, y me aprovechó mucho, que si cuando el Señor le da licencia hace tanto mal a un alma y a un cuerpo que no son esclavos suyos, ¿qué hará cuando los posea? Y me entraron ganas nuevas de verme libre de tan ruin compañía.

6. Hace poco tiempo me acaeció lo mismo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola; pedí agua bendita, y las que entraron cuando ya se habían ido los demonios (que eran monjas muy de fiar, incapaces de mentir), olieron un olor muy malo, como de piedra azufre; yo no lo olí; duró tanto el olor que pudo ser bien percibido.

Otra vez estaba en el coro y me dio un gran ímpetu de recogimiento; me fui de allí para que no lo notaran, aunque todas oyeron dar grandes golpes cerca de donde yo estaba, y yo junto a mí oí hablar palabras fuertes como si tramaran algo, aunque no entendí qué; mas yo estaba tan absorta en oración que no entendí nada ni tuve ningún miedo.

Esto ocurría casi siempre que el Señor me concedía la merced de que por mi

persuasión se aprovechaba algún alma.

Y es cierto que me acaeció lo que voy a decir y hay de esto muchos testigos, especialmente mi confesor actual El padre Báñez., que leyó una carta y, aunque yo no le dije el nombre del que la había escrito, él le conocía.

7. Vino a verme una persona que hacía dos años y medio que vivía en pecado grave, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo ni lo confesaba ni se enmendaba, y celebraba misa. Y aunque se confesaba de otros pecados, callaba éste, pues no se atrevía a confesar cosa tan fea. Y tenía gran deseo de verse libre de él y no tenía fuerzas. A mí me dio gran lástima, y me causó mucha pena ver que se ofendía tanto a Dios.

Le prometí pedir mucho a Dios que le ayudase y que pediría a otras personas mejores que yo que orasen también; y yo le escribía y dirigía las cartas a una persona que él me indicó. Al recibir la primera carta mía, se confesó; quiso Dios hacer con esta alma esta misericordia por las oraciones de muchas personas santas a quienes yo había pedido que orasen y por la mía que, aunque miserable, hacía lo que podía con mucho interés.

Me escribió que había mejorado tanto que hacía días que no caía en aquel pecado; más que el tormento que le causaba la tentación era tan grande, que padecía como si estuviera en el infierno, y que rogase por él.

Yo pedí otra vez a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo encomendaran, y lo tomaron muy a pecho. Se trataba de una persona que nadie podía identificar.

Yo supliqué a Su Majestad que se le suavizasen aquellos tormentos y tentaciones y que aquellos demonios me atormentasen a mí, con tal de que yo no ofendiera en nada al Señor; entonces me ocurrieron las dos cosas que he referido

En el n.º 3 de este capítulo.

8. Quiso el Señor que los demonios le dejaran a él; así me lo escribió cuando le dije lo que había sufrido en este mes.

Tomó fuerza su alma y quedó libre de todo, que no se cansaba de dar gracias a Dios y a mí, como si yo hubiera hecho algo; la fama que tenía de las mercedes que el Señor me hacía, le movían a creerlo así. Me decía que, cuando se veía muy tentado, leía mis cartas y desaparecía la tentación, y estaba muy impresionado por lo que yo había padecido a cambio de ser librado él Es una expresión sencilla de la corredención del cristiano, que por su cristificación sacramental y de amor es productor de gracia.

También yo quedé impresionada y hubiera sufrido otros muchos años por ver libre aquella alma. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como creo que le sirven en esta casa Las hermanas que oraron con ella por este sacerdote fueron las Carmelitas Descalzas de San José estas hermanas; los demonios se indignaron más conmigo, como promotora de aquellas oraciones, y el Señor por mis pecados lo permitió.

9. Una noche pensé que me ahogaban; y cuando echaron mucha agua bendita, vi cómo gran multitud de demonios se iban despeñando.

Son tantas las veces que estos malditos me atormentan y es tan poco el miedo que yo les tengo, viendo que no se pueden mover si el Señor no les da licencia, que le cansaría a usted y me cansaría yo si las refiriera todas.

10. Sirva lo escrito para que el verdadero siervo de Dios no dé importancia a los espantajos que los demonios ponen para meter miedo; tengan entendido que cada vez que los despreciamos pierden fuerza, y el alma queda mucho más señora.

Siempre queda algún gran provecho de haber vencido la tentación, que no lo digo por no alargarme; sólo digo lo que me acaeció una noche de las ánimas:

estando en mi oratorio rezando, terminado un nocturno, al decir urnas oraciones muy devotas de nuestro breviario, se puso el demonio encima del libro para que no terminara la oración. Yo me santigué y él se fue. Comencé otra vez el rezo y volvió. Creo que comencé tres veces y, hasta que no eché agua bendita no pude terminar. Vi que en aquel instante salieron algunas almas del purgatorio, que les debía faltar poca purificación, y pensé que quizá pretendía impedirlo.

Pocas veces lo he visto en figura visible, y muchas sin ella, como aquella visión de que hablé ya, que se ve intelectualmente con claridad que está allí Alude a la visión intelectual de Cristo que ha referido en c. 27,2.

11. Quiero también decir algo que me impresionó mucho: estando un día de la Santísima Trinidad en el coro de un monasterio, caí en éxtasis y vi una gran batalla de demonios contra ángeles. Yo no podía comprender el significado de esta visión. Antes de quince días todo se aclaró con la guerra entablada entre gente de oración y muchos que no lo eran, que causó mucho daño a la casa que era de oración Guerra de Calzados contra Descalzos. La casa era el monasterio de San José ; la guerra duró mucho tiempo y produjo mucho sufrimiento.

Otras veces veía gran multitud de demonios alrededor mío y me parecía que rodeaba toda mi persona una gran luz que les impedía acercarse a mí. Entendí que Dios me amparaba para que no consiguieran que yo le ofendiera. Y, por los indicios que en mí he notado, he comprendido que ésta fue verdadera visión.

El caso es que ya tengo tan entendido lo poco que pueden los demonios si estoy unida a Dios, que casi ningún miedo les tengo; porque sólo tienen fuerzas con las almas rendidas a ellos y cobardes; aquí demuestran ellos su poderío El padre Báñez escribió esta nota al margen en el manuscrito: «San Gregorio en *Los Morales*, dice del demonio que es hormiga y león; viene a este propósito». Hormiga con los fuertes, león con los cobardes. Santa Teresa había leído este libro de san Gregorio; lo dice en 5,8.

Algunas veces, en las tentaciones que ya dije, me parecía que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados volvían a despertarse en mí, y tenía que encomendarme mucho a Dios.

Como me venían aquellos pensamientos, seguía después el tormento de creer que todo debía de ser obra del demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque a mí me parecía que, quien tantas mercedes recibía del Señor, no había de tener ni siquiera primer movimiento Movimiento inconsciente de mal pensamiento.

12. Otras veces me atormentaba mucho, y aún me atormenta, ver que se hace mucho caso de mí, y saber que hablan muy bien de mí, especialmente si son personas importantes. Por esta causa he sufrido y sufro mucho.

Cuando después miro la vida de Cristo y de los santos, me parece que yo voy al revés de ellos, pues su camino fue de desprecios e injurias; esto me hace ir con timidez y como que no oso levantar la cabeza y quisiera desaparecer, lo que no me ocurre cuando tengo persecuciones: entonces camina el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente y me aflijo, que yo no sé como esto puede ser; mas pasa así, que parece que entonces está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies.

Esto me ocurría algunas veces y me duraba muchos días, y me parecía que era virtud y humildad, y ahora veo claro que era tentación. Un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien.

Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace habían de ser conocidas públicamente, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma.

Llegó a tal extremo la tentación que, pensándolo, de mejor gana me hubiera dejado enterrar viva que pasar por esto; y así, cuando comencé a tener en público

estos grandes recogimientos o arrobamientos sin poderlos resistir, quedaba tan avergonzada que me hubiera escondido donde nadie me viera.

13. Estando una vez muy atribulada por esto, me dijo el Señor *que qué temía, que en esto sólo podían suceder dos cosas: o que murmurasen de mí, o que le alabasen a Él*. Dando a entender que los que lo creían le alabarían, y los que no, me condenarían sin culpa mía, y en los dos casos yo saldría ganando; que no sufriese.

Esto me sosegó mucho y me consuela cuando lo recuerdo.

Fue tan fuerte la tentación, que quería salir de esta ciudad e ingresar en otro monasterio de clausura más estricta que en el que vivía, de cuya austeridad había oído hablar El monasterio de la Encarnación de la A.O., de Valencia. El arzobispo de Valencia, santo Tomás de Villanueva, decía de él: «¡Qué olor de azucenas despiden los muros de esta casa!» (EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Católica, Madrid 1977<sup>2</sup>, 175).

Cuando esto le ocurre, no ha comenzado aún la Reforma, y, por tanto, vive en la Encarnación.

Pertenecía a mi Orden y estaba muy lejos, que eso es lo que a mí me hubiera gustado, estar donde no me conocieran, pero nunca mi confesor me lo permitió.

14. Mucho me quitaban la libertad de espíritu estos temores, lo cual después comprendí que no era verdadera humildad, pues tanto me inquietaban, y el Señor me enseñó esta verdad: que tuviera la certeza de que nada de lo que tenía era mío, sino de Dios, y que así como no me apenaba por oír alabar a otras personas, sino que me alegraba y consolaba mucho de ver que allí se manifestaba Dios, tampoco debía sentir pena de que manifestara en mí sus obras.

15. También llegué a otro extremo, que fue suplicar a Dios y hacer una oración especial para que, cuando alguna persona pensara bien de mí, le revelara Su Majestad mis pecados, de modo que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho.

Mi confesor me dijo que no lo hiciera; mas hasta hace poco, cuando veía yo que alguien tenía muy buen concepto de mí, me las arreglaba para manifestarle mis pecados, y así parece que descansaba. Y esto también me han prohibido hacerlo.

16. Todo esto, a mi parecer, no procedía de humildad, sino que, de una tentación, venían muchas.

Yo creía que los traía engañados a todos, y, aunque es verdad que están engañados de pensar que hay algún bien en mí, no era mi deseo engañarlos, ni jamás pretendí tal cosa, sino que el Señor por algún fin lo permite. Si yo viera que no era necesario, ni a los confesores les hubiera comunicado ninguna de las gracias recibidas. Hubiera tenido grandes escrúpulos de hacerlo.

Ahora comprendo que todas estas timideces y penas y apariencias de humildad, eran gran imperfección y poca mortificación; porque a un alma abandonada en las manos de Dios le es indiferente que hablen bien o mal de ella, si ella entiende en profundidad (como el Señor quiere que entienda) que no tiene nada de sí.

Fíese de quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y prepárese para la persecución, que está asegurada en estos tiempos para las personas que el Señor quiere que se sepa que reciben estas mercedes; porque hay mil ojos para espiar a un alma de éstas donde no hay ninguno para mil almas de otro estilo.

17. A la verdad, no hay poca razón para temer, y de esta clase debía de ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque ya se puede preparar bien un alma que así permite Dios que sea centro de los ojos del mundo, porque si ella no quiere morir a él, el mismo mundo la matará. Lo único bueno que en verdad me parece bien del mundo es que no tolera faltas en los buenos y que los perfecciona a fuerza de murmuraciones. Digo que, si un santo no es santo, necesita más ánimo para ir por camino de santidad que para ser mártir de golpe; porque la santidad no



se consigue al instante, de no ser que el Señor quiera conceder esta merced por especial privilegio.

Pero el mundo, cuando ve que uno emprende este camino, quiere verlo ya santo, y desde lejos se encuentra una falta que quizá es virtud en él, y en el otro será vicio, y por eso lo condena en quien ve que ha comenzado camino de santidad.

Quieren que ni coma, ni duerma, ni respire; y, cuanto más lo valoran, más pronto olvidan que aún vive en el cuerpo por santa que sea el alma; viven aún en la tierra sujetos a sus miserias, por mucho que la tengan debajo de los pies.

Y por eso, como digo, es necesario que tenga gran ánimo, porque la pobre alma aún no ha comenzado a andar y ya quieren que vuele; aún no tiene vencidas las pasiones y quieren que se mantenga fuerte en las tentaciones grandes, como ellos han leído que estaban los santos después de confirmados en gracia.

Hay motivo para alabar a Dios viendo lo que pasan las almas por estas exigencias del mundo, y para lastimar mucho el corazón; porque muy muchas almas vuelven atrás porque no tienen fuerzas, la pobrecitas, para seguir. Y esto creo que hubiera hecho yo, si el Señor, tan misericordiosamente, no lo hubiera hecho todo de su parte; y hasta que por su bondad El lo hizo todo, ya verá usted que yo no he hecho más que caer y levantarme.

18. Yo quisiera saberlo decir, porque creo que en esto se engañan muchas almas, que quieren volar antes de que Dios les de alas. Creo que ya he usado antes esta comparación, mas viene bien aquí. Trataré esto porque veo a algunas almas muy afligidas por esta causa: cuando comienzan con grandes deseos y fervor y entusiasmo el camino de las virtudes evangélicas, y algunas hasta dejar por Dios todos los bienes del mundo, si ven en otras personas más crecidas gestos de heroicas virtudes que les da el Señor, porque son superiores a nuestras fuerzas, y si leen en libros de oración y contemplación exigencias que ellos no pueden cumplir, se desaniman; así por ejemplo: estar indiferentes a que hablen mal de nosotros y alegrarse más que cuando hablan bien; estimar poco su buena imagen; estar desprendidos de los parientes y repugnarles su trato, si no son almas de oración, porque les cansan; y otras muchas cosas de este estilo, que, como son sobrenaturales y van contra la inclinación de nuestra naturaleza, las tiene que dar Dios.

No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora son deseos, Su Majestad lo realizará, si oran y luchan todo lo que pueden; porque nuestra naturaleza, tan deficiente, necesita mucho tener gran confianza y no desalentarse y tener la seguridad de que, si nos esforzamos, conseguiremos la victoria.

19. Y porque tengo mucha experiencia de esto, diré algo que le sirva de aviso a usted: Aunque le parezca que ya está conseguida la virtud, no se fíe si antes no la pone a prueba en las contrariedades.

Y siempre, mientras vivimos, hemos de estar prevenidos y no descuidamos; porque se nos contagia mucho el espíritu del mundo, si el Señor no nos concede del todo la gracia de discernir lo que valen las cosas «Se me ha hecho entender lo que es todo, aunque deje cuantos amigos y amigas y deudos» (*Relaciones 2,6*), y en esta vida nunca hay virtud completa sin muchos peligros.

Hace pocos años veía yo que, no sólo no estaba apegada a mis parientes, sino que me cansaban; y así era en verdad pues no soportaba su conversación. Con ocasión de una empresa La fundación del monasterio de San José de mucha importancia, tuve que convivir con una hermana mía Juana de Ahumada, casada con Juan de Ovalle , a quien yo antes quería muchísimo, que es mejor que yo; pero, aunque en la conversación no

congeniábamos, porque está casada, y no podíamos hablar siempre de lo que a mí me gustaba, y a pesar de que siempre que podía estaba sola, comprobé que me daban pena sus penas mucho más que las del prójimo, y vivía sus zozobras.

En fin, comprendí que yo no era tan libre como pensaba, y que aún tenía necesidad de huir de la ocasión, para que esta virtud, que el Señor me había comenzado a dar, fuera creciendo, y así con su favor lo he procurado hacer desde entonces.

20. En mucho se ha de apreciar una virtud cuando el Señor la comienza a dar y no debemos exponernos por nada al peligro de perderla.

Así ocurre en cuestiones de amor propio y en otras muchas cosas. No crea usted que todos los que pensamos que estamos libres del todo lo estamos, y es necesario nunca descuidarse en esto.

Cualquier persona que se da cuenta de que es esclava del amor propio, si quiere crecer en la virtud, créame y luche contra esta esclavitud; porque es una cadena que no hay lima que la rompa, si no es Dios con oración y todo el esfuerzo nuestro. Creo que es una atadura en el camino de la santidad, que yo me espanto del daño que hace.

Conozco a algunas personas santas que hacen obras tan grandes que causan la admiración de la gente: ¡Válgame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta persona? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? ¡Oh, que tiene mucho amor propio...! Y lo peor que tiene es que no se quiere dar cuenta de que lo tiene, y es porque algunas veces le hace creer el demonio que tiene obligación de tenerlo.

21. Pues, créame, ¡crean por amor del Señor a esta hormiguita que el Señor quiere que hable!, que si no quitan esta oruga, aunque no dañe a todo el árbol, porque algunas virtudes quedarán, mas todas carcomidas.

No es árbol hermoso, sino que él no medra ni deja medrar a los árboles que crecen junto a él; porque la fruta que da de buen ejemplo no es sana; poco durará «Todo árbol bueno produce frutos buenos» (Mt 7,17).

Muchas veces lo digo que, por pequeño que sea el punto de amor propio, es como una nota, o un compás que falla en la música de órgano, que hace disonar toda la composición; y si en cualquier actividad humana hace mucho daño al alma el amor propio, en este camino de oración es pestilencia.

22. Deseas unírte con Dios, y queremos seguir los consejos de Cristo cargado de injurias y de falsos testimonios, ¿y queremos guardar muy entero nuestro honor y nuestra fama? No podrás conseguir la unión con Dios porque no vas por el camino de Cristo. El Señor se une al alma cuando nosotros nos vencemos, procurando perder nuestro derecho en muchas cosas La unión sigue a la purificación.

Algunos dirán: «No tengo nada a que renunciar, ni se me presenta la oportunidad de ello». Yo creo que si alguien tiene esta determinación, no querrá el Señor que se pierdan tan buenos deseos; Su Majestad dispondrá tantas oportunidades de practicar la humildad que no quiera tantas. Manos a la obra.

23. Quiero enumerar las naderías y pequeñeces que yo hacía cuando comencé, o por lo menos alguna: estas son las pajitas que digo que yo echo al fuego, ya que yo no sirvo para más. Todo lo acepta el Señor; sea bendito por siempre.

Entre mis faltas tenía ésta: que no dominaba el uso del breviario, ni lo que había de hacer en el coro, ni cómo lo había de dirigir La monja que dirige el coro semanalmente es quien debe iniciar las antífonas y los gestos y el comienzo de salmos y el recitado de oraciones. No le iba este oficio a Teresa, de puro descuidada y metida en otras vanidades, y veía a otras novicias que me

podían dar lecciones. Pero yo no les preguntaba para que no notaran mi fallo. En seguida venía el pretexto: si ven que no lo sé, doy mal ejemplo. Esto es **frecuentísimo** San Juan de la Cruz dice que los principiantes no gustan ser enseñados, y si se les enseña te cogen la palabra de la boca. (J.M.B., *San Juan de la Cruz, Noche oscura leída hoy*, libro 2º, 2,1 y 7,BAC, Madrid ).

Cuando Dios me abrió un poco los ojos, aunque supiera las cosas, si tenía duda, por pequeña que fuera, lo preguntaba a las jóvenes. Ni perdí honor ni autoridad; más bien el Señor me parece que me dio más memoria.

No sabía cantar bien. Me ponía tan nerviosa si no había estudiado lo que me habían encargado (y no por faltar delante de Dios, lo cual hubiera sido virtud, sino porque me oían muchas personas), que de puro amor propio me aturdía tanto que lo hacía peor de lo que sabía. Después decidí que cuando no lo supiera cantar bien diría que no lo sabía.

Me costó mucho al principio, pero después, incluso me gustaba. Y así, cuando ya no me importaba que se supiera que no lo sabía, lo hacía mucho mejor, pues el negro amor propio me impedía hacer bien lo que yo por pundonor propio quería hacer bien. Cada uno pone su amor propio en lo que quiere.

24. Con la práctica de otras naderías (y harto nada soy yo, ya que esto me costaba sacrificio), poco a poco se van haciendo actos de humildad que, sufridos por Dios, Su Majestad les da entidad y ayuda para practicar cosas mayores.

Y así, en la práctica de la humildad me acaecía que, viendo que todas avanzaban más que yo (porque nunca serví para nada), cuando salían del coro, recogía todos los mantos Santa Teresita hace lo mismo (*Manuscritos autobiográficos*, 7,18) ; con esto me parecía que servía a aquellos ángeles que allí alababan a Dios; hasta que, no sé cómo, se enteraron, y yo quedé muy avergonzada; porque mi virtud no alcanzaba a querer que se supieran estas cosas, y no era por humilde, sino para que no se rieran de mí, porque eran tan poca cosa Véase nota 26 del capítulo 30, el ofrecimiento de las *nadas* en contexto diferente.

25. ¡Oh Señor mío! ¡Qué vergüenza me da de ver en mí tantas maldades, y contar estas arenitas, que apenas las levantaba de la tierra en servicio vuestro, porque todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua de vuestra gracia debajo de estas arenas que las hiciese levantar.

¡Oh Criador mío! ¡Quién tuviera alguna cosa que contar, entre tantos pecados, ya que cuento las grandes mercedes que he recibido de Vos!

Es así, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá, quien lea esto, dejarme de aborrecer viendo tan mal pagadas tan grandísimas mercedes y que no tengo vergüenza de contar estos servicios, en fin, como míos.

Sí tengo vergüenza, Señor mío; mas, el no tener otra cosa que contar de mi parte, me hace decir estas nimiedades, para que tenga esperanza quien hubiera practicado grandes virtudes, porque, si las mías, insignificantes, las ha aceptado el Señor, mejor recibirá las grandes. Quiera Su Majestad darme la gracia de que no me quede siempre en principiante, amén.

## Capítulo 32

**El Señor quiso ponerla en espíritu en el infierno que sus pecados habían merecido. Relata un resumen de lo que se le representó. Fundación del monasterio de San José.**

1. Mucho tiempo después de que el Señor me concediera muchas de las mercedes que he contado y otras muy grandes, estando un día en oración me encontré toda yo, sin saber cómo, metida en el infierno «Hoy se predica poco el infierno y se deja caer en el olvido una verdad tan saludable; no se reflexiona bastante que el temor del infierno es el principio de la prudencia y conduce a la conversión» (R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La vida eterna y las profundidades del alma*, Rialp, Madrid 1960<sup>4</sup>, 132).

Pío XII consideró ineludible esta predicación: «La predicación... de los fines últimos, no sólo no ha perdido su oportunidad en nuestros tiempos, sino que ha venido a ser más necesaria y urgente que nunca. Incluso la predicación sobre el infierno. Sin duda hay que tratar este asunto con dignidad y sabiduría. Pero en cuanto a la sustancia misma de esta verdad, la Iglesia tiene ante Dios y ante los hombres el sagrado deber de anunciarla, de enseñarla sin ninguna atenuación, como Cristo la ha revelado, y no existe ninguna condición de tiempos que pueda hacer disminuir el rigor de esta obligación. Esto obliga en conciencia a todo sacerdote a quien se ha confiado el deber de amaestrar, avisar y guiar a los fieles. Es verdad que el deseo del cielo es un motivo en sí mismo más perfecto que el temor de la pena, pero de esto no se sigue que sea también para todos los hombres el motivo más eficaz para tenerlos lejos del pecado y convertirlos a Dios» (A los predicadores de Roma).

El concilio Vaticano II, LG 9 y 48, actualiza la doctrina del infierno, como frustración total del fin del hombre que es la comunión con Dios (*Dei Verbum*, 2) en el Reino definitivo, y como vacío de Dios y soledad total en la miseria de la separación.

Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios me tenían allí preparado, y que yo tenía merecido por mis pecados. Aunque ocurrió en un instante brevísimo, por muchos años que yo viva, no lo podré olvidar. Parecíame la entrada como un callejón muy largo y estrecho, como si fuera un horno muy hondo y oscuro y angosto; el suelo me pareció de agua como lodo muy sucio, y de olor pestilencial, con muchas serpientes venenosas; al fondo, en un hueco metido en la pared como un armario, vi que me metían muy apretada.

Todo esto era deleitoso de ver en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

2. Lo que sentí no puede ser encarecido, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan insoportables, que yo, que los he sufrido gravísimos en esta vida y, según dicen los médicos, los más dolorosos que puedan existir (porque se me encogieron todos los nervios cuando quedé parálitica, aparte de otros muchos de muchas clases que he padecido, y algunos causados por el demonio), aseguro que ninguno se puede comparar a lo que allí sentí, sabiendo además que aquello era sin fin y sin jamás cesar.

Y esto no es nada en comparación del agonizar del alma, una opresión, una asfixia, una tristeza tan inmensa, y con tan desesperada y afligida amargura, que yo no sé cómo encarecerlo. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque aún parece que es otro quien os quita la vida; mas en el infierno es el alma misma la que se despedaza. Los réprobos querían no existir e intentan despedazarse, no ya porque desean la destrucción de la existencia por sí misma, sino para dejar de sufrir: «Más le valiera no haber nacido» (Mt 16,24).

El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquella desesperación, en medio de tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quien me los causaba, más me sentía quemar y triturar por dentro, así me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

3. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no podía ni sentarme, ni acostarme, ni había lugar para ello, aunque me habían puesto en esta especie de agujero hecho en la pared; porque estas paredes aterradoras, aprietan ellas mismas, y todo ahoga.

No hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas; yo no entiendo cómo puede ser esto, que sin haber luz, todo lo que ha de producir pena, se ve.

No quiso el Señor que entonces viera más, de todo el infierno; después he visto

en otra visión cosas espantosas, como castigo de determinados vicios. Me parecieron mucho más espantosos que los de la primera visión, pero no me causaron tanto miedo, porque esta vez no sentí el dolor. Porque en aquella visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y amargura espiritual, como si los padeciera en mi carne.

Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí que era una gran merced y que quiso el Señor que yo viese con mis ojos de dónde me había librado su misericordia.

Aunque yo había oído hablar del infierno, y había leído y meditado otras veces las diferentes penas (pocas, porque el temor no me motivaba), y los tormentos que causan los demonios, comprendo que nada se puede comparar con la pena que sentí, porque es otra cosa. En fin, como de lo pintado a lo real En *Llama de amor viva* san Juan de la Cruz, cuando en el prólogo anuncia que va a tratar de la divina unión, utiliza la misma expresión «de lo pintado a lo vivo». En uno y en otro caso la experiencia mística de la separación de Dios y de la unión con El, sobrepasan la expresión humana, y el fuego de este mundo es muy poca cosa comparado con el fuego del infierno.

4. Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy mientras escribo, aunque ya hace casi seis años que lo vi La visión del infierno será la causa próxima de la reforma teresiana, y ocurrió en agosto de 1560, exactamente dos años después, el 21 de agosto, se inaugurará el monasterio de San José, que comenzó a tratarse en septiembre del 60, en su celda, que me parece que el temor me deja helada aquí donde estoy. Y cada vez que tengo que pasar pruebas o dolores y todo lo que en esta vida se puede sufrir, me parece nada, y veo que nos quejamos sin motivo.

Por eso vuelvo a decir que ésta fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha servido muy mucho, tanto para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para sacar fuerzas para padecerlas, y para dar gracias al Señor que me libró, como ahora creo, de penas eternas y terribles.

5. Desde entonces, como digo, todo me parece fácil, comparado con sólo un momento de sufrir lo que yo allí padecí.

Me llena de congoja pensar cómo yo no temía las penas del infierno ni consideraba su gravedad, habiendo leído muchas veces libros que lo explicaban Son muy diferentes los efectos producidos por el entendimiento humano y la luz divina, la meditación activa ascética y la inmediatez mística.

¿Dónde estaba? ¿Cómo me podía producir placer alguna cosa que me condujera a tan mal lugar? ¡Seáis bendito, Dios mío, por siempre! Y ¡cómo se ha puesto de manifiesto que me queríais más a mí que yo misma me quiero! ¡Cuántas veces, Señor, me librasteis de cárcel tan tenebrosa y cómo me volvía yo a meter en ella contra vuestra voluntad!

6. De esto también gané la grandísima pena que me causan las muchas almas que se condenan (especialmente de los luteranos Según su formación e información. que por el bautismo ya eran miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de salvar almas, que, me parece con toda seguridad, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, sufriría yo muchas muertes muy de buena gana La pedagogía de Dios con las almas que quiere apóstoles por el sacrificio y la oración es revelarles el infierno. Piénsese en los niños de Fátima. Dios está preparando a la Fundadora.

Pienso que en esta vida, si vemos sufrir una gran prueba o dolor a una persona muy especialmente querida, nuestro corazón se conmueve y, si el trance es muy doloroso, nos duele a nosotros. Pues ver un alma para sin fin en el sumo dolor de los dolores, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo soporte sin gran pena. Pues si en esta vida, que sabemos que el dolor se acabará con la muerte que ya está cerca, sentimos tanta compasión, no sé cómo podemos vivir tranquilos viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo a sufrir el dolor del

infierno que no tiene fin.

7. Esto también me hace desear que en este asunto tan trascendental hagamos todo cuanto podamos de nuestra parte; no dejemos de hacer nada y quiera el Señor ser servido de damos gracia para ello.

Aunque yo era tan malísima, tenía algún cuidado de servir a Dios y procuraba no hacer algunas cosas a las que en el mundo no dan importancia, además de sufrir grandes enfermedades con la mucha paciencia que me daba el Señor.

No murmuraba, ni hablaba mal de nadie, y creo que no podía querer mal a nadie, ni era ambiciosa, ni tenía envidia, al menos en materia grave, y algunas cosas más, pues, aunque era tan ruin, vivía habitualmente en el temor de Dios La doctora mística descendiendo al cumplimiento de las virtudes sencillas, caridad y justicia y negación de la soberbia. «Si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas» (J.M.B., *Las moradas de santa Teresa leídas hoy*, 4,10, Paulinas, Madrid ).

A pesar de todo he visto el lugar que me tenían preparado los demonios, y es verdad que, según eran mis culpas, aún me parece que merecía más castigo.

Mas con todo y tener esta delicadeza de conciencia Por la que no cae en los pecados que en el mundo se cometen despreocupadamente , sentí terrible tormento, y aseguro que es muy peligroso que el alma que constantemente cae en pecado mortal viva despreocupada, con sosiego y satisfacción.

Por amor de Dios, pues, abandonemos las ocasiones de pecar, que el Señor nos ayudará, como lo ha hecho conmigo. Quiera Su Majestad no dejarme de su mano para que yo no vuelva a caer, que ya he visto adonde puedo ir a parar. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es, amén.

8. Después de haber visto el infierno y otras grandes revelaciones y secretos que el Señor, por ser quien es, me quiso revelar, sobre la gloria que recibirán los buenos y la pena de los malos, deseando hacer penitencia por tantos pecados y merecer algo para ganar tanto bien, quería huir de la gente y terminar con todo y apartarme del mundo.

Claramente se veía que estos deseos eran de Dios, que daba a mi alma calor para digerir otros manjares más fuertes que los que comía.

9. Pensando qué podría hacer por Dios, creí que lo primero era vivir mi vocación observando la Regla con la mayor perfección que pudiera Esta es la causa que la impulsó a reformar el Carmelo, como lo dice casi con las mismas palabras en *Camino*: «Me determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese...» (*Camino* 1,2). Entonces hizo el voto de hacer siempre y en todo lo más perfecto.

En el monasterio en que vivía En la Encarnación de Ávila había muchas almas muy buenas que servían fielmente a Dios; pero, por la escasez de recursos, tenían que salir muchas veces las monjas a otras casas donde, con todo decoro y sin perjuicio de sus deberes religiosos, podían vivir provisionalmente. Además el monasterio no se fundó con el rigor de la Regla primitiva, sino que, como las otras casas de la Orden, vivían según la regla mitigada.

Por otra parte, yo veía otros muchos inconvenientes para vivir allí con mayor austeridad, pues me parecía a mí que tenía muchas comodidades, por ser la casa grande y deleitosa.

El tener que salir de casa, y era yo la que más salía, era un gran inconveniente para mí, pues eran muchas las personas a quienes los prelados no podían negarse, que gustaban de que viviera en su compañía, y les insistían y me enviaban.

Y, tal como iban las cosas, yo pararía poco en el monasterio, ya que el demonio debía intervenir para que no estuviera en casa, y así impedir el gran bien que les hacía a algunas monjas, comunicándoles lo que me enseñaban mis confesores Ella está tratando ya con los padres de la Compañía de Jesús .

10. Una vez una persona María de Ocampo, sobrina de santa Teresa; María Bautista en el Carmelo nos dijo a mí y a otras Eran: Beatriz, Leonor y María de Cepeda, Isabel de san Pablo, Inés, Ana de Tapia y Juana Suárez si no seríamos capaces de ser monjas como las Descalzas Descalzas Reales de Madrid fundadas con una comunidad franciscana en Ávila por la hermana de Felipe II, doña Juana, bajo la dirección de san Pedro de Alcántara y fundar un monasterio.

Como yo tenía los mismos deseos, lo comuniqué con aquella señora viuda amiga mía, que también tenía el mismo deseo. Ella comenzó a hacer planes para dar renta al futuro monasterio, y ahora me doy cuenta de que no eran muy acertados, aunque nuestros deseos nos lo hacían todo fácil.

Por otra parte, yo no estaba del todo decidida, porque estaba muy contenta en mi monasterio, donde vivía muy a gusto en mi celda, que estaba muy bien situada.

A pesar de todo, nos comprometimos a encomendarlo mucho a Dios.

11. Un día, después de comulgar, Su Majestad me mandó, con mucha insistencia, que lo intentara con todas mis fuerzas, y me hizo grandes promesas de que se haría el monasterio, y que Dios se glorificaría mucho en él, y que su título fuese de San José, que él nos ampararía en una puerta y Nuestra Señora en la otra, y que Cristo estaría con nosotras «Donde hay dos o más reunidos en mi nombre estoy yo en medio...» (Mt 18,20), y que sería una estrella que daría gran resplandor, y que, aunque las órdenes religiosas estaban relajadas, no creyéramos que eran estériles; pues qué sería del mundo si no fuera por los religiosos Punto para reflexionar. En efecto, aunque haya religiosos relajados, entre ellos siempre hay un grupo sano, que, de misteriosa manera, redime a la comunidad; y está con ellos la eucaristía que ora con ellos y los demás sacramentos que divinizan, y la oración de la comunidad. Para alentar mucho; que dijera a mi confesor lo que Él me mandaba y que no se pusiera en contra ni me pusiera obstáculos.

12. Produjo en mí tales efectos esta visión y fue tan eficaz esta palabra que me dirigió el Señor, que yo no podía dudar de que era de Él.

Yo sentí grandísima pena, porque me vinieron a la cabeza los grandes disgustos y sinsabores que me había de costar, aparte de que estaba contentísima en aquella casa. Pues, aunque antes hablaba de ello, no estaba tan decidida y no lo veía con la certeza de que se había de hacer.

Las palabras del Señor me apremiaban y, como me daba cuenta de que era cuestión de empezar una «obra» que procuraría muchos problemas, estaba en duda de lo que haría. Pero el Señor me insistió muchas veces dándome causas y argumentos en los que yo veía con claridad que esa era su voluntad.

Yo no tuve más solución que decirlo a mi confesor Padre Baltasar Álvarez , y le di por escrito todo lo que estaba pasando.

13. Él no se atrevió a decirme terminantemente que lo dejara, mas veía que, pensando humanamente, no era proyecto viable, por la falta de recursos de mi amiga, que era quien había de correr con los gastos. Me dijo que lo comunicase a mi prelado y que me atuviera a su decisión.

Yo no había comunicado estas visiones con el prelado El provincial de los carmelitas, Ángel de Salazar; aquella señora habló con él y le dijo que quería hacer este monasterio Doña Guiomar conocía al Provincial, que la estimaba como gran señora y madre de algunas monjas de la Encarnación.

Al provincial le cayó bien la idea, pues es amigo de la observancia religiosa, y le dio toda la autorización necesaria y le prometió admitir el monasterio bajo su jurisdicción. Hablaron de la renta necesaria y de que no había de haber más de trece monjas, por muchos motivos Conocía en su carne lo que ocurría en la numerosísima comunidad de la Encarnación.

Ya habíamos escrito al santo fray Pedro de Alcántara contándole todo, y nos dijo que no lo dejáramos de hacer y nos aconsejó en todo No sólo a san Pedro de Alcántara. También lo consultó a san Francisco de Borja, a san Luis Beltrán, valencianos ambos, y a otros. San Luis Beltrán profetizó además el esplendor de la Obra, antes de 50 años (Efrén, o. c ).

14. Apenas se supo en la ciudad, cayó sobre nosotras una gran persecución que sería largo de contar; comentarios, risas, el decir que era disparate; a mí me decían que ya estaba bien en mi monasterio; a mi amiga le hacían tanta persecución que la tenían deshecha.

Yo no sabía qué hacer; en parte me parecía que tenían razón.

Estando así de abatida encomendándome a Dios, comenzó Su Majestad a consolarme y animarme. Me dijo que ahora me daría cuenta de lo que habían sufrido los santos Fundadores y que todavía me esperaba sufrir más de lo que yo podía imaginar; pero que no nos preocupáramos por nada. Me encargó que dijese algunas palabras a mi amiga, y lo que más me impresionaba es que en seguida nos quedamos consoladas de lo que habíamos pasado y con ánimo para resistir a todos.

Casi nadie se puso de nuestra parte en toda la ciudad, incluso personas de oración estaban en contra, pues les parecía grandísima locura.

15. Fueron tantos los comentarios y el alboroto de mi mismo monasterio, que el Provincial no se atrevió a mantenerse frente a todo, cambió de parecer y no quiso aceptar la nueva fundación. Dijo que la renta no era segura y que era poca y que había mucha oposición; y en todo tenía razón; al fin dejó el asunto y no quiso admitir el monasterio.

A nosotras, que ya parece que habíamos recibido los primeros golpes, nos causó grandísima pena; a mí sobre todo me la dio viendo al Provincial en contra, pues si él hubiera estado a favor, yo quedaba sin culpa ante todos. A mi amiga no la querían absolver si no abandonaba el asunto, porque le decían que estaba obligada a quitar el escándalo.

16. Ella había acudido a un gran teólogo, muy hombre de Dios, dominico, a contarle todo El padre Pedro Ibáñez, natural de Calahorra, antes de que el Provincial nos negara la autorización; porque en toda la ciudad no encontrábamos a nadie que nos aconsejara, y así decían que todo era un capricho nuestro.

Esta señora hizo una relación de todo y dio cuenta de la renta que percibía de su mayorazgo a este santo varón, con mucho deseo de que nos ayudase, porque era el mayor teólogo que entonces residía en la ciudad, y quizá de su Orden.

Yo le dije todo lo que pensábamos hacer y algunos de los motivos que nos habían impulsado; no le dije nada de mis revelaciones, sino que le expuse las razones humanas que me movían, porque yo quería oír su parecer fundado en razón. Con los pies en la tierra: «fundado en razón». Dios es autor de la razón. «Respecto a la fundación de Pastrana el Señor le había dicho que “no dejara de ir”. Pero ella llamó al confesor y le dio sus razones, sin decirle lo que había entendido en la oración» (*Fundaciones* 17,4). El nos pidió ocho días de plazo para damos su opinión, a condición de que estuviéramos dispuestas a cumplir su decisión. Yo le dije que sí; mas, aunque yo decía que sí, y creo que hubiera cumplido mi palabra. La solución negativa del padre Ibáñez hubiera contrariado a Teresa, por eso habla de mantener la palabra dada al padre de obedecer su decisión, por más que yo veía muy difícil realizarlo, en el fondo había en mí una certeza de que se había de hacer.

Mi amiga tenía más fe; ella, por más que le dijeran, no hubiera abandonado.

17. Yo creía que se había de hacer la fundación, porque creía que la revelación que se me había hecho era auténtica, ya que no contradecía la Sagrada Escritura ni iba contra las leyes de la Iglesia que tenemos obligación de cumplir; pero, aunque yo creía que era de Dios, si aquel teólogo me hubiera dicho que con ello le ofendíamos y que en conciencia no lo debíamos hacer, me parece que lo hubiera dejado todo, o hubiera buscado otro medio; mas a mí no me daba el Señor otro más que éste.

Me dijo después este siervo de Dios que había aceptado encargarse del



asunto decidido a disuadimos, pues conocía la protesta del pueblo, aparte de que le parecía una locura, como a todos, y que un caballero, conocedor de que habíamos recurrido a él, le había prevenido en contra para que no nos ayudara; pero cuando comenzó a estudiar el caso para respondemos y las intenciones que nos movían a vivir una vida más ordenada y evangélica, le pareció que aquello era para mucha gloria de Dios y que se había de hacer «Su Majestad, cuando quiere que se haga una cosa se lo pone en el corazón al confesor» (*Fundaciones* 17,4).

He aquí otro testimonio de fe, de fuente diversa: San Pío X pide parecer a Merry del Val, Secretario de Estado: «Lo que a V.S. le parezca» —contesta éste—. «Decidme vuestro parecer. Yo hablaré cuando El quiera» —dijo el Papa señalando el crucifijo.

Y así nos respondió que nos diéramos prisa a ponerlo en marcha, y nos dijo el modo y los medios necesarios; y aunque la hacienda era insuficiente, algo había que fiarse de Dios; que quien se opusiera hablara con él, que él respondería, y así siempre nos ayudó, como después diré.

18. Esto me consoló mucho, y también que algunas personas santas que estaban contra nosotras se habían apaciguado, y algunas incluso nos ayudaban.

Entre éstas estaba el caballero santo, a quien ya he mencionado que, como lo es, y veía que nuestras intenciones iban por camino de tanta perfección, por basamos totalmente en la oración, aunque le parecía que contábamos con escasos medios, rendía su parecer a que la obra podía ser de Dios; también a él el mismo Señor le cambiaba el corazón.

Lo mismo ocurrió con el Maestro Daza, que es el sacerdote a quien comuniqué antes que a nadie mi oración, y que es modelo en la ciudad, como persona a quien Dios tiene allí para salvación y crecimiento de muchas almas, y ahora estaba también dispuesto a ayudarme en la obra.

En esta situación, siempre con ayuda de muchas oraciones, habíamos comprado una casa bien situada, aunque pequeña.

A mí esto no me preocupaba, pues el Señor me había dicho que entrara como pudiera, que ya después vería yo lo que Su Majestad hacía ¡y qué bien lo he visto!; y así, aunque veía que la renta era escasa, creía que el Señor dispondría los otros medios y nos bendeciría.

## Capítulo 33

### **Continúa la fundación de San José. Le mandan que deje la Obra. Sufrimientos durante el tiempo que la dejó. Consuelos del Señor.**

1. Cuando ya lo teníamos todo a punto y habíamos de firmar las escrituras al día siguiente, el padre Provincial cambió de parecer. Lo dijo ya en el capítulo 23,15. No sólo iban a firmar las escrituras de la casa comprada, sino que habían enviado a Roma solicitud de fundación que había redactado san Pedro de Alcántara.

Creo que todo fue conducido por la mano de Dios, según posteriormente se ha constatado; porque, como había tantas oraciones, el Señor iba perfeccionando la Obra, ordenando que se tramitase de otro modo.

Cuando el Provincial no quiso admitir el monasterio me mandó el confesor. El confesor es el padre Baltasar Álvarez, que estaba manejado por el padre Dionisio Vázquez, hombre cerrado y extraño. A santa

Teresa le habían aconsejado que no fuese tan abierta con aquel confesor, ya que no le guardaba los secretos. La voz interior le dijo «que había sido mal aconsejada y que no le ocultara nada» (c. 26,4). Una persona con menos fe hubiera dejado al confesor y hubiera buscado otro que la comprendiera. Pero ella oía la voz de Dios en la voz del confesor, confiada en que el Señor le llevaría a él al terreno, sin descuidar su insistencia y nuevas informaciones **que no pensara más en el asunto, después de que me había costado, como sabe el Señor, tantos trabajos y aflicciones llevar adelante el proyecto.**

Como todo se vino abajo, se confirmó la opinión de la gente de que todo era una ilusión de mujeres y creció la murmuración contra mí, a pesar de que había obrado hasta entonces por mandato de mi Provincial.

2. Era mal mirada en todo el monasterio, porque quería hacer otro con mayor clausura. Me decían que las humillaba, que también allí podía servir a Dios, pues había otras que eran mejores que yo; que no tenía amor a la casa, que más valdría procurar renta para ella que para otra parte. Unas decían que me metieran en la **cárcel** Era una celda oscura que existía en los conventos de entonces para el castigo de determinadas faltas; **otras, bien pocas, me defendían.**

Yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces les exponía mis razones aunque como no quería decir lo principal, que era que el Señor me lo mandaba, no sabía qué hacer, y me callaba.

Dios me concedió la gracia de aceptarlo todo con mucha tranquilidad y de dejar la Obra con tanta facilidad y alegría como si no me hubiera costado nada. Y eso nadie lo podía creer, ni aun las mismas personas de oración que me trataban, que pensaban que estaba muy abatida y abochornada. Ni mi mismo confesor lo acababa de creer.

Yo, como creía que había hecho todo lo que había podido, no me sentía más obligada ante lo que el Señor me había mandado, y me quedaba en la casa, donde estaba muy contenta y a gusto. Aunque jamás dudé de que se haría la fundación, yo no veía por qué medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas estaba segurísima de ello.

3. Sufrí mucho cuando mi confesor, como si yo hubiera obrado contra su voluntad, me escribió que ya estaba viendo que todo lo que había ocurrido había sido una ilusión, que me enmendara, por tanto, no queriendo salir con la mía, y no hablara más de ello, pues ya veía el escándalo que se había armado, y otras cosas, todas para dar pena.

Esto me la dio mayor que todo junto. Como si el Señor también quisiera que me viniera el sufrimiento de donde más me había de doler. Y así, cuando en tantas tribulaciones yo esperaba de él consuelo, me dio más pena.

Comencé a pensar si había sido yo la ocasión y la culpable de ofenderle, que mis visiones eran ilusiones y falsa mi oración, y que yo caminaba muy engañada y perdida. Me sentí tan destrozada, que estaba toda turbada y con grandísima aflicción. Mas el Señor, que nunca me faltó y que tantas veces me consoló y animó, me dijo entonces *que no sufriera, que yo había servicio mucho a Dios y no le había ofendido en aquel asunto; que hiciera lo que me mandaba el confesor, que callara ahora, hasta que se presentara la oportunidad de reemprender la tarea. Quedé tan consolada y contenta que toda la persecución que sufría me pareció nada.*

4. Entonces me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajo y persecución por Él, porque, como fruto, vi que crecía en mi alma el amor de Dios y las demás virtudes Las virtudes son conexas, si crece una crecen todas, como los dedos de la mano crecieron tanto, que yo estaba impresionada. Eso es lo que me mueve a desear los sufrimientos.

Los que me trataban pensaban que yo estaba muy avergonzada, y sí lo estaría, si el Señor no me hubiera favorecido tan extraordinariamente con merced tan grande.

Entonces reaparecieron los ímpetus de amor de Dios de que ya he escrito, pero más intensos, y mayores arrobamientos, aunque yo disimulaba y a nadie contaba estas ganancias.

El santo varón dominico Padre Pedro Ibáñez estaba tan confiado como yo de que se había de hacer la fundación; y como yo no quería meterme en ello para no desobedecer a mi confesor, él, con mi amiga, llevaban los trámites de la Obra y escribían a Roma.

5. El demonio se valió de algunas personas para que se comenzase a saber que yo había recibido alguna revelación sobre el proyecto de fundar, y venían a decirme que los tiempos eran recios y que podría ocurrir que me denunciaran a la Inquisición Tribunal recabado del Papa por los Reyes de España para velar por la pureza de la fe.

Esto me cayó en gracia y me hizo reír, porque yo nunca tuve miedo a la Inquisición, porque en este punto yo estaba segura de mí, que estaba dispuesta a morir mil muertes antes de ir en contra del menor rito de la Iglesia o de cualquier verdad de la Sagrada Escritura.

Les dije que no tuvieran miedo pues yo consideraría una gran desgracia para mi alma que hubiera en mi mente algo que me hiciera temer a la Inquisición; y, si yo pensara que había en mí causa, yo misma la buscaría para entregarme; y que, si me acusaban falsamente, el Señor me libraría y yo saldría ganando.

Y hablé con este padre mío dominico, tan letrado, como he dicho, cuyo juicio me merecía completa garantía, y le comuniqué todas las visiones y mi vida de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y le rogué que lo estudiara bien y me dijera si había algo contra la Sagrada Escritura y me diese su parecer Le dio por escrito la primera *Cuenta de conciencia* bajo el título de *La manera de proceder en la oración que ahora tengo*. El padre Ibáñez respondió con un Dictamen de 33 puntos que garantizaban el espíritu de la Santa Madre.

Él me dijo que todo era de doctrina muy segura, y, según me parece, le hizo mucho bien En el n.º 29 del *Dictamen* confiesa el padre Ibáñez que él ha recibido muchos bienes del trato con la Santa ; porque aunque era muy buen religioso, desde entonces se entregó más a la oración y para esto se retiró a un convento de su Orden En Tríasanos (León), en la vega del Cea, al norte de Sahagún. , muy solitario, donde estuvo más de dos años, hasta que, muy a su pesar, lo sacó de allí la Obediencia, porque tuvieron necesidad de él, por ser persona de tanta valía.

6. Yo en parte sentí mucho que se fuera, por la gran falta que me hacía, aunque no se lo impedí. Mas entendí su ganancia; porque, estando con mucha pena de que se marchaba, me dijo el Señor que me consolara y no tuviera pena, que iba por muy buen camino.

Regresó con tanta santidad, que, cuando vino me dijo que por nada del mundo quisiera no haber ido allí. Y yo también podía decir lo mismo; porque lo que antes me garantizaba con sola su sabiduría, lo hacía también ahora con su experiencia espiritual y dones sobrenaturales.

Dios lo trajo cuando Su Majestad vio que hacía falta para ayudar a su Obra de

este monasterio, que Su Majestad quería que se hiciese.

7. Durante cinco o seis meses permanecí callada y sin preocuparme por la fundación, y el Señor nunca me mandó que me dedicase a ello. Aunque yo no sabía la causa, no se me quitaba del pensamiento que se había de hacer.

Pasados estos meses fue trasladado el Rector de la Compañía de Jesús, y trajo Su Majestad a otro muy espiritual y de buen ánimo y talento y buenos estudios, en el momento en que me hacía mucha falta.

La razón era ésta: El padre que me confesaba tenía Superior Era el padre Dionisio Vázquez. y con él consultaba mi caso y seguía su parecer. Ellos son muy observantes en cuanto que no se atreven a hacer nada sin que lo sepa el Superior y según sus órdenes.

El confesor Padre Baltasar Álvarez., aunque entendía bien mi espíritu y deseaba mi crecimiento, no se atrevía a decidirse contra el Superior, y tenía sus razones.

Mi espíritu estaba ya con irnos ímpetus tan grandes que no soportaba más la inactividad y, a pesar de todo, permanecía sujeta a lo que me había mandado el confesor El mismo padre Álvarez le había prohibido que se moviese, y el Señor había acatado su decisión.

8. Estando un día con gran aflicción porque me parecía que el confesor no se fiaba de mí, me dijo el Señor que no sufriera, que pronto se iba a acabar aquella pena. Yo me alegré mucho pensando era que me moriría pronto, y cuando me acordaba sentía muchísimo gozo.

Después vi con claridad que se refería a la venida del nuevo Rector Padre Gaspar de Salazar, toledano. Era muy inteligente para los asuntos importantes y hombre de vida interior; porque aquella pena nunca más la he tenido, este Rector, en vez de presionar al Ministro que era mi confesor, le decía que me consolara y que no había razón para temer, y que no me llevase por camino estrecho, que dejara obrar al espíritu del Señor que, a veces, con estos grandes ímpetus espirituales, parecía que el alma no podía ni respirar.

9. Vino a verme este Rector y el confesor me había mandado que le hablara con toda libertad y claridad.

Yo, que solía sentir muchísima repugnancia para abrir mi alma, apenas entré en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué que no he sentido con nadie, ni yo sabría decir qué pasó ni qué comparaciones pondría para explicarme. Porque sentí un gozo espiritual y un sentir mi alma que aquella alma me había de entender y que era como la mía, aunque, como digo, no entiendo cómo sentía esto; porque si hubiera hablado con él o me hubieran dado excelentes informes suyos, ni sería extraño que sintiera gozo de pensar que me comprendería; pero ni él me había hablado una sola palabra, ni yo había hablado nunca con él, ni siquiera había tenido nunca ni una sola noticia de que existía.

Después he comprobado que no se había engañado mi espíritu, porque su trato me ha hecho muchísimo bien en todos los órdenes Es el caso de almas gemelas, no frecuente, como tampoco lo son los hermanos gemelos ; porque su trato es muy eficaz para personas muy espirituales, pues él las hace correr y no ir paso a paso; y tiene carisma para otros muchos asuntos.

10. Cuando le comencé a tratar, en seguida capté su estilo y vi que era un alma pura, santa y con don especial del Señor de discernimiento de espíritus.

Me consoló mucho. Al poco tiempo de tratarlo, comenzó el Señor a volverme a empujar para que reemprendiera la construcción del monasterio y para que dijera a mi confesor y al Rector muchos argumentos y reflexiones para que no me lo prohibieran; algunas de estas reflexiones les causaron temor, aunque este padre Rector no dudó nunca de que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio y atención consideraba todos los efectos.

Después de muchos argumentos y razones, no se atrevieron a impedírmelo. Un día dijo el Señor a Teresa: «Di a tu confesor que mañana haga su oración sobre este versículo: “¡Qué magníficas son tus obras, Señor; qué profundos tus designios!”» (Sal 91,6).

11. Mi confesor me autorizó para que pusiese manos a la obra con todo empeño.

Yo era muy consciente de lo que aquella empresa me exigía, y más estando sola y con poquísimas posibilidades.

Nos comprometimos a obrar con todo secreto y, para esto, conseguí que una hermana mía Juana, casada con Juan de Ovalle, con quien vivía en Alba de Tormes, que vivía fuera de Ávila, comprara la casa y la reconstruyera como si fuera para ella, con el dinero que el Señor proporcionó.

Sería largo de contar cómo el Señor nos lo fue enviando, porque yo obraba con mucho cuidado de que se dispusiera todo sin faltar a la obediencia, sabiendo que, si llegaban noticias a los prelados, estaba todo perdido, como la otra vez, y aun peor.

En buscar la casa, en conseguir el dinero, discutir el precio y hacer construir el monasterio, pasé muchos trabajos, y algunas veces totalmente sola, pues aunque mi amiga hacía lo que podía, podía poco, y tan poco que casi era nada, aparte de que se hacía a su nombre y con su favor, pero todo el trabajo iba a mi cargo.

Sufrí tanto y de tantas maneras, que ahora me espanto de cómo lo pude sufrir. Algunas veces, afligida, decía: «Señor, ¿por qué me mandáis cosas que parecen imposibles? que, aunque soy mujer, ¡si al menos tuviera libertad!; mas, atada por todos lados, sin dinero y sin tener de dónde sacarlo, ni para el Decreto de Roma, ni para nada, ¿qué puedo hacer yo, Señor?».

12. Una vez estaba en un apuro del que no sabía cómo salir, pues no tenía dinero para pagar a unos albañiles, y se me apareció san José, mi verdadero padre y señor, y me dijo que no me faltaría dinero y que los contratara; y así lo hice, sin un céntimo. Y el Señor, de modo maravilloso, que asombraba a los que lo oían, me proveyó. Ajustó el precio en ochenta ducados, y, al día siguiente, llegaron doscientos, enviados por Lorenzo desde Perú.

La casa me parecía muy pequeña, que lo era tanto que no parecía monasterio. Por eso quise comprar otra junto a ella, también muy pequeña, para construir la iglesia. Pero no tenía dinero, y, no viendo la posibilidad de adquirirla, no sabía qué hacer. Y un día después de comulgar me dijo el Señor: *Ya te he dicho que entres como puedas.* Y suspirando me reprendió el Señor: *¡Oh codicia del género humano, que piensas que te ha de faltar la tierra! ¡Cuántas veces dormí yo al raso por no tener donde meterme!*

Yo quedé muy espantada y vi que tenía razón; y fui a la casita, hice los planos y me pareció, aunque pequeño, monasterio cabal, y no me preocupé de comprar más sitio, sino que procuré que se construyera de manera que se pudiera vivir, todo rústico y sin lucir, pero sano, que no perjudique la salud, y así se ha de hacer siempre.

13. El día de santa Clara El 12 de agosto de 1561, al ir a comulgar, se me apareció con mucha hermosura. Me dijo que me animara y que siguiera adelante lo que había comenzado, que ella me ayudaría. Y le cobré gran devoción, y ha sido tan verdad lo que me prometió, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca de éste, nos ayuda a mantenemos.

Y lo más importante es que ha conseguido que este deseo mío de gran perfección poco a poco se haya cumplido, pues la pobreza que esta santa vivió en su monasterio se vive en éste, porque vivimos de limosna. Que no me ha costado poco trabajo conseguir que el Santo Padre, con toda fuerza y autoridad, haya decretado que no se viva de otra manera y que jamás haya renta.

Y aún hace más el Señor, y quizá por los ruegos de esta bendita santa, y es que, sin pedir nada a nadie, nos provee Su Majestad muy cumplidamente de lo necesario. Sea bendito por todo, amén.

14. Estando en estos mismos días, el de nuestra Señora de la Asunción, en un convento de la Orden del glorioso santo Domingo, considerando los muchos pecados y cosas de mi ruin vida que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, me vino un arrobamiento grande, que casi me sacó de mí; me senté y creo que no pude ver la elevación ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de esto.

Estando así, me pareció que me vestían un manto de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me lo vestía; después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que eran los que me vestían aquel manto; y se me reveló que estaba ya limpia de mis pecados.

*Quando me acabaron de vestir el manto, estaba yo con grandísimo deleite y gloria, y Nuestra Señora me asió las manos y me dijo que le agradaba mucho que glorificara a san José; que creyera que el monasterio que intentaba construir se haría y que en él se serviría mucho al Señor y a ellos dos; que no temiera que se fallara en esto jamás, que, aunque la obediencia no se prometía a mi gusto* *La Orden rechazó la obediencia del monasterio y Roma la concedió al Ordinario, obispo de Ávila, que a la sazón era don Alvaro de Mendoza* , su Hijo estaría con nosotras, como nos había prometido, y que, como señal de que esto sería verdad, me daba aquella joya.

Me pareció que me impuso en el cuello un collar de oro, muy hermoso, con una cruz prendida en él muy valiosa.

El oro y las piedras son tan diferentes de las de la tierra, que no se pueden comparar; porque su hermosura es muy diferente de la que en este mundo podemos imaginar; el entendimiento no puede llegar a conocer de qué tejido era el manto, ni imaginar aquel color blanco que el Señor quiso que se representara, pues, en su comparación, todo lo de esta tierra viene a ser como una pintura tiznada, por decirlo de alguna manera.

15. Era grandísima la hermosura de nuestra Señora, aunque no me pareció como ninguna imagen determinada, sino con toda la belleza acumulada en el rostro, vestida de blanco con mucho resplandor, no deslumbrante sino suave.

Al glorioso san José no lo vi con tanta claridad, aunque vi muy bien que estaba allí, como en las visiones que he dicho que no se ven.

Nuestra Señora me pareció muy joven. Estuvieron conmigo un poco y yo, con grandísima gloria y felicidad, como nunca había gozado tanta. Y nunca quisiera perder tanto gozo. Me pareció que los veía subir al cielo con gran multitud de ángeles.

Yo me quedé muy sola, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración y enternecida, que permanecí un rato casi fuera de mí, sin poder moverme ni hablar. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios y jamás pude dudar, por mucho que lo intentase, de que aquello había sido cosa de Dios. Quedé consoladísima y con mucha paz.

16. La Reina de los ángeles me dijo acerca de la obediencia, que a mí me repugnaba no darla a los Superiores de la Orden, que ya el Señor me había dicho que no era conveniente dársela a ellos.

Me dio el Señor las razones para que de ningún modo la diese a ellos, sino que enviara la solicitud a Roma por determinado conducto que también me indicó, y Él

haría que el Breve nos llegara por el mismo intermediario.

Y así lo hicimos, lo iniciamos por donde al Señor me dijo y, lo que nunca acabábamos de solucionar, llegó muy bien.

Y para los alborotos que después han ocurrido, convino mucho haber prometido la obediencia al Obispo; mas cuando se hizo, yo no sabía qué Prelado sería, y quiso el Señor que fuera tan bueno y que favoreciera tanto esta casa, como ha sido necesario para defenderla de la gran contradicción que tuvo que soportar, como diré después, y para conducirla a la situación actual. Bendito sea Él que así lo ha hecho todo, amén.

## Capítulo 34

**Es conveniente que se ausente de Ávila, La envía su prelado a consolar a doña Luisa de la Cerda, Es instrumento de Dios por el que Su Majestad llama a mayor entrega al padre García de Toledo. En él encontrará después favor y amparo.**

1. Aunque yo puse mucho empeño en que no se supiera lo de la Obra, no pasó desapercibido para algunas personas. Unas lo creían y otras no.

Yo tenía mucho miedo de que, si llegaba el Provincial y se enteraba, me mandara detener las obras, porque entonces sí que se acababa todo.

Y el Señor intervino de esta manera: Había en una gran ciudad <sup>Toledo</sup>, a más de veinte leguas de aquí, una señora muy afligida porque se le había muerto el marido; y lo estaba tanto, que se temía por su salud.

Había oído hablar de esta pecadorcilla, porque el Señor dispuso que le hablaran bien de mí, para conseguir otros bienes que aquí sucedieron.

Conocía mucho esta señora al Provincial <sup>Padre Ángel de Salazar</sup>, y como ella era un personaje muy importante, y supo que yo vivía en un monasterio que permitía las salidas a las monjas, le puso el Señor tan gran deseo de verme, creyendo que se podría consolar conmigo, que sin poderlo resistir, procuró, por todos los medios en su mano, llevarme a su casa, enviando la solicitud al Provincial que estaba muy lejos.

Él me envió una orden, con precepto de obediencia, para que fuera a Toledo en seguida con otra compañera. Yo lo supe la noche de Navidad <sup>24 de diciembre de 1561</sup>.

2. Me sentí un poco turbada y me dio mucha pena que solicitaran mi presencia creyendo que había en mí algún bien, pues, como yo me veía tan ruin, no podía soportar esto.

Encomendándome mucho a Dios estuve todos los maitines, o gran parte de ellos, en gran arrobamiento. El Señor me dijo que no dejara de ir y que no escuchara opiniones, porque pocos me aconsejarían sin temeridad; que, aunque tendría que sufrir, sería gran servicio de Dios, y que para el proyecto del monasterio era conveniente que me ausentara hasta que llegara el Breve, porque el demonio tenía aunada una gran trama para cuando llegara el Provincial; que no tuviera miedo de nada, que él me ayudaría allá.

Yo me quedé muy fortalecida y consolada, y se lo dije al Rector <sup>Padre Gaspar de Salazar</sup>. Es curioso que esta vez no cuente con el confesor, padre Baltasar Álvarez. Me dijo que de ninguna manera dejara de ir, contra otros que me decían que el mandato del provincial era insoportable, y que era invención del demonio para que allá me ocurriera alguna

desgracia; que escribiera al Provincial.

3. Yo obedecí al Rector, y con lo que se me había dicho en la oración, iba sin miedo, aunque muy avergonzada de ver el título con que me llevaban y de que estuvieran tan equivocados. Esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejara de su mano.

Me daba mucho consuelo saber que en aquella ciudad adonde iba tenía casa la Compañía de Jesús y, obedeciendo a lo que me mandasen como en Ávila obedecía, estaría segura.

Quiso el Señor que aquella señora se consolara tanto, que mejoró notablemente y cada día estaba más consolada.

Se dio mucha importancia a su mejoría porque, como he dicho, la pena la había causado una gran depresión; lo debió de hacer el Señor por las muchas oraciones de las personas buenas que yo conocía, que oraban para que me sucediera bien.

Era muy temerosa de Dios y tan buena, que su gran espíritu cristiano suplió lo que a mí me faltaba.

Me cobró gran cariño. Yo también a ella la quise mucho viendo su bondad, mas casi todo era cruz para mí; porque los regalos me causaban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí me traía con gran temor.

Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor; porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad de espíritu y tanto me hacían menospreciar todo lo que veía (y mientras más grandes eran las mercedes más), que no dejaba de tratar con aquellas señoras, que con mucho honor podría yo servir las, con la misma libertad que si yo fuera su igual.

4. Saqué una ganancia muy grande, y se lo decía a la señora. Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y aprendí lo poco que se ha de estimar el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos, y una preocupación de guardar la dignidad de su rango, que no las deja vivir. Han de comer sin tiempo ni orden, porque todo se ha de hacer de acuerdo con su categoría social y no con la salud; han de comer muchas veces los manjares más conformes a su alcurnia que a su gusto.

Es así que del todo aborrecí ser señora—¡Dios me libre de mala compostura!—, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo que hay pocas más humildes y de mucha llaneza.

Yo le tenía lástima, y se la tengo, de ver cómo vive muchas veces contra sus deseos por cumplir con su rango. Pues los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos. No se ha de hablar más con uno que con otro, si no, al que se favorece ha de ser mal mirado. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece que son sino esclavos de mil insignificancias.

5. Quiso el Señor que el tiempo que estuve en aquella casa se mejoraran en servir a Su Majestad las personas que allí vivían, aunque no estuve libre de trabajos y de algunas envidias de algunos, por el mucho amor que aquella señora me tenía; quizá pensaban que buscaba algún interés propio.

Debía de permitir el Señor que me causaran algunos trabajos cosas semejantes y otras de otra índole, para que no me absorbiera en el regalo que tenía por otra parte, y se dignó sacarme de todo con provecho de mi alma.

6. Estando en aquella ciudad vino un religioso El padre García de Toledo, hijo de los condes de Oropesa, dominico, persona muy importante y con quien yo había hablado algunas veces hacía muchos años.



Estando en misa en un convento de su Orden, cerca de donde yo vivía, me entró deseo de saber en qué disposición estaba aquella alma, que yo deseaba fuera muy santo, y me levanté para hablar con él. Como yo estaba ya recogida en oración, me pareció que era perder el tiempo, y pensé que quién me metía a mí en aquello, y me volví a sentar.

Creo que fueron tres veces las que me sucedió lo mismo y, al fin, pudo más el ángel bueno que el malo y fui a llamarle, y vino a hablarme a un confesonario.

Comencé a hacerle preguntas y él a mí sobre nuestras vidas, porque hacía muchos años que no nos habíamos visto.

Yo le comencé a decir que espiritualmente había sufrido muchísimo. Puso mucho empeño en querer saber por qué había sufrido tanto. Le respondí que no lo podía decir, ni estaba bien que yo lo dijera. El me dijo que, si lo sabía el padre dominico que ya he nombrado El padre Pedro Ibáñez, que era muy amigo suyo, él se lo contaría, y que no tuviera inconveniente en decírselo yo.

7. El caso es que ni él pudo dejarme de importunar, ni yo pude dejárselo de decir; porque con tanto como me cuesta y me avergüenza contar estas cosas, a él y al Rector que he dicho, no tuve ninguna pena, antes me consoló mucho. Se lo conté todo en secreto de confesión Se refiere al intento de reforma y a la oposición de Ávila y su monasterio. Me pareció más sabio que nunca, aunque siempre lo tuve por hombre de gran inteligencia.

Consideré los grandes talentos y cualidades que tenía para ser muy santo, si se entregaba del todo a Dios; porque desde hace unos años, cuando veo una persona que me gusta, deseo verla totalmente entregada a Dios, con urnas ansias que a veces no puedo dominar. Y aunque deseo que todos sean santos, estas personas que mucho me contentan es con gran ímpetu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo, me acaeció así.

8. Me rogó que orara mucho por él, y no era necesario que me lo dijera, pues yo ya estaba de suerte, que no podía hacer otra cosa.

Me fui donde solía hacer mi oración y comencé a hablar con el Señor, muy recogida, con un estilo abobado que muchas veces uso, sin saber lo que digo; pues es el amor el que habla y está el alma tan fuera de sí que, ni mide la distancia que hay de ella a Dios. Porque el amor que sabe que le tiene Su Majestad hace que se olvide de sí y crea que está en Él, y, como si fuera exclusivamente todo **SUYO** La expresión de la Santa es: «Como una cosa propia sin división», acorde con la esposa de los *Cantares*: «Yo soy de mi amado y mi amado es mío» (6,3), unidos los dos en uno sin separación, le dice locuras.

Recuerdo que le dije esto, después de pedirle con muchas lágrimas que hiciera santa aquella alma de veras, pues, aunque yo lo tenía por bueno, no me contentaba, que lo quería muy bueno, y así le dije: «Señor, no me habéis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para amigo nuestro».

9. ¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, que no mira las palabras sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo soporta que una como yo hable a Su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás.

10. Recuerdo que aquella noche, en las horas de oración, me entró un intenso dolor pensando si yo estaría en gracia de Dios; y como no podía salir de mi duda, y no es que tuviera curiosidad de saberlo, sino que me deseaba la muerte, para no tener que vivir una vida donde no estaba segura de si estaba muerta, porque no podía haber muerte más dolorosa para mí que pensar que no estaba en gracia de Dios, y esta pena me asfixiaba; le supliqué que no lo permitiera, toda regalada y derretida en lágrimas.

Entonces entendí que podía estar contenta y segura de que estaba en gracia

por el gran amor de Dios que sentía, y las mercedes y sentimientos que me regalaba no los podría recibir si estuviera en pecado mortal.

Quedé confiada en que el Señor me concedería lo que le había pedido para esta persona. Me mandó el Señor decirle unas palabras. Sentí mucho esto, porque no sabía cómo se las diría, pues esto de dar recados a otra persona, como he dicho, siempre me cuesta mucho, sobre todo a quien no sabía cómo lo tomaría, ni si se burlaría de mí.

Estaba muy acongojada. Al fin me insistió tanto el Señor que, según creo, le prometí decírselas, y, como tanta vergüenza me daba, se las di por escrito.

11. Por los efectos que le produjeron se demostró claramente que era cosa de Dios. Cuando leyó las palabras de Dios escritas por santa Teresa «comenzó a llorar, pues le habían penetrado las entrañas, y es un hombretón que puede gobernar el mundo» (Informe del padre Pedro Ibáñez, B.M.C. 1 II, 169ss, citado por Tomás de la Cruz). Prometió formalmente entregarse a la oración, aunque no lo hizo enseguida.

Como el Señor lo quería para Él, me enviaba a mí para que le dijera algunas verdades que, sin yo darme cuenta, le iban tan directas y oportunas que él se espantaba; el Señor le abría el corazón para aceptarlas.

Yo, aunque; miserable, oraba mucho para que el Señor lo convirtiera y le hiciera despreciar los goces y las cosas de la vida; y así, ¡sea alabado por siempre!, lo ha hecho tan cabalmente, que cada vez que me habla me tiene como embobada.

Si yo no lo hubiera visto no creería cómo, en tan poco tiempo, le concede el Señor tan grandes mercedes y está tan entregado a Dios, que parece que no vive ya para nada de la tierra.

Su Majestad le tenga de su mano, que, si sigue así, y espero en el Señor que así lo hará (porque está muy decidido a conocerse), será un gran santo y gran padre de muchas almas; porque en poco tiempo ha adquirido mucha experiencia en el campo espiritual, que éstos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y no dependen ni del tiempo, ni de las virtudes. Es un carisma o «*Gratia gratis data*».

No digo que haber servido a Dios largo tiempo no es importante, sino que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que otras da en uno. Su Majestad sabe la causa. Y el error está en creer que sólo por razón de los años dedicados a la vida interior se puede entender este camino sin tener experiencia de él; y así se equivocan muchos, como he dicho. Entre otros, alude ahora al padre Baltasar Álvarez, a quien «el Señor no le llevaba por este camino», es decir, no tenía experiencia. Compárese esta doctrina con la de san Juan de la Cruz en *Llama de amor viva*: «No entendiendo estos maestros espirituales a las almas... porque ellos no tienen experiencia...» (J.M.B., *Llama de amor viva, leída hoy*, canción 3-, 53-62, BAC, Madrid ), pretendiendo discernir espíritus, sin tenerlo ellos.

No digo que quien no tenga espíritu, siendo teólogo, no pueda dirigir a quien lo tiene, en la vida exterior y en la interior, mientras no vaya más allá de la práctica de las virtudes. Quien no tiene experiencia mística puede dirigir enseñando lo que es pecado y lo que es virtud, y las diferentes clases de virtudes y sus grados y su aplicación a la vida práctica. Pero no más, por carecer de dones místicos, fruto de los dones del Espíritu Santo, y no pase de garantizar que la vida mística del dirigido procede de acuerdo con la Sagrada Escritura.

En la vida mística no se mate, ni crea que entiende, ni apague el espíritu (1Tes 5,19), pues por ese camino, otro mayor Señor gobierna a las almas, no crea que están sin superior. Los gobierna el Espíritu Santo.

12. No tenga miedo, ni crea que las gracias místicas son cosas imposibles — todo es posible al Señor— (Mc 9,23), sino procure avivar la fe y humillarse, porque el Señor hace a una viejecita más sabia, quizá, que él, por muy teólogo que sea; y con esta humildad, ayudará más a las almas y a sí mismo, que por creerse místico sin serlo.

Porque repito que si no tiene experiencia y no tiene muchísima humildad para

reconocer que, no porque él no lo entienda no es posible que suceda, ganará poco y dará a ganar menos a quien dirige.

Si el director tiene humildad, no tenga miedo de que el Señor permita que se equivoque ni el uno ni el otro.

13. Este padre del que hablo, como el Señor le ha concedido la humildad, ha procurado estudiar mucho, pues es buen teólogo, y lo que no sabe por experiencia lo pregunta a quienes la tienen, aparte de lo que le ayuda el Señor dándole mucha fe. Y así ha podido ayudarse mucho a sí mismo y a otras almas, entre las que se cuenta la mía.

Como el Señor sabía que yo había de sufrir mucho y se había de llevar al cielo a algunos que me dirigían San Pedro de Alcántara murió en 1562. El padre Pedro Ibáñez en 1565, me preparaba otros que me han hecho mucho bien y me han ayudado a sufrir grandes trabajos.

El Señor ha cambiado casi del todo a este padre, hasta el punto de que él casi no se conoce, es un decir, y le ha dado fuerzas físicas para hacer penitencia (que antes no tenía, por estar enfermo), y le ha hecho animoso para todo lo bueno y le ha concedido otros carismas, con lo que se manifiesta una predilección especial del Señor en su llamada. Sea bendito por siempre.

14. Creo que todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha concedido en la oración, que no son falsas, pues ya ha tenido ocasión de demostrarlo, y se ha comportado como conocedor del mérito que se adquiere sufriendo persecuciones. Espero en la grandeza del Señor que ha de ser fuente de muchos bienes para algunas personas de su Orden y para la misma Orden. Y esto ya se está comenzando a manifestar.

He tenido grandes visiones, y me ha dicho el Señor algunas cosas de gran admiración referentes a él y al Rector de la Compañía de Jesús que tengo dicho Padre Gaspar de Salazar, y a otros dos religiosos de la Orden de santo Domingo, especialmente a uno Se trata del padre Pedro Ibáñez y el padre Domingo Báñez. El «especialmente» se refiere al padre Ibáñez., de quien el Señor ha demostrado ya sus obras de santidad, cosa que yo ya había entendido.

Pero del Padre de quien hablo ahora se han sabido muchas cosas sobrenaturales.

15. Una quiero decir yo ahora: Estaba yo una vez con él en un locutorio y mi alma y espíritu sentía que era tanto el amor que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, que en tan poco tiempo le había elevado a tan alto nivel.

Yo estaba ante él toda confusa, porque le veía con cuánta humildad escuchaba lo que yo le decía sobre la oración y la poca humildad mía, de atreverme a hablar así con tal persona. Quizá el Señor me lo aguantaba por el gran deseo que tenía yo de verle muy santo.

Me hacía tanto bien estar con él, que parece que dejaba en mi alma fuego nuevo para desear comenzar a servir al Señor.

¡Oh Jesús mío, qué cosas hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho y suplicar al Señor que la deje en este mundo!

Quien tiene el mismo amor, tras estas almas habría de correr, si pudiera.

16. Gran cosa es para un enfermo encontrar a otro herido del mismo mal; se llena de consuelo al ver que no está solo; mucho se ayudan ambos a padecer y merecer; excelentes espaldas se hacen, como gente ya decidida a jugarse mil vidas por Dios y deseosa de morir por El. Son como soldados deseosos de que haya guerra para conseguir el botín y hacerse ricos con él; porque saben que no

hay otra forma de enriquecerse. Este es su oficio, trabajar.

¡Oh, gran cosa es que el Señor dé esta luz de descubrir lo mucho que se gana en padecer por Él! Léase a san Juan de la Cruz. «Esta espesura es también la espesura de los dolores y tribulaciones que quiere sufrir... Comprende que el padecer le es provechosísimo y por ello le resulta sabrosísimo. El más puro padecer es causa de más íntimo y puro entender», etc. (J.M.B., *San Juan de la Cruz. Cántico espiritual leído hoy*, canción 36,12-13, BAC, Madrid). No se comprende esto bien hasta que no se dejan las cosas, porque quien guarde alguna, señal es de que la tiene en algo; y si la tiene en algo, forzosamente le ha de costar dejarla, y así todas las obras son imperfectas e inútiles. Compárese la misma doctrina e idénticas expresiones en san Juan de la Cruz: 1 *Subida* 13,11-13 y *Cántico espiritual*, canción 28: «Ya no guardo ganado».

Bien viene aquí que está perdido quien tras perdido anda. ¿Y qué mayor perdición, y qué mayor ceguera, y qué mayor desgracia que tener en mucho lo que es nada?

17. Pues, volviendo a lo que decía, estaba yo con grandísimo gozo mirando aquella alma, que me parece que quería el Señor que viera con claridad los tesoros que había depositado en ella, y admirando la gracia que me había concedido de haberla conseguido con mis oraciones, siendo yo tan indigna, estimaba más las mercedes que a él le había concedido y las agradecía más que si me las hubiera hecho a mí, y alababa mucho al Señor porque iba cumpliendo mis deseos y había oído mi oración de que despertara el Señor personas semejantes.

Estando mi alma para estallar de gozo, salió de sí y se perdió para más ganar. Entré en éxtasis «Me hice perdidiza y fui ganada» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción 29). Perdí el hilo del discurso oyendo aquella lengua divina por la que parece que hablaba el Espíritu Santo y caí en un gran arrobamiento, que casi me hizo perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Ví a Cristo con grandísima majestad y gloria, manifestando gran contento de lo que allí estaba ocurriendo; y así me lo dijo, y quiso que viera con claridad que en semejantes pláticas siempre está Él presente, y lo mucho que le glorifica cuando así se deleitan hablando de Él.

Otra vez, estando lejos de esta ciudad, vi que los ángeles lo elevaban con mucha gloria; por esta visión supe que su alma había adelantado mucho.

Y es que una persona a quien él había hecho mucho bien y salvado su honra y su alma, le había levantado una gran difamación contra su honra y lo había sufrido con mucho contento, y había sufrido otras persecuciones.

18. No me parece oportuno decir más cosas. Si después a usted, que es quien las sabe, le parece bien decirlas, se podrán publicar para gloria del Señor.

Todas las profecías que he escrito sobre esta casa, y otras que diré sobre ella, y sobre otras cosas, todas se han cumplido. El Señor me las revelaba, algunas tres años antes de que sucedieran, otras con más anticipación, y otras, con menos. Yo siempre las comunicaba a mi confesor y a mi amiga viuda, con la que tenía permiso para hablar.

He sabido que ella las decía a otras personas y éstas saben que no miento, ni Dios lo permita, pues soy incapaz de mentir en nada, y menos en cosas tan serias.

19. Habiéndose muerto de repente un cuñado mío Martín Guzmán, esposo de su hermana María, y estando yo con mucha pena porque no había tenido tiempo de confesarse, se me dijo en la oración que así había de morir mi hermana, que

fuera allí para que se preparara A Castellanos de la Cañada.

Se lo dije a mi confesor y, como no me dejaba ir, lo oí varias veces más. Al saber esto el confesor me mandó ir, diciendo que no se perdía nada.

Ella vivía en una aldea y allá fui. Sin decirle nada, la fui preparando como pude en todas las cosas, e hice que se confesara muy frecuentemente procurando que tuviera cuidado de su alma.

Ella era muy buena y así lo hizo.

A los cuatro o cinco años que seguía esta costumbre y con limpieza de conciencia, se murió sin verla nadie y sin poderse confesar. Suerte que, como estaba acostumbrada, hacía poco más de ocho días que se había confesado.

A mí me dio gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio. Aún no habían pasado ocho días cuando, acabando de comulgar, se me apareció el Señor y quiso que viera cómo se la llevaba a la gloria.

En estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mi compañera tampoco, que, apenas murió, vino a mí espantada de ver cómo se había cumplido.

Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan.

## Capítulo 35

**Sigue el relato de la fundación del monasterio de San José. Trata de la pobreza. Por qué sale del palacio de doña Luisa de la Cerda.**

1. Pues estando con doña Luisa de la Cerda, donde estuve más de medio año De enero a junio de 1562, ordenó el Señor que viniese a verme una beata de nuestra Orden Encaminada por el rector de la Compañía de Jesús, Gaspar de Salazar, viene desde Madrid María de Jesús Yepes, natural de Granada y siete años más joven que Teresa. Al enviudar había ingresado en las carmelitas, de donde salió luego para reformar, habiendo obtenido un Breve del Papa que, habiendo tenido noticias mías, desde Granada, distante más de cuatrocientos kilómetros, llegó a Toledo para hablar conmigo.

El Señor le había inspirado, el mismo año y el mismo mes que a mí, hacer un monasterio de Carmelitas; con este deseo vendió todo lo que tenía y se fue a Roma, a pie y descalza, y consiguió permiso.

2. Es mujer muy penitente y de mucha oración. El Señor le hacía muchas mercedes, y se le había aparecido nuestra Señora y le había mandado que hiciera el monasterio.

Me aventajaba tanto en el servicio del Señor, que yo tenía vergüenza de estar en su presencia. Me enseñó los documentos que traía de Roma y, durante los quince días que estuvo conmigo, concretamos cómo habíamos de hacer estos monasterios.

Hasta que no hablé con ella, ignoraba yo que nuestra Regla, antes de la mitigación, prohibía tener propiedades. Tampoco yo estaba dispuesta a fundar el monasterio sin renta, con lo que pretendía que viviéramos sin preocupación material, sin darme cuenta de las muchas preocupaciones que la propiedad lleva consigo.

Esta santa mujer había aprendido del Señor, sin saber leer, lo que yo ignoraba después de tanto leer las Constituciones.

Apenas me lo dijo me pareció bien, aunque temí que no me autorizaran, sino todo lo contrario, pues les parecería una locura, y no me dejarían hacer unas leyes que hicieran padecer a otras por mí.

Si hubiera sido yo sola, nada me importaría vivir en pobreza, pues era gran regalo para mí observar los consejos de Cristo, Señor nuestro, porque Su Majestad ya me había dado grandes deseos de pobreza.

Así que para mí no dudaba de que eso era lo mejor; porque algunos días deseaba poder ir pidiendo limosna por amor de Dios, sin tener casa, ni nada. Mas temía que, si el Señor no daba a las demás estos deseos, viviesen descontentas, y que, el ser pobres, fuese causa de disipación: porque había visto algunos monasterios pobres poco observantes, y no me daba cuenta de que la relajación era la causa de que fueran pobres, y no la pobreza de la relajación; porque ésta no hace más ricas, ni falta Dios jamás a quien le sirve.

En fin, era débil mi fe, y fuerte la de esta sierva de Dios.

3. Pedí parecer, como siempre, y nadie estuvo de acuerdo con este criterio de prescindir de renta: ni el confesor, ni los teólogos que me aconsejaban. Me daban tantos argumentos, que no sabía qué hacer; como yo sabía lo que decía la Regla y veía que era más perfecto, no me podía decidir a tener renta.

Si alguna vez llegaban a convencerme, cuando iba a la oración y miraba a Cristo en la cruz, tan pobre y desnudo, no podía soportar ser rica y le rogaba con lágrimas que me hiciera pobre como Él.

4. Encontraba tantos inconvenientes en tener renta y lo veía como causa de inquietud, e incluso de disipación, que no hacía más que disputar con los teólogos.

Le escribí al religioso dominico que nos ayudaba Padre Pedro Ibáñez y me envió dos folios escritos de razones teológicas en contra, diciéndome que no lo hiciera sin renta, y que él lo había estudiado a fondo. Yo le respondí que no quería teología que me impidiese ser fiel a mi vocación y al voto de pobreza que había hecho, y guardar los consejos de Cristo con toda perfección; ni que con sus letras en este caso me hiciese merced.

Me alegraba mucho cuando encontraba alguna persona que me ayudaba. Me ayudaba mucho la señora en cuya casa vivía. A algunos de pronto les parecía bien; después, cuando reflexionaban, encontraban tantos inconvenientes, que insistían mucho en que no lo hiciera sin renta. Yo les decía que no cambiaba mi parecer como ellos.

5. En este tiempo, quiso el Señor que viniera a esta casa el santo fray Pedro de Alcántara. Le había rogado yo que viniera porque doña Luisa no le conocía.

El era amante de la pobreza y la había guardado muchos años y conocía bien la riqueza que hay en ella. Me ayudó mucho y me mandó que de ningún modo desistiera de mi propósito de fundar sin renta.

Con este parecer y apoyo de quien mejor que nadie lo podría dar, por su larga experiencia, decidí no buscar otros.

6. Estando un día encomendándolo mucho a Dios, me dijo el Señor que fundara el monasterio en pobreza, que ésta era la voluntad de su Padre y suya, que Él me ayudaría. Me lo dijo en un gran arrobamiento que produjo en mí gran conmoción, por lo que no pude dudar que era de Dios.

Otra vez me dijo que en la renta estaba el origen del desorden y me alabó la pobreza y me aseguró que, a quien le servía, no le faltaba nada para vivir. Yo, como ya dije, no temí nunca la pobreza por miedo de que me faltara a mí lo necesario.

También cambió el Señor el corazón del padre presentado Licenciado en Teología, padre Pedro Ibáñez, que vivía en soledad en Tríanos, quiero decir del religioso dominico que me escribió que no fundara sin renta.

Ya yo estaba muy contenta con saber esto y tener tales abogados; me parecía que ya poseía toda la riqueza del mundo decidiéndome a vivir de limosna.

7. Entonces mi Provincial Ángel de Salazar me autorizó a salir de aquella casa, pero dejándome en libertad de irme o quedarme más tiempo.

Se iban a celebrar elecciones en mi monasterio y me avisaron que muchas monjas querían elegirme a mí como Priora. Sólo pensarlo era tan gran tormento, que prefería cualquier martirio por Dios, pero éste de ninguna manera. Porque aparte del enorme trabajo que me supondría gobernar ciento cincuenta monjas, estaba mi desinterés por los cargos, que siempre había rechazado, y porque en esta responsabilidad veía un peligro para mi conciencia.

Por eso alabé a Dios de no estar allí. Escribí a mis amigas rogándoles que no me eligieran.

8. Cuando estaba toda contenta porque no estaba en medio del barullo de la elección, me dijo el Señor que me fuera, pues ya que deseo cruz, buena se me prepara, que no la rehúya, que vaya con ánimo, que El me ayudará, pero que vaya en seguida.

Yo me afligí mucho y no hacía más que llorar, porque creía que la cruz anunciada era ser Priora, y, como digo, yo veía que a mí no me convenía en absoluto.

Se lo dije a mi confesor Según Gracián es el padre Pedro Doménech, rector de la Compañía en Toledo. Me mandó que fuera inmediatamente, pues estaba claro que era más perfecto ir, aunque como hacía mucho calor, podía esperar irnos días con tal de llegar a tiempo para la elección, para no enfermar en el viaje por el calor.

Mas el Señor había dispuesto otra cosa y se hubo de hacer. Era tan grande el desasosiego que traía en mí y el no poder hacer oración, y el parecerme que estaba desobedeciendo lo que Dios me había mandado, y que, como estaba allí a mi placer y comodidad, no quería irme a ofrecer al trabajo, que me parecía que con Dios no tenía más que palabras, pues podía hacer lo más perfecto y no lo hacía; y que si me muriese, muriese. Además de esto tenía angustia en el alma, disgusto en la oración; en fin, yo estaba tal y con un tormento tan grande, que supliqué a aquella señora que me dejara ir, porque ya mi confesor —como me vio así— me dijo que me fuera, porque a él también le movía Dios como a mí.

9. Ella sentía tanto que la dejara, que éste era otro tormento, ya que le había costado importunar mucho al Provincial para conseguir mi compañía.

Tanto era su disgusto, que consideré un favor singular convencerla. Le dije que este sacrificio era muy agradable a Dios, y otras muchas cosas, y le di esperanza de volver a verla, y, como tenía mucho temor de Dios, aunque con mucha pena, lo

aceptó.

10. Yo ya no tenía pena de marcharme porque, viendo que era más perfecto y agradable a Dios, la alegría de agradarle me hizo superar la pena de separarme de aquella señora, que tanto sentía que me fuera, y de otras personas a quienes debía mucho, especialmente a mi confesor, de la Compañía de Jesús, con quien me encontraba muy a gusto.

Mas mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más alegría tenía de perderlo. No podía comprender esto, porque veía con claridad dos efectos contrarios: gozarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma.

Porque en aquella casa yo vivía consolada y sosegada, y podía hacer muchas horas de oración; y ahora iba a meterme en un fuego, que ya el Señor me había dicho que venía a sufrir gran cruz, aunque yo nunca pensé que fuera tan grande, como después vi.

Y a pesar de todo me iba ya alegre, y estaba deshecha de no entrar pronto en batalla, ya que el Señor quería que peleara. Así es cómo enviaba Su Majestad la fuerza para robustecer mi debilidad.

11. Como digo, no podía entender esta contradicción. Se me ocurrió esta comparación: Si yo tengo una joya u otro objeto que aprecio mucho, y una persona a quien amo más que a mí misma, y deseo darle más gusto a ella que a mí, sé que la quiere, me satisface más quedarme sin la joya que me gusta tener, por dar gusto a aquella persona amada dándole la joya.

Y como el gusto de darle gusto es superior a mí mismo gusto de tener la joya, me quita la pena de la falta que me hace la joya o el objeto apreciado y de pasar sin el gusto que me daba tenerla.

De modo que, aunque quería sentir pena de separarme de las personas que tanto sentían separarse de mí, por ser yo tan agradecida, cosa que otras veces me hubiera dolido mucho, ahora, aunque quisiera tener pena, no podía.

12. Era tan importante no tardar en marcharme ni un día más para la fundación de esta bendita casa, que si entonces me hubiera demorado no sé cómo se habría terminado.

¡Oh grandeza de Dios!, muchas veces me espanta cuando lo considero y veo cuán especialmente quería Su Majestad ayudarme para que se edificara este rinconcito de Dios, que yo creo que lo es, y morada en que Su Majestad se deleita, como estando una vez en oración, me dijo, *que esta casa era paraíso de su deleite*  
Se refiere al primer monasterio de la Reforma, San José.

Y así parece que Su Majestad ha escogido las almas que ha traído aquí, en cuya compañía yo vivo con mucha confusión; porque yo no hubiera sabido desearlas mejores, para vivir en tanta austeridad y pobreza y oración. Y viven con una alegría y gozo, que todas se sienten indignas de haber merecido ser elegidas; especialmente algunas que las llamó el Señor sacándolas de vanidad y galas del mundo, donde podrían haber vivido contentas en la mediocridad, y les ha dado tan multiplicados los contentos aquí, que claramente tienen conciencia de que les ha dado el Señor el ciento por uno de lo que dejaron Mt 19,29, y no se hartan de dar gracias a Su Majestad.

A otras que eran buenas las ha transformado en mejores; a las jóvenes les da fortaleza y conocimiento para que no puedan desear otra vida y que comprendan que, separadas del mundo, viven con mayor descanso, aun para las cosas terrenas; a las mayores y con poca salud les da fuerzas y se las ha dado para poder soportar la austeridad y la penitencia que hacen todas.

13. ¡Oh Señor mío, cómo se os nota que sois poderoso! No es menester



buscar razones para lo que Vos queréis, porque hacéis tan posible lo que mandáis, que se comprende que sólo es necesario amarnos de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil Este párrafo es una adaptación de otro similar y célebre de san Agustín: «Dadme lo que mandáis, y mandad lo que queráis».

Bien se puede decir que fingís trabajo en vuestra ley; porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a Vos Mt 7,14. Camino real veo que es, que no senda; camino que, quien de verdad lo sigue, va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer, porque están alejadas las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda y angosto camino, el que en una parte hay un valle muy hondo donde caer y en otra un despeñadero: aún no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos.

14. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va por ancho camino y real; lejos está el despeñadero; apenas ha tropezado cuando le dais Vos, Señor, la mano; no basta una caída ni muchas, si os tiene amor a Vos, y no a las cosas del mundo, para perderse.

No comprendo qué es lo que temen de ponerse en el camino de la santidad. El Señor, por su bondad, nos haga comprender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay siguiendo la corriente del mundo, y cómo la verdadera seguridad está en procurar progresar en el camino de Dios. Los ojos en Él y no tengan miedo de que se ponga este Sol de justicia, ni que nos haga caminar de noche para que nos perdamos, si antes no le dejamos a Él.

15. No tienen miedo de andar entre leones, que son los honores y deleites y contentos semejantes, que cada uno parece que quiere arrebatarse un trozo del hombre; y en el camino de Dios el demonio les hace tener miedo a las musarañas.

Mil veces me espanto y diez mil querría hartarme de llorar y dar voces a todos para decir la gran ceguera y maldad mía, para que ellos abriesen los ojos.

Que se los abra, por su bondad, el que puede, y no permita que a mí se me vuelvan a cegar, amén En este último párrafo suena la remembranza de san Agustín en sus *Confesiones*: «Diste tales voces a mi alma, que quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera» (LX, c. 27,171). Y ella, que abrió los ojos leyendo las maldades de Agustín, quiere gritar las suyas para que, los que van descaminados, abran los ojos.

## Capítulo 36

**Prosigue contando la fundación del monasterio de San José. Grandes contradicciones y persecuciones exteriores que hubo. Y sufrimientos interiores y tentaciones que ella pasó. El Señor la libró de todo.**

1. Dejada aquella ciudad, venía muy contenta por el camino, ofreciéndome a pasar todo lo que el Señor quisiera con toda mi voluntad.

La misma noche que llegué a Ávila llegaron de Roma los documentos que autorizaban la fundación. Yo quedé impresionada, igual que todos los que sabían la prisa que me había dado el Señor para que viniera, pues veían cuán necesaria era mi presencia en el momento que el Señor me traía Salió de Toledo a primeros de julio de 1562 y la noche que llegó a Ávila se recibió también el Breve del papa Pío IV, con fecha 7 de febrero de 1562, autorizando la fundación.

Encontré en la ciudad al Obispo y al santo fray Pedro de Alcántara y al otro caballero santo, en cuya casa este santo hombre se hospedaba, pues allí eran acogidas todas las personas santas.

2. Entre los dos convencieron al Obispo para que aceptara el monasterio, que no fue fácil, porque había de ser pobre; pero como era tan amigo de personas tan

decididas a servir al Señor, pronto se acostumbró a favorecerlo.

El aprobarlo este santo viejo San Pedro de Alcántara y convencer a unos y a otros para que nos ayudasen, fue decisivo.

Si yo no hubiera estado aquí en este momento, como ya he dicho, no puedo entender cómo se hubiera podido solucionar todo; porque este santo hombre estuvo aquí sólo ocho días, y muy enfermo, y al poco tiempo lo llevó el Señor consigo.

Parece que Su Majestad le había conservado la vida para terminar este asunto, porque hacía más de dos años que estaba muy enfermo El 18 de octubre de 1562, dos meses escasos después de la Fundación, murió, en Arenas de San Pedro (Ávila).

3. Todo se hizo muy secretamente, y de no ser así no se hubiera podido hacer nada por la oposición de la ciudad, como después se vio.

Dispuso el Señor que un cuñado mío cayera enfermo Juan de Ovalle, esposo de Juana de Ahumada, y como su mujer no estaba aquí, y era necesario que alguien le cuidara, me dieron permiso para ir a atenderlo. Esta circunstancia ocultó el proyecto, pues aunque había quien sospechaba, no lo acababan de creer.

Solo estuvo enfermo el tiempo necesario para ocultar mis planes, y cuando fue necesario que yo estuviera libre de tenerlo que cuidar y la casa desocupada, le dio el Señor la salud En casos extraordinarios como el presente, que merecen una especial providencia de Dios, comprobamos la acción de su mano que, aunque no es tan manifiesta en nuestras vidas y empresas, siempre actúa. Fue impresionante. Él estaba maravillado.

4. Pasé hartó trabajo en conseguir que unos y otros aceptaran el nuevo monasterio, y con el enfermo, y con los albañiles para terminar la casa transformada en monasterio, porque quedaba mucho por hacer.

Mi compañera no estaba aquí, pues nos pareció que sería mejor que estuviera ausente para más disimular, y yo veía por muchas razones que dependía todo de la rapidez en la acción.

Una razón era que yo temía que de un momento a otro me hicieran volver al monasterio.

Tuve que sufrir tanto por tantos motivos que llegué a pensar si ésta era la cruz que el Señor me anunció; aunque todavía me parecía poco, comparado con la gran cruz que el Señor me dijo que tenía que pasar.

5. Cuando todo estuvo preparado, quiso el Señor que el día de san Bartolomé tomaran el hábito algunas monjas Fueron: Antonia Henao, María de Paz, Úrsula de los Santos y María de Ávila, hermana del padre Julián, y se instaló el Santísimo Sacramento y, con toda autoridad y fuerza, quedó constituido nuestro monasterio de San José, el año mil quinientos sesenta y dos.

Estuve yo presente para darles el hábito con otras dos monjas de la Encarnación a quienes dejaron salir Doña Inés y doña Ana de Tapia, primas de santa Teresa. Celebró la misa el maestro Daza, delegado por el obispo, don Alvaro de Mendoza, el 24 de agosto.

Yo estaba viviendo allí con permiso, pues, como he dicho, este monasterio se construyó en la misma casa en que vivía mi cuñado, que la había comprado para disimular mejor el proyecto, y no hacía nada sin el consejo de letrados, para no desobedecer en nada. Ellos juzgaban que era muy provechoso para toda la Orden, por muchas razones, y me decían que lo podía hacer en secreto, y a espaldas de mis superiores. Si ellos me hubieran dicho que en este proceder había una leve imperfección, mil monasterios hubiera dejado, cuánto más uno.

Esto es cierto, que aunque yo deseaba crear este monasterio para apartarme de todo y vivir mi vocación con mayor perfección y estricta clausura El fin de la Reforma sintetizado y más explícito, pero coincidente, con Camino 1,2. Diferencia específica del orden de la profundidad, Si

hubiera sabido que era más perfecto dejarlo todo, lo hubiera dejado con todo sosiego y paz, como lo dejé la primera vez.

6. Pues fue para mí como estar en la gloria ver cómo se instalaba el Santísimo Sacramento y haber recibido sin dote cuatro huérfanas pobres de mucho espíritu (pues al principio se pretendió que entraran personas capaces de ser fundamento para poder realizar este proyecto de vida de oración y santidad), y ver una obra para la gloria del Señor y honor del hábito de su Madre, que éstas eran mis ansias.

Y también me dio gran consuelo haber hecho lo que el Señor con tanta insistencia me había mandado, y ver otra iglesia más en esta ciudad dedicada a mi padre san José, que no la tenía.

No es que yo creía haber hecho algo, sino que me veía como instrumento utilizado por Su Majestad, y tan ruin y lleno de imperfecciones, para obra tan grande. Tan grande era mi alegría, que estaba como fuera de mí en intensa oración.

7. Después de tres o cuatro horas de terminada la celebración, me armó el demonio una batalla interior que ahora voy a contar: Me vino la duda de si había obrado bien y de si había ido en contra de la obediencia del Provincial, que se disgustaría cuando se enterara de que se había prometido al Obispo, sin decírselo antes a él. Aunque como él no lo había querido aceptar bajo su jurisdicción y yo seguía sujeta a él, no tenía motivos de queja.

Pensé en las monjas nuevas, si estarían contentas en tanta estrechez, si les faltaría la comida, si había sido un locura, que quién me metía a mí en esto, pues yo ya tenía mi monasterio. Son los viejos argumentos de toda obra que comienza. Dios seduce y empuja. Después viene la resaca, porque no es la mano del hombre, sino el Señor quien salva. «Me sedujiste y me dejé seducir...» (Jer 20,7).

Todo lo que el Señor me había mandado y todos los consejos y las aprobaciones y las oraciones incesantes de dos años, todo se borró de mi memoria como si nunca hubiera existido. Sólo de mi parecer me acordaba y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces eclipsadas, sin tener yo fuerza para activar alguna que me defendiera de tantos golpes.

8. También me sugería el demonio que cómo con tantas enfermedades me quería encerrar en casa tan estrecha. Cómo podría soportar tanta penitencia y dejaba casa tan grande y deleitosa donde había vivido siempre tan contenta. Santa Teresa tiene ya 47 años y ha vivido en la Encarnación 27, donde tenía tantas amigas, y que quizá con éstas nuevas no congeniaría. Que me había obligado a mucho, que quizá me desesperaría y que, a lo mejor, había pretendido el demonio quitarme la paz y el sosiego para impedirme la oración por la inquietud, y al fin perder el alma.

Pensamientos semejantes bullían en mi cabeza y no podía pensar en otra cosa, junto con urna tristeza y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no sé expresar.

Cuando me vi así, me fui a visitar al Santísimo Sacramento, aunque ni encomendarme a Él podía. Era una congoja como de agonía de muerte. Y no me hubiera atrevido a comunicar esto a nadie, porque no tenía confesor designado.

9. ¡Oh, válgame Dios, qué vida ésta tan miserable! No hay alegría segura, ni suceso que no cambie. Hacía tan poquito que no habría cambiado mi alegría por ningún contento de la tierra, y lo que antes me dio tanta, me atormentaba ahora tanto que no sabía qué hacer.

¡Oh, si meditásemos bien los acontecimientos de nuestra vida! Cada uno vería por experiencia el poco caso que hay que hacer de alegrías ni de penas.

Es verdad que creo que ha sido uno de los ratos recios que he pasado en mi vida; parece que adivinaba el espíritu lo mucho que tenía que pasar, aunque no ha llegado a ser tan duro como esta tentación, si hubiera durado.

Mas no dejó el Señor padecer mucho a su pobre sierva; porque en las tribulaciones siempre me socorrió, y así fue en ésta, que me dio un poco de luz para ver que era el demonio, y para que pudiera comprender la verdad, y que todo era trama suya para asustarme con mentiras.

Comencé pues a acordarme de mis grandes deseos de servir al Señor y de padecer por Él; y pensé que, si los había de cumplir, no debía buscar descanso, y que, si llegaban los trabajos, en ellos estaba el mérito, y si tenía disgusto, pasándolo por amor de Dios, me serviría de purgatorio; que de qué temía, pues, si deseaba trabajos, buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia, que por qué me había de faltar ánimo para servir a quien tanto debía.

Con estas y otras consideraciones, venciéndome mucho, prometí delante del Santísimo Sacramento hacer todo lo que pudiera para conseguir licencia para venirme a esta casa y prometer vivir en clausura, cuando lo pudiera hacer con buena conciencia.

10. Hecho esto, al instante huyó el demonio y me dejó sosegada y contenta, y aún no he perdido la alegría; y toda la austeridad y penitencia y lo demás que se observa en esta casa me parece extraordinariamente suave y poco. La alegría es tan grandísima que algunas veces pienso qué podría escoger en la tierra que fuera más sabroso.

No sé si esto influye para tener más salud que nunca, o es que quiere el Señor, para que pueda dar ejemplo, darme el consuelo de que pueda hacer lo que hacen todas, aunque con esfuerzo.

Todos los que conocen mis enfermedades se asombran de que pueda cumplir lo establecido. ¡Bendito sea Él que todo lo da y con cuyo poder todo se puede! Flp 4,13.

11. Quedé muy cansada tras esta lucha y riéndome del demonio, pues vi claro que era él. Creo que lo permitió el Señor para que me diera cuenta de la gran merced que me había concedido de haber vivido siempre contenta de ser monja y del tormento de que me había librado en más de veintiocho años que lo soy; y también para que cuando vea que alguna pasa tribulación, no me extrañe y me apiade de ella y la sepa consolar.

Pues, pasado esto, después de comer, quise descansar un poco, porque no había sosegado en toda la noche, ni tampoco en las anteriores, por el trabajo y las preocupaciones y el cansancio de cada día, pero ya se sabía en la ciudad y en mi monasterio lo que habíamos hecho, y estaban alborotados, y parecía que con razón.

La Priora Doña María Cimbrón me envió a llamar para que volviera inmediatamente. Yo, en vista de su mandato, dejé a mis monjas muy apenadas y me fui enseguida. Me di cuenta de lo que se me esperaba; mas, como el monasterio ya estaba hecho, poco me importaba.

Hice oración pidiendo al Señor que me ayudara, y a mi padre san José que me volviera a su casa, y le ofrecí lo que había de sufrir. Muy contenta de poder sufrir algo por Él y de poderlo servir, me fui creyendo que me meterían en la cárcel. Lo cual me hubiera gustado, para no tener que hablar con nadie y descansar un poco sola, cosa que necesitaba, porque estaba molida de tanto hablar con la gente.

12. Cuando llegué y di mis razones a la Priora, se apaciguó un poco, y todas avisaron al Provincial Padre Angel de Salazar, dejando la causa en sus manos.

Cuando llegó, comparecí para ser juzgada, con gran alegría de padecer algo por el Señor, porque no creía haber ofendido ni a Su Majestad ni a la Orden en este asunto, pues, al contrario, buscaba su crecimiento y santidad con todas mis fuerzas, y estaba dispuesta a morir por este fin.

Me acordé del juicio de Cristo y vi que el mío era nada en su comparación. Me confesé culpable, y así lo creería quien no conociera todos los antecedentes.

Después de haberme reprendido duramente, aunque no con todo el rigor que merecía el delito y las acusaciones que presentaban al Provincial, yo no quería disculparme, porque así me lo había propuesto. Le pedí que me perdonara y me castigara y no estuviera enojado conmigo.

13. Yo veía que me condenaban sin culpa cuando me acusaban de que lo había hecho por figurar, y para hacerme famosa, y cosas por el estilo. Mas comprendía que tenían razón cuando decían que yo era más ruin que todas y que, si no había cumplido como debía la Regla de aquella casa tan piadosa, cómo pensaba cumplirla en otra, con mayor rigor. Que escandalizaba al pueblo e introducía novedades.

Nada me inmutaba ni me causaba pena, aunque yo manifestaba tenerla, para que no creyeran que no hacía caso de lo que me decían.

En fin, el Provincial me mandó que diese una explicación ante las monjas, y la tuve que dar.

14. Como yo estaba tranquila y me ayudaba el Señor, di mis razones de manera que ni el Provincial, ni las monjas encontraron motivos para condenarme. Después hablé a solas más claro al Provincial y quedó muy satisfecho y me prometió que, si la cosa iba adelante, cuando la ciudad se calmara me daría licencia para irme de allí.

El alboroto de la ciudad era grande, como ahora diré.

15. Dos o tres días después, se reunieron el alcalde y algunos concejales del ayuntamiento y todos decidieron que no se podía permitir la fundación, porque perjudicaba a la ciudad, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que no tolerarían que siguiera en pie.

Reunieron a todas las Órdenes Religiosas para que dos teólogos de cada una emitieran su parecer; unos callaban, otros condenaban; al final decidieron suprimir el monasterio. Sólo un licenciado de la Orden de santo Domingo, aunque estaba en contra de que se fundara en pobreza, dijo que no se había de destruir sin más, que se examinase bien el caso, que tiempo tenían, y que correspondía al Obispo decidir, y argumentos por el estilo, que fueron muy eficaces; suerte que no lo deshicieron con la excitación y furia con que se movían.

Es que así había de ocurrir, porque el Señor quería el monasterio y podían todos poco contra su voluntad. Ellos tenían sus razones y les movía buen celo, y así, sin ofender a Dios, me hacían padecer a mí, y a todos los que nos ayudaban, que tuvieron que sufrir mucha persecución.

16. Tan grande era el alboroto de la ciudad, que no se hablaba de otra cosa, y todos me condenaban y me acusaban ante el Provincial y ante mi monasterio.

Yo ninguna pena tenía de todo lo que decían de mí, como si no lo dijeran, lo que temía es que lo deshicieran. Esto es lo que me causaba gran pena, y ver que difamaban a las personas que me ayudaban, y lo mucho que estaban sufriendo. De lo que me decían, más bien me alegraba. Y, si hubiera tenido un poco de fe, nada me habría turbado, pero basta un pequeño fallo en la virtud para que todas se resientan; por eso, los dos días que duraron estas reuniones de la ciudad, estuve muy apenada, y estando muy angustiada me dijo el Señor: *¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?*, y me garantizó que no se desharía. Con esto quedé muy consolada.

Dirigieron un informe al Consejo Real. Y vino un despacho ordenando que se hiciera una relación de los hechos.

17. He aquí comenzado un gran pleito; porque la ciudad fue a la Corte y tenía que ir también el representante del monasterio y ni había dinero, ni yo sabía lo que hacer.

Fue providencia del Señor que mi Padre Provincial no me prohibiera tratar este asunto; porque es tan amigo de toda virtud que, aunque no ayudaba, tampoco quería estar en contra. Aunque públicamente se abstenía de manifestarse, privadamente ayudaba a santa Teresa. No me dio permiso para volver a mi monasterio nuevo, hasta ver en qué paraban las cosas.

Estas siervas de Dios Las monjas del monasterio de San José estaban solas, y hacían más con sus oraciones que yo negociando con toda la urgencia que era necesaria.

Algunas veces parece que se me venía todo abajo, especialmente un día antes de venir el Provincial, que la Priora me mandó no meterme en nada del nuevo monasterio, lo cual era hundirse todo.

Yo me fui a Dios y le dije: «Señor, esta casa no es mía; por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo Vuestra Majestad». Me quedé tan descansada y tan sin pena como si todo el mundo negociara por mí y, además, tenía seguro el negocio.

18. Un santo sacerdote Gonzalo de Aranda, confesor de las monjas de la Encarnación, amigo de toda perfección, que siempre me había ayudado, fue a la Corte a solucionar el asunto y trabajaba mucho; y el caballero santo Francisco de Salcedo, ya mencionado, nos ayudaba mucho y nos favorecía de todas maneras. Pasó muchos trabajos y persecución, y siempre lo miré y lo miro como padre.

El Señor ponía tanto fervor en los que me ayudaban que tomaban el asunto como cosa propia suya, como si se jugaran la vida y el honor, y es que veían que era muy de la gloria de Dios.

Se vio claro que Su Majestad ayudaba al maestro que he dicho, clérigo Maestro Gaspar Daza, que era también de los que mucho me ayudaban, a quien el Obispo envió para representarle en una gran junta que se hizo, y él estaba solo contra todos y, al final los amansó con razones que les entretuvieron discutiendo, mas ninguna tenía fuerza para que dejaran de poner toda su vida, como dicen, en deshacer el monasterio.

Este siervo de Dios que digo, fue quien dio los hábitos y puso el Santísimo Sacramento, y sufrió mucha persecución. Duró esta lucha casi medio año De septiembre de 1562 a febrero de 1563 y sería largo detallar todos los trabajos que se pasaron.

19. Me causaba estupor el empeño que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo todos los que las contradecían estaban convencidos de que aquellas doce mujeres y la priora solas, que no han de ser más, y de vida tan abnegada, eran un gran daño para la ciudad. Si era daño o yerro sería para ellas mismas; mas para la ciudad ¿por qué? Y ellos encontraban tantas razones que se oponían con buena conciencia El enemigo sembró la cizaña. Desde los corazones de los mismos miembros de la Iglesia, ataca, invocando a Dios, la santidad de la Iglesia y las instituciones creadas para conseguirla. No se comprendería obstinación tan irracional sin este dato.

Vinieron a proponerme que, si aceptaba renta, permitirían que siguiera el monasterio. Yo estaba ya tan cansada de ver el sufrimiento de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me pareció buena solución aceptar rentas para que se calmaran, y dejarlas después.

Y otras veces, como ruin e imperfecta, me parecía que quizá quería el Señor que tuviéramos rentas, pues que era el único modo de salir adelante, y estaba dispuesta a llegar a un acuerdo.

20. Habíamos comenzado ya las conversaciones para esto y estábamos a punto de comprometernos; y la noche anterior a la firma del acuerdo, estando en

oración, me dijo el Señor que no hiciera tal cosa, pues si accedíamos a tener renta, después no nos dejarían renunciar a ella, y algunos avisos más.

La misma noche se me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que ya se había muerto, y que antes de morir, sabiendo la gran contradicción y persecución que estábamos pasando, me había escrito que se alegraba, pues era señal de que el Señor había de ser muy glorificado en este monasterio, pues el demonio ponía tanta fuerza para que no se hiciera, y que de ninguna manera aceptara tener renta; dos o tres veces me lo repitió en la carta, diciéndome que si lo hacía así se realizarían todos mis proyectos.

Yo ya le había visto otras dos veces después de morir, y la gran gloria que gozaba, y por eso no me dio miedo, al contrario, me alegré mucho, porque siempre se me aparecía con cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y me la daba muy grandísima verlo. Recuerdo que la primera vez que le vi, entre otras cosas me dijo lo mucho que gozaba, que dichosa penitencia que le había merecido tanto premio.

21. Porque creo que ya he hablado de esto, no digo más, sólo que esta vez que le vi, con mucha severidad me dijo que no aceptara renta y que por qué no quería seguir su consejo; sólo me dijo esto y desapareció en seguida.

Yo quedé espantada, y al día siguiente dije al caballero a quien acudía en todo, pues era el que más me ayudaba, lo que me había pasado, y que no se conformara a tener renta de ninguna manera, sino que siguiera adelante el pleito.

El, que en esto estaba mucho más fuerte que yo, se alegró mucho; después me dijo con cuánto disgusto hablaba en las conversaciones que se tenían para llegar a este acuerdo.

22. Después, a una persona muy piadosa, con buena intención, cuando ya iba todo por buen camino, se le ocurrió decir que lo dejáramos en manos de letrados. Me costó muchos desasosiegos, porque algunos de los que me ayudaban se inclinaban por esta solución.

Esta maraña del demonio fue la peor de todas. En todo me ayudó el Señor, porque, dicho con brevedad, no se puede hacer entender lo que pasamos en dos años, desde que se comenzó la casa hasta que se terminó. Este último medio año y el primero fueron los más difíciles.

23. Pues, apaciguada ya un poco la ciudad, llegó el padre licenciado dominico Padre Pedro Ibáñez. Él fue quien desenmascaró la maraña que pretendía dejar el asunto en manos de letrados que, aunque estaba ausente, nos ayudaba, y trabajó muy acertadamente en favor nuestro. Lo trajo el Señor cuando nos podía hacer mucho bien, y se demostró que Su Majestad lo había traído solo por este fin, pues él me dijo que vino sin saber por qué, y se enteró por casualidad de lo que sucedía.

Permaneció el tiempo necesario. Cuando se iba, consiguió por distintos caminos Uno de los caminos que recorrió fue el del Obispo que nuestro padre Provincial nos diera licencia para que yo, con otras monjas, viniésemos a esta casa para enseñar a rezar el oficio a las Descalzas Salieron de la Encarnación con santa Teresa, Ana Dávila, María Ordóñez, Ana Gómez e Isabel de la Peña Parecía imposible conseguirlo tan pronto. El día que llegamos gocé de grandísimo consuelo.

24. Estando haciendo oración en la Iglesia, antes de pasar dentro del monasterio, casi arrobada, vi a Cristo que con gran amor me recibía y me ceñía una corona y me agradecía lo que había hecho por su Madre.

Otro día, estando todas en el coro en oración después de Completas, vi a nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, amparándonos a todos debajo de él; entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta casa.

25. Cuando comenzamos a rezar el Oficio públicamente comenzó a crecer la

devoción de la gente con esta casa.

Recibimos más monjas, y comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido, para que nos favoreciesen mucho y nos hiciesen limosnas; y así aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco a poco se olvidaron del pleito y decían que ya entendían que era obra de Dios pues, a pesar de tanta contradicción, Su Majestad la había sacado adelante.

26. Y ahora no hay nadie que crea que hubiera sido acertado deshacerla, y por eso se preocupaban de proveernos de limosnas y, sin que se le pida a nadie, los despierta el Señor para que nos la envíen, y nos mantenemos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor que siempre será así, que, como son pocas, si hacen lo que deben como ahora, estoy segura que no les faltará, ni tendrán necesidad de ser gravosas, ni de importunar a nadie, que el Señor nos cuidará como ahora.

Pues es para mí grandísimo consuelo verme aquí reunida con almas tan desprendidas. Su conversación se centra en querer saber cómo crecerán en el amor del Señor. La soledad es su consuelo, y les cuesta esfuerzo recibir visitas de alguien, aunque sean parientes, de no ser de personas que las ayuden a encender más el amor de su Esposo; y así no viene nadie a esta casa más que quien habla de esto, porque ni las contenta, ni los contentan. Su lenguaje siempre es hablar de Dios y así no entienden ni las entiende más que quien habla el mismo.

Guardamos la Regla de nuestra Señora del Carmen, sin mitigaciones, sino como la ordenó fray Hugo, cardenal de Santa Sabina, el año 1248, en el año quinto del pontificado del Papa Inocencio IV.

27. Me parece que han de ser bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora, aunque la Regla que se observa es un poco rigurosa, pues no se come nunca carne sin necesidad, y se ayuna ocho meses y otras austeridades, aún les parece poco a las hermanas y se guardan otras cosas que nos han parecido necesarias para cumplir la Regla con mayor perfección, y espero en el Señor que crecerá mucho lo comenzado, como Su Majestad me lo ha dicho.

28. El otro monasterio que levantó la beata que dije María Jesús Yepes, la granadina en Alcalá, también lo favoreció el Señor, aunque no le faltó ni contradicción ni grandes sufrimientos. Sé que observan también esta primera Regla nuestra Estuvo santa Teresa en él, y allí dejó las Constituciones que guardaban, por las que el padre Gracián, estudiante en Alcalá, llegó a conocer la Reforma ; quiera el Señor que todo sea para alabanza y gloria suya y de la Virgen María, cuyo hábito vestimos, amén.

29. Creo que usted se aburrirá del largo relato que le he hecho de este monasterio, aunque es muy corto para los muchos trabajos y maravillas hechas por Dios, y son muchos los testigos que lo pueden jurar.

Yo le pido a usted por amor de Dios que, aunque rompa lo demás que he escrito, guarde lo que digo de este monasterio; y cuando yo me muera entréguelo a las hermanas, pues animará mucho a las que vengan para servir a Dios y esforzarse para que no decaiga lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean el mucho empeño que tuvo Su Majestad en hacerlo, por medio de cosa tan ruin y baja como yo.

Y ya que el Señor con tanta predilección nos ha ayudado a hacerlo, creo que hará mucho daño y será castigada por Dios Es estilo de su época y de aquella teología esta frase, y no concuerda con el espíritu de amor de la Santa la que comience a relajar la perfección que aquí el Señor ha comenzado y bendecido para que se pueda llevar con tanta suavidad, ya que es tolerable y se puede llevar con descanso, con los muchos medios que hay para vivir siempre en él las que a solas quisieran gozar de su esposo Cristo; que



esto es lo que han de pretender, y solas con Él solo, y no ser más de trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia que para llevar el espíritu que se lleva y vivir de limosna y sin ir a pedirla, no se pueden sostener más. Y siempre crean más a quien con muchos trabajos y oración de muchas personas procuró lo que sería mejor. Y en el gran contento y alegría y poco disgusto que en los años que vivimos en esta casa vemos que todas tienen, y con más salud que solían, se verá que es esto lo que conviene.

Y a quien le parezca áspero eche la culpa a su falta de espíritu y no a lo que aquí se observa (ya que personas delicadas y enfermas, porque tienen espíritu, con tanta suavidad lo pueden cumplir), y váyanse a otro monasterio donde se salvarán conforme a su espíritu.

## Capítulo 37

**Efectos que le dejaban las mercedes del Señor. Hay que procurar y estimar mucho conseguir un grado más de gloria, y no perder bienes que son eternos, aunque cuesten mucho sacrificio.**

**1. Me cuesta mucho decir más mercedes del Señor que las que he referido, y aún son demasiadas para que se pueda creer que las ha concedido a persona tan ruin; mas, por obedecer al Señor que lo ha mandado y a ustedes** El padre García de Toledo y el padre Ibáñez , **diré algunas para gloria suya.**

Quiera Su Majestad que algún alma se aproveche viendo que, si a una cosa tan miserable ha querido el Señor favorecer tanto, ¿qué hará a quien le haya servido de verdad?, y para que se animen todos a contentar a Su Majestad, que aun en esta vida da tales prendas.

2. Lo primero que hay que tener presente es que, en estas mercedes que hace Dios al alma, hay más y menos gloria; porque en algunas visiones excede tanto la gloria y el gusto y el consuelo que se recibe en otras, que yo me asombro de tanta diferencia de gozar, aún en esta vida.

Porque es tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una visión del que da en un arrobamiento, que no se puede desear más, y así el alma no desea ni pide mayor alegría.

Aunque después el Señor me ha concedido penetrar cuán grande es la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, comprendo que también en la tierra no hay tasa en el dar cuando quiere el Señor, por eso yo tampoco quisiera tener medida en mi entrega a Él, y quisiera emplear toda mi vida y fuerzas y salud en esto, y no perder por mi culpa un tantito de gozar más.

Y así digo que si me preguntan qué quiero más, estar hasta el fin del mundo sufriendo todos los dolores posibles y después tener un poquito más de gloria, o irme sin dolor a un grado de gloria inferior, respondo que muy a gusto escojo todos los sufrimientos del mundo por un poquito de gozar más por entender más

profundamente las grandezas de Dios; pues veo que quien más lo entiende más le ama y alaba.

3. No digo que no me conformaría y me consideraría muy dichosa de estar en el cielo, aunque fuera en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, demasiada misericordia me haría el Señor, y quiera él llevarme sin mirar mis grandes pecados; lo que digo es que, aunque fuese sufriendo muchísimo, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí, que con tantas culpas lo había perdido todo!

4. Cada merced que me hacía el Señor, fuera visión o revelación, me reportaba un gran crecimiento del alma, y de algunas visiones salía mucho más enriquecida.

La visión de Cristo me dejó impresa su grandísima hermosura, que aún me dura, porque para esto con una sola vez bastaba, ¡pero son tantas las veces que el Señor me ha hecho esta merced!

El fruto grandísimo que saqué de esta visión fue éste: Había en mí una falta grandísima que me perjudicó mucho, y era ésta: cuando comenzaba a darme cuenta de que alguien me quería, si me caía en gracia, me aficionaba tanto que me ataba mucho la memoria a su recuerdo (no tenía intención de ofender a Dios, pero me daba gusto verle y pensar en él y en sus cualidades), esto me hacía mucho daño porque disipaba mucho mi alma.

Después de haber visto la hermosura del Señor, nadie me gustaba en comparación suya, ni nadie podía llenarme. Con sólo pensar un poco en la imagen que tengo en mi alma «Que tengo en mis entrañas dibujados» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*, Canción 12) , he quedado con tanta libertad en esto, que todo lo que veo me parece que me da asco en comparación de las excelencias y gracias que he visto en el Señor.

Ni hay sabiduría ni regalo que yo estime algo en comparación de la alegría de oír una palabra dicha por aquella divina boca, cuánto más tantas; y creo que es imposible, si el Señor por mis pecados no me borra este recuerdo, que nadie me pueda llenar tanto, que no me vea libre sólo con volver a acordarme un poquito de este Señor.

5. Me ha sucedido con algún confesor (que siempre quiero mucho a los que me dirigen), que, como los veo tan de verdad ocupando el lugar de Dios, mi afecto se centra más en ellos, y, como yo estaba tan segura, les demostraba agrado. Ellos, como temerosos y siervos de Dios, temían que me aficionara y me atara a quererlos, aunque santamente, y me mostraban desagrado. Esto me ocurría después de haber prometido obedecerles, pues antes no les cobraba tanto amor.

Yo me reía interiormente viendo cuán equivocados estaban, aunque no siempre les manifestaba lo poco que me ataba a nadie con tanta claridad como yo lo sentía; mas les daba seguridad y, cuando me trataban más, se daban cuenta de lo que debía al Señor; pues las sospechas que tenían de mi afecto, siempre les ocurrían al principio de tratarme.

6. Comenzó a crecer en mí mayor amor y confianza al Señor desde que comencé a verle y a tener conversación tan continua con Él. Veía que, aunque era Dios, era también hombre, que no se extraña de las flaquezas de los hombres, que comprende nuestra miserable condición, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que Él había venido a reparar.

Puedo hablar con Él como con un amigo, aunque es Señor; porque veo cómo los señores de este mundo ponen todo el señorío en majestad postiza; tienen horas señaladas para que se les pueda hablar, y personas designadas que les puedan hablar; si es algún pobrecito que tiene que resolver algún asunto, ¡cuántos

rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo!

¡Oh, si el asunto se ha de tratar con el Rey!, en este caso no hay que buscar gente pobre y servil, sino que hay que buscar quiénes son los hombres de su confianza; y bien seguro que no serán personas que tengan el mundo bajo los pies, porque éstos no son personas para palacio, pues allí no se deben decir las verdades, sino callar lo que les parece mal, y ni siquiera pueden atreverse a pensarlas, para no verse privados del favor real.

¡Oh Rey de la gloria y Señor de todos los reyes! ¡Cómo no es vuestro reino montado sobre palillos de romero seco, pues no tiene fin! ¡Cómo no es necesario buscar recomendaciones para hablar con Vos!

Sólo con ver vuestra Persona, se ve en seguida que sois el único que merece que le llamen Señor, según la majestad que manifestáis; no necesitáis cortesanos ni guardias para que se conozca que sois rey. Porque en este mundo mal se puede conocer que un hombre es rey por su sola presencia personal; por mucho que él quiera ser reconocido como rey, ni será creído, porque es como todos los demás hombres; es menester que se vea por qué han de creer que es rey, y ésta es la razón por la que necesita insignias reales, porque si no las tuviese no lo apreciarían como tal; pues como no brota de su interior ser poderoso, de otros le ha de venir la autoridad.

¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora manifestar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador Vos mismo, que anonada mirar esta majestad; pero aún anonada más, Señor, mirar vuestra humildad junto a vuestra majestad y el amor que demostráis a una como yo.

Se puede conversar y hablar con Vos de todo, cuando quisiéremos, una vez que se ha perdido el primer asombro y el temor de ver Vuestra Majestad, quedando mayor temor de ofenderos; mas, no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de perderos a Vos.

7. He aquí los provechos de esta visión, además de otros grandes que deja en el alma.

Si la visión es de Dios, se sabe por los efectos que el alma ve cuando tiene luz; porque, como muchas veces he dicho, a veces quiere el Señor que esté en tinieblas y que no vea esta luz, y así no es mucho que tema la que se ve tan ruin como yo.

Ahora mismo me está sucediendo que estoy ocho días que parece que no me doy cuenta de lo que debo a Dios, ni puedo acordarme de sus mercedes. Tengo el alma tan aturdida y pensando tonterías, aunque no son malos pensamientos, pero tan incapaz de pensar algo bueno, que me reía de mí y me gustaba ver la pobreza de un alma cuando Dios no obra en ella.

El alma sabe bien que no está sin Dios cuando está así, porque éste no es como aquellos grandes sufrimientos que he descrito algunas veces; mas, aunque pone leña y hace lo poco que puede de su parte, no arde el fuego del amor.

Menos mal que se ve el humo, por gran misericordia de El, por lo que se ve que no está el amor muerto del todo. Tiene el Señor que volverlo a encender, porque, de lo contrario, aunque se rompa la cabeza soplando y colocando los leños, parece que aún se apaga más.

Creo que lo mejor es rendirse totalmente y reconocer que no puede por sí sola hacer arder la llama, y dedicarse a otras obras buenas como he dicho En el capítulo 11, 15-16; porque quizá el Señor le quita la oración para que se dedique a ellas y para que conozca por experiencia lo poco que ella sola puede.

8. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor y me he atrevido a

quejarme de Su Majestad, y le he dicho: «¿No basta, Dios mío, que me tengáis en esta miserable vida y que por amor de Vos paso por ello, y acepto vivir donde no hay más que obstáculos para no poder gozaros, porque he de comer y dormir y preocuparme de los asuntos y hablar con todos, y todo lo paso por vuestro amor, pues bien sabéis, Señor mío, que todo es tormento grandísimo para mí, que los poquitos ratos que tengo para gozar de Vos, me os escondéis? ¿Cómo se compadece esto con vuestra misericordia?, ¿cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis?

Creo yo, Señor, que si yo pudiera esconderme de Vos, como Vos de mí, el amor que me tenéis no lo soportaría; pero Vos estáis conmigo y me veis siempre. ¡No se puede sufrir esto, Señor mío! Os suplico miréis que lastimáis a quien tanto os ama».

9. Estas y otras cosas le he dicho, comprendiendo antes que el lugar que tenía en el infierno era demasiado bueno para lo que merecía.

Más algunas veces desatina tanto el amor, que no puedo frenarme, sino que con plena conciencia le doy estas quejas y todo me lo sufre el Señor. ¡Alabado sea tan buen Rey! ¿Nos acercaríamos a los de la tierra con estos atrevimientos?

Y no me maravillo de que no nos atrevamos a hablar con el rey, pues merece todo respeto, y con los señores que gobiernan; mas es que el mundo está de tal modo, que necesitaríamos una vida larga para llegar a aprender los detalles y las modas y las diversas formas de etiqueta, para que nos quedara un poco de tiempo para poderlo dedicar al servicio de Dios.

Yo me hago cruces de ver lo que pasa. El caso es que yo ya me hacía un lío cuando entré aquí; porque, si alguien se descuida en dirigirse a la gente con tratamiento mayor del que merecen, no lo aceptan con humor, sino que lo consideran una afrenta, y hay que pedir disculpas, y quiera Dios que las acepten.

10. Repito que es verdad que yo no sabía ya cómo vivir, porque una persona tímida se siente abrumada; ve que le mandan que piense en Dios para librarse de peligros, y, por otra parte, ve que no cumple todas las normas de la sociedad, con peligro de que se ofendan quienes ponen su honor en estos detalles; me encontraba agobiada y siempre tenía que estar pidiendo disculpas, porque cometía muchas desatenciones de esta clase.

Y ¿no estamos exentos los religiosos de guardar estas normas tan complicadas? No, porque dicen que los monasterios han de ser escuela para aprender cortesía. No lo entiendo.

He pensado si algún santo dijo que el monasterio debía de ser escuela para enseñar a ser cortesanos en el cielo, y lo han entendido al revés; porque quienes deben estar siempre atentos a agradar a Dios y despreciar el mundo, no sé cómo podrán tener preocupación tan grande de agradar a los que viven en el mundo, en estas cosas tan variables.

Se podría tolerar si estas normas se pudieran aprender de una vez para siempre; mas, sólo para poner el tratamiento en las cartas ya hace falta cátedra que lo enseñe, por decirlo de alguna manera, porque hay que dejar el papel en blanco a la izquierda o a la derecha, y a quien se le solía poner magnífico, ahora hay que ponerle ilustre.

11. Yo no sé dónde vamos a parar, porque yo no tengo aún cincuenta años y he visto ya tantos cambios, que no sé vivir; pues los que ahora nacen, si viven muchos años, ¿qué harán?

De verdad siento lástima por la cruz tan terrible que tienen que soportar las personas de vida interior que se ven obligadas, por fines santos, a vivir en este

mondo. Si lograran ponerse todos de acuerdo para declararse desconocedores de esta ciencia y aceptaran que les consideraran ignorantes en ella, se verían libres de mucha preocupación.

12. Mas ¡en qué boberías me he metido! Tratando de las grandezas de Dios, he descendido a hablar de las pequeñeces del mundo.

Ya el Señor me ha hecho merced de haberlo dejado, quiero ya salir de él; quédense allí los que fomentan con tanto esfuerzo estas pequeñeces. Santa Teresa no se separa del mundo bello, creado por las manos del Amado. Lo que ella aborrece son las leyes mundanas, opuestas a la ley de la sencillez y humildad de Jesús. Ella sigue unida al mundo redimido por Cristo, para ayudarle a encontrar el camino, la verdad y la vida.

Quiera el Señor que en la otra vida, que no hay cambios, no las paguemos. Amén.

## Capítulo 38

**Grandes mercedes que el Señor le ha hecho revelándole algunos misterios del cielo y otras visiones y revelaciones. Efectos de santificación que le producían.**

1. Una noche estaba tan mala que quería sustituir la oración mental por el rezo vocal del rosario, procurando no recoger el entendimiento, aunque exteriormente estaba recogida en un oratorio. Cuando el Señor quiere, de nada sirven nuestras precauciones. Estuve así muy poco, en seguida me sobrevino un arrobamiento de espíritu tan impetuoso que no lo pude resistir.

Me pareció que había sido introducida en el cielo, y las primeras personas que allí vi fueron mi padre y mi madre, y cosas tan maravillosas en el breve tiempo de decir un avemaría, que quedé muy fuera de mí, pareciéndome muy excesiva merced.

A mí me pareció que todo fue rapidísimo. Quizá duró más tiempo, pero a mí me pareció muy breve.

Tuve miedo de que fuera una ilusión, aunque creo que no lo era, y no sabía qué hacer, porque tenía mucha vergüenza de decir esto al confesor; no por humildad, sino porque me parecía que se había de burlar de mí, diciendo: «¡Vaya san Pablo para ver cosas del cielo, o san Jerónimo!». Como estos santos gloriosos habían experimentado cosas semejantes, me asustaba más y no hacía más que llorar mucho, porque me parecía que yo no merecía esto.

Al final, con mucho apuro, fui al confesor, pues nunca me atrevía a callar nada, aunque me costara mucho decirlo, por el gran miedo que tenía de ser engañada.

El confesor, viéndome tan apurada, me consoló mucho y me hizo una exhortación muy positiva para quitarme la pena.

2. Más adelante me ha acaecido lo mismo, y me sigue sucediendo algunas veces; el Señor me iba manifestando mayores secretos.

El alma no puede ver, por mucho que quiera, más de lo que se le presenta delante; y por eso yo no podía ver cada vez más de lo que quería el Señor manifestarme. Era tan maravilloso, que la mínima parte era suficiente para dejarme anonadada y muy mejorada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de esta vida.

Quisiera yo poder dar a entender algo de la mínima parte que veía, y pensando cómo podré conseguirlo, veo que parece imposible. Porque sólo la diferencia de esta luz a la de allá, aunque una y otra son luz, es incomparable, porque incluso la luminosidad del sol parece como opaca.

En fin que, por muy sutil que sea la imaginación, no puede producir luz celeste, ni nada de lo que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que no se puede expresar, y por eso es mejor callar.

3. Una vez que el Señor había estado más de una hora manifestándome cosas admirables, sin separarse de mi lado, me dijo: *Mira, hija, lo que pierden quienes están contra Mí; díselo a ellos.*

¡Ay, Señor mío, y de qué poco servirán mis palabras a los que les han cegado sus obras, si Vuestra Majestad no les da luz! Algunas personas que han recibido vuestra luz se han aprovechado de conocer vuestras grandezas; mas, como ven que las manifestáis a cosa tan ruin y miserable, me parece un milagro que alguien haya tenido confianza en mí. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que, por lo menos yo, visiblemente he mejorado.

Después de esto yo quisiera estar siempre allí en el cielo, y no regresar a vivir «Hagamos tres tiendas» (Mt 17,4) porque fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de la tierra; me parecía basura «Todo lo tengo por basura por ganar a Cristo» (Flp 3,8) y veo yo cómo nos rebajamos cuando nos entretenemos en ello.

4. Cuando permanecí con doña Luisa de la Cerda, una vez que estaba yo enferma del corazón, que, como he dicho, me atacaba muy fuerte, cosa que ya no me sucede, con mucha caridad, pues la tiene, mandó que me enseñaran joyas de oro y pedrería, que eran muy valiosas, especialmente una de diamantes que apreciaba mucho.

Ella pensó que eso me alegraría. Yo me reía por dentro, y me daba lástima ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene preparado el Señor, y pensaba que sería imposible, aunque lo intentara tenazmente, que yo pudiera apreciar aquellas cosas, si el Señor no me quitaba el recuerdo de las otras.

Esto confiere al alma un gran señorío; tan grande, que creo que no lo entenderá más que quien lo posee; porque éste es el auténtico desasimiento, recibido sin esfuerzo nuestro. Todo lo hace Dios, que enseña estas verdades de modo que quedan tan impresas en el alma, que vemos claramente que nosotros en tan poco tiempo no las podríamos adquirir.

5. Me quedó también poco miedo a la muerte, a la que yo siempre temía mucho; ahora me parece cosa facilísima para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso.

Que este llevarme Dios el espíritu y enseñarle cosas tan excelentes en estos arrobamientos, me parece muy semejante a cuando sale el alma del cuerpo, que en un instante se ve introducida en todo este bien; dejemos aparte los dolores de cuando es arrancada, que hay que darles poca importancia; y los que aman a Dios de veras y han dejado las cosas de esta vida, más suavemente deben morir.

6. Esta visión también me aprovechó mucho para conocer nuestra patria verdadera y ver que aquí somos peregrinos, pues es gran cosa haber visto lo

que hay allá y saber donde hemos de vivir.

Porque si uno ha de ir a vivir permanentemente a una tierra, le resulta muy provechoso para soportar el trabajo del camino haber visto que es una tierra donde estará con mucho descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea de allá «A vida eterna», así elevaba san Juan de la Cruz las conversaciones de sus religiosos cuando se quedaban en las cosas de la tierra.

«Buscad lo de arriba..., deleitaos en lo de arriba, no en las cosas de la tierra» (Col 3,1-2), se hace con facilidad.

Esto es muy provechoso, porque sólo mirar al cielo recoge el alma, porque, como ha querido el Señor enseñarme algo de lo que hay allá, en ello se detiene mi pensamiento; y me acaece algunas veces que los que me acompañan y con los que me consuelo son los que sé que allá viven, pareciéndome que aquellos son los verdaderamente vivos, y los que acá viven tan muertos, que me parece nadie me hace compañía, sobre todo cuando tengo aquellos ímpetus de que ya he hablado.

Todo me parece un sueño, y que lo que veo con los ojos del cuerpo es broma; lo que he visto ya con los ojos del alma es lo que ésta desea, y como se ve lejos, éste es el morir.

7. En fin, es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque le ayuda mucho, sobre todo a llevar una pesada cruz, porque nada le satisface, todo le da en rostro.

Y si el Señor no permitiera que alguna vez se olvidara dicha merced, aunque se vuelve a recordar, no sé cómo se podría vivir. ¡Bendito sea y alabado por siempre jamás! Quiera Su Majestad, por la sangre que su Hijo derramó por mí, que, ya que ha querido darme a conocer algo de tan grandes bienes y que haya comenzado de alguna manera a gozar de ellos, no me acaezca lo que a Lucifer, que por su culpa lo perdió todo.

No lo permita por quien El es, que no tengo poco temor algunas veces; aunque lo más normal es que la misericordia de Dios me da seguridad, que, pues me ha librado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda. Esto suplico yo a usted que siempre le suplique.

8. Pues no son tan grandes las mercedes dichas, como ésta que ahora diré, por muchas razones y por los grandes bienes y la gran fortaleza en el alma que ella me produjo. Aunque, cada una por sí sola es tan grande que no hay posibilidad de comparar unas con otras.

9. Un día, víspera de Pentecostés, después de misa me fui a una ermita donde solía rezar, y comencé a leer en un *Cartujano* Eran cuatro volúmenes de la *Vida de Cristo* escritos en latín por Ludolfo de Sajonia, el Cartujano, y traducidos al castellano por Ambrosio de Montesinos. Editado en Castilla por primera vez (Alcalá 1502). El capítulo de Pentecostés trata de las tres vías de la vida interior, el capítulo correspondiente a esta fiesta; y, leyendo las señales para discernir entre los que comienzan, los que aprovechan y los perfectos, para comprender que está con ellos el Espíritu Santo, me pareció que, por la bondad de Dios, estaba conmigo.

Mientras le alababa y recordaba que, en una lectura anterior, me faltaba todo aquello, bien claro lo veía, de la misma manera que ahora veía que estaba en mí, y reconocí que había sido una merced grande del Señor. Entonces comencé a considerar el lugar del infierno merecido por mis pecados y alababa mucho a Dios, porque veía mi alma tan cambiada que no la conocía.

Mientras pensaba esto, sin saber por qué, me dio un ímpetu grande; parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en sí misma ni se

veía capaz de esperar tanto bien. Era un ímpetu tan excesivo que no podía sostenerme y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni sabía lo que le pasaba al alma ni qué es lo que quería, pues tan alterada estaba. Me arrimé a la pared, pues ni sentada podía estar, porque me faltaban las fuerzas.

10. Entonces vi sobre mi cabeza una paloma muy diferente de las de acá, porque no tenía plumas, pues las alas estaban formadas por unas conchicas que despedían gran resplandor. Era más grande que una paloma. Me parece que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría revoloteando por espacio de un avemaría.

Ya mi alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, perdió de vista la paloma.

Se sosegó el espíritu con tan buen huésped, pues la merced tan maravillosa le debió de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, se le quitó el miedo y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento.

11. Fue grandísima la gloria de este arrobamiento. Me quedé todo lo que quedaba del tiempo pascual tan embobada y tonta, que no sabía qué hacer, y sin saber cómo podía soportar tan gran favor y merced.

Con tanto gozo interior parece que no oía ni veía nada. Creció más intensamente mi amor a Dios, y las virtudes se me robustecieron mucho más. Sea bendito y alabado por siempre, amén.

12. Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de fray Pedro Ibáñez, pero los rayos y el resplandor de las alas se extendían mucho más; se me reveló que había de acercar almas a Dios.

13. Otra vez vi que nuestra Señora vestía una capa muy blanca al mismo padre. Me dijo que, por lo que le había servido ayudando a la fundación de esta casa, le daba aquel manto como signo de que conservaría su alma limpia en adelante y que no caería en pecado mortal.

Yo no lo pongo en duda y estoy segura de que así fue, pues a los pocos años murió muy santamente, y después de vivir una vida de mucha penitencia. Me dijo un fraile que presencié su muerte que antes de expirar le dijo que estaba con él santo Tomás. Murió con gozo y deseo de salir de este destierro. Después se me apareció algunas veces y me ha dicho algunas cosas.

Era hombre de tanta oración, que en su enfermedad, aunque no quería hacerla por su gran debilidad física, no podía dejarla, porque tenía muchos arrobamientos.

Poco antes de morir me escribió preguntando cómo lo evitaría, pues cuando terminaba la misa se quedaba en éxtasis mucho rato, sin poderlo evitar.

Le dio Dios al fin el premio de lo mucho que había trabajado toda su vida.

14. He visto las grandes mercedes que el Señor le concedía al Rector de la Compañía, Gaspar de Salazar. Una vez tuvo que sufrir un golpe duro; fue muy perseguido y estaba muy abatido.

Estando yo en misa vi a Cristo en la cruz cuando alzaban la Hostia; me dijo que le dijese a este padre algunas palabras de consuelo, y otras profetizándole el porvenir, haciéndole presente lo que había padecido por él, para que se dispusiera a aceptar el sufrimiento. Esto le dio mucho consuelo y ánimo, y todo se ha cumplido como el Señor me lo dijo.

15. De toda la Compañía de Jesús he visto grandes cosas: algunas veces los



he visto en el cielo con banderas blancas en las manos, y otras cosas admirables; por eso siento gran veneración por esta congregación, porque he tratado mucho con ellos y veo que su vida se conforma con lo que el Señor me ha dado a entender de ellos.

16. Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras recordándome cuán mala había sido mi vida, que me causaban gran confusión y pena; pues, aunque no las decía enojado, me producían un sentimiento y una pena que me deshacían.

Con una palabra de éstas nos conocemos más que con muchos días considerando nuestra miseria, porque trae consigo esculpida una verdad que no podemos negar. Me representó los amoríos que con tanta vanidad había tenido y me dijo que apreciara mucho que Él hubiera querido aceptar una voluntad tan mal empleada como la mía.

Otras veces me dijo que me acordara de cuando tenía por honra ir contra la suya. Otras, que me acordara de lo que le debía; pues cuando mayor golpe le daba, Él me estaba haciendo mercedes.

Si tenía algunas faltas, que no son pocas, me las hace entender Su Majestad de tal manera, que me deshago toda, y, como tengo muchas, me ocurre muchas veces.

A veces me reprendía el confesor e iba a la oración a consolarme y encontraba allí la reprehensión verdadera.

17. Cuando comenzó el Señor a recordarme mi ruin vida (como yo creía que no había hecho nada malo), luchando con mis lágrimas, pensé que me quería hacer alguna merced. Porque es normal que antes de hacerme alguna merced especial, me ha deshecho antes a mí misma, para que vea más claro lo lejos que estoy de mercedes. Pienso que es el Señor quien lo hace.

Al poco rato fue tan arrebatado mi espíritu, que casi estaba totalmente fuera del cuerpo; por lo menos no se entiende que se vive en él. Vi la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que nunca. Se me representó, por una noticia admirable y clara dentro del pecho del Padre. No sabré decir cómo es esto; porque, sin ver, me pareció verme presente en aquella Divinidad. Quedé de tal manera impresionada, que durante irnos días no pude recobrar el sentido; y siempre tenía presente aquella majestad del Hijo de Dios, aunque la visión no era igual que la primera Que fue visión intelectual.

Esto bien lo entendía yo, pero queda tan esculpido en la imaginación, que, aunque haya ocurrido en un instante, durante algún tiempo no lo puede olvidar, y produce mucho consuelo y mucho fruto.

18. Esta misma visión la he visto tres veces. Me parece que es la más sublime y produce muchos frutos. Parece que purifica el alma intensamente y quita casi del todo la fuerza a nuestra sensualidad Las visiones, pues, tienen oficio purificativo.

Es una llama grande que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida natural; porque, aunque yo no los tenía de vanidades, se me hizo ver que todo era vanidad Si 1,2-14, y cuán vanos y cuán vanos Es una reduplicación, figura que utiliza aquí para reforzar la vanidad del poder en el mundo son los señoríos de acá; y es una gran lección para elevar los deseos a la pura verdad.

Deja impresa una sumisión a Dios que no sé decir cómo es, mas es muy distinta de la que acá podemos adquirir. Produce un espanto grande en el alma viendo cómo se atrevió, o alguien se puede atrever, a ofender una Majestad tan grandísima.

19. Ya he dicho que las visiones y otras mercedes producen más o menos

frutos: El fruto de la anterior es grandísimo.

Cuando iba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y veía que era el mismo que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces lo veo en la Hostia), se me erizaban los cabellos y toda parecía que me aniquilaba.

¡Oh Señor mío! Si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién se atrevería a ir tantas veces a unir cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? ¡Bendito seáis, Señor! que os alaben los ángeles y todas las criaturas porque os amoldáis a nuestra pequeñez para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos atemorice vuestro gran poder de manera que aun no las osemos gozar, como gente pobre y miserable.

20. Nos podría acaecer lo que le sucedió a un labrador, y sé cierto que esto pasó así. Se encontró un tesoro, y como era mayor que su ánimo, que era muy corto, se puso tan triste que lentamente se fue muriendo de pena porque no sabía en qué emplearlo.

Si no hubiera encontrado el tesoro entero, sino que se lo hubieran administrado poco a poco y se hubiera sustentado con ello, hubiera vivido más contento que siendo pobre, y no le hubiera costado la vida.

21. ¡Oh Riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando!

Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en una pequeña Hostia, me admira tan gran sabiduría, y no sé cómo me da el Señor ánimo ni fuerzas para acercarme a Él. Si Él, que me ha hecho y sigue haciendo tan grandes mercedes, no me lo diese, ni podría disimular ni dejar de decir a gritos tan grandes maravillas.

¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de pecados y que con tan poco temor de Dios ha empleado su vida, cuando se acerca a este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de unir su boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele mucho más y aflige al alma, por no haberle servido, el amor que manifiesta aquel rostro de tanta hermosura con tanta ternura y afabilidad, que el temor que impone Su Majestad. Mas ¿qué podría yo sentir las dos veces que vi lo que voy a decir?

22. Cierto, Señor mío y gloria mía, que algo os he servido en estas grandes aflicciones que siente mi alma.

¡Ay, que no sé lo que digo, que casi no soy yo la que escribe esto!; porque me encuentro turbada y un poco fuera de mí recordando estas cosas. Hubiera dicho bien, si este sentimiento viniera de mí, que he hecho algo por Vos, Señor mío; mas, como no podemos tener ni un buen pensamiento si Vos no lo dais «Nadie puede decir, “Jesús es Señor”, sino en el Espíritu» (1Cor 12,3) , no me lo tenéis que agradecer; yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

23. Al acercarme una vez a comulgar, vi con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, dos demonios de forma muy abominable. Con los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote y vi a mi Señor con majestad, en aquellas manos pecadoras que me daban la Forma; y entendí que aquella alma estaba en pecado mortal.

¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados en vuestra presencia, que de buena gana parece que hubieran huido, si Vos los dejarais ir.

Esta visión me produjo tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor pensando que, si hubiera sido visión de Dios, Su Majestad

no habría permitido que yo viera la maldad que había en aquella alma.

Me dijo el Señor que rogara por él, y que lo había permitido para que entendiera yo el poder que tienen las palabras de la consagración, y cómo Dios no deja de estar allí por débil que sea el sacerdote que las dice, y para que viera su gran bondad, que se pone en las manos de su enemigo, por bien mío y de todos.

Entendí muy bien cuán obligados están los sacerdotes a ser mejores que los otros, y cuán recia cosa es recibir este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.

Me hizo mucho provecho y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios. Sea bendito por siempre jamás.

24. Otra vez me acaeció otra cosa que me impresionó mucho. Se murió una persona que durante muchos años había vivido muy mal; estuvo enferma dos años y se había enmendado en algunas cosas.

Murió sin confesarse, a pesar de lo cual yo creía que no se condenaría. Cuando amortajaban aquel cuerpo, vi que muchos demonios lo cogían y como que jugaban con él, y lo arrastraban con garfios. Quedé aterrada.

Cuando le llevaban a enterrar con las ceremonias y honras que a todos, pensaba yo en la bondad de Dios que encubría la enemistad de aquella alma, porque no quería su difamación. El Señor hace llegar hasta más allá de la tumba el derecho a la propia fama.

25. Estaba yo medio boba de lo que había visto. Al meter aquel cuerpo en la sepultura, era tal la multitud de demonios que estaban dentro para cogerlo, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no se necesitaba poco ánimo para disimularlo. Consideraba lo que harían con el alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo.

Ojalá quisiera el Señor que esto que yo vi, cosa tan espantosa, lo vieran todos los que viven mal, pues les haría mucho efecto para llevarlos a vivir bien. Todo esto me hace conocer más lo que le debo a Dios y de lo que me ha librado.

Hasta que lo comuniqué a mi confesor, estaba dudosa por si aquello había sido una ilusión fabricada por el demonio para difamar a aquella persona, aunque no era considerada como muy cristiana. La verdad es que, aunque fuera ilusión, siempre que lo recuerdo me causa temor.

26. Ya que he comenzado a hablar de visiones de difuntos, diré algunas cosas sobre algunas almas que he visto. Pocas, para ser breve, y porque no es necesario ni servirá de nada.

Me dijeron que había muerto un provincial nuestro, de otra Provincia, a quien yo había tratado y le debía algunos favores. Padre Gregorio Fernández; había sido prior de Ávila y dos veces provincial. Era persona de muchas virtudes.

Cuando supe que había muerto, quedé muy turbada, porque temí por su salvación, pues había sido veinte años prelado, cosa que a mí me asusta mucho, porque tener responsabilidad sobre almas me parece muy peligroso.

Con mucha pena me fui a un oratorio. Le ofrecí todo el bien que hubiera hecho en mi vida, que sería poco, y le dije al Señor que sus méritos suplieran lo que necesitaba aquella alma para salir del purgatorio.

27. Pidiendo esto al Señor lo mejor que yo podía, le vi a mi lado derecho, salir de las profundidades de la tierra subiendo al cielo con grandísima alegría. Era ya muy viejo, mas lo vi de menos de treinta años de edad, con el rostro resplandeciente.

Fue muy rápida esta visión; mas me dejó tan consolada, que no me daba pena su muerte, aunque veía a otras personas muy afligidas por él pues era muy querido. Fue tanto el consuelo que tenía mi alma, que estaba serena y sin poder

dudar de que la visión era de Dios, y no ilusión.

Sólo hacía quince días que había muerto; con todo, no me descuidé en mandar que rezasen por él y de rezar yo, aunque no podía hacerlo con el interés que lo hubiera hecho, si no hubiera visto lo que vi; porque cuando así me lo revela el Señor, si después quiero encomendar a Dios estas almas, pienso que doy limosna al rico.

Después supe, porque murió lejos de aquí Murió en Andalucía, la muerte que tuvo tan edificante, que a todos dejó impresionados el conocimiento y las lágrimas, y la humildad con que murió.

28. Hacía poco más de un día y medio que había muerto una monja en casa, muy santa. Se celebraba en el coro el oficio de difuntos por su alma, y cuando una monja leía una de las lecciones de Maitines, yo, que estaba de pie para ayudarle a recitar el versículo, vi que, a la mitad de la lectura, salía el alma del mismo lugar que salió la anterior, y que subía al cielo. Esta no fue visión imaginaria como la anterior, pero no se duda de ella más que si lo fuera Fue visión intelectual.

29. En la misma casa se murió una monja de dieciocho o veinte años. Había estado siempre enferma y era muy santa, amiga del coro y muy virtuosa. Yo, en verdad, pensé que no iría al purgatorio, porque había sufrido muchas enfermedades y porque le sobrarían méritos.

Estaban rezando las Horas antes de enterrarla, hacía cuatro horas que había muerto, y entendí que salía del fondo de la tierra y se iba al cielo.

30. Estaba en un colegio de la Compañía de Jesús, con tantos sufrimientos de alma y cuerpo, que ni un buen pensamiento podía tener. Aquella noche había muerto un hermano de aquella casa y, oyendo la misa que celebraba por él un padre de la Compañía, y encomendándolo a Dios como podía, entré en un gran recogimiento, y vi subir al cielo a este hermano con mucha gloria, y al Señor con él. Entendí que por gracia especial iba Su Majestad con él.

31. Otro fraile de nuestra Orden, muy buen fraile, estaba muy grave y, estando yo en misa, me dio un recogimiento y vi que había muerto y subía al cielo sin entrar en el purgatorio. Murió a la misma hora que yo lo vi, como supe después. Entendí que por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden para no entrar en el purgatorio. No comprendo por qué entendí esto: creo que debe de ser que vivir en el estado de más perfección que es ser fraile, no consiste en llevar el hábito.

32. Ya no quiero escribir más cosas de éstas; porque, como he dicho, no hay para qué, aunque son muchas las que he visto.

Más de todas las almas que he visto, ninguna se ha librado de pasar por el purgatorio más que este padre, san Pedro de Alcántara y el padre dominico Pedro Ibáñez. De algunos he visto los grados de gloria que gozan, representándoseme en los lugares que les corresponden. Hay mucha diferencia de unos a otros 1Cor 15,41.

## Capítulo 39

**Sigue relatando las grandes mercedes que le ha hecho el Señor, que le promete concederle lo que pida en favor de otras personas. Relata algunos favores extraordinarios que le ha concedido Su Majestad.**

1. Estaba yo una vez importunando al Señor para que diese la vista, que había

perdido casi del todo, a una persona a quien yo debía mucho, y me daba mucha lástima y temía que, por mis pecados, no me escuchara el Señor.

Se me apareció como otras veces y me comenzó a enseñar la llaga de la mano izquierda, mientras con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido. Al sacar el clavo, sacaba también la carne. Se notaba que le producía un gran dolor, que me lastimaba mucho; y me dijo que no dudara de que, quien había sufrido aquello por mí, mejor haría lo que le pidiera; que *Él me prometía hacer todo lo que le pidiera*, pues ya sabía El que yo no pediría cosa que no fuera para su gloria, y que me concedería lo que ahora le pedía, y que me diera cuenta de que, si cuando no cumplía su voluntad me había concedido lo que le pedía mejor que yo lo sabía pedir, cuánto mejor lo haría ahora, que sabía que le amaba. Que no dudara de esto.

Antes de ocho días el Señor devolvió la vista a aquella persona. Inmediatamente lo supo mi confesor.

Puede ser que no fuese por mi oración; pero como yo había tenido esta visión, me quedó esta certeza, por lo que di las gracias a Su Majestad como gracia a mí concedida.

2. **Otra vez una persona** Se trata de Pedro Mejía, pariente de la Santa, que padecía cólicos nefríticos estaba muy grave de una enfermedad muy dolorosa, que porque no sé cómo se llama no la digo.

Hacía dos meses que sufría un tormento insoportable que le destrozaba. Fue a visitarle mi confesor, que era Rector Padre Gaspar de Salazar de la Compañía, y sintió gran lástima de él, y me dijo que fuera a verlo, ya que era un pariente mío.

Yo fui, me conmovió y me apiadé de él y comencé a importunar al Señor por su salud. Vi claro la merced del Señor, porque al día siguiente estaba totalmente bueno de aquel dolor.

3. Tenía una grandísima pena porque sabía que una persona a quien yo debía mucho quería hacer una cosa muy contra Dios y contra su honor, y estaba muy decidida a hacerlo; yo estaba tan pesarosa que no sabía qué hacer; parece que ya no tenía remedio. Supliqué a Dios muy de corazón que lo arreglara El; mas no se me podía aliviar la pena hasta verlo solucionado.

Me fui a una ermita solitaria de este monasterio donde hay un cuadro de Cristo atado a la columna, y, cuando le pedía esta gracia, oí una voz muy suave, como en un silbo. Yo me espeluzné toda, pues me dio miedo, y no pude entender lo que me decía, porque fue cosa de un instante.

Rápidamente repuesta del miedo, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, impresionada de que sólo oír una voz con los oídos corporales y sin entender nada hubiera hecho tanta operación en mi alma. En esto comprendí que se cumpliría lo que pedía, y se me quitó del todo la pena como si hubiera llegado la solución de algo que aún no estaba arreglado. Y todo quedó después solucionado. Esta gracia y las anteriores las recibe ya en el monasterio de San José.

Lo comuniqué a mis dos confesores que entonces tenía, muy teólogos y santos Los padres Báñez y García de Toledo.

4. Supe que una persona que se había entregado a Dios con gran decisión y que había recibido muchas mercedes en la oración, la había dejado por algunas ocasiones muy peligrosas de las que no se apartaba.

A mí me causó grandísima pena porque era una persona a quien mucho quería y debía.

Más de un mes estuve pidiendo la conversión de esta alma.

Un día en la oración vi a mi lado un demonio que rompía unos papeles que tenía en la mano, con mucho enojo. Sentí gran consuelo; pues me pareció que ya se

había concedido lo que pedía; y así fue, que después supe que había hecho una confesión con gran contrición, y se convirtió tan de veras, que espero en Su Majestad que ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo, amén.

5. Son muchas las almas que han sido liberadas de pecados graves y otras que han sido llevadas a mayor perfección por haberlo pedido yo a Nuestro Señor.

Y me cansaría yo y cansaría al lector si contara todas las gracias que el Señor me ha concedido sacando almas del purgatorio y otras cosas; y mucho más de salud de almas que de cuerpos. Esto es cosa muy conocida y con muchos testigos.

Después sentía muchos escrúpulos porque yo creía que el Señor lo hacía por mi oración, aunque lo principal era sola su bondad; mas, son tantas las cosas conseguidas y comprobadas por otras personas, que no me da pena creerlo y alabo a Su Majestad y me produce confusión, porque veo que soy más deudora, y crece en mí el deseo de servirle y se aviva el amor.

Y lo que más me espanta es que no puedo, aunque yo quiera, pedir las cosas que el Señor ve que no convienen; y si lo pido, lo hago con poca fuerza y espíritu y atención, y aunque quiera poner fuerza, no puedo. En cambio, las cosas que Su Majestad quiere hacer, las puedo pedir muchas veces y con mucha insistencia; aunque yo no piense en ello parece que se me presenta delante.

6. Es muy grande la diferencia que hay entre estas dos maneras de pedir, y yo no la sé expresar; unas veces pido (pues no dejo de suplicarlo al Señor, aunque sin fervor, por mucho que me afecten) como quien tiene trabada la lengua, que no puede hablar aunque quiera, y si habla ve que no le entienden; otras veces es como quien habla despierto y con claridad a quien ve que le oye con gusto.

Lo primero se pide como oración vocal, y lo otro en tan alta contemplación, que se comprende que nos oye y que se alegra Su Majestad de que se lo pidamos y de concedernos lo que le pedimos. Sea bendito por siempre que tanto nos da y tan poco le doy yo.

Porque ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace toda por Vos? ¡Y cuánto, cuánto —que mil veces lo puedo decir— me falta para esto!

Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas), porque no vivo de acuerdo a lo que os debo.

¡Con cuántas imperfecciones me veo! ¡Con cuánta tibieza os sirvo! Es cierto que algunas veces quisiera estar inconsciente, para no ver tanto mal en mí. Él, que puede, lo remedie.

7. Cuando estuve en casa de doña Luisa, era necesario ir con cuidado y considerar siempre la vanidad de las cosas de la vida, porque era muy estimada y alabada y me podía apegar a muchas cosas, si me hubiera mirado a mí; mas me miraba el que tiene verdadera vista para no dejarme de su mano.

8. Ahora que escribo «verdadera vista» pienso en el gran sufrimiento de las personas que conocen la verdad, cuando tienen que tratar estas cosas de la tierra donde hay tanta mentira, como una vez me dijo el Señor.

Muchos de los pensamientos que escribo no son de mi cabeza, sino que me los dice mi Maestro celestial. Cuando escribo «esto entendí», o «me dijo el Señor», no pongo ni quito ni una sílaba, porque me remordería la conciencia.

Por eso, cuando no lo recuerdo bien del todo, lo escribo como si fuera mío, y algunas ideas lo serán; no digo que sea mío lo bueno, que ya se que no hay nada bueno en mí, sino lo que me ha inspirado el Señor sin yo merecerlo. Cuando escribo que lo digo yo, quiero decir que no se me ha revelado.

9. Mas ¡ay, Dios mío, y cómo queremos entender las cosas espirituales a

nuestro modo y muy lejos de la verdad, medidas con las leyes de las cosas del mundo! Y creemos que nuestra madurez está en proporción de los años de oración. Y ponemos límite a quien sin tasa da sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año a uno más que a otro en muchos años. Esto lo he visto en muchas personas y me extraña que nos detengamos en esto.

10. No caerá en este error quien tenga talento para discernir espíritus y humildad verdadera. Pues éste juzga por los efectos y firmeza y amor, y al Señor le da luz para que lo discierna.

Ahí es donde ve el progreso y madurez de las almas, y no en los años, pues en medio año puede imo haber conseguido más que otro en veinte; porque el señor lo da a quien quiere y a quien mejor se dispone. Veo yo que llegan ahora a esta casa unas doncellas de pocos años, que, en cuanto Dios las ha tocado y les ha dado un poco de luz y amor, digo, apenas el Señor les hizo algún regalo, no le hicieron esperar, ni se les puso nada delante que no lo vencieran, ni se acordaron del sustento, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida, por el que saben que las ama. Lo dejan todo, no quieren tener voluntad propia, ni piensan que pueden vivir tristes en clausura tan severa y estrechez; totalmente se ofrecen en sacrificio a Dios.

11. ¡Cómo me agrada que me aventajen a mí, aunque debía estar avergonzada ante Dios! Porque lo que Su Majestad no consiguió conmigo en tantos años que hace que comencé a hacer oración y me concedió sus carismas, lo consigue con ellas en tres meses, incluso en tres días con alguna, habiéndoles hecho menos mercedes que a mí, aunque bien les paga Su Majestad.

Seguro que no están descontentas de haber hecho por El lo que han hecho.

12. Para admirar a estas almas es para lo que debiéramos recordar los muchos años que hace que hemos profesado y los muchos que estamos haciendo oración, y no para desalentar a los que nos aventajan llevando menos tiempo, haciéndolas retroceder para que vayan a nuestro paso.

No queramos que los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, caminen como pollo trabado. Pongamos los ojos en Su Majestad, y, si vemos que son humildes, soltémosles la rienda, que el Señor que les hace tantas mercedes no dejará que se despeñen.

Ellos se fían de Dios ¿y no nos hemos de fiar nosotros? Si no tenemos sus decisiones enérgicas, que quien no tiene experiencia no puede comprender, humillémonos y no los condenemos; que creyendo que lo hacemos por su bien, nos hacemos el mal nosotros y perdemos la oportunidad de humillamos viendo lo que nos falta y que estas almas deben estar más desasidas que las nuestras, ya que Su Majestad tanto se les entrega.

13. Prefiero oración joven con efectos muy grandes (pues no se puede dejar todo sin un amor muy fuerte), que oración de muchos años que nunca consiguió decisión radical por Dios, ni en el primer año ni en el último.

Sólo consiguió unas cositas menudas como sal, sin peso ni entidad, que un pájaro puede llevarse en el pico, y esto lo consideramos por fruto grande y mortificación; pues damos importancia a cosas que hacemos por el Señor que no merecen ser contadas, aunque hiciésemos muchas.

Yo soy ésta y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que Su Majestad, con lo bueno que es, no las aprecie mucho. Mas yo quisiera no darles importancia, ni ver que las hago, pues no son nada.

Mas, perdonadme, Señor mío, y no me condenéis, pues con algo me he de consolar, pues no os sirvo en nada, porque si en cosas grandes os sirviera, no

hiciera caso de las *nadas* «Mis mortificaciones consistían en quebrantar mi voluntad y en callar una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer, en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc. Con la práctica de aquellas *nadas...*» (SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscritos*, VI, 34, El monte Carmelo, Burgos 1958, 189).

¡Dichosas las personas que os sirven con obras grandes! Si tenerles envidia y desear hacerlas yo se me tiene en cuenta, no quedaré muy atrás en contentaros; mas no valgo nada. Ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis.

14. Un día de estos llegó un Breve de Roma que nos facultaba para no tener renta este monasterio, con lo que se terminó de fundar lo que ha costado algún trabajo.

Consolada por verlo terminado y pensando lo que había costado y alabando al Señor que en algo se había querido servir de mí, comencé a pensar las cosas que había pasado.

Y en cada obra hecha encontraba muchas faltas e imperfecciones, y algunas veces poco ánimo, y muchas, poca fe: porque, desde que el Señor me dijo que se había de hacer esta casa hasta hoy que lo veo todo cumplido, nunca lo acababa de creer con firmeza, pero tampoco lo podía dudar.

No sé cómo era esto. Por una parte me parecía imposible, por otra, no podía dudar que se había de hacer. En fin, vi que lo bueno lo había hecho el Señor, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello y no quería recordarlo para no tropezar con tantas faltas mías. Bendito sea Él, que de todas saca bien cuando quiere, amén.

15. Es peligroso ir contando los años que se han tenido de oración, pues, aunque haya humildad, parece que queda un no sé qué de parecer que se merece algo por lo servido.

No digo yo que no tengan mérito y que se lo pagarán bien; mas si alguien cree que por los años que ha hecho oración merece regalos espirituales, no subirá a la cumbre.

¿No es mucho que Dios lo haya traído de la mano para que no le ofendiera como antes de hacer oración, sino que le pone pleito por sus dineros, como dicen?

No me parece esto profunda humildad. Ya puede ser que lo sea, mas yo lo considero atrevimiento; porque yo, que tengo poca humildad, jamás me he atrevido a pedirlo.

Bien puede ser que como nunca he servido, nunca he pedido Mercedes o gracias místicas. De haberlo hecho, hubiera deseado más bien, que me lo pagara el Señor.

16. No digo que el alma no va creciendo y que Dios no se lo dará, si su oración es humilde; pero que olviden los años que le han servido, porque lo que nosotros podemos hacer es un asco, en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó.

Y si sirviéndole más somos más deudores, ¿por qué pedimos esto, pues si pagamos una monedita de la deuda, nos vuelven a dar mil ducados? Por amor de Dios, dejemos a Él estos juicios. Estas comparaciones siempre son malas Este largo alegato de comparar los servicios con las mercedes debió de ser tema de mucha discusión en aquellas circunstancias, aún en cosas de la tierra; ¿pues qué será en lo que sólo Dios sabe? y bien nos lo enseñó Su Majestad cuando pagó lo mismo a los últimos que a los primeros (Mt 20,12).

17. Estas tres hojas las he escrito en tantas veces y en tantos días, por el poco tiempo y la poca oportunidad que tengo, que se me había olvidado contar esta visión.

Estando en oración me vi en un gran campo a solas y a mi alrededor mucha gente de muchas clases con armas en las manos para atacarme: unos, lanzas; otros, espadas; otros, dagas, y otros estoques muy largos. En fin, que no podía escaparme por ningún lado sin exponerme a morir y sola, sin tener a nadie a mi



favor.

Estando mi espíritu en esta prueba, sin saber qué hacer, alcé los ojos al cielo y vi a Cristo, no en el cielo, sino en el aire sobre mí, que tendía la mano hacia mí, y desde allí me ayudaba tanto, que yo no temía a toda aquella gente; pues aunque querían no me podían hacer daño.

18. Parece sin fruto esta visión, y me ha hecho muchísimo provecho porque se me reveló lo que significaba.

Poco después me vi metida en aquella guerra La lucha por la fundación del nuevo monasterio. Supe que aquella visión era un retrato del mundo donde todos tienen armas para atacar a la pobre alma.

Y no digo ya que los que la atacan son los que están lejos de Dios, y son enredados, o intentan enredarlos, con honores y dinero y placeres y todo lo del mundo cuando menos lo piensan. Los que la atacan son más bien los amigos, los familiares, y —lo que más me espanta— personas muy buenas, que todos me persiguieron pensando que obraban bien, y yo no sabía cómo defenderme ni qué hacer.

19. ¡Oh, válgame Dios!, si yo dijera todo lo que he sufrido, aparte de lo que ya he dicho, ¡qué lección para aborrecerlo todo del todo!

Esta fue la mayor persecución que tuve. Me vi tan atribulada por todas partes, que sólo encontraba remedio alzando los ojos al cielo llamando a Dios. Me acordaba muy bien de esta visión. Y me ha servido mucho para no confiar mucho en nadie, porque sólo Dios es fiel.

En estos sufrimientos grandes siempre me enviaba el Señor, como lo tengo comprobado, una persona que me diera la mano de su parte, como me lo profetizó en esta visión, sin otro interés que el de servir al Señor. Esto ha servido para sostener esta poquita virtud que yo tenía de desear ser útil en su Iglesia. ¡Seáis bendito por siempre!

20. Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, luchando y peleando con los pensamientos que me venían de cosas imperfectas, cuando no gozaba aún del desprendimiento que ahora tengo, al verme tan ruin, tenía miedo de si las mercedes del Señor habían sido ilusiones. Estaba, en fin, con una oscuridad grande en mi alma.

Estando con esta pena, me habló el Señor y me dijo que no sufriera, pues viéndome así, comprendería lo miserable que era si Él se alejaba de mí, y que mientras vivimos en esta carne no podemos estar seguros.

Se me dio a entender lo bien empleada que es esta guerra y combate para conseguir tal premio, y me pareció que el Señor tenía lástima de los que vivimos en el mundo. Me dijo que no creyera que me tenía olvidada, pues jamás me abandonaría; pero que era necesario que hiciese lo que estaba de mi parte.

Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y diciéndome otras palabras cariñosas que no hay por qué repetir.

21. Estas palabras me dice Su Majestad muchas veces demostrándome gran amor: *Ya eres mía y yo soy tuyo*. Y yo le respondo estas, que creo que son verdad: «¿Qué me importa a mí mi vida?, sólo Vos, Señor, me importáis».

Cuando pienso en lo que soy, estas palabras y regalos me causan grandísima confusión, y algunas veces le digo a mi confesor que necesito más ánimo para recibir estas mercedes que para soportar grandísimos trabajos.

Cuando esto me ocurre no me acuerdo de mis obras, y sólo se me representa que soy ruin, sin razonarlo, sino con acción sobrenatural.

22. Siento algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no las

puedo expresar.

Una mañana llovía tanto que no se podía salir de casa. Había salido ya de casa y yo estaba tan fuera de mí con el deseo de comulgar, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, pasaría por ellas, cuanto más agua.

Cuando llegué a la iglesia me dio un arrobamiento intenso. Vi que se abrían los cielos y apareció un trono, y otro encima de él, donde por una noticia inefable entendí que estaba la Divinidad. Unos animales sostenían el trono Remembranza de Apocalipsis 4,6 y Ezequiel 1,4; creo que he oído la representación de estos animales: pensé que eran los evangelistas. Mas no vi cómo estaba el trono, ni quién estaba sentado, sólo una muy gran multitud de ángeles, con una hermosura mayor, sin comparación, que la de los que he visto otras veces en el cielo. He pensado si serían serafines o querubines, cuya gloria es muy diferente; estaban llameantes.

La gloria que sentí no se puede escribir ni decir, ni la puede imaginar quien no la haya experimentado.

Entendí, sin ver nada, que allí estaba todo junto lo que el hombre puede desear. Me dijeron, y no sé quién, que lo único que podía hacer allí era entender que no podía entender nada «Entréme donde no supe —y quedéme no sabiendo— toda ciencia trascendiendo» (San Juan de la Cruz), y darme cuenta de que todo es nada comparado con aquello.

Mi alma después se avergonzaba viendo que podía detenerse en alguna criatura, o aficionarse a ella, porque todo el mundo me parecía un hormiguero.

23. Comulgué y estuve en misa, que no sé cómo pude estar. Me pareció que todo había pasado muy rápidamente. Quedé espantada cuando sonó el reloj y vi que había estado dos horas en aquel arrobamiento y gloria.

Espantábame después de que, cuando viene de arriba este fuego de verdadero amor de Dios, que sólo llega cuando quiere Su Majestad, y de mí no brota ni una chispa aunque me haga pedazos, parece que consume las faltas y tibieza y miseria del hombre viejo; y así como el ave fénix cuando se quema, de sus mismas cenizas sale otra, así queda transformada el alma con diferentes deseos y fortaleza grande. No parece la misma de antes, sino que comienza con nueva pureza el camino del Señor.

Suplicando yo a Su Majestad que así fuera, y que comenzara a servirle de nuevo, me dijo: *Buena comparación has hecho; mira que no se te olvide para procurar mejorarte siempre.*

**24. Estando una vez con la misma duda, de si éstas eran visiones de Dios, se me apareció el Señor y me dijo con severidad: ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo seréis duros de corazón? Que examinara bien en mí si me había entregado del todo a Él o no; que si me había entregado y era suya, que creyera que no dejaría que me perdiera.**

Yo me afligí mucho por aquella exclamación. Con gran ternura y regalo me volvió a decir que no sufriera, que Él ya sabía que yo estaba dispuesta a hacer su voluntad, que se cumpliría todo lo que yo deseaba (y me concedió lo que entonces le pedía); que observara cómo iba creciendo su amor en mí, y en esto conocería que no era demonio; que no pensara que Dios consiente que el demonio pueda intervenir tanto en las almas de sus siervos, ni que pueda dar la luz de entendimiento y la paz que tú gozas.

Me dio a entender que después de haberme garantizado tantas personas y tales que era espíritu de Dios, haría mal en no creerlo.

25. Estando una vez rezando el salmo *Quicumque vult* Símbolo Atanasiano y no Salmo, como escribe la Santa, se me reveló con tanta claridad la naturaleza de Dios en Tres Personas, que quedé espantada y muy consolada.

Me sirvió de muchísimo provecho para conocer mejor la grandeza de Dios y sus maravillas, y me parece que entiendo cómo puede ser el misterio de la Santísima Trinidad, que me causa mucha alegría. Escribe en las *Cuentas de conciencia* 14,1: «Con claridad entendía que tenía presente a toda la Santísima Trinidad y entendió mi alma cómo es Dios trino y uno». La misma experiencia en *Moradas* VII, 1,6.

26. Un día de la Asunción de la Reina de los Ángeles y Señora nuestra, en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y la alegría y solemnidad con que fue recibida y el lugar donde está.

Yo no sabría decir cómo ocurrió. Fue grandísima la gloria que recibió mi espíritu viendo tanta gloria. Quedé con grandes frutos y me movió a desear más sufrir mucho y servir a esta Señora, que tanto se lo merece.

27. En un colegio de la Compañía de Jesús. En San Gil de Ávila, cuando los hermanos iban a comulgar, vi sobre sus cabezas un palio muy rico. Esto lo vi dos veces. Cuando comulgaban otras personas no lo veía.

## Capítulo 40

**Prosigue el relato de las grandes mercedes del Señor. Algunas llevan su mensaje doctrinal, que, después de obedecer, es la intención principal que la ha movido a escribir. Con este capítulo finaliza su vida. Sea para gloria del Señor, amén.**

1. Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que me sentí indigna de él, ya que merecía estar en aquel lugar del infierno que vi.

Pensando en esto se inflamó mi alma y me vino un arrobamiento de espíritu que no lo puedo expresar. Vi mi espíritu dentro de la majestad divina y lleno de ella. En esta majestad se me reveló una verdad, que es suma de todas las verdades; ni sé decir cómo ocurrió porque yo no vi nada. Oí que me decían, sin que yo viera quién, mas supe que hablaba la misma Verdad: *No es poco esto que hago por ti, pues es una cosa que me debes mucho; porque todo el daño del mundo procede de la ignorancia de las verdades de la Escritura*. Toda la constitución *Dei Verbum* del Vaticano II está dirigida a encarecer el conocimiento de la Escritura, que es la palabra de Dios en cuanto escrita por la inspiración del Espíritu Santo. Y el Santo Concilio recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran «la ciencia suprema de Jesucristo,' pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» (DV 25), *conocida con clara verdad; no dejará de cumplirse ni una tilde de ella* Mt 5,18.

**A mí me pareció que yo siempre había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Y me dijo: ¡Ay, hija, qué pocos me aman de verdad!, pues si me amaran, no les encubriría Yo mis secretos. ¿Sabes qué es amar de verdad? Comprender que**

**todo lo que no es agradable a mí, es mentira. Con claridad verás esto que ahora no entiendes, en el provecho que hace a tu alma.**

2. Y así lo he visto, sea el Señor alabado que, desde entonces, todo lo que no veo que conduce al reino de Dios, me parece vanidad y mentira, aunque no sabría decir cómo lo entiendo. Y me dan lástima todos los que veo que viven en la oscuridad e ignorancia de esta verdad. Además de estos efectos he recibido otras ganancias que diré, y otras que no sabré decir.

Me dijo entonces el Señor una palabra de grandísima ternura. Yo no sé cómo ocurrió esto, porque no vi nada; mas quedé de una manera que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza y muy dispuesta a cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña palabra de la Escritura divina. Creo que me vi capaz de vencer cualquier obstáculo que intentara impedírmelo.

3. Dentro de mí quedó esculpida una verdad, sin saber cómo ni qué, de la divina Verdad que se me reveló, que me hace tener un nuevo respeto a Dios, porque da noticia de su majestad y poder de una manera que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa.

Quedóme muy gran gana de no hablar más que cosas muy verdaderas, superiores a las que se hablan en el mundo, y así comencé a tener pena de vivir en él.

Me dejó gran ternura y regalo y humildad. Creo que sin entender cómo, me dio el Señor en este momento mucho. Ninguna duda me quedó de que fuera ilusión.

No vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de ninguna cosa que no nos sirve para acercarnos más a Dios, y comprendí qué cosa es andar mi alma en verdad delante de la misma Verdad. En *Moradas VI*, 10,8 recoge la misma formulación. Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad.

4. Todo lo que he dicho lo entendí unas veces con palabras, otras sin hablarme, y lo que se me decía sin palabras lo entendía con mayor claridad que lo que se me decía con palabras.

Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, mejor que si me lo hubieran enseñado muchos teólogos. Pues en este caso no se me hubieran quedado tan impresadas ni se me hubiera hecho comprender tan claramente la vanidad de este mundo.

Esta verdad que digo que se me dio a entender, es verdad en sí misma, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad como todos los demás amores de este amor y todas las demás grandezas de esta grandeza; aunque esto lo digo muy oscuro para la claridad con que a mí me lo dio a entender el Señor.

¡Y cómo se nota el poder de esta Majestad, pues en tan poco tiempo deja tan gran ganancia y tales cosas imprimidas en el alma!

¡Oh Grandeza y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío todopoderoso? ¡Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes! ¿No os acordáis de que esta alma ha sido un abismo de mentiras y piélagos de vanidades, y todo por mi culpa, porque Vos me habíais dado la inclinación de aborrecer la mentira y yo misma he dado pie para que en muchas cosas me dijeran mentiras? ¿Cómo se puede sufrir, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced a quien tan poco lo ha merecido?

5. Estando una vez rezando las Horas con todas, de pronto se recogió mi alma y me pareció que toda ella, por delante, por detrás, por los lados, por arriba y por abajo, era como un espejo claro, y en el centro se me representó Cristo nuestro Señor, como lo suelo ver.

En todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo; espejo que, yo no sé decir cómo, se esculpía en el mismo Señor por una comunicación inefable, muy amorosa.

Cada vez que recuerdo esta visión, especialmente después de comulgar, se me

acrecienta el amor.

Se me dio a entender que un alma en pecado mortal tiene este espejo cubierto de una tiniebla espesa y muy negra y no puede reflejar y deja invisible al Señor, aunque siempre está dándonos el ser.

En los herejes el espejo está roto, que es mucho peor que estar oscurecido.

Hay mucha diferencia de verlo a decirlo, porque no se puede expresar. Mas me ha hecho mucho bien y he sentido mucho remordimiento de las veces que con mis pecados oscurecí mi alma y me incapacité para ver al Señor.

**6. Me parece muy provechosa esta visión para los que tienen oración de recogimiento para aprender a mirar al Señor en lo muy interior de su alma, que es una mirada más unitiva y mucho más provechosa que mirarle fuera de sí mismo; esto se lee en algunos libros de oración que enseñan dónde hay que buscar a Dios** *Se refiere a los libros de los que ya quedó constancia en Vida 22: Tercer abecedario de Osuna y Subida del Monte Sión de Laredo.*

Sobre todo lo dice san Agustín, que ni en las plazas, ni en los deleites, ni en ninguna parte que lo buscaba, lo encontraba como dentro de sí San Agustín, Confesiones, 10,27: «Vos estabais dentro de mi alma y yo os buscaba fuera (Intimior intimo meo)».

Y esto es mucho mejor, pues no es necesario subir al cielo, ni ir más lejos que a nuestro interior, porque buscarlo fuera cansa el espíritu y distrae el alma y no produce tanto fruto.

7. Una cosa quiero advertir ahora, por si a alguien le ocurre. Después de un gran arrobamiento, en que el alma ha estado unida a Dios con las potencias totalmente absortas, lo cual dura poco, el alma se queda recogida y sin poder volver en sí, ni aun exteriormente, en cambio la memoria y el entendimiento quedan muy excitados y desatinados.

Esto ocurre alguna vez a los principios. Pienso si es que nuestra naturaleza humana no puede soportar tanta fuerza de espíritu y por eso se debilita la imaginación. Yo sé que a algunas personas les ocurre.

Creo que es conveniente que dejen entonces la oración y recuperen después el tiempo que pierden; que no continúen la oración, porque será muy perjudicial. Tengo experiencia de esto; por eso advierto que es muy acertado medir lo que puede soportar nuestra salud.

8. Para todo se necesita experiencia y maestro; porque, cuando llega el alma a este nivel, le ocurrirán cosas que habrá de consultar. Y si busca maestro y no lo encuentra, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado a mí, siendo la que soy.

Porque creo que hay pocos maestros que hayan llegado a tener experiencia de muchas cosas; y si no se tiene experiencia, en vez de acertar, lo que hacen es inquietar y hacer sufrir Bien lo sabe ella. Caro le costó. Más esto también lo pagará el Señor.

Por eso es mejor comunicarlo a un confesor preparado (lo he dicho otras veces, aunque no lo recuerdo bien, pero veo que es muy importante), especialmente si son mujeres.

Ya que el Señor hace más estas mercedes a mujeres que a hombres, según me dijo el santo fray Pedro de Alcántara, y yo también lo he visto. Decía él que las mujeres avanzan más que los hombres en este camino, y daba excelentes razones, que no hay necesidad de referir ahora, todas en favor de las mujeres.

9. Estando una vez en oración se me representó cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo existen todas en El (aunque no vi ninguna figura, fue una representación con gran claridad).

Yo no sé escribir esto, mas quedó muy grabado en mi alma, y ésta ha sido una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho y que más me ha confundido

y avergonzado, recordando los pecados que he cometido. Creo que si esto lo hubiera visto antes y si lo vieran los que le ofenden, no tendrían corazón ni atrevimiento para hacerlo.

Aunque digo que no vi nada, algo se debe de ver, de modo muy sutil y delicado, que escapa al entendimiento, o yo no entiendo estas visiones que, aunque no parecen imaginarias, algún elemento imaginario deben de tener, por lo que yo podré poner la siguiente comparación; pero como se reciben durante el arrobamiento, las potencias no lo saben componer después tal como el Señor se lo presenta y quiere que lo gocen.

10. Podemos decir que la Divinidad es como un diamante muy claro, mucho más grande que todo el mundo; o como un espejo, como escribí en la visión anterior, pero tan soberanamente superior, que yo no lo sé expresar Está bloqueada por la inmensidad de la revelación que se hace inefablemente inefable.

Dentro de este diamante está toda la creación, porque fuera de esta grandeza no hay nada «En él vivimos, nos movemos y existimos» (He 17,28) , y así, todo lo que hacemos los hombres se ve dentro de este diamante.

En un momento, llena de asombro y de pena, vi tantas cosas a la vez en este claro diamante que, cuando recuerdo que en aquella limpieza de claridad veía representadas cosas tan feas como mis pecados, me sentía muy lastimada. Cuando lo recuerdo no sé cómo lo puedo soportar, y así quedé tan avergonzada, que no sabía dónde esconderme.

¡Oh quién pudiera hacer comprender esto a los que cometen pecados muy deshonestos y feos, para que tengan presente que no están ocultos, y que con razón los siente Dios, pues se hacen tan presentes a la Majestad, y nos comportamos ante Él con tan poco respeto!

Vi con cuánta justicia se merece el infierno por un solo pecado mortal; porque no se puede comprender cuán gravísima falta es hacerla delante de tan gran Majestad y cuán enemigas de Él son semejantes maldades El pecado es la más clamorosa injusticia contra Dios, porque quien lo comete niega el amor filial que le debe y es ingrato con el Dios a quien debe eterna gratitud; por eso con justicia queda excluido de la bienaventuranza.

Y así se ve más su misericordia, pues aunque nosotros sabemos todo esto, nos soporta.

11. Si sólo una visión como ésta deja tan apabullada al alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad se nos manifestará con toda claridad y veremos los pecados que hemos hecho?

¡Oh, válgame Dios, en cuánta ceguedad he vivido! Escribiendo esto muchas veces he quedado abrumada, y no se extrañe usted de ello, sino de cómo puedo vivir viendo estas cosas y mirándome a mí. ¡Sea bendito por siempre quien tanto me ha soportado!

12. Estando una vez en oración con mucho recogimiento y suavidad y quietud, veía que estaba rodeada de ángeles y muy cerca de Dios. Comencé a suplicar a Dios por la Iglesia. Se me reveló el gran bien que ha de hacer una Orden Religiosa en los últimos tiempos, cuyos hijos conservarán la fe con gran **fortaleza** Hay discrepancia entre los autores: Gracián y Ribera la refieren a la orden de Santo Domingo, Tomás de la Cruz y Efrén a la orden del Carmen reformado. Según interpretación de la misma santa Teresa y de la Inquisición, fray Ángel de san Gabriel le preguntó a la madre a qué Orden se refería, y la madre contestó: Bobo, ¿de quién se había de entender sino de nuestra Orden? Era un anuncio profético porque no había reformado aún a los frailes cuando dijo esto (EFRÉN, *Obras completas*).

13. Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, se me apareció un santo San Alberto de Sicilia, a quien santa Teresa tenía gran devoción cuya Orden ha estado algo relajada; tenía en las manos un libro grande; lo abrió y me dijo que leyera unas letras muy grandes y muy fáciles de leer que decían: En los tiempos venideros

florecerá esta Orden; habrá muchos mártires.

14. Otra vez, estando en el coro rezando Maitines, se me aparecieron creo que fueron seis o siete de la misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que fue un signo de que han de defender la fe; porque otra vez, en oración, quedó arrebatado mi espíritu. Me pareció que estaba en un gran campo donde luchaban muchos, y los de esta Orden luchaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos y llameantes y vencían a muchos y los derribaban en tierra y mataban a otros. Me pareció que esta guerra era contra los herejes.

15. Algunas veces he visto a este glorioso santo y me ha dicho algunas cosas y me ha agradecido la oración que hago por su Orden y me ha prometido encomendarme al Señor.

No digo el nombre de las Órdenes, para que las otras no se ofendan. Si el Señor quiere que se sepa, ya las manifestará. Más cada Orden había de intentar, y todos sus miembros en particular, que por su trabajo el Señor hiciera tan fecunda su Orden que pudiera servir a la Iglesia que ahora padece tan gran necesidad. ¡Dichosas vidas gastadas por este ideal!

16. Una persona me pidió que le preguntara a Dios si sería servicio suyo aceptar un obispado. Después de comulgar me dijo el Señor: *Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces lo podrá aceptar* La pregunta la hizo Francisco de Soto, que fue obispo de Albarracín y Segorbe, y de Salamanca ; dando a entender que quien ha de tener cargos de dignidad, ha de estar muy lejos de desearlos y de quererlos, o al menos de procurarlos.

17. Estas y otras muchas mercedes que no hay por qué decir, ha hecho el Señor y hace continuamente a esta pecadora. Con lo dicho se puede conocer mi alma y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

18. Me dijo una vez, consolándome con mucho amor, que no sufriera, que en esta vida no podíamos estar siempre inalterables; que unas veces tendría fervor y otras sequedad; unas veces desasosiegos y tentaciones, y otras quietud, mas que esperase en El y no temiera.

19. Como gozo mucho cuando estoy con las personas con quienes comunico mi alma y con los que veo que son muy siervos de Dios, con quienes me consuelo y les amo mucho, llegué a pensar si estaba asida a ellos. Me dijo que, si un médico cura a un enfermo en peligro de muerte, no es virtud no estarle agradecida y no amarle; que qué hubiera hecho yo sin estas personas; que la conversación de los buenos no daña, pero que mis palabras fueran siempre graves y santas, y que no dejara de hablar con ellos pues me causaban provecho y no daño.

Esto me consoló mucho, porque algunas veces quería no tratar con ellos, porque me parecía que les tenía apego.

En todo siempre me aconsejaba el Señor, incluso me decía cómo tenía que actuar con los débiles y con algunas personas. Jamás se descuida de mí.

20. Algunas veces me aflijo viendo que valgo tan poco para servirle, y que me veo obligada a emplear el tiempo cuidando un cuerpo tan frágil y ruin como el mío, más de lo que yo quisiera.

Estaba una vez en la oración y se hizo la hora de ir a dormir, y yo tenía muchos dolores y había de tener el vómito ordinario. Al verme tan limitada por mi cuerpo, y con el espíritu que deseaba tener tiempo para él, sentí una gran pena y comencé a llorar mucho y a afligirme.

Esto no me ocurre sólo una vez, sino muchas, y entonces me enojo conmigo misma y me aborrezco de verdad. Mas ordinariamente comprendo que no siento

siempre ese aborrecimiento, ni dejo de procurarme el cuidado que veo que me es necesario. Y quiera el Señor que no me pase y tome más del que necesito, que sí que lo debo de hacer.

Esta vez que digo, cuando estaba con esta pena, se me apareció el Señor y me acarició mucho, y me dijo que hiciera yo estas cosas y las sufriera por amor, pues mi vida ahora era necesaria.

Y desde ese momento en que me decidí a servir con todas mis fuerzas al Señor y consolador mío, no me sentí ya apenada porque, aunque dejaba que padeciera un poco, me consolaba tanto, que no me cuesta nada desear padecimientos. De tal manera que ahora me parece que la vida no tiene sentido más que para sufrir y eso es lo que pido con toda mi voluntad. Algunas veces le digo con toda mi voluntad. «Señor, o morir, o padecer; no os pido otra cosa para mí».

Me consuela oír el reloj, porque me parece que me estoy acercando un poquito más para ver a Dios, al ver que se ha pasado aquella hora de la vida.

21. Otras veces estoy de manera que ni siento tener que vivir, ni tengo gana de morir, sino que siento una tibieza y oscuridad en todo, con mucho sufrimiento.

Y ahora que se han hecho públicas las mercedes que me hace Su Majestad, como El me lo dijo, hace unos años que habían de ser conocidas, he tenido mucho que sufrir, porque cada uno lo interpreta a su manera. Me tranquiliza que no se ha sabido por mí, porque he tenido mucho cuidado de manifestarlas sólo a mis confesores y a las personas que sabía que las conocían por ellos; y esto, no por humildad, sino porque, ya he dicho, me daba mucho apuro tenerlo que decir, aun a mis confesores.

Ahora ya, gloria a Dios, aunque murmuran mucho de mí, y con buena intención, y tienen miedo de hablar conmigo y de confesarme, y otros me dicen otras cosas, como sé que por este medio el Señor ha curado muchas almas, porque lo he visto claro, y pienso lo mucho que sufrió el Señor por una sola, muy poco me importa todo.

No sé si contribuye a esto el haberme escondido Su Majestad en este rincón tan cerrado, y donde pensé que no se acordarían de mí, como si me hubiera muerto; mas aún estoy poco encerrada para lo que deseo, pues aún tengo que hablar por obligación con algunas personas. Mas como estoy donde no me pueden ver, parece que el Señor me ha llevado a un puerto, que espero en Su Majestad será seguro.

22. Porque estoy ya fuera del mundo, y entre poca y santa compañía. Miro las cosas desde arriba y poco me importa lo que digan o lo que puedan conocer. Más me preocupa el más pequeño provecho de un alma, que todo lo que puedan decir de mí.

Desde que estoy aquí el Señor ha hecho que todos mis deseos vayan encauzados a este fin.

La vida me parece un sueño y parece que casi siempre estoy soñando lo que veo; no tengo ni contento ni pena intensa. Si algunas cosas me apenan, me pasa tan pronto la pena, que yo me maravillo, y me dejan con un sentimiento como de algo que he soñado.

Y esto es entera verdad, pues, aunque después me quiera alegrar de aquel contento o dolerme de aquella pena, no puedo, de la misma manera que una persona normal, no siente pena ni gloria de un sueño que soñó. Porque ya el Señor despertó mi alma de lo que me producía aflicción, por no estar yo mortificada y muerta a las cosas de mundo. Y Su Majestad no quiera que vuelva a estar ciega.

23. De esta manera vivo ahora, Señor y padre mío Se dirige al padre García de Toledo. Pí-



dale usted a Dios que, o me lleve consigo, o me de la oportunidad de servirle.

Quiera el Señor que todo lo que he escrito le sirva a usted de algún provecho ya que, por el escaso tiempo que he tenido, lo he hecho con gran esfuerzo; mas dichoso esfuerzo, si he acertado a decir algo que eleve una sola alabanza a Dios, que con esto me consideraría pagada, aunque usted después lo quemere.

24. Pero no querría que fuese antes de que lo vean las tres personas que usted sabe, pues son y han sido confesores míos El padre Domingo Báñez y Gaspar de Salazar, rector de la Compañía en Toledo, y san Juan de Ávila. Y como a éste lo entregó Gaspar Daza, también él; **porque**, si está mal escrito, perderán el buen concepto que de mí tienen; y si está bien, como son buenos teólogos, sabrán ver de dónde viene y alabarán a quien lo ha dicho por mí.

Su Majestad tenga siempre a usted de su mano y le haga tan gran santo, que pueda iluminar con su espíritu y luz a esta miserable, que ha osado escribir cosas tan elevadas.

Quiera el Señor que no haya cometido ningún error, pues mi intención y deseo ha sido de acertar y obedecer, y que por mí se alabase un poco al Señor, que lo vengo pidiendo muchos años.

Y como para conseguir esto me faltan las obras, me he atrevido a poner en orden esta mi desbaratada vida, aunque

Y no he empleado más tiempo y atención que los necesarios para escribirla, diciendo lo que he vivido con toda la llaneza y verdad que he podido.

Y Haga el Señor, pues es poderoso y si quiere puede, que acierte yo a hacer su voluntad en todo, y no permita que se pierda esta alma que con tantos medios y maneras y tantas veces ha sacado Su Majestad del infierno y traído así. Amén.

### **Carta epílogo remitiendo la *Vida***

El Espíritu Santo sea siempre con usted, amén Al padre García de Toledo, que es quien le mandó escribir, siendo su confesor, al padre Domingo Báñez, como anota en *Cuentas de Conciencia* 53,17: «Esto que ha escrito lo dio al padre Maestro Domingo Báñez, que lo presentó al Santo Oficio en Madrid». En el autógrafo siguen seis páginas escritas por el padre Báñez con su informe sobre la ortodoxia y sana doctrina del libro de la *Vida*, emitido por encargo de la Inquisición a cuyo tribunal había sido delatado varias veces, y lo firma y fecha en Valladolid a 7 de julio de 1575.

1. No sería malo encarecer a usted este servicio para obligarle a rogar por mí con asiduidad, pues, bien podría hacerlo, después de todo lo que he pasado viendo por escrito mi vida y teniendo que recordar tantas miserias mías; aunque puedo decir con verdad que he sentido más escribiendo las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo hice a Su Majestad.

2. Yo he hecho lo que usted me mandó, que fuera extensa, a condición de que usted haga lo que me prometió destruyendo lo que no le parezca bien.

Aún no había terminado de leerlo después de escrito, cuando usted envía a recogerlo. Le suplico que lo corrija y mande sacar copia, si se ha de enviar al padre Maestro Ávila, para que nadie conozca la letra.

Yo deseo mucho que se disponga que lo lea, pues lo comencé a escribir con esta intención; porque si a él le parece que voy por buen camino, quedará muy consolada, pues ya no me resta hacer más por mi parte. Obre usted en todo como le parezca y ve que está obligado a quien así le confía su alma.

3. La de usted encomendaré yo toda mi vida a nuestro Señor. Por eso, dese prisa a hacerse santo, para darme gusto a mí, pues usted verá, por este escrito, cuán bien se emplea en darse todo, como usted ha comenzado, a quien tan sin tasa se nos da.

4. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia que nos veremos donde más claramente usted y yo veamos las grandes mercedes que ha hecho con nosotros, y donde siempre le alabemos, amén.

**Se terminó este libro en Junio de 1562** El padre Domingo Báñez escribió a continuación: «Esta fecha se entiende de la primera vez que lo escribió la M. Teresa de Jesús, sin distinción de capítulos. Después hizo esta copia y añadió muchas cosas que sucedieron después de esta fecha, como la fundación del monasterio de San José de Ávila. L. fray Domingo Báñez».

---